

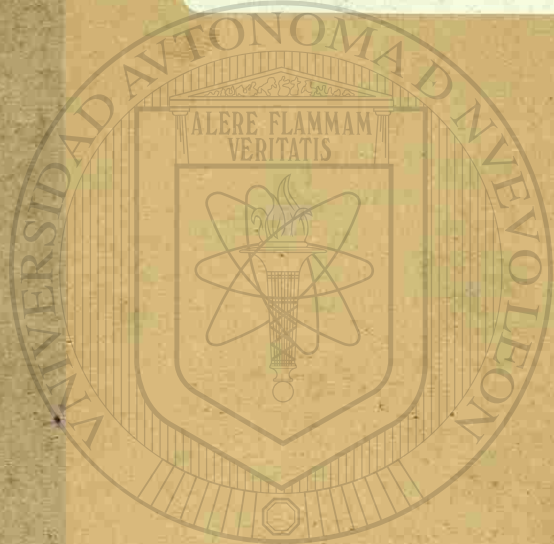
29 CIO

PISTULAR

P02529  
A1



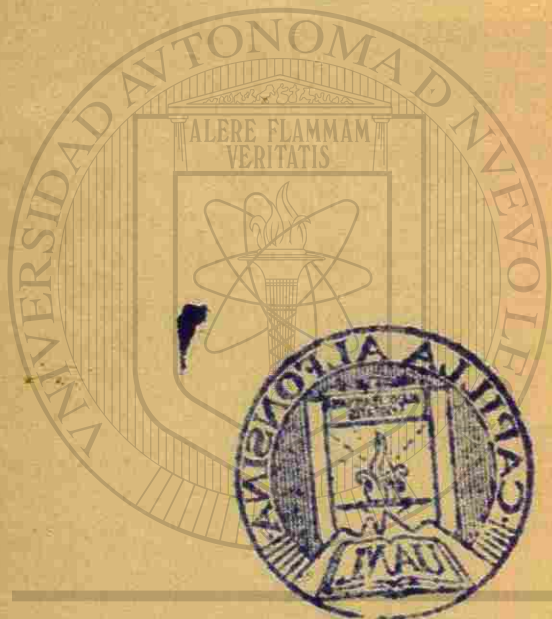
1020026945



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EPISTOLARIO DE EMILIO ZOLA

Num. Clas. 846.62  
Núm. Autor Zola  
Núm. Adq. 30861  
Procedencia -8- (R)  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó *[Signature]*

OBRAS DEL MISMO AUTOR

de venta en esta casa editorial

|                                    |          |
|------------------------------------|----------|
| <i>L'Assommoir.</i>                | 2 tomos. |
| <i>Naná.</i>                       | 2 »      |
| <i>Teresa Raquin.</i>              | 1 »      |
| <i>Los Misterios de Marsella.</i>  | 1 »      |
| <i>La Débacle.</i> —(El desastre.) | 2 »      |
| <i>Lourdes.</i>                    | 2 »      |
| <i>Roma.</i>                       | 2 »      |
| <i>París.</i>                      | 2 »      |
| <i>Fecundidad.</i>                 | 2 »      |
| <i>Trabajo.</i>                    | 2 »      |
| <i>Verdad.</i>                     | 2 »      |
| <i>A orillas del mar.</i>          | 1 »      |

EPISTOLARIO

DE

EMILIO ZOLA

Versión castellana de

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

PARTE PRIMERA

CARILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" ®

Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

101217

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166.

Sucursal.—Calle Espoz y Mina 15  
MADRID

Maucci Hermanos.—Cuyo 1070  
BUENOS AIRES

30861

846  
Z.

PQ 2529



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la Casa Editorial Mauceri

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.



**EPISTOLARIO**  
**DE EMILIO ZOLA**

CARTAS A BAILLE

I

París, 3 de diciembre de 1859.

Mi querido Baille:

Hace ocho días que me encuentro en París; ocho días durante los cuales, no sé por qué, he sido presa de una gran melancolía. Desde luego no es el recuerdo del Aix ni el de la *Aérea* lo que produce mi pesar; tengo tan pocos amigos en Provenza que acabaré por detestarla. Creo que lo que realmente ocasiona mi tormento es el porvenir; he cumplido veinte años y no tengo profesión alguna. A más, si por casualidad tuviera que ganarme la vida, no me siento con fuerzas suficientes para ello. Hasta ahora no hice otra cosa que soñar y marché y marchó sobre arena movediza: ¿quién sabe si no acabaré por hundirme? Todas estas cosas no te producirán mucha alegría.

He adquirido detalles sobre el negocio de De Julienne y Abel. Parecía que estos señores no hablasen nada menos que de un duelo. Los testigos del *rubio* eran Seynard y *Antic* (he ahí un nombre que debo desollar)

y los del *moreno* Rouchon y Pablo Rigaut. Reuniéronse los cuatro en casa de Seynard, y después de larga discusión hicieron comparecer á las partes contrarias. El rubio acusaba al moreno de felonía; el moreno se fundaba en el derecho del primer ocupante; cuando hicieron constar los dos debidamente que estaban equivocados, los festigos arreglaron la reconciliación, que mis dos caballeros aceptaron con un apresuramiento completamente belicoso.

¿Qué pasa á cada momento?  
Viento.

Me he dicho que Abel podía arrojar á todos estos gritadores y me ha parecido que tu bastonazo ha dado de rebote sobre el sombrero de Marguery. No me cabe duda que él ha sido el que ha aconsejado al guerrero Abel en este asunto y que se ha mostrado valiente al abrigo de otro. Todo esto es triste como dice Hamlet; fuimos bastante niños al principio de esta aventura y acabamos siendo mucho más infantiles. He comenzado los apuntes sobre esta cuestión, pero estoy tan abatido y es el asunto tan poco moral y tan medianamente digno que no creo necesario llegar al fin. Prometí tenerte al corriente de las novedades literarias de París. Alejandro Dumas, hijo, acaba de estrenar un drama titulado *El padre pródigo*. Iré cuanto antes á ver lo que es esto. Además, Michelet ha publicado últimamente un volumen: *La mujer*. Debe ser un libro que empareje con *El Amor*, que sin duda tú no has leído y que te aconsejo leer. He comprado las obras de Hegésippe Moreau y vé lo que pienso de dicho autor. Hay dos hombres en él; el uno dulce, tímido, de alma exquisita y de delicadeza de sentimiento poco común; se le encuentra tal en los cuentos en prosa y en algunas obras en verso tales como: *Un cuarto de hora de devoción*, *Elegía á la Voultze* y *La novela de la arrendadora*. El otro Hegésippe Mo-

reau en un hombre agriado por la desventura y la indiferencia; grita ante los ricos, blasona de cínico, y se lanza con todo furor en la política; es un satírico menos crudo que Barbier, si bien más sobresaliente que Boileau. Quanto á sus canciones, las más son políticas, las otras juguetonas, llenas de travesura y algunas veces de picardía. Te envío una de las últimas que me ha parecido encantadora como todas las suyas. Como dice Sainte-Beuve de quien tomo prestada esta apreciación literaria, Moreau es un gran poeta; pero no tuvo nunca tiempo de desembarazarse de la imitación y murió en el momento en que iba á convertirse en verdaderamente original.

Puesto que estamos hablando de hombres de genio te diré en secreto que ¡*Marguery!* se ha convertido en uno de los redactores de *La Provenza*. Firma sus trabajos con el pseudónimo de Ludovico. Próximamente aparecerá una gran novela suya titulada: *La novela de la Realidad*. ¡Ah! ¡ah! me la ha leído y me abstengo de juzgarla; prueba precisamente todo lo contrario de lo que se proponía probar. ¡Ah! ¡ah! Habitantes de Aix: cuidad que *La Provenza* no permanezca bajo los ojos de vuestras mujeres; un Marguery, doble de un Marguery, sólo puede producir monstruos capaces de hacer abortar á los ochenta y seis departamentos.

Contéstame cuando tengas tiempo. Por mi parte te escribiré á menudo, tanto por distraerme como por darte á conocer las novedades que ocurran.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

## II

29 diciembre, 1859.

Mi querido Baille:

Te escribí á Aix calculando que habrías ido á pasar las vacaciones de Navidad á tu querida patria.

No me lamento de tu largo silencio: ya sé que trabajas como un desventurado. Al menos, no me olvides completamente.

Tengo pocas cosas que decirte. No salgo casi nunca y vivo en París como si estuviese en el campo. Habito un cuarto retirado donde no oigo el ruido de los carruajes. Si no viese en la lejanía las veletas del Val-de-Grâce, podría creerme todavía en Aix. Hace un frío excesivo; cualquier cosa: como 15º bajo cero. Una infeliz curruca ha venido á caer sobre la nieve delante de mi puerta. La cogí y la llevé delante del fuego; la pobrecita abrió un instante los ojos, la sentí palpar entre mis manos... después murió. Hasta lloré; tú que me llamas el padre de los animales, me comprenderás.

No veo á nadie y las noches me parecen demasiado largas. Fumo mucho, leo mucho y escribo bien poco. A pesar de eso he acabado las *Grisetas de Provenza* y he experimentado cierto placer al releer estas páginas. Pero me encuentro muy lejos de estar satisfecho de mi obra. El asunto es excesivamente difícil; los acontecimientos se suceden unos á otros sin ilación ni desenlace. Además carece de dignidad y de moralidad. Las figuras están muy lejos de ser figuras de héroes de novela. Me hubiera contentado con dar á conocer los hechos tal y como ellos acaecieron, haciéndolos lo más sobrio posible, rechazando ciertos detalles inútiles y no alterando la verdad que, por lo

que ocurre, resulta insignificante. He compuesto asimismo una especie de novelita de un interés mediocre para los indiferentes. Comprenderás que no será cosa fácil colocarla, pero no desespero. Voy trabajando en ella; cuando aparezca te avisaré.

En estos días verás á Cézanne. Sólo os deseo una cosa: que podáis olvidar un instante juntos el tiempo, tan tardó otras veces en transcurrir. Si ves á la *Aérea*, sonríele de mi parte. Sin duda vas á alternar un poco con la juventud dorada—Julienne, Seynard, Marguery, etc.—Si te cuentan algún nuevo acontecimiento, te ruego que me lo participes á tu vez.

Ya te dije que Marguery es uno de los redactores de *La Provenza*. Te invito á leer su último folletín donde aboga por el realismo, convierte el amor en una cosa ridícula y hace triunfar la coquetería. Ya me dirás tu opinión sobre esta novelita que por otra parte tiene cierto mérito.

Y ya que hablamos de folletines te diré que he enviado uno á *La Provenza*; es un cuento de hadas: *El hada amorosa*. (1) Es un largo sueño poético, una alegre ronda que vi desfilar por mi hogar. Pero las insignificantes líneas que aparecerán, no son en modo alguno más que un cañamazo. Quiero hablar más detenidamente de mi bella Sílfide, quiero hacer una verdadera creación. Voy á preparar un volumen de novelitas, y este cuento, que ahora no ocupa más que algunas columnas, ocupará la mitad del libro. Cambiaré todos los personajes menos el hada. Demostraré que es un dios para los amantes, y que ni el infierno ni los hombres ni los sacerdotes, con sus peligrosas doctrinas, pueden destruir un amor puro. Hasta que no leas mi cuento, no comprenderás bien cuanto te digo; lo que te manifiesto es que, queriendo cambiar completamente la forma en el que pretendo hacer próximamente, no me será enfadoso dártelo á co-

(1) *El hada amorosa*. Véase los primeros *Cuentos á Ninon*.



nocer tal, y como se presentó á mi espíritu. Te quedaré reconocidísimo si después de leerlo, me indicas con una mera apreciación aquello que te parezca bueno y lo que encuentres defectuoso: entonces conservaré lo que deba conservarse. Quizá haya aparecido el jueves último.

Ya te dije que no me lamento de tu largo silencio. A pesar de esto te recuerdo que hace un mes que te escribí y aun no he recibido tu respuesta. Debes tener mucho trabajo y te será embarazoso escribirme. Si fueras un niño y necesitases emplear algunas horas para escribir una carta, comprendería tu silencio; pero en un cuarto de hora puedes contentarme; ya ves que tienes un poco de culpa.

Me prometiste venir á París el año que viene y cuento con tu promesa. Por lo menos te verá un par de veces por semana y esto me distraerá un poco. Si ese diablillo de Cézanne pudiera venir, tomaríamos un cuartito para dos y haríamos vida bohemia. Por lo menos habríamos pasado nuestra juventud corrompiéndonos el uno y el otro. Dile (á Cézanne) que le contestaré un día de estos.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu devoto amigo,

EMILIO ZOLA.

Esperaré tu respuesta para escribirte otra vez.

### III

París, 14 de enero de 1860.

Mi querido Baille:

No te dirigiré ningún reproche; á más de ser de mal gusto nada conseguiría. Te acusarás á ti mismo cuando pienses que estamos á 14 de enero y que á pesar de tus promesas no me has escrito todavía. Jamás podrás hacerme creer que el trabajo te absorbe

hasta tal punto; estoy seriamente inquieto por tu salud y por tu inteligencia; nada proporciona tantos dolores de cabeza, ni es tan embrutecedor como un trabajo prolongado y me parece que tú te entregas á él con demasiado corazón.

Cézanne, que no es tan perezoso como tú—debería decir tan trabajador,—me ha escrito una hermosa y larga carta. Jamás le había visto tan poeta ni tan amoroso; te aseguro que, lejos de apartarle de este amor platónico, le invito á perseverar en él. Me dice que esta Navidad te habías esforzado en volverle al realismo en amor. Antiguamente pensaba yo del mismo modo; pero ahora creo que es un proceder indigno de nuestra juventud y de la amistad que nos une. Le he contestado largamente aconsejándole amar siempre, y le he persuadido por razones que no puedo decirte aquí. Si por casualidad te has hecho el apóstol del realismo, si los consejos que diste á Cézanne fueron dictados por tu amistad hacia él, si tú también desesperas del amor, te aconsejo que cuando puedas leas mi contestación á Cézanne, y deseo que esta lectura pueda rejuvenecer tu corazón perdido en el álgebra y la mecánica. Voy á transcribir algunas líneas que pienso dirigir á Cézanne dentro de poco. Me dirijo á él pero también te conviene lo que digo; he aquí las líneas:

«En una de tus últimas cartas encuentro esta frase: «El amor de Michelet, el amor puro, noble, puede existir, pero es bien raro confesarle.» Será tan raro como puedes creer, y este es un punto sobre el cual me olvidé de hablarte en mi última carta. Hubo un tiempo en que yo decía lo mismo, en que ridiculizaba á cuantos me hablaban de pureza y de fidelidad, y este tiempo no está muy lejano. Pero he reflexionado y he creído descubrir que nuestro siglo no es tan materialista como quiere parecer. Hacemos lo que los colegiales desenfrenados que disputan entre sí para saber cuál es de ellos el que ha cometido mayor fecho-

ría. Nos referimos nuestras aventuras con la mayor parte de egoísmo y nos ennegrecemos á porfía. Parece que desdenamos las cosas santas. Si así jugamos con las bases de la religión, si nos empeñamos en demostrar á los demás que nada valemos, creo que es más bien por amor propio que por maldad innata. Los jóvenes, sobre todo, tienen este amor propio, y como el amor—si me es dable hablar así—es una bella cualidad de la juventud, ellos se empeñan en decir que no aman y que se arrastran por el fango del vicio. Tú, que has pasado por ello, debes de saberlo. Quien hubiera confesado en el colegio tener un amor platónico—es decir, una cosa santa y poética,—¿no habría sido tratado de loco? Pero lo repito: el amor propio juega ahí dentro un gran papel. Así como en la religión un joven no cuenta más que con la plegaria, en cuestiones de amor no tiene otro recurso que amar. Creo por lo tanto que la naturaleza no pierde nunca sus derechos; en los tiempos caballerescos la moda tenía como deber el amar y se amaba; la moda ha cambiado, pero el hombre es siempre el hombre, y no puede librarse del amor. Te aseguro que el amor se encuentra en el fondo del corazón de los que quieren pasar por los más libertinos: á cada cual le llega su hora, y todos tienen que experimentarlo. Entretanto es verdad que existen amantes más ó menos poéticos, más ó menos exaltados. Cada cual ama á su manera, y para ti sería absurdo el amante de las flores y el de los rayos de luz, y el que dijese que es imposible amar sin hacer versos y sin ir á pasear bajo la claridad de la luna. El tosco pastor puede amar á su pastora; el amor es algo menos elevado, muy sublime, pero entra en cada amador hasta en los menos cultos, modificándose según la educación. Pero volvamos á la cuestión: el orgullo, ese orgullo insensato á que me he referido, está en la sociedad, en los hombres reunidos y no en el hombre en particular. Este no puede dejar de amar

sea á una flor ó á un animal ¿por qué, pues, no quieres que ame á la mujer? Sé bien que la causa que defendiendo es muy espinosa; somos niños del siglo y se ha cuidado de darnos ideas equivocadas sobre este asunto. Nos han gastado tan agradables chanzas sobre la mujer y sobre el amor, que no creemos en ellos. Pero si reflexionas bien, si consultas detenidamente tu corazón, convendrás por fuerza,—considerando que no eres de otra pasta que los demás hombres,—en que es disparatado afirmar que el amor ha muerto, que nuestro tiempo no es más que materialista. Una obra grande y hermosa, una obra á que Michelet se ha entregado; una obra que me permito á veces examinar y estudiar, es la de hacer que el hombre vuelva á la mujer. Se acabaría tal vez por abrirle los ojos; la vida es corta y ésta sería una manera de embellecerla; el mundo está en vía de progreso y por este procedimiento se llegaría más pronto. Y no vayas á creer que es el poeta el que habla. ¿Qué importa la exageración? Michelet hace un dios de la mujer, puesto que convierte al hombre en su humilde adorador. A grandes males, grandes remedios; si se llevaran á cabo la mitad de las cosas que él pide, el mundo, á mi parecer, marcharía perfectamente.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu devoto amigo,

EMILIO ZOLA.

IV

París, 23 de enero de 1860.

Mi querido amigo:

Te anunciaba en mi última carta mi intención de entrar lo más pronto posible como empleado en una administración; es una resolución desesperada, absurda. Mi porvenir está perdido; estoy destinado á pu-

dirme sobre el asiento de una silla, á embrutecerme, á convertirme en una máquina. Entreveo vagamente estas tristes consecuencias, y siento un escalofrío semejante al que se experimenta cuando se prolonga demasiado un baño de agua fría. Afortunadamente me he detenido sobre el borde del abismo; mis ojos se han abierto, y he retrocedido espantado al sondear la profundidad del precipicio, al ver el aspecto de las rocas que me esperaban en el fondo. A la vista de esta vida oficinesca, de este sumidero, me he lamentado, he recurrido á todas partes pidiendo un consejo á grandes gritos. Sólo me ha respondido el eco, ese eco ridículo que repite nuestras palabras y que devuelve las cuestiones sin resolver, como para hacer comprender que el hombre no debe contar más que consigo mismo. He dejado caer la cabeza entre mis manos y me he puesto á reflexionar, á reflexionar seriamente. «La vida es una lucha—me he dicho,—aceptemos la lucha, y no retrocedamos ante las fatigas ni ante los disgustos.» Puedo examinarme, hacerme bachiller en ciencias, ingresaré en la Escuela Central y llegaré á ser ingeniero. «No hagas eso—me ha gritado una voz en el espacio,—la tórtola no anida con el gavilán, la mariposa no merodea sobre las ortigas. Para que el trabajo dé buenos resultados es necesario que sea agradable; para pintar un cuadro se necesitan de antemano los colores. Tu horizonte en lugar de agrandarse se empequeñece; tú has nacido para hombre de ciencia como no naciste para ser empleado. Tu espíritu dejará siempre el álgebra para lanzarse á vagar por otros lugares; ¡no hagas eso, no hagas eso!» Y como le preguntase angustiado, qué camino había de seguir... «Escucha—contestó la voz—mi consejo te parecerá absurdo, insensato: dijiste que retrocederías en vez de avanzar. En este mundo, hijo mio, hay ídolos ante los cuales todos sacrifican; hay escalones que cada uno sube, fatigándose tal vez inútilmente. Dí á grandes voces que eres un literato, se te pedirá tu diploma de

bachiller en letras. Sin diploma, no hay salvación; estas son las puertas de todas las profesiones; no se avanza en la vida más que á fuerza de diplomas. Si eres un tonto de remate, es ingenio formidable, tienes gracia; si eres un hombre de talento y la Facultad no te dió su certificado de tu inteligencia, eres un tonto. ¡A la labor, á la labor, mi querido hijo! Recomencemos nuestros estudios: *rosa*, la rosa, *rose*, de la rosa, etcétera. ¡Al asalto del precioso talismán! ¡A apoderarse de Virgilio y Cicerón! Esto no es más que un año, seis meses quizá, de un trabajo encarnizado; después un Homero y un Tito Livio en la mano, en pie sobre la brecha, rodeado de traducciones y de temas terminados, podrás gritar gloriosamente, agitando el bienaventurado pergamino: «¡Soy literato! ¡Soy literato!»

Y la voz calló, lanzando un grito de guerra.

Mi querido Baille: dejo la entonación épica y te repito en prosa prosaica que quiero hacer *más primeras pruebas*; una vez que tenga mi diploma quiero estudiar Derecho: es una carrera (puesto que hay necesidad de carrera) que simpatiza mucho con mis ideas. Me encuentro, pues, decidido á hacerme abogado; puedes estar seguro de que el interés del escritor se colocará sobre la foga. Ahora quiero venir á parar en esto: á pedirte á ti, que hiciste tus estudios sin ayuda de nadie que me digas en qué forma debo aprender el griego y el latín; en una palabra, lo estrictamente necesario para sufrir mi examen. Si, por ejemplo, debo hacer versos latinos, temas griegos, etc. Trabajaré en casa (no te rias; quiero trabajar), y no tomaré más que un profesor de repaso para que corrija mis trabajos. Ya ves perfectamente mi posición y puedes trazarme en pocas palabras una conducta; espero impaciente tu contestación; deja por un instante tu libro, dime lo que has hecho lo mismo con el latín que con el griego, y te lo agradeceré mucho.—Cuanto á mi bachillerato en ciencias, no lo abandono; cuando sea li-

cenciado en letras, pienso librar mi segundo combate en la Sorbona.

Aprobarás mi proyecto, estoy seguro. No hay más que un medio de llegar, siempre lo he dicho: el trabajo. El cielo me ha enviado un buen ángel que me lo ha revelado y no me dormiré. Es una tarea fatigosa; he dicho adiós por algún tiempo á mis bellos sueños dorados, seguro de verlos acudir en tropel cuando mi voz los vuelva á llamar en tiempos más venturosos.

Te deseo un Carnaval más alegre que el mío, que será, lo presumo, de los más pasables. Estoy bien; mi pipa se culota; te deseo una salud y una pipa que disfruten de las mismas ventajas.

Mis respetos á tus padres; te estrecha la mano tu estudioso amigo,

EMILIO ZOLA.

V

París, 14 de febrero de 1860.

Mi querido amigo:

Y á propósito de algunas palabras de tu respuesta á mis ideas sobre *El Amor*:

Tú exclamas en un hermoso rasgo: «¡Abajo los pensamientos carnales!» Cuidado; no vayas á jugar al personaje d'Armande en *Las mujeres sabias*:

«¿No concebís una palabra tal que una vez que se oye produce asco al espíritu, le hiere con una extraña imagen y arrastra al pensamiento por un paraje sucio?»

No quiere oír hablar de casamientos; la carne es una cosa inmunda, sólo el espíritu puede gustarle; es perfectamente ridícula. En un sentimiento tal como el amor, en que el alma y el cuerpo están tan íntimamente ligados, no se puede, á no ser por majadería, des-

cartar ni el uno ni la otra. El que descarta el alma es un bruto, el que descarta el cuerpo, un exaltado, un poeta á quien espera un guijarro en el camino. Sentado esto, veamos si la sociedad es tal como tú me la defines. Te concederé que al primer golpe de vista ella parece así; pero lo que no has querido comprender, lo que por tanto tenderé á demostrarte, es que en el fondo del corazón de cada individuo encontrarás el amor; hasta el más depravado tiene su hora en la que ama verdaderamente. En una palabra, la planta ha perdido sus más verdes hojas, sus más pomposos ramajes; todo lo que permanece fuera del sol, visible á la mirada, está muerto, pero la savia es todavía pujante y tarde ó temprano se verán surgir los nuevos brotes en vigorosa vegetación. Sí, sólo la superficie es impura; sí, los gérmenes del amor están y estarán siempre en el corazón del hombre. ¿Qué más deseas? ¿Por qué llorar y desesperarse? Si el médico á quien se llama se pone á sollozar ante el enfermo, ¿lo curará? Que gima si lo encuentra muerto, pero si nota en él un átomo de vida, que guarde su sangre fría y active en lo posible la curación. Y bien: el amor en el hombre es enfermedad y no muerte; cada uno debe ser para sí un verdadero médico, y lo mismo para los demás, si tiene voluntad y valor. Esto te consolará; viendo la enfermedad á tiempo, no se agranda mucho; habiendo encontrado un remedio, se piensa en la curación y esto constituye un consuelo. Mas, ¡por Dios! no vayas á gritar que todo está perdido, que el mundo no es más que un cenagal donde se estancan todos los corazones jóvenes. Para tu propia tranquilidad te aconsejo examinar, sin preocupaciones el estado presente y lo que pueda ser el porvenir. Nuestro siglo no es más perverso que otro, lo que prueba que no ha sido bueno y que el futuro nos espera sin duda. Pero volvamos al asunto: puesto que hablo de enfermedades, hace falta que precise y que hable de remedios. La enfermedad, á mi ver, de-

pende sobre todo de esto: los jóvenes llevan una vida poligámica. Dije antes que en el amor el cuerpo y el alma están íntimamente ligados; el verdadero amor no puede existir sin esta alianza. En vano es que tú quieras amar con el espíritu; llegará el momento en que ames con el cuerpo, y esto es justo, y natural. Ahora bien: la vida poligámica excluye por completo el amor del alma y por consiguiente el amor. No se puede poseer un alma como se posee un cuerpo: la prostituida te vende su cuerpo y no su alma, la jovencita que se te entrega al segundo día no puede amarte con el alma. Es indispensable para esto que te conozca desde largo tiempo: que haya sido flechada por alguna de tus buenas cualidades y desde este día te respondo de que te querrá con todo su cuerpo y con toda su alma. Ya ves que la vida poligámica no puede acomodarse con el amor: esto no es mariposar de mujer en mujer como se hace en esta época, en que se puede tener tiempo para darse á conocer y para conocerse á sí mismo. Los acoplamientos venturosos son raros: es verdad. Pero cuando ocurre que los esposos no han conocido el amor más que á su manera, resultan extraños de corazón, y, si continúan por el mismo camino, serán siempre desgraciados. Pero pon juntos á un muchacho y una muchacha, los primeros que encuentres al paso: los dos son hermosos y se aman con el cuerpo; eso no es todavía el amor. Luego descubren recíprocamente sus cualidades (aunque no las tengan) y por poco que los caracteres congenien, con que no tengan grandes defectos, se amarán con el alma; se amarán verdaderamente, completamente. Comprender lo que se ama es hacerse comprender: ahí tienes, el gran problema; vé por qué precisa atacar á una mujer y no á todas, estudiar es hacerse estudiar, pasar los años fallidos para llegar á esta felicidad que según tu afirmación es tan rara. ¿Quién tiene la culpa de que no seas feliz? Tú, que conoces la enfermedad y su remedio y

no quieres curar.—No es el amor el raro, es el sentido común y la razón. El agua de lluvia, derramada es inútil; mi padre construyó una especie de alberca y ahora todas las gotas perdidas se reúnen y forman un lago que fecunda las praderas. Tiramos nuestro amor, lo arrojamos á pedazos á la primer sultana de nuestros innobles serrallos, cuando podríamos amarlo y verterlo en un solo corazón donde germinaría y produciría hermosos frutos. Y los hombres obran lo mismo que las mujeres.—Te lo repito una vez más: el amor no es raro, lo verdaderamente raro es la razón.

Me escribiste hace tiempo una carta donde sollozabas y gritabas desesperado: «¡He perdido á mi Eurídice; he perdido mi ideal!» Hago memoria de haber dedicado al mismo asunto unos versos bastante malos. No me sorprenden esos llantos recordando lo que que piensas de la sociedad. No ves más que libertinaje en las ciudades y embrutecimiento en el campo. Por todas partes el sexo—dices tú;—por ninguna parte la mujer. Por consecuencia, el alma no existe. Llorad, ojos míos, llorad; siento correr por mi epidermis el escalofrío de que nos habla Job; la tierra no es más que un valle de dolor; que se me entierre y no hablemos más. Y aseguras que después de las observaciones de que hablas has vivido en el campo y te afirmas en tus opiniones. Permíteme que te diga que te mientes á ti mismo. Has visto bien á las jovencitas, pero no has conocido á una sola. Has obrado como la mariposa que va de flor en flor y que cuando ve secarse las corolas no comprende el divino misterio que se ha cumplido en sus senos, y huye y afirma que no son ya buenas para nada. Lee á Michelet y él te dirá mejor que yo, lo que no puedo decirte aquí; y cuando hayas leído su libro consolador, no gritarás tan alto y juzgarás menos severa, menos injustamente á la mujer de estos tiempos. Dos palabras más y abandonemos este asunto: aun no sé cuál

es el ideal que has perdido; pero hasta ahora yo te he conocido uno monstruoso: el ideal del vicio. Tú has vuelto el antejo y este fango que te parecía tan lejano, apenas visible, se encuentra tan próximo (mucho más cerca de lo que realmente está), que distingues en él las más aterrantes podredumbres. Te pierdes en las nubes y no quieres descender á la tierra; lo mejor será, no obstante, quedarse sobre ella y no exagerar ni el bien ni el mal.

Pero me dejo llevar por este asunto y no voy á poder hablarte de otra cosa. Verdad es que esta cuestión necesitaria volúmenes y que yo quisiera decírtelo todo á la vez. Es muy posible que á cada paso atropelle la lógica; confieso humildemente que no la he estudiado nunca.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido á este joven, y á pesar de ello me afecta la noticia. Siempre que un joven desaparece, lo lamento, ¡tal vez hubiera sido grande y bueno para sus semejantes! No conocerá los dolores de la vida, pero tampoco podrá conocer sus alegrías. Entretanto ya conoce la gran palabra, el misterio insondable, el misterio que hace retroceder con espanto. Cuando se sumerge el espíritu en estas reflexiones, se pone el cabello de punta y no se sabe si se debe llorar ó envidiar á los muertos.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido tro más indeciso que nunca. La vida se presenta á mis ojos con su aterrante realidad, con su porvenir desconocido. Cerca de mí no hay nadie que me sostenga, ni mujer ni amigo. Y no es culpa mía, si vacilo, si mi resolución de hoy oscurece la de ayer. ¿Quién me indicará un camino derecho, sin demasiadas espinas, para que mis pies no se desgarrén antes de llegar á la meta? Tú marchas con los ojos fijos en un punto sin que te distraiga lo que pasa á tu alrededor; llegarás, estoy seguro. Pero yo con mi carácter, con mi pereza (llamemos á las cosas por sus

nombres), mi inteligencia se pierde en vanos ensueños y hasta que me revele me encontraré sin profesión, sin fortuna, sin talento.—¡Un poco de valor, Dios mío!

Me causarás gran placer hablándome de Julienne y de Baptistine. Quiero conocer las travesuras del querido Edgardo y las monadas y gestos de la niña.

«Bajo mi sayo al rey mato.»—¡Oh candor! ¿dónde vas á anidar?

Ya te he dicho que esta intriga me repugna, pero no nos hagamos más santos de lo que somos. Estamos llenos de defectos y por mi parte confieso una gran curiosidad.

Me escribirás todo lo que resulte de esto después de Carnaval. Esta será tu cuaresma, ya que tanta fatiga sufres al coger la pluma. Si no quieres disgustarme no me olvides; y si puedes escribirme más legiblemente, te comprenderé y te responderé mejor. Háblame de Aix, de mis raros amigos, de ti sobre todo.

Tu repito que me enfadaré seriamente si no me escribes. Y pongo punto á esta cuestión.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI

"ALFONSO BAYES"

París, 20 de febrero de 1860. EN EL MEXICO

Mi querido amigo:

Te escribí últimamente una carta que debió llegar á Marsella el Miércoles de Ceniza, carta que se ha cruzado con la tuya. Espero que el señor Maubert te la habrá enviado fielmente; de todos modos te dirijo esta á casa del nuevo intermediario que me designas, y para más seguridad te participo otra vez que he cambiado de domicilio y que en lo sucesivo

es el ideal que has perdido; pero hasta ahora yo te he conocido uno monstruoso: el ideal del vicio. Tú has vuelto el antejo y este fango que te parecía tan lejano, apenas visible, se encuentra tan próximo (mucho más cerca de lo que realmente está), que distingues en él las más aterrantes podredumbres. Te pierdes en las nubes y no quieres descender á la tierra; lo mejor será, no obstante, quedarse sobre ella y no exagerar ni el bien ni el mal.

Pero me dejo llevar por este asunto y no voy á poder hablarte de otra cosa. Verdad es que esta cuestión necesitaria volúmenes y que yo quisiera decírtelo todo á la vez. Es muy posible que á cada paso atropelle la lógica; confieso humildemente que no la he estudiado nunca.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido á este joven, y á pesar de ello me afecta la noticia. Siempre que un joven desaparece, lo lamento, ¡tal vez hubiera sido grande y bueno para sus semejantes! No conocerá los dolores de la vida, pero tampoco podrá conocer sus alegrías. Entretanto ya conoce la gran palabra, el misterio insondable, el misterio que hace retroceder con espanto. Cuando se sumerge el espíritu en estas reflexiones, se pone el cabello de punta y no se sabe si se debe llorar ó envidiar á los muertos.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido tro más indeciso que nunca. La vida se presenta á mis ojos con su aterrante realidad, con su porvenir desconocido. Cerca de mí no hay nadie que me sostenga, ni mujer ni amigo. Y no es culpa mía, si vacilo, si mi resolución de hoy oscurece la de ayer. ¿Quién me indicará un camino derecho, sin demasiadas espinas, para que mis pies no se desgarrén antes de llegar á la meta? Tú marchas con los ojos fijos en un punto sin que te distraiga lo que pasa á tu alrededor; llegarás, estoy seguro. Pero yo con mi carácter, con mi pereza (llamemos á las cosas por sus

nombres), mi inteligencia se pierde en vanos ensueños y hasta que me revele me encontraré sin profesión, sin fortuna, sin talento.—¡Un poco de valor, Dios mío!

Me causarás gran placer hablándome de Julienne y de Baptistine. Quiero conocer las travesuras del querido Edgardo y las monadas y gestos de la niña.

«Bajo mi sayo al rey mato.»—¡Oh candor! ¿dónde vas á anidar?

Ya te he dicho que esta intriga me repugna, pero no nos hagamos más santos de lo que somos. Estamos llenos de defectos y por mi parte confieso una gran curiosidad.

Me escribirás todo lo que resulte de esto después de Carnaval. Esta será tu cuaresma, ya que tanta fatiga sufres al coger la pluma. Si no quieres disgustarme no me olvides; y si puedes escribirme más legiblemente, te comprenderé y te responderé mejor. Háblame de Aix, de mis raros amigos, de ti sobre todo.

Te repito que me enfadaré seriamente si no me escribes. Y pongo punto á esta cuestión.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI

"ALFONSO BAYES"

París, 20 de febrero de 1860. EN EL MEXICO

Mi querido amigo:

Te escribí últimamente una carta que debió llegar á Marsella el Miércoles de Ceniza, carta que se ha cruzado con la tuya. Espero que el señor Maubert te la habrá enviado fielmente; de todos modos te dirijo esta á casa del nuevo intermediario que me designas, y para más seguridad te participo otra vez que he cambiado de domicilio y que en lo sucesivo

debes escribirme á la calle Nueva de San Esteban del Monte, núm. 21.

Tengo poco tiempo y procuraré sobre todo convencerte de que sólo mi pereza es la causa de mi silencio y trataré de disculparme de la acusación de discreción extremada.

Pareces dar á entender que tus cartas me aburren y que por eso no te contesto. Verdaderamente debía ser yo el que me enfadase por esa suposición. Cuando te escribía carta sobre carta durante la última primavera y recibía todos los meses apenas diez líneas de contestación, ¿te dije jamás tan grande tontería? Te repito que desde el jueves, día de Todos los Santos, se ha operado en mí un gran cambio. Yo era antes perezoso, pero perezoso por ilusión, por sentimiento artístico. Ahora, ya no hay nada de eso; soy brutalmente perezoso como todo el mundo, porque el trabajo me fatiga y prefiero el aburrimiento. No es esto decir que no tenga mi sol y mi lluvia, mis días buenos y malos; pero cuando estoy alegre, río y corro huyendo de la pluma y del papel y cuando estoy triste, me enfurezco, hago el oso, me meto en un rincón teniendo el placer de fastidiarme y de fastidiar á los demás. Esto no es más sino que un sueño con vosotros, amigos míos, y si sueño es para echaros de menos, para pensar en nuestras diversiones, que probablemente no volverán ¡ay! á renovarse. De esta manera voy difiriendo de un día para otro una carta, teniendo demasiadas cosas que deciros, acabando por no decir una sola, retrocediendo ante una de esas banalidades que desde hace tres años veis en mí. Tal es la causa de mi silencio y eres un loco en dudar de mi amistad por la tardanza de mis tontas máximas, y de mis digresiones, aun más pueriles, sobre el amor, sobre el ideal y sobre la realidad. Empiezan á fatigarme todas estas cosas por escrito. De vez en cuando te he dicho que mi pluma expresa muy imperfectamente mis ideas y mis sentimientos. Como noto esta imperfec-

ción la arrojo frecuentemente con cólera. Os escribo y encuentro el medio de hablaros de todo, menos de lo que os quisiera hablar. Quisiera abriros mi corazón, deciros que lo hace palpitar todo lo grande y noble, la amistad, el amor, el sentimiento de la belleza, y por esto mismo aumentar vuestra estimación y ligaros para siempre á mí por los lazos de una estrecha simpatía. Pero no puedo: la frase que busco se me escapa, y en su lugar viene á colocarse una tontería; ya es el amor á la forma el que me empuja y me hace, por emplear un giro que me gusta, omitir las palabras que salen del corazón; ya es la paradoja, la afectación de una alegría que no he sentido jamás. Entonces, maldigo esta profesión de escribir; me digo que lo que es bueno para el público no puede satisfaceros. Rechazo el papel, no me puedo ocupar en escribiros, y pienso que un largo apretón de manos á tu llegada será más significativo que todas las cosas que pudiera haberte escrito hasta ahora.

Cuanto á mi excesiva discreción ni es un falso orgullo ni una falta de confianza. Cuando nos encontramos al principio de nuestro camino, é impulsados por una fuerza desconocida, nos dimos la mano jurando no separarnos jamás, ninguno nos preguntamos por nuestras riquezas ni por nuestros amigos. Lo que buscábamos era la riqueza del corazón y del espíritu, y, sobre todo, este porvenir que nuestra juventud nos hacía entrever tan brillante. En una palabra nos conocimos mutuamente y esto nos bastaba. Después hemos crecido é ignorado siempre todas las necesidades materiales, hemos continuado como en otro tiempo correspondiéndonos con el alma, sin pensar siquiera que teníamos un cuerpo. Por fin hoy nos damos cuenta de que hay en nosotros dos seres: el uno todo sentimiento y el otro, por el contrario, todo materia; el primero, nuestro amigo, aquel que conocíamos hace tanto tiempo; el segundo el que tiene conciencia de su ser que agobia, que lamenta el hambre y que nos



obliga á trabajar para buscar el pan. Esta parte de mí mismo que desconocían mis amigos he continuado ocultándosela antes por hábito que por ninguna otra razón. Comprendo perfectamente tu deseo de conocerme por completo, y yo mismo tendré esta curiosidad, cuando empieces á cubrir por tu esfuerzo las necesidades materiales de la vida. Para ponerte al corriente de todo no tengo más que decirte dos palabras: tengo veinte años y me encuentro todavía al cargo de mi madre que á duras penas puede sostenerse ella misma. Me veo obligado á buscar trabajo para comer y este trabajo no lo he encontrado todavía, sólo espero tenerlo pronto. Tal es, pues, mi posición: ganar el pan sea como fuere y, si no quiero decirle adiós á mis sueños, ocupar la noche en mi porvenir. La lucha será larga, pero no me aterra; siento en mí alguna cosa, y si en realidad esa cosa existe, tarde ó temprano, amanecerá el gran día. Acaban, pues, los castillos en el aire; una lógica estrecha: ante todo comer; después, ver lo que hay en mí: tal vez hay mucho, quizá nada, y si me he equivocado, continuaré comiendo con mi empleo obscuro y pasaré como tantos otros, con mis lágrimas y mis sueños, por esta pobre tierra.

Esta es una cuestión delicada que quiero, á pesar de ello profundizar. Algunas veces, y hasta en tu última carta me parece que pones tu bolsa á mi disposición. ¡Pobre bolsa! ¡Bolsa de colegial que apenas será bastante á los menudos placeres! Por otra parte, en casa de mi madre encuentro lo necesario, y á no ser porque lo superfluo es algunas veces una necesidad, no tendría que lamentarme nunca de la falta de dinero. ¡No importa! Lo repito: creo que me ofreces dinero, y á esto es á lo que voy á contestarte con toda franqueza: si tienes, no demasiado, mas lo bastante para hacerme participar de él, si puedes hacer esto sin agobiar á tus padres, acepto lo que me ofreces á título de préstamo.—Mi silencio sobre este

punto hubiera podido disgustarte, y, por otro lado, creo que rehúsar después de haberte hecho conocer mi posición, podría parecerte el resultado de un orgullo mal entendido.

Mi vida presente es ésta: vivo en una casa de huéspedes; el alojamiento que ha tomado mi madre es demasiado pequeño. Esto me disgusta bastante. Trabajo un poco, y leo á ratos á Montaigne en el que gusto el dulce y tolerante encanto de la filosofía.

Si tardas mucho en contestarme, te escribiré de nuevo. Aguardo á Cézanne y espero recobrar un poco de mi alegría de otro tiempo cuando esté aquí.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

París, 17 de marzo de 1860.

Mi querido Bautista:

A veces me irrito con mi aburrimiento diario. Me trato de imbécil y me pruebo que soy yo mismo la causa de mis tristezas. Tengo la mejor de las madres, y además tuve la fortuna de encontrar en este fangal de discordia dos amigos con los cuales simpatizo. ¡Cuántos se considerarían felices con la mitad de estos bienes! ¡Cuántos se contentarían con estas amistades puras, sin buscar otra cosa, sin alimentar deseos, tal vez imposibles de satisfacer! Mi suerte es una buena suerte, y á pesar de ello, la desdén, la considero como una cosa merecida, como algo que le corresponde á cada cual en este mundo. Me encuentro solo; mi madre y mis amigos desaparecen ante mis ojos, y lloro sobre mi aislamiento, y me pregunto cuál es el término de todos estos disgustos y la razón de mi existencia. Acuso al cielo de habernos creado de tal forma, que el cuerpo se esconde siempre del alma; entra mi vecino con la miel en la boca, me saluda

y me sonrío y yo pienso que lleva la animosidad en su corazón; me acaricia mi perro y creo ver sus dientes prestos á mordirme; mi amada me abraza y me jura ternura eterna y me pregunto si no me estará preparando en aquel momento una infidelidad. ¿Cómo decírtelo? Este es mi tormento diario, y creo que sería perfecta mi felicidad, si me fueran descubiertas las almas de los que conmigo se codean. Cuando mi amada está cerca de mí, yo aplico mi oído á sus labios y escucho su aliento; su aliento no me dice nada y me desespero. Apoyo mi cabeza en su pecho y siento palpar su seno y escucho los sordos latidos de su corazón, á veces creo sorprender la clave de este lenguaje, pero no es más que el fango que se agita, y me desespero. Ahí tienes la verdadera causa de mi aislamiento; entre la gente que me rodea no veo ni una sola alma, sólo distingo prisiones de arzilla; y mi alma se desespera ante su inmensa soledad, y se entristece cada vez más. ¡Cuántas veces he acusado al cielo de habernos hecho así, de haber permitido la mentira eterna, ocultando al sér sin hacerle brillar! ¿Qué me importa la belleza del vaso si el perfume que contiene es nauseabundo, y cómo me voy á asegurar de su olor suave? Adoro religiosamente la forma, para mí la belleza es el todo. Pero no hay que confundir: este amor á la línea no es más que un amor de artista: un cuadro, una estatua, objetos inanimados, son evidentemente, por su mérito, mejores que las bellezas materiales; si se me presentase una Venus de Milo, en carne y hueso, probablemente me prosternaría ante la copia de la célebre estatua; pero estoy seguro de que mi alma divaga. Esta divina criatura miente, sin duda; en relación á la belleza de su materia está la fealdad del soplo que la anima; sus grandes ojos, tan dulces, mienten, miente su boca diminuta; esos senos, esos divinos contornos, ese conjunto perfecto, mienten.—Este es mi gusano roedor, que no experimenta nunca dulces sensaciones y

que me ha marchitado con su baba inmundada. Este gusano no ha llegado hasta vosotros, amigos míos, aunque haya pretendido mancharos; pero si no ha atacado á la amistad que me tenéis, si no procuro alejarme de vosotros, por lo menos, por detalles insignificantes, ha venido como siempre á murmurarme al oído que no me decís la verdad. Que por Dios no os desagrade mi franqueza; ante todo compadece de mí y cuando vengáis procurad curarme. Codearse los unos con los otros sin conocerse jamás sino por un cambio banal de banales palabras; tal es la vida humana. ¡Jamás, jamás puede uno unir su alma á otra alma! ¡Se experimentan arranques de ternura, palpitaciones de amor, pero nunca sabéis si sienten del mismo modo por vosotros! ¡Cogéis entre vuestros brazos á vuestra amada, apretáis su cuerpo al vuestro, sus labios á los vuestros, hacéis estremecer los dos cuerpos concertadamente; pero si se estremece vuestra alma, nunca comprende si la del sér amado la ha correspondido! ¡Ah! ¡que no se pueda abrir este pecho al que la voluptuosidad aprisiona, que no se pueda escudriñar hasta el corazón y ver si ese corazón os abraza también con amoroso lazo! El hombre se encuentra solo, solo sobre la tierra. Lo repito: las formas para los ojos, pero me voy convenciendo de que cada cual vive en un vasto desierto.

Desde hace algún tiempo saboreo otro tormento. Si en mi soledad llamo á la Musa, esa dulce consoladora, la Musa no me responde. En otro tiempo cuando tomaba la pluma me parecía que á mi alrededor revoloteaba un sér amigo. Este espíritu, este soplo—me decía—es para mí un alma que no esconde el cuerpo; no dudaba de ella y jamás se me ocurrió acusarla de engañadora. Entonces no estaba tan solo; había encontrado al fin la verdad, me sentía consolado y escribía amorosamente todo lo que mi demonio familiar me dictaba. Ahora ¡ay! no cuento con nada de eso; cuando escribo me encuentro solo, completamen-

ta solo. La Musa me ha abandonado, ya soy yo solo el que versifica, y desgarró con disgusto cuantos versos hago. En vano esfuerzo mi espíritu; no consigo ver más distintamente mis pensamientos; diríase que un velo cubre las ideas que quiero expresar; mis versos no son ni vigorosos ni limpios, y si algunas veces esclarezco algunos, las transiciones que los ligan son largas y fatigosas. No es esto que la inspiración haya muerto en mí; en mis horas de ensueño, mi espíritu es todavía tan pujante como solía, todas mis concepciones son aún grandes. Los que me faltan son los medios materiales de expresión, la ordenación del asunto y el mecanismo del verso, ó más bien, la Musa, el espíritu que me dictaba en otras ocasiones y que me deja solo ahora con mis cortos medios. A Dios gracias, no es esto—yo lo creo así—más que una época de transición. A veces no sé si debo congratularme de lo que me ocurre. El arte me transporta siempre, yo siento y comprendo la belleza y si rompo las cuartillas en que escribo mis versos es porque éstos no me satisfacen, porque reconozco que debo, que puedo hacerlos mejores. El todo está en encontrar este mejoramiento; con valor se llega siempre, sobre todo cuando se tiene conciencia de lo que se busca.—No obstante estas horas en que el poeta duda son horas tristísimas. Esta lucha sorda que se entabla entre él y la Musa rebelde, tiene desesperaciones terribles. Hay momentos en que todo lo que escribo me parece pueril y detestable, en que todos mis pensamientos, todos mis proyectos para el porvenir me parecen sin ningún mérito. Tendría gran necesidad de ser alentado, yo no mendigo elogios, pero si se publicase una de mis obras y en medio de las más justas censuras se me aconsejase perseverar sin miedo y no abusar de las esperanzas que pueden abrigarse respecto á mí, me parece que trabajaría mucho mejor. Permanecer siempre desconocido es llegar á dudar de sí; nada engrandece tanto los pensamientos

de un autor como el éxito. No importa que para ser como se debe trabaje yo todavía; soy joven, y si los últimos meses que me acaban de transcurrir me han sido dañosos, no habrán ahogado en mí toda poesía. La siento estremecerse en mí: no falta más que un buen día, un suceso venturoso para que florezca de nuevo. Cuento mucho con la venida de Cézanne.

Pero estoy hablando de mí hace mucho tiempo, y, á pesar del interés que me inspiras, he consagrado á mí las ocho páginas enteras. Largo tiempo hace que presencio el combate que libran en tí el arte y las matemáticas. Antes el arte te exaltaba y maldecías el álgebra; ahora te entusiasman las matemáticas, y el arte, sin desaparecer completamente no es en tus cartas más que una concesión hecha á mi título de poeta. Esta lucha me interesaba en grado sumo, y me daba el placer que debe sentir el operador al experimentar *in anima vili*, cuando pensaba de pronto que mi *anima vili* (no te garantizo mi latín) era mi íntimo amigo, uno de los dos solos con los cuales este título tiene todos los sentidos á mis ojos. Creí entonces que no debía llevar más lejos mis observaciones y te diré lo que pensé de toda esta lucha. No discutiré cuál de los dos, el arte ó las matemáticas, predominan; mi fin no es otro que el de llevar un poco de paz á un amigo y poner de acuerdo las dos partes beligerantes. Hubo un instante en que te creí salvado: habías entrevisto el medio que te propuse. En una de tus cartas me decías: es preciso poder hacer *matemáticas en poesía y en filosofía*; es decir: he comprendido por fin la poesía, la filosofía de la ciencia; no me detengo en las minucias clásicas, esa alegría de los pedantes; considero el espíritu humano en lucha con las leyes del mundo y descubriéndolas con la ayuda de la ciencia; considero al espíritu humano en lucha con la verdad y encontrándola con el auxilio de la ciencia; la ciencia en su conjunto grandioso, tiene, pues, también su poesía y su filosofía, y puesto que

me siento atormentado por una necesidad de belleza, no pudiendo entregarme al arte propiamente dicho, voy á pedir á la ciencia esta belleza, este ideal.—El razonamiento era bueno; todo lo que sostenías era verdad; yo veía con regocijo la lucha asegurada y terminada con un desenlace venturoso, cuando tu última carta ha venido á turbar de nuevo mi tranquilidad. La lucha dura, y lo que es peor te hace dudar de nuestra amistad, porque, fijate en una de tus frases: «*Cuando me veáis incapaz de expresar el arte al exterior, ya fuera por la pintura ya por la poesía, ¿no me creeréis indigno de vosotros?*» ¿Cómo pudiste juzgarnos tan sistemáticos que te rehusásemos la mano por la sola razón de que no fueras un compañero? ¿Es, acaso, que los poetas y los pintores son las únicas personas honradas? Más bien somos nosotros los que te podríamos decir: «*Cuando nos veas incapaces de crear una posición, ¿no nos creerás indignos de ti á nosotros, los pobres bohemios, el pintorzuelo y el escritorzuelo?* Y esta frase, ya lo sé, te encolerizó, efecto parecido al que me produjo la tuya, mas yo te debía bien esto, por mi grosera injuria. Esta digresión me ha distraído de mi objeto. Yo anhelaba entrever una conciliación entre el arte y las matemáticas y tú te salías de la cuestión. Mi consejo es, pues, el siguiente: durante los seis meses que te quedan que pasar en el colegio, sigue el camino que te has trazado; haz matemáticas en poesía y en filosofía. Después, cuando seas libre, te consultarás y tomarás la ruta que te plazca; sólo te aconsejo que madures bien tu proyecto; nada es tan difícil como retroceder cuando se ha puesto uno en marcha.

Acabo de releer las seis páginas ya escritas y encuentro en mi prosa los mismos defectos que critico en mis versos. Os digo lo que quiero decirlos, pero lo digo mal. En mi concepto, la expresión no es justa y las transiciones son torpes. ¡Cómo voy envejeciendo, Dios mío! Lejos de estar extenuado—sólo los

tontos lo están,—yo veo no obstante que mi cabeza se encorva bajo el peso de mis observaciones diarias. Pero cuando en medio de mis tristes pensamientos recuerdo de pronto el brillante porvenir de nuestras hermosas vacaciones, siento como si una fresca brisa viñiese á besar mi frente. ¡Ah! ¡es un ángel de alas de oro este bello porvenir! Como me acaricia dulcemente y me encuentro sólo, sus sonrisas ponen en huida mis negras ideas. Me parece que la Musa acudirá de nuevo á mi voz, si la llamo para describir una de esas aventuras que sueño tan placenteras y tan dulces al corazón. Es probable que ponga este pensamiento en ejecución y trate de dar una pareja á Paolo en una composición en verso titulada *La Aérea*.

Últimamente he recibido una carta de Cézanne en la que me dice que su hermanita está enferma y que no espera poder llegar á París hasta primeros del mes próximo. Podrás, pues, verlo todavía durante tus vacaciones de Pascua. Bebed por última vez una buena botella, fumad una buena pipa, y júrale que vendrás á encontrarnos en el mes de septiembre próximo. Podremos formar entonces una pléyade de raras y pálidas estrellas, es verdad, pero brillantes á fuerza de unión. Como dice nuestro viejo: (1) No habrá sueños ni filosofías comparables con nosotros. Veo avanzar esta época como una de las épocas más venturosas, y creo no equivocarme.

Me pides que ponga los puntos sobre las *ies* en lo que se refiere á mi empleo, y me parece justo satisfacer tu natural y legítima curiosidad. La colocación que busco es sencillamente la **primera** que se presente; como no quiero colocarme para que mi empleo sea mi porvenir, poco me importa que mi ocupación presente lo tenga ó no. Con tal de ganar mil doscientos francos anuales que es todo lo que me hace falta, no me in-

(1) Este viejo era Pablo Cézanne.

quieta la idea de esperar los ascensos. Repito que este empleo no es para mí más que un medio de comer, un medio que aunque de poca importancia me sea bastante. No quiero malograr inútilmente mi porvenir. Como dirigiéndome exclusivamente á la Musa moriría de hambre antes de ser conocido, estoy obligado á pedir mi pan por otra parte, mientras continuo creando mi posición futura para la poesía.

Puede ser que esta última parte de mi proyecto sea un sueño; pero me bastará con mi modesto empleo para comer y habré seguido hasta el fin mi divisa: *Todo ó nada*. Como otros detalles te diré que busco este empleo en un servicio activo, por ejemplo, un servicio de vigilancia; en fin es probable que sea colocado dentro de unos días en un ferrocarril, para lo cual he presentado mi instancia.

Espero una carta tuya á principios de abril, es decir: una carta escrita durante tus vacaciones en Aix. Yo te escribiré después la llegada de Cézanne. Por otra parte esta época está bastante próxima. Dame, pues, algunas noticias sobre Aix y sus habitantes.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Te aconsejo leer y estudiar á Montaigne. Te aseguro que saboreo con deleite su filosofía y estoy persuadido de que te satisfará lo mismo. Lee, sobre todo, su capítulo: *Del colegio de niños*. ¡Qué rudo revólcon á nuestra enseñanza clásica!

### VIII

París, 2 de mayo de 1860.

Mi buen viejo:

Creo que los poetas y los novelistas han abusado demasiado del drama en el amor. No parecen ocuparse

más que del momento crítico, del instante que la pasión estalla, salvaje y desmelenada. Se diría una montaña con dos vertientes: la una, de pendiente dulce y florida, no tiene más que valles deliciosos, arroyuelos que murmuran bajo la hierba, aves que cantan en los breñales, por donde, lejos de sentir fatiga alguna al trepar, se siente que el pecho se dilata al aproximarse al cielo. Se camina, se camina siempre, impaciente de perderse en las nubes; mas cuando se está en este sueño, cuando cree uno sentir que posee alas, no sé qué fatalidad os impulsa á descender por la otra vertiente. ¡Y qué descenso, Dios mío! Aquello no es más que zarzales, abismos sin fondo; la pendiente es áspera, y se rueda en lugar de marchar. Los señores novelistas hacen subir esta montaña á cada uno de sus héroes; éste la sube más ó menos ligero, aquél la desciende con más ó menos rapidez. Pero todos la deben subir; es la regla general. Ellos me dirán: la realidad es la que lo quiere; nosotros no hacemos otra cosa que pintar á los hombres, y, si se parecen todos, si todos tienen la locura de amar demasiado primero, para no amar después, tanto peor para ellos. Y tendrán alguna razón estos estimables señores. Es verdad que son nuestros insensatos sueños y nuestros deseos imposibles de satisfacer los que con frecuencia causan nuestras desdichas cuando tropezamos con la vida real. Pero la novela no tiene como fin único pintar, debe también corregir y es una pobre corrección esta de pintar un poco para corregir un día. Hay mucha gente, yo lo afirmo, que se considerarían dichosos con poder tener las cualidades de un héroe de novela á riesgo de tener sus defectos. Yo creo que á un hombre que está en cura no debe mostrársele brutalmente su mal; antes, al contrario, debe hacérsele ver la felicidad de que gozaría de haber seguido el buen camino. Por consiguiente, nada de montaña que subir, nada de montaña que bajar; un gran plano bien alisado, bien fértil, menos agra-

quieta la idea de esperar los ascensos. Repito que este empleo no es para mí más que un medio de comer, un medio que aunque de poca importancia me sea bastante. No quiero malograr inútilmente mi porvenir. Como dirigiéndome exclusivamente á la Musa moriría de hambre antes de ser conocido, estoy obligado á pedir mi pan por otra parte, mientras continuo creando mi posición futura para la poesía.

Puede ser que esta última parte de mi proyecto sea un sueño; pero me bastará con mi modesto empleo para comer y habré seguido hasta el fin mi divisa: *Todo ó nada*. Como otros detalles te diré que busco este empleo en un servicio activo, por ejemplo, un servicio de vigilancia; en fin es probable que sea colocado dentro de unos días en un ferrocarril, para lo cual he presentado mi instancia.

Espero una carta tuya á principios de abril, es decir: una carta escrita durante tus vacaciones en Aix. Yo te escribiré después la llegada de Cézanne. Por otra parte esta época está bastante próxima. Dame, pues, algunas noticias sobre Aix y sus habitantes.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Te aconsejo leer y estudiar á Montaigne. Te aseguro que saboreo con deleite su filosofía y estoy persuadido de que te satisfará lo mismo. Lee, sobre todo, su capítulo: *Del colegio de niños*. ¡Qué rudo revólcon á nuestra enseñanza clásica!

### VIII

París, 2 de mayo de 1860.

Mi buen viejo:

Creo que los poetas y los novelistas han abusado demasiado del drama en el amor. No parecen ocuparse

más que del momento crítico, del instante que la pasión estalla, salvaje y desmelenada. Se diría una montaña con dos vertientes: la una, de pendiente dulce y florida, no tiene más que valles deliciosos, arroyuelos que murmuran bajo la hierba, aves que cantan en los breñales, por donde, lejos de sentir fatiga alguna al trepar, se siente que el pecho se dilata al aproximarse al cielo. Se camina, se camina siempre, impaciente de perderse en las nubes; mas cuando se está en este sueño, cuando cree uno sentir que posee alas, no sé qué fatalidad os impulsa á descender por la otra vertiente. ¡Y qué descenso, Dios mío! Aquello no es más que zarzales, abismos sin fondo; la pendiente es áspera, y se rueda en lugar de marchar. Los señores novelistas hacen subir esta montaña á cada uno de sus héroes; éste la sube más ó menos ligero, aquél la desciende con más ó menos rapidez. Pero todos la deben subir; es la regla general. Ellos me dirán: la realidad es la que lo quiere; nosotros no hacemos otra cosa que pintar á los hombres, y, si se parecen todos, si todos tienen la locura de amar demasiado primero, para no amar después, tanto peor para ellos. Y tendrán alguna razón estos estimables señores. Es verdad que son nuestros insensatos sueños y nuestros deseos imposibles de satisfacer los que con frecuencia causan nuestras desdichas cuando tropezamos con la vida real. Pero la novela no tiene como fin único pintar, debe también corregir y es una pobre corrección esta de pintar un poco para corregir un día. Hay mucha gente, yo lo afirmo, que se considerarían dichosos con poder tener las cualidades de un héroe de novela á riesgo de tener sus defectos. Yo creo que á un hombre que está en cura no debe mostrársele brutalmente su mal; antes, al contrario, debe hacérsele ver la felicidad de que gozaría de haber seguido el buen camino. Por consiguiente, nada de montaña que subir, nada de montaña que bajar; un gran plano bien alisado, bien fértil, menos agra-

dable, es verdad, que la primera vertiente, pero no presentando los precipicios horribles de la segunda. Es decir que el amor no será la felicidad de un instante destruida por la desolación del resto de la vida, sino que, en una palabra, será una felicidad apacible, no pidiendo demasiado para obtener mucho; una amistad apasionada si me es lícito expresarme así. Tal estudio le quitaría interés; ahí está *Pablo* y *Virginia* para probarlo; es verdad que el autor acaba por hacer morir á *Virginia*; esto á mis ojos, es una equivocación, y no veo por qué estos fraternales amantes no habían de continuar su idilio en el matrimonio; no hubiera sido éste el amor *ingenuo*—y es esto lo que ha determinado al autor á matar á su heroína,—pero hubiera podido ser un amor placentero. Se me gritará de nuevo: «Usted no es razonable; está en lo falso; ese amor no existe.» ¡Oh buenos autores! ¿de qué os inquietáis? Pensad, pues, en no decir más que verdades, nada de inventar y mostrarnos el corazón humano al desnudo. En realidad yo tengo menos orgullo que vosotros y he confesado que jamás logré comprender perfectamente un ejemplar de la raza humana. Por otra parte, me concederéis, que en vuestro libro os pertenece la parte de la invención; pues bien, yo emplearía esta parte, no en la terrible que tiene la pasión, sino en lo sencillo, en lo vulgar, en lo de todos los días. ¿Y creéis que si todos los hombres se pareciesen á mis héroes, á este sér, que según aseguran ustedes no existe, y que ama buenamente, sin soñar demasiado ni lloriquear con exceso, creéis que el mundo marcharía peor? Seguramente no. ¿Qué importa, pues, que yo haga la pintura de este que no existe, si le puedo hacer existir? ¿Será más malo y menos útil mi héroe, si mi héroe produce el nacimiento de cuerdos, que el vuestro, que sólo es un calco de extravagancias? No, repito una vez más, no. Yo tengo razón y vosotros estáis equivocados.

Yo hacía estas reflexiones ayer por la tarde, leyen-

do *Lucrecia Floriani* de Jorge Sand,—no para criticar á esta escritora, sino para sublevarme contra una moda tan general de no poder leer un primer capítulo sin adivinar el último. ¡Criticar á Jorge Sand! ¡No lo permita Dios! Sus novelas campestres son idilios demasiado delicados para que se la acuse de rebuscar lo terrible. Verdad es, sin embargo, que casi todos los amores que ella cuenta son desventurados, y confesaré que prefiero su novela rústica *La charca del diablo á Lucrecia Floriani*, sobre la cual te hablaré luego. *La charca del diablo* ¡qué perla! He aquí que realmente os hace desear amar á una mujer; nada de sollozos de amor, nada de lágrimas de tristeza, sino una felicidad sonriente y tranquila. Esto place mucho más que una pasión exaltada; se coge el libro, y á leer, con el corazón tranquilo, rebotante de ternura y de caridad. Bien por el contrario, este otro libro, donde os muestra uno de esos amores devorantes, turbulentos, que despierta á menudo los pensamientos carnales y produce siempre la pesadilla para muchas noches.—Lejos de mí el pensamiento de querer restringir el arte á la égloga únicamente; expreso mi gusto y nada más.

Volvamos á la novela de Jorge Sand, que te prometí en mi última carta apreciar, según mi escaso mérito. Me apresuro á decirte que no es un análisis en regla el que voy á hacer, sino solamente algunas observaciones generales. Oía elevarse á mi alrededor un concierto de voces sobre esta escritora, y la admiraba bajo la fe de los demás por no haber tenido todavía tiempo de juzgarla por mi mismo. En fin, al dejar los bancos del colegio me decidí á leer sus obras; tres de sus producciones han pasado ya por mis manos: *La charca del diablo*, *Andrés* y *Lucrecia Floriani*: sólo, pues, sobre estas novelas hago mi apreciación. Creo, por otra parte, haber tenido buena mano. En estos tres escritos se marca cierta gradación en el estilo, en las situaciones y en los senti-

mientos; entre *La charca del diablo*, idilio sencillo y gracioso, y *Lucrecia Floriani*, drama en que el amor estalla desmelenado, *Andrés* sirve como de transición por su agradable melancolía y su poesía campestre. Por otra parte, en todas, el amante y la amante, todo lo que les rodea y lo que forma sus caracteres propios, son, en cuanto al fondo un poco parecidos siempre: el amante no teniendo para contrarrestar sus grandes y numerosos defectos más que una sola cualidad: aquella de amar, de amar demasiado; la amante, menos apasionada, menos ardiente, pero más razonable y más perfecta. En ella el amor no es jamás en los comienzos un idilio, ama con toda su alma, sencillamente, sin soñar con las estrellas ni dirigirles sus lamentos. Sólo con el contacto de su amante, escuchando sus divagaciones, más ó menos poéticas, recibiendo sus besos mudos y terribles, se vuelve loca por él. Pero no se aventura sino con temor en este mar desconocido; obra á pesar de su voluntad, sin darse cuenta de sus nuevas sensaciones, atolondrada, empujada por una fuerza fatal. Se diría que presiente que este delirio no es más que una crisis, una enfermedad moral, violenta y voluptuosa, un estado anormal, como una vela que deslumbra de pronto para extinguirse en seguida. Y esto no es jamás un vano presentimiento. Bien pronto el amante, el ángel de los cielos, se convierte en hombre; su flaqueza, su egoísmo salen á la luz, y la pobre desventurada llora lágrimas de sangre, lamentando aquel momento de extraña embriaguez. Despierta como de un sueño que recuerda confusamente; se pregunta qué es lo que ha hecho de su razón; no tiene para aquel á quien amaba más que aborrecimiento y menosprecio. Su sueño era una vida feliz y un amor tranquilo; en la rectitud de su espíritu se había dicho que nada es más fatal para la felicidad que el tumulto de la pasión. Su único crimen es haber jugado con el fuego, y haber sido confiada en demasía; su solo castigo el de

sufrir, grande y bella. Pero él, como es pequeño, como causaba lástima y ocultaba todas sus miserias, su exaltación ha caído; puede ser que todavía ame á su amante, pero la calma ha desaparecido: él no es para ella más que un sér como los otros, tal vez inferior. Ella le domina, se ve mejor, más valerosa, más amante que él; ya lo he dicho; ella no le ama más, le menosprecia algunas veces.

Así pues, resumiendo, los dos son desgraciados por haberse dejado arrastrar por su sueño insensato. Pero en esta falta común ¡cuán menos culpable es la mujer! No cedió más que á una especie de fascinación, y su pensamiento no tomó parte alguna en su caída. El hombre, por el contrario lo hizo todo; él es el tentador, él Adán presentando la manzana á Eva. Ella soñaba con un mar apacible, con un Mediterráneo azul y embalsamado, y él fué quien la hizo embarcarse en una frágil barquilla en un Océano rugiente, soliviantado por un viento terrible. Los dos han perecido; pero la justicia de Dios los ha herido según sus culpas. La mujer que, padeciendo el tormento, no tenía más que cualidades buenas, queda después perfecta, más sublime en su dolor; el hombre por el contrario, como su solo mérito estaba en su exaltación, es llevado á remolque por sus mil defectos, y sólo es un motivo de lágrimas para sí y para los demás.

Lo que acabo de decir es aplicable sobre todo á *Andrés* y á *Lucrecia*. Cuanto á *La charca del diablo*, á pesar de su título, nada hay menos trágico. Pero la amante es todavía muy superior al amante, y en el fondo, siempre es el mismo pensamiento: «El hombre es un gran loco que no ha comprendido nunca á la mujer, y que si quiere marchar derecho debe dejarse conducir por ella.» Sin duda siendo el escritor una mujer, se dirá que cada cual arrima el ascua á su sardina. Sin embargo, si sigo dándote una idea de



los héroes y las heroínas de Jorge Sand, te parecerán vivientes como lo parecían á mis ojos cuando los seguía en sus aventuras y en sus pasiones. Estos se reducen, yo lo creo así, á verdaderos retratos cuyos originales no son muy raros en este mundo.

Ya lo ves: Jorge Sand sueña también con un amor apacible, y si ella describe una pasión delirante es para hacer ver sus consecuencias inevitables y terribles. Sin duda es por esto por lo que se la acusa de tener un espíritu positivista; como si lo que ella sueña, una felicidad tranquila, no estuviese hasta ahora en estado de ideal. Me agrada más ver obrar á un héroe, que escuchar que el escritor me dice: «él era así, él era de esta otra manera.» Jorge Sand escribe tres capítulos, para presentarme al hombre que pone en acción; yo me pierdo y, para comprender mejor, me veo obligado á resumir lo que acabo de leer. ¿Por qué diablo, entonces, no se contenta el autor con darme este resumen? Por otra parte, el autor de *La charca del diablo* posee un estilo claro, sencillo y vivo. Se le comprende siempre y jamás se encuentran en él palabras pedantescas ni frases retorcidas.

He leído en alguna parte que Jorge Sand peca por su filosofía. Hasta la presente, en los libros que he leído no he descubierto más que una dulce tolerancia y un gran espíritu de caridad. Perdona, lo mismo que Jesús, á la mujer culpable, á la virgen loca, cuando es una pecadora que ha amado demasiado. Quisiera que todo el mundo estuviese poblado de ricos y de dichosos, que todos fuesen hermanos y se amasen y se ayudasen. Además, no es uno de esos espíritus que se consumen en vanas lágrimas. Tiene—si me es posible hablar así—una caridad militante; propone marchar en contra de los malos, ir á encontrar al miserable á su boardilla y luchar cuerpo á cuerpo con la miseria; nada de lágrimas inútiles, nada de vanos enternecimientos sobre los pobres, pero sí una lucha paciente, un combate diario, de donde

todos los hombres saldrán hermanos, formando una sola república, rica y fuerte. ¡Ah! Esto no puede ser más que un sueño y por lo tanto sería un bien.—Me detengo; perdóname toda esta charlatanería que no prueba gran cosa, fuera de que he leído á Jorge Sand sin comprenderla. Hubiera querido decirte algo más, pero me he embrollado y no puedo encontrar una transición conveniente.

Te decía en mi última carta que la felicidad para mí estaba en una inmensa tranquilidad fuera y dentro de mí sér. Como este sueño pudiera parecerte en desacuerdo con mi otro sueño, el de una gloria literaria, añadía que volvería á hablar de este asunto. Sin duda no sabes las ideas que ha despertado en mí el nombre de autor. No es ésta la tribuna del hombre político, los odios y los aplausos que rugen alrededor de un jefe de escuela; es la boardilla de la gran ciudad, la casita de la montaña; una vida dulce, poblada de mis ensueños; ninguna inquietud material; dos ó tres amigos para soñar y divagar juntos, ninguna tarea impuesta, un trabajo de inspiración. Después, el murmullo lisonjero de la muchedumbre, no sólo para satisfacer mi orgullo sino para hacer rabiar á mis enemigos—¡ay, yo los tengo!). La estimación de todos, la comodidad, para no hacer caso de la riqueza.—Sé perfectamente que esto no llegará nunca, que si me creara un nombre, habría bastantes silbidos entre los aplausos, ya de escándalo ya de turbación. Sé que probablemente no seré nunca feliz, que me alejaré tanto más de la felicidad cuanto más sueñe. Pero ¿quién es el que se puede alabar de marchar más derecho que yo, de haber desgarrado tan bien el velo del porvenir, que tienda á su fin, sin recelar de los tropiezos del camino? Tú mismo que has puesto tu esperanza en el trabajo, que crees llegar á la felicidad con esa poderosa palanca ¿sabes si una paja, una pluma, una nonada, no la hará volar en astillas, aplastándote bajo el enorme bloque que tratas de levantar? Créeme:

marchamos ciegos; nos juramos diez años obrar con cordura, y luego un día nos damos cuenta de que somos unos grandes locos. Tú tendrás el bienestar y la estimación, yo, *probablemente*, algo de renombre, ¿es esto suficiente para estar seguros de vivir felices, cuando un capricho infantil nos sumerge en el dolor, si no podemos satisfacerle? En verdad te digo: no vendamos la piel del oso antes de haberle matado; no riámos antes de haber encontrado una causa de alegría. O antes bien ¡voto á bríos! riámos, riámos hasta no poder más, riámonos de los demás, de nosotros, del Universo entero. Por lo menos uno se atolondra.

Cézanne me hablaba de tí. Confiesa su error y me asegura que va á cambiar de carácter. Cuando dé comienzo á esta répresión, pienso darle mi consejo sobre su manera de obrar; no hubiera empezado todavía, pero creo que es inútil por ahora esperar al mes de agosto para intentar vuestra aproximación.

Espero todos los días carta tuya. Hace quince, me hiciste la promesa de ser más exacto y aguardo los efectos. Cuanto á mí, si me he retardado, no tengo ninguna culpa; estuve algo indispuerto y por no haberme esperado acabo esta carta en la oficina; arman á mí alrededor una algarabía espantosa, sé, pues, indulgente con la segunda parte de esta misiva. El tiempo se serena. El domingo fui á distraerme al bosque de Vicennes: el ruiseñor cantaba, el cielo estaba azul, sin nubes. ¡Ay! esta no es, sin embargo, mi bella Provenza—bello país, sucios habitantes. No quiero enfadarte, al menos. Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

## IX

Aux Docks, 14 de mayo, á las tres.

Mi querido Baille:

Nada llega.—Me decido á enviarte esta carta.

En vano esperé hasta ahora una carta tuya para contestar á aquello de que me hablastes y hacer por lo mismo ésta más interesante para tí. Pero no viéndome venir nada, viendo la naturaleza que verdea y el camino que se empolva, he pensado que sería bueno no esperar más una cosa tan rara, tan poco segura como una de tus cartas. Realmente acabaré por encolerizarme; si no me hubieras prometido nada, pase; pero desde el momento en que me trazas un bello programa donde me anuncias una avalancha de cartas ¿no tengo razón en exigirte cuando dejas pasar un mes largo en silencio como un turco acurrucado? Estoy seguro de que te acusarás á tí mismo. ¡Qué diablo! Los *mea culpa* son buenos para las bellas pecadoras, que no se golpean el pecho más que para poder pecar en seguida con más libertad. Tú, un hombre razonable, un sabio, ¿no sientes vergüenza conociendo tu pecado en volver á caer? Baille, Baille, mi dulce amigo, me voy á enfadar.

A las cosas serias. Como te he dicho, he escrito á Cézanne hablándole de la frialdad con que te había recibido. No puedo hacer cosa mejor que transcribirte las palabras que á este propósito me ha dirigido; aquí las tienes:

«Abrigas el temor, según se desprende de tu última carta, de que se debilita mi amistad con Baille. ¡Oh! no, porque, voto á bríos, es un buen muchacho; pero sabes que con mi carácter especial, no sé muy bien

marchamos ciegos; nos juramos diez años obrar con cordura, y luego un día nos damos cuenta de que somos unos grandes locos. Tú tendrás el bienestar y la estimación, yo, *probablemente*, algo de renombre, ¿es esto suficiente para estar seguros de vivir felices, cuando un capricho infantil nos sumerge en el dolor, si no podemos satisfacerle? En verdad te digo: no vendamos la piel del oso antes de haberle matado; no riarnos antes de haber encontrado una causa de alegría. O antes bien ¡voto á bríos! riarnos, riarnos hasta no poder más, riámonos de los demás, de nosotros, del Universo entero. Por lo menos uno se atolondra.

Cézanne me hablaba de tí. Confiesa su error y me asegura que va á cambiar de carácter. Cuando dé comienzo á esta répresión, pienso darle mi consejo sobre su manera de obrar; no hubiera empezado todavía, pero creo que es inútil por ahora esperar al mes de agosto para intentar vuestra aproximación.

Espero todos los días carta tuya. Hace quince, me hiciste la promesa de ser más exacto y aguardo los efectos. Cuanto á mí, si me he retardado, no tengo ninguna culpa; estuve algo indispuerto y por no haberme esperado acabo esta carta en la oficina; arman á mí alrededor una algarabía espantosa, sé, pues, indulgente con la segunda parte de esta misiva. El tiempo se serena. El domingo fui á distraerme al bosque de Vicennes: el ruiseñor cantaba, el cielo estaba azul, sin nubes. ¡Ay! esta no es, sin embargo, mi bella Provenza—bello país, sucios habitantes. No quiero enfadarte, al menos. Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

## IX

Aux Docks, 14 de mayo, á las tres.

Mi querido Baille:

Nada llega.—Me decido á enviarte esta carta.

En vano esperé hasta ahora una carta tuya para contestar á aquello de que me hablastes y hacer por lo mismo ésta más interesante para tí. Pero no viendo venir nada, viendo la naturaleza que verdea y el camino que se empolva, he pensado que sería bueno no esperar más una cosa tan rara, tan poco segura como una de tus cartas. Realmente acabaré por encolerizarme; si no me hubieras prometido nada, pase; pero desde el momento en que me trazas un bello programa donde me anuncias una avalancha de cartas ¿no tengo razón en exigirte cuando dejas pasar un mes largo en silencio como un turco acurrucado? Estoy seguro de que te acusarás á tí mismo. ¡Qué diablo! Los *mea culpa* son buenos para las bellas pecadoras, que no se golpean el pecho más que para poder pecar en seguida con más libertad. Tú, un hombre razonable, un sabio, ¿no sientes vergüenza conociendo tu pecado en volver á caer? Baille, Baille, mi dulce amigo, me voy á enfadar.

A las cosas serias. Como te he dicho, he escrito á Cézanne hablándole de la frialdad con que te había recibido. No puedo hacer cosa mejor que transcribirte las palabras que á este propósito me ha dirigido; aquí las tienes:

«Abrigas el temor, según se desprende de tu última carta, de que se debilita mi amistad con Baille. ¡Oh! no, porque, voto á bríos, es un buen muchacho; pero sabes que con mi carácter especial, no sé muy bien

lo que hago, y por consiguiente si estaba engañado con respeto á él, con seguridad que me lo perdona. Por otra parte, sabes que somos muy parecidos, pero apruebo lo que dices porque tienes razón. Por consiguiente somos siempre muy amigos.»

Ya lo ves, mi querido Baille, yo habia juzgado bien que ésta no era más que una ligera nube que se desvanecería al primer soplo de viento. Ya te habia dicho que este pobre viejo no sabe siempre lo que hace, como confiesa agradablemente él mismo, y que cuando él está desazonado, no falta con el corazón sino que un mal demonio obscurece su pensamiento. Te repito que es un alma de oro, un amigo que puede comprendernos, tan loco y tan soñador como nosotros. Me parece que no conoce las cartas cambiadas entre nosotros con motivo de vuestro silencio; hace lo mismo que cree que yo hago á escondidas contigo, ignora, en una palabra, que tú te has quejado de él, que habéis estado malquistos un instante. En cuanto á tu conducta respecto á él, hasta el mes de agosto, época en que empezarán de nuevo nuestras bellas excursiones, debe ser la siguiente—todo esto según mi buen entender:—le escribirás regularmente algunas cartas, sin quejarte demasiado de los retardos que pueda tener para contestarte; que estas cartas sean como las pasadas afectuosas, sobre todo exentas de toda alusión, de todo recuerdo que pudiera renovar vuestro ligero disgusto; en una palabra, que todo siga entre vosotros como si nada hubiese pasado. Lo que curamos es una convalecencia y si no queremos recaer evitemos las imprudencias. Comprendes sin duda que lo que me hace hablar así es el temor de ver que se rompió nuestro amigable triunvirato. Así excusarás mi tono pedantesco, mis temores exagerados y mis precauciones probablemente inútiles, colocándolo todo sobre la amistad que os profeso á los dos.

Quisiera hacerte comprender mi enfermedad moral.—Cuando lanzo una mirada al horizonte me veo solo;

nada llama la atención de mi vista; ni odio ni amor. Me pregunto angustiado si no tengo corazón, si el cielo me hizo tan miserable que no soy más que un montón de cieno incapaz de brillar. La soledad, la soledad sin forma, vé ahí lo que me horroriza; y esta soledad, cosa extraña, me la he creado yo; yo que no creyendo á nadie digno de mi confianza, he quedado sin amigos, sin amada, en este inmenso París; yo que por el temor de no ser comprendido no he dicho nada ni confiado nada. ¿Soy yo, pues, un necio orgulloso? Me juzgo severamente y por consiguiente me creo exento de orgullo. He obrado así, me he encerrado, egoísta, con mis alegrías y mis dolores, y es que hasta la presente no he tropezado con un alma que simpatice con la mía; es que me he agitado en un mundo de imbéciles, sin corazón, en la mayor parte. La soledad, ¡oh Dios mío! La soledad poblada de queridas visiones, es muy tranquila, muy dulce; pero llega un momento en que los sueños no le bastan al poeta en que su alma no puede alimentarse de sombras vanas. Entonces busca á su alrededor aquello que vió en sueños; pero no lo encuentra y sufre. Quiere volver á su sueño, pero su sueño no quiere volver á él. La soledad no le parece más que un inmenso abismo, y sufre; sufre siempre por todo.—A veces voy á un teatro, á una plaza pública para atolondrarme; pero cuando por la noche me encuentro solo en mi cama, mi corazón se encoge horriblemente; me encuentro solo de cuerpo y solo de alma. Busco en vano agarrarme á la vida; quisiera tener una esperanza que me hiciese vivir hoy para mañana, quisiera, en una palabra, vivir. Pero siempre se extiende el gran desierto delante de mí; ¿á qué la alegría, á qué el dolor, si este dolor y esta alegría no son más que para mí y no puedo compartíroslos con una alma hermana? En verdad, mi pobre viejo, estoy bien enfermo; me hace falta una decisión suprema para salir de esto. ¿Tendré el valor de tomarla?

Acabo de decir que no había encontrado ningún alma que simpatizase con la mía. Tú sabes bien lo contrario; Cézanne también; pero ¡estáis tan lejos, son las cartas tan débiles medios! ¿Quién sabe si no estamos destinados á pasar nuestra vida los unos lejos de los otros? ¡Así, cuando pienso en vosotros, vosotros, los únicos en quienes confío, sufro todavía más al considerar que sólo os encontré á vosotros y os pierdo!

París, 16 mayo, á la una.

Todavía esperé dos días para ver si venía algo—pero en vano. Voy pues, á acabar esta carta bien ó mal—sin decirte más majaderías, pero no pensando menos.

No sé si ignoras que el señor Chaillan se encuentra aquí hace cerca de un mes. ¡Se da importancia, el bello joven! ¡Va á pintar al Louvre, el gran artista! En verdad no hay como los imbéciles que están contentos de sí, se admiran de buena fe, y juran que nada hay más fácil que hacer una gran obra.

¡Chaillan en el Louvre! ¿qué piensas, tú que le conoces? ¿No es una verruga en un hermoso semblante, un montón de porquerías en un entarimado encerado? ¡Chaillan en el Louvre! que el diablo me lleve; si esto no es talento, lo califico de descaro.—La otra noche me aburría soberanamente y me dirigí hacia el nuevo alojamiento que ha elegido para su augusta persona, en una calle estrecha, en un caserón infame, alto, frío y de mal gusto. Atravesé una fienda sucia, subí cuatro tramos de una sucia escalera. Llamé. Eran las nueve de la noche; fué un hermoso domingo que por casualidad había visto brillar el sol y veía centellear las estrellas. Llamé otra vez; silencio completo, después un *quién es* seguido de un *empezaba á dormirme*. ¡Dormir á esta hora, en un día de fiesta, cuando la noche está tan clara y dulce! Descendí á los cuatro estados de asombro. En fin,

el bello Chaillan salió á abrirme, cubierto con un soberbio gorro de algodón y la boca partida por una inconmensurable sonrisa. Me enseñó una copia del *Descendimiento de la Cruz*, de Rubens. ¡Chaillan—Rubens! esto es triste, te respondo de ello, muy triste. Afortunadamente era de noche y no pude darme cuenta de todo el horror de este pequeño lienzo. Con un aire modesto: «Esto—me dijo—no es más que un bosquejo á grandes rasgos, sin pretensiones; lo acabaré más tarde; lo corregiré.» ¡El inocente! Conozco esta comedia que todos representan delante de su obra que se ha cuidado tanto, que se soñó con tanta frecuencia y que se dá en seguida como un sencillo esbozo, como un simple cañamazo trazado en breves minutos sobre la tela ó sobre el papel.—Otra copia se balanceaba en un clavo; pero ésta, verdadero esbozo, ofrecía una tal y tan informe mezcolanza de colores que no pude comprender ni lo que aquello era ni lo que podía acabar de ser. Me ha divertido en grande este grave mozo, con sus reflexiones, sus sorpresas y su *hombria de bien*. Reiría todavía si hubiésemos estado los dos juntos; ¿no te acuerdas de su cuarto de Aix y del retrato que te hiciera *gratis*? Esta sola palabra le pinta de cuerpo entero. Fuí arrojado de su boardilla por un olor poco agradable que de ella se exhalaba; me encuentro todavía en una gran perplejidad respecto á este vapor acre de una hediondez *sui generis*. ¿Procedía de un orinal? ¿Procedía del mismo cuarto? ¿Procedía de...? Realmente es el problema más arduo con que he tropezado en mi vida.

En estos momentos se encuentra en París otro hijo de Aix; es éste tu primo Alberto Coupin. Habiendo sabido su dirección, calle de Plâtre, 13, fuí el sábado de Pascua. Está en casa de un negociante, en una fábrica de sombreros, y le encontré golpeando con toda su alma una piel de conejo. A pesar de la promesa que nos hicimos de volvernos á ver, no he vuel-

to más; uno de estos días, sin embargo, pienso ir á estrecharle la mano.

El tiempo es muy desigual; un día está raso y otra llueve, he ido á vagar bajo las umbrías de Saint-Cloud, de Saint-Mandé y de Versailles; estos lugares son encantadores, salvajes á trechos, y por lo mismo pintorescos. Una buena pipa en la boca y un sueño dorado en el cerebro, y se puede pasar muy dulces ratos. Iremos á visitar estos bosques el año que viene, cuando estés aquí. ¡Y qué miércoles y qué domingos te tocarán! Este será para mí un tiempo de alegría loca en comparación al tiempo presente. Te tendré junto á mí; no desespero de traer á Cézanne. ¡Oh, qué hermosa, qué hermosa vida nos daremos!

Anoche estaba en mi ventana del primer piso, ventana que da á la calle. Miraba á la multitud que pasaba ruidosa y apresurada. Serían las diez. De pronto vi que se acercaban dos hombres ebrios gritando y gesticulando: «¿Ves tú?—decía el uno—yo te daría diez mil francos, si los tuviese. Tú eres un hombre de honor y yo soy tu amigo.» Y dicho esto se abrazaron lagrimeando y estrechándose hasta sofocarse. No es nada asombroso que la borrachera, en la mayor parte de los casos despierte los buenos sentimientos. ¿No has observado, que en estos momentos, el egoísmo y los cálculos interesados desaparecen y que son instantes de efusión y generosidad? Se pierde la razón—me objetarás. Concedido; pero diríase que la que se pierde es la parte de razón mala, aquella que da el trato de los hombres. Se es todo corazón, se es franco, risueño; en una palabra: el hombre ebrio, perdiendo el sentimiento de los peligros, perdiendo la facultad del disimulo, frutos de las relaciones entre los hombres civilizados, vuelve al estado natural, tal y como le crió Dios, sino que su pensamiento está obs-curecido. ¡Bebamos, pues, y de lo mejor!

Acabo esta carta, que no es de las más interesantes, acusándote una vez más de perezoso. Quiero mostrarte,

en el mes de agosto, el número de cartas de Cézanne, y te haré enrojecer de vergüenza comparándolas con las tuyas.

No importe; te estrecho la mano muy afectuosamente.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Mi nueva dirección es calle de San Víctor, 35.

Si me hubieses escrito por casualidad y estuviese mal puesta la dirección de modo que el correo no me haya traído tu carta, dímelo para ir á la oficina de reclamaciones.

París, 2 de junio de 1860.

Mi querido Baille:

Aun no he podido encontrar tu antepenúltima carta extraviada, sin duda, en el correo. Me contento, pues con contestar á la del 24 de mayo. Es, desde luego una tarea harto pesada.

De los reproches que te dirigía, me veo forzado á retirar parte, por tu indisposición y por la carta perdida. He maldecido siempre con todo mi corazón los ejercicios gimnásticos; pero después de tu accidente, siento más animadversión contra ellos. ¡Ocasionarse una herida, un sufrimiento para toda la vida, por el gusto de trepar á un trapecio! Mi pobre viejo, te compadezco y, al mismo tiempo, siento un poco de cólera contra ti.

Me hablas de *Indiana*, y haces un ligero análisis de ella; después, tratas de ver el pensamiento que ha dado vida á esta obra. Creo que la has leído con demasiada rapidez para comprenderla bien. Era muy joven cuando la devoré como tú, pero según recuerdo, no dejó en mí más que una impresión penosa. Jorge Sand reconocía que la felicidad no puede existir en el matrimonio, y que un amante es tan incapaz de

darla como un marido. ¿Cuál es entonces la suerte de esta Indiana, de esta mujer de la cual es ella la personificación? Desgraciada en el matrimonio, desventurada en amor, que siga siendo fiel ó que acabe por ser adúltera, no encuentra en ninguna parte más que lágrimas y sollozos. ¿No es desconsolador? Un oasis donde descansar, dos abismos tan profundos, tan negros el uno como el otro, y para mayor infortunio, casi siempre los dos juntos. Todo el mundo sabe que Jorge Sand no es partidario del matrimonio; por eso nada es tan terrible para mí como ver á esta autora negando el amor fuera del matrimonio; esto es negarlo todo, desconsolar á los corazones de veinte años. Como no tengo muy presente en la memoria el libro de que te hablo, es muy posible que me equivoque. Sin embargo, creo resumir el pensamiento del escritor repitiendo que, mostrándonos desde luego los celos del marido y en seguida el egoísmo del amante, nos hace ver cuán pequeños son los hombres al lado de las mujeres, exalta á las últimas y saca por consecuencia que sólo ellas saben amar. Solamente—y aquí está lo penoso del drama—poniendo á la mujer en un alto pedestal, la eleva sobre la baja muchedumbre, la aísla por lo mismo y la hace llorar sobre su soledad. Creo recordar ahora, que la Indiana acaba por encontrar un amante digno de ella; pero este desenlace, dado probablemente para contentamiento del lector, no es posible que haga olvidar lo que sufre la Indiana con Raimundo; no queda uno menos triste y desconsolado.—Además, volveré á leer el libro y te hablaré de nuevo. Llego ahora á la parte capital de tu carta. Guardaría silencio, si sólo hablaras de mi insignificancia; pero al juzgarme como lo haces es juzgar á toda la escuela lírica moderna. No es porque me compare ni por un instante con nuestros maestros, ya que no he producido nada, sino porque parece que atacas más á la poesía lírica en general que á mis ramplones versos en particular. Cuando se juzga á un

hombre se debe tener en cuenta necesariamente, la época en que ha vivido, y las ideas que le acogieron al salir de su infancia. Has comprendido perfectamente esto y has trazado de mí un retrato de un poeta del siglo XIX. ¡Cómo!—dirás tú—¿con todas las censuras que te he dirigido, pretendes que hice un retrato de un Musset, de un Lamartine, de un Víctor Hugo? En verdad que sí: lo que dices, se les ha dicho con demasiada frecuencia y más duramente todavía. Por mi parte encuentro que tu crítica, á mi manera de pensar, no es en modo alguno severa; toda mi excusa está en los tiempos en que vivimos. Nuestro siglo es un siglo de transición; saliendo de un pasado aborrecido, marchamos hacia un porvenir desconocido. Como somos franceses, es decir, impacientes por excelencia, nos apresuramos. Así, pues, lo que caracteriza á nuestro tiempo es este fuego, esta actividad devorante; actividad en las ciencias, actividad en el comercio, en las artes, en todo. Los ferrocarriles, la electricidad aplicada á la telegrafía, el vapor haciendo mover los navíos, el aerostato lanzándose á los aires. En lo que se relaciona con la política es todavía peor: los pueblos se sublevan, los imperios tienden á la unidad. En la religión todo está debilitado y desordenado; á este mundo nuevo que nace, le hace falta una religión joven y vivaz. El mundo se precipita en el sendero del porvenir, corriendo y ansioso de ver lo que le espera al fin de su recorrido. ¿Qué hará, pues, el poeta? ¿Será el novelista del siglo XVI fustigando sin piedad los vicios de su tiempo, bebiendo fresco y burlándose de Dios y del Diablo? ¿Será, acaso, el trágico del siglo XVII, llevando peluca y componiendo matemáticamente sus alejandrinos dos á dos? ¿Será, por fin, el filósofo del siglo XVIII, negándolo todo, á fin de negar el derecho divino que invocaban los reyes, haciendo bambolear la antigua sociedad para hacer germinar una nueva sobre sus escombros? No; lo que se hizo en

tiempos pasados, no tiene razón de ser; pero seríamos perfectamente ridículos al levantarnos como momias de sus tumbas, y declarar á la multitud embobada con burletas lo que ella no comprendería. Y, aun cuando quisiéramos renegar de la fecha de nuestro nacimiento, no podríamos; el poeta puede tomar prestado el estilo de Rabelais, de Corneille, de Voltaire; pero la idea será siempre moderna. Existirán constantemente estos fervores hacia Dios, estos gritos de un alma que pide con lágrimas en los ojos la santa creencia de los tiempos evangélicos, el santo amor de la mujer; existirán eternamente estas blasfemias de un corazón ulcerado por la duda, y que renegando de todo aquello que hay de puro y de santo, investigue con angustia para recibir un desengaño. Existirá siempre este poeta que cogiendo la pluma en la infancia, no dedicándose á la literatura con un tratado de retórica si no con las heridas de su corazón, librándose de los pedagogos que no son de su tiempo, relata sus caras visiones con una sublime ignorancia. Existirá incesantemente este poeta interrogante de lo futuro, divagando y perdiéndose por las calles para ir á mendigar el gran mal al Señor, aglomerando utopías sobre utopías, siempre devorado por su febril actividad. Del mismo modo, yo iré más lejos; la pereza soñadora, estos momentos en que se sueña á medias, mirando cómo las nubes se deslizan, ¿qué son sino el resultado de esta actividad de que te hablo? Será demasiado largo de escribir lo que se siente, se prefiere soñar (hablo con conocimiento de causa). He ahí lo que son los poetas de nuestro siglo; he ahí nuestra escuela lírica. Hablo de todos, de los buenos como de los malos, de los que escriben como de los que no escriben.—Vosotros, colegas, tenéis este gran defecto, el de no estar en vuestro tiempo. No vivís en el pasado porque, cuando abandonáis los bancos de la escuela quedáis asombrados de nuestra manera de desenvolver. Sabéis á maravilla lo que se hacía ba-

jo el reinado de Francisco I, pero lo que se hace bajo Napoleón III es otra canción. Los espíritus jóvenes suben pronto la pendiente común, pero los espíritus incrustados en un trabajo bestial, gruñendo siempre como osos de mal humor lamentan esto, critican aquello y exclaman siempre: «¡Ah! ¡los tiempos pasados!» ¡Los estúpidos! ¡desdeñan nuestra época buena y santa! Cuando la madre lleva todavía en su seno á su hijo se inclina uno ante ella; inclinaos vosotros entonces, brutos, ante nuestro siglo lleno de promesas para vuestros nietecitos.—No digo esto por ti; estoy muy lejos de ello; no serías amigo mío si te parecieses á ciertos sabios cuadrúpedos á quienes conozco.

Ya ves que tus represiones no me han ofendido en modo alguno; me has dicho que soy de mi tiempo, y es la verdad y te doy gracias por ello. No me embozo en mi ignorancia como un mendigo español en su capa agujereada; no es que piense que Musset ignoraba como yo el francés y la ortografía; sería un orgullo necio. Por el contrario; sigo siempre en la idea de estudiar á fondo la gramática, la historia, etcétera. Pero un sabio necio es más necio que un tonto ignorante, y si hay necesidad en mí, prefiero más ser ignorante que sabihondo. Por otra parte la ciencia no es mi ocupación; es un fardo pesado difícil de llevar sobre las espaldas. Te repito que toda mi ambición se reduce á conocer la gramática y la historia. ¿Qué me queda que hacer? Prefiero sacarlo todo de mí á sacarlo de los demás.

Respecto á tu reproche, tan á menudo repetido, de que no amo á los clásicos, no lo merezco en forma alguna. Ya te dije, repetidas veces, que admiraba mucho á esos señores porque amo lo bello allá donde se encuentre. Los he leído algunas veces y he juzgado sus obras. Me acusas de sistemático y no tienes razón; nada es menos sistemático que mi espíritu, y por eso precisamente no he podido sufrir nunca á los



pedantes, reproche, yo diría alabanza, que merezco completamente.

Me acusas de no tener la sangre fría del buen sentido y de la razón. Estas palabras son demasiado elásticas y no las comprendo perfectamente bien; por otra parte, te remito á lo que antes te dije sobre los poetas.

En seguida abandonas el poeta para dirigirte al hombre. Me acusas de no haber mirado á la realidad con valentía, de que no me creo una posición que se pueda confesar. ¡Pobre viejo mío! hablas como un muchacho. La realidad; pero es que la realidad no es más que una palabra para tí. ¿Dónde la has encontrado? ¿Dónde has tropezado con ella, tú, siempre en un colegio, seguro por la mañana de tener pan para la noche, tú, que marchas derecho á un fin real, y que los sueños no te extravían desde hace mucho tiempo? ¡La realidad! En verdad que sí; yo la conozco y tú no haces más que hablar de ella. Te pareces á aquel ciego que indicaba los tropiezos del camino á su compañero que tenía dos buenos ojos. Además ¿por qué he de estar conforme contigo? No puedes juzgarme más que por mis cartas, por estas cartas tan queridas en las que sueño y en las que vivo. No sabes la lucha que sostengo en mi interior; ignoras el partido que voy á tomar. El reidor, el poeta, he ahí lo que vosotros veís, amigos míos, pero el hombre ha estado hasta aquí escondido, tal vez por amor propio, quizá por otras razones. A tí, mi mejor amigo, á tí y á Cézanne, os lo diré todo en su día, pero tened entendido el uno y el otro, que no soy el aturdido que creéis, que no tomo un partido hasta después de haberlo reflexionado largamente, que la realidad me ocupa todo el día y que no sueño más que para distraerme. Por otra parte, no te lo ocultaré, lo que quiero es una posición que pueda permitirme soñar cómodamente. Tarde ó temprano volveré á la poesía, lo que deseo es librarme de ser una carga para nadie y poder comer un pedazo de pan y beber un vaso

de agua. Me hablas de la falsa gloria de los poetas; les llamas locos y exclamas que no serás tan tonto como los que por ir á buscar un aplauso mueren en una boardilla. Ya te había dicho en una de mis cartas una cosa que hubiera debido impedirte lanzar de nuevo esta blasfemia. ¿Crees, pues, que el poeta no trabaja más que por la gloria? ¿Te figuras que no se lanza á cantar más que por ese móvil? No; él toma su lira en la soledad, pierde de vista este mundo y sólo vive en el mundo de los espíritus. Si tal es su vida ¿por qué ridiculizarla? ¿por qué acusarle de locura? Te contestará que no le comprendes, que no eres poeta y tendrá razón. Quiero vivir dichoso; he ahí mi eterna divisa. Oh! ¡Dios mío! todo el mundo quiere vivir dichoso; tú tienes tu felicidad; el poeta la suya: cada cual marcha hacia donde Dios le llama; el cobarde es el que se lamenta de las espinas y se niega á avanzar.

Bien entendido, que nuestros distintos modos de ver no debilitan nuestra amistad. Me conoces y sabes que no soy un presumido. Sé lo que quiero, y no he pretendido nunca enderezarme sobre la punta de los pies. Así, aunque combato punto por punto las ideas contenidas en tu última carta, no es que encuentre tu crítica demasiado severa, ¡oh! nada de esto. Me elogias, me llamas poeta, y no soy más que un pobre soñador. Es sencillamente que nuestras ideas no son las mismas. Te respondo francamente como amigo, no temiendo ofenderte y seguro de que mi franqueza no será tomada por tí por irritación.

Estoy acusado y obligado á dejar este asunto. Contaba con responder frase por frase á tu carta y me veo forzado á guardar silencio sobre no pocos puntos. Me contentaré con agregar que he leído á Labruyère y que le admiro tanto como tú.

El viejo Cézanne me dijo en algunas de sus cartas que te desea felicidades. Me pide tu dirección para

escribirte bastante á menudo. Me ha asombrado que no la sepa y esto me prueba, no sólo que no te escribe sino que tú guardas para él el mismo silencio. En fin como esta es una demanda que muestra sus buenos sentimientos, le he dado gusto. He ahí, pues, un enredillo que pasa al estado de leyenda.

Mi vida no es tan triste como la de ayer. No me encuentro tan solo, salgo un poco más, en fin, soy más activo y menos soñador. Creo que los malos tiempos acabaron para mí. Se aproxima el mes de septiembre, mes durante el cual espero verte en París: por otra parte Cézanne puede venir y nuestro trío resultará completo. He tomado una firme resolución que te diré cuando la haya puesto en práctica.

Chaillan te saluda. Debe hacer mi retrato, desnudo, con poca ropa, sosteniendo una lira antigua y con los ojos fijos en el cielo. Me preparo á reír á carcajadas. Me propones escribirme una carta sobre el estilo; la acepto con toda mi alma, y te la suplico tanto más cuanto que estas cuestiones son sobre las que más tiempo he soñado. Entretanto, brota tú de la gracia, como dice Cézanne: bebe, fuma, rie y todo será para el mayor bien del mejor de los mundos posibles. Te estrecho la mano. Mis recuerdos á tus padres.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Esta carta está completamente enredada; tanto peor. Había preparado un nuevo artículo sobre el amor, te lo enviaré más tarde.

XI

París, 10 junio 1861.

Mi querido amigo:

Sufro desde hace algunos días un rudo ataque de *spleen*. Esta enfermedad ofrece en mí dos caracteres

singulares. Abatimiento mezclado de inquietud, sufrimiento físico y moral. Todo me parece cubierto por un velo negro; no estoy bien en ninguna parte; yo exagero tanto el dolor como la alegría, á más de una indiferencia casi completa por el bien y por el mal, mi vista turbada es incapaz de juzgar. Y en fin un fastidio inconmensurable decolora y desflora todas mis sensaciones; un fastidio que me sigue por todas partes, haciendo mi vida pesada, anulando el pasado y soliviantando el porvenir. Cuanto más avanzo más claramente veo mi malaventurada posición. Resuelto á hacer cualquier trabajo para vivir, no encuentro este trabajo. No basta el dolor de haber dicho adiós á la vida que yo soñaba, falta todavía que la realidad no se burle de mí cuando me someto á ella. ¡Pobre pájaro que consentirá en dejarse cortar las alas, y que, cumplido el sacrificio, vacilará sobre sus patas y no podrá marchar! ¡Además, si encontrase un empleo, un camino de travesía para llegar á mi fin! ¡Cuántos obstáculos hay que vencer en esta lucha diaria! Desempeñar su papel de máquina, trabajar durante el día por el pan, y después, en los momentos perdidos, volver á la Musa, trabajar por crearse un nombre literario, es, en verdad el sueño más irrealizable que he podido tener! Confesaré, sin embargo, que no es esta existencia de lucha sorda la que me horroriza. Mi tormento diario lo produce el ver que hasta aquí fueron vanos mis esfuerzos; decidido á aceptar la primera plaza vacante, tiemblo ante la idea de que esta colocación me encierre completamente, que exija todas mis horas hasta aquellas que destino á mi Musa. Este vago temor á lo desconocido me turba, es en cierta manera la causa del *spleen* de que te hablaba hace poco. Se junta á esto no sé qué enfermedad física, sobre la cual no me ha contestado ningún médico de una manera satisfactoria. Mi sistema digestivo está profundamente alterado. A veces me comería un buey, y poco después el alimento me produce

escribirte bastante á menudo. Me ha asombrado que no la sepa y esto me prueba, no sólo que no te escribe sino que tú guardas para él el mismo silencio. En fin como esta es una demanda que muestra sus buenos sentimientos, le he dado gusto. He ahí, pues, un enredillo que pasa al estado de leyenda.

Mi vida no es tan triste como la de ayer. No me encuentro tan solo, salgo un poco más, en fin, soy más activo y menos soñador. Creo que los malos tiempos acabaron para mí. Se aproxima el mes de septiembre, mes durante el cual espero verte en París: por otra parte Cézanne puede venir y nuestro trío resultará completo. He tomado una firme resolución que te diré cuando la haya puesto en práctica.

Chaillan te saluda. Debe hacer mi retrato, desnudo, con poca ropa, sosteniendo una lira antigua y con los ojos fijos en el cielo. Me preparo á reír á carcajadas. Me propones escribirme una carta sobre el estilo; la acepto con toda mi alma, y te la suplico tanto más cuanto que estas cuestiones son sobre las que más tiempo he soñado. Entretanto, brota tú de la gracia, como dice Cézanne: bebe, fuma, ríe y todo será para el mayor bien del mejor de los mundos posibles. Te estrecho la mano. Mis recuerdos á tus padres.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Esta carta está completamente enredada; tanto peor. Había preparado un nuevo artículo sobre el amor, te lo enviaré más tarde.

XI

París, 10 junio 1861.

Mi querido amigo:

Sufro desde hace algunos días un rudo ataque de *spleen*. Esta enfermedad ofrece en mí dos caracteres

singulares. Abatimiento mezclado de inquietud, sufrimiento físico y moral. Todo me parece cubierto por un velo negro; no estoy bien en ninguna parte; yo exagero tanto el dolor como la alegría, á más de una indiferencia casi completa por el bien y por el mal, mi vista turbada es incapaz de juzgar. Y en fin un fastidio inconmensurable decolora y desflora todas mis sensaciones; un fastidio que me sigue por todas partes, haciendo mi vida pesada, anulando el pasado y soliviantando el porvenir. Cuanto más avanzo más claramente veo mi malaventurada posición. Resuelto á hacer cualquier trabajo para vivir, no encuentro este trabajo. No basta el dolor de haber dicho adiós á la vida que yo soñaba, falta todavía que la realidad no se burle de mí cuando me someto á ella. ¡Pobre pájaro que consentirá en dejarse cortar las alas, y que, cumplido el sacrificio, vacilará sobre sus patas y no podrá marchar! ¡Además, si encontrase un empleo, un camino de travesía para llegar á mi fin! ¡Cuántos obstáculos hay que vencer en esta lucha diaria! Desempeñar su papel de máquina, trabajar durante el día por el pan, y después, en los momentos perdidos, volver á la Musa, trabajar por crearse un nombre literario, es, en verdad el sueño más irrealizable que he podido tener! Confesaré, sin embargo, que no es esta existencia de lucha sorda la que me horroriza. Mi tormento diario lo produce el ver que hasta aquí fueron vanos mis esfuerzos; decidido á aceptar la primera plaza vacante, tiemblo ante la idea de que esta colocación me encierre completamente, que exija todas mis horas hasta aquellas que destino á mi Musa. Este vago temor á lo desconocido me turba, es en cierta manera la causa del *spleen* de que te hablaba hace poco. Se junta á esto no sé qué enfermedad física, sobre la cual no me ha contestado ningún médico de una manera satisfactoria. Mi sistema digestivo está profundamente alterado. A veces me comería un buey, y poco después el alimento me produce

náuseas. Esta enarmedad física obra sobre la moral; sería imposible encontrar un mozo de más fastidiosa compañía que la mía, cuando todo á la vez, mi vientre y el porvenir, me inquietan.

En definitiva, si mi posición debe mejorar algún día—y se hace esperar—no veo con claridad el cielo que ha de hacerme ver el reverso de la medalla. En el fondo mi alegría está siempre latente; una palabra, un gesto, una nonada la hace estallar sonriente y parlotera. Sólo es triste para mí la superficie; si alguna vez el descorazonamiento es más profundo, no persiste mucho tiempo; pronto el menor pensamiento, el menor plan de poema ó de novela me distrae, acaricio este pensamiento, y cuando vuelvo á la realidad lo veo todo de distinta manera; los contornos demasiado agudos se redondean, las fealdades no son tan repugnantes. La veo sin demasiado disgusto y acabamos por estar en buena inteligencia. Y la conclusión es siempre que no debo ser un miserable, que no soy un imbécil, que podré llegar á bastarme solo. Además hago gran provisión de filosofía; leo y releo á Montaigne, hombre de gran sentido, no se pronuncia jamás por tal ó cual secta, antes bien se pronuncia por todas ellas, por el bien que, según su observación, existe en cada una, y posee en cierto modo una filosofía esencia de todas las filosofías. Yo me deleito mucho con él. Me enseña multitud de cosas, me consuela y me conforta siempre, en fin, me hace soportar mis penas con una sonrisa, y aceptar mis alegrías sin entusiasmos insensatos. Es el hombre que me hacía falta, parte de pedantismo, parte de esas palabras que me intimidan, una razón recta, á veces ridícula, pero siempre elevada. Hasta su estilo, ese viejo estilo francés me subyuga. Yo amo estos modales libres, esta gramática, esta ortografía tan poco estable; yo amo estos giros singulares, pero justos, estas frases mal pulimentadas, contorneadas y extravagantes, pero profundas y siempre verdaderas. En una pa-

labra, soy su discípulo, su ferviente admirador, y bueno es por lo menos que le conceda mi amor cuando él me da su entereza y su alegría.

A decir verdad no sé bien cuál será el resultado de los meses que transcurren. Si no tuviera á mi madre habría entrado en el ejército. No te figures que sea este un pensamiento de niño nacido en una hora de tristeza; es simplemente la conclusión de lo que me ha sucedido en ideas y en hechos desde hace un año. Como no oso hablar de esto á mi familia, continúo en mi tarea de buscar un empleo. Te lo he repetido á menudo: un trabajo para vivir que me consienta dedicarme á la literatura es lo que me hace falta encontrar; este es el eje sobre el cual debe girar mi existencia, el fin que persigo ya riendo, ya llorando. Veo á Cézanne rara vez. ¡Ya lo ves! Esto no es como en Aix cuando teníamos diez y ocho años, estábamos libres y sin inquietarnos por el porvenir. Las exigencias de la vida, el trabajo separado, nos alejan ahora. Por la mañana Pablo va á casa de Suisse; yo me quedo escribiendo en mi cuarto. Almorzamos á las once cada cual por nuestro lado. A veces á medio día voy á buscarle y entonces trabaja en mi retrato. Después se va á dibujar el resto del día á casa de Villevielle; cena, se acuesta temprano y no le veo más. ¿Y es esto lo que tanto había esperado?—Pablo es siempre el excelente y extravagante muchacho que conocí en el colegio. Para probarte que no ha perdido nada de su originalidad no tengo más que decirte que apenas llegó aquí ya hablaba de volver; ¡haber luchado tres años para su viaje é inquietarse en cierto modo por una paja! Con tal carácter, ante cambios de conducta tan poco previstos y razonables, confieso que quedo mudo y reniego de mi lógica. Intentar probar alguna cosa á Cézanne, sería querer persuadir á las torres de Nuestra Señora á ejecutar un rigodón. Probablemente dirá que sí; pero no variará una línea. Y observa que la edad ha desarrollado en él la terque-

dad, sin darle motivos razonables para obstinarse. Está hecho de una sola pieza, raído y duro á la mano; nada le place, nada puede arrancarle una concesión. No quiere discutir nunca lo que piensa y tiene horror á la discusión, en primer lugar porque hablar le fatiga y luego porque la haría cambiar de opinión si su adversario tuviese razón. Hele aquí, pues, lanzado en la vida, llevando ciertas ideas, no queriéndolas cambiar más que por su propio juicio; además continúa siendo el mejor muchacho del mundo, decididor siempre, efecto de su horror por la discusión, pero no por eso pensando menos según su cabeza pequeña. Cuando sus labios dicen que sí, la mayor parte de las veces sus juicios dicen que no. Si por casualidad aventura una opinión contraria y se la discute se arrebatá negándose á examinar y te grita que no entiendes nada de la cuestión y pasa á otra cosa. ¿Vais, pues, á discutir—qué digo—sólo á conversar con un mozo de este temple? No ganaréis ni una línea y saldréis del paso por haber observado un carácter fuerte y singular. Yo había esperado que la edad le modificase algún tanto; pero le he encontrado tal y como le dejé. Mi plan de conducta es bien sencillo: no contradecir nunca su capricho; darle indirectamente todos los consejos posibles; remitirme á su buena naturaleza para la continuación de nuestra amistad, y no forzar jamás su mano á estrechar la mía; en una palabra; eclipsarme completamente, acogiéndole siempre con alegría, buscándole sin importunarle y acomodándome á sus gustos para la mayor ó menor infimidad que él desee entre nosotros. Es probable que mi lenguaje te asombre, y, á pesar de todo, es lógico. Pablo es siempre para mí un buen corazón; un amigo que sabe comprenderme y apreciarme. Solo que como cada uno tiene su naturaleza, debo conformarme á sus humores, por sagacidad, si no quiero hacer volar su amistad. Probablemente emplearía los razonamientos para conservar la tuya; con él se echaría to-

do á perder. No creo que exista ninguna nube entre nosotros; estamos siempre muy unidos y cuanto acabo de decirte, viene bastante mal á propósito de circunstancias fortuitas que nos separan más de lo que yo querría.

Tengo una verdadera indigestión de alejandrinos. El poema *La Aérea* que acabo de terminar tiene cerca de mil doscientos versos. No puedes figurarte el efecto que me causa el trabajo acabado; es algo así como una laxitud mezclada de desencanto. Aborrezco la escritura; mi sueño, una vez trasladado al papel, no es á mis ojos más que una rapsodia. ¡Ah! que es preferible tumbarse sobre el musgo, y allí, desarrollar todo un poema con el pensamiento, acariciar las diversas situaciones sin pintarlas por tal ó cual palabra! ¡Que este relato, á los concursos vagos, que el espíritu se hace á sí mismo, le eleva sobre el relato frío y detenido que hace la pluma á los lectores. En el uno, la idea reina sola, ligera y luminosa; en el otro, la materia pesa sobre las alas del poeta y disputa el espacio á su vuelo. Por desgracia hay que hacerse entender y desde entonces, es necesario escribir; hay pocos poetas suficientemente juiciosos para consentir no ser poetas más que para ellos mismos; y por lo tanto este es el solo medio de conservar la poesía fresca y graciosa. La materia; he ahí lo que mata, he ahí la eternal antagonista de la idea, la que pone freno á toda inspiración. Un período de doce sílabas, cortado en dos miembros iguales por una cesura y además terminada por una rima; tal es el verso, tal la herramienta dada al poeta, siempre la misma, para expresar todas las armonías posibles, la carcajada y el sollozo, los rumores de los mares, de los vientos y de las selvas. Cierto; la materia es ingrata, la lira no tiene más que una cuerda, ¡y qué habilidad se necesita para sacar de ella diversidad de sonos! La escuela romántica, que se ha atrevido á todo, no ha aumentado ni disminuido, sin embargo, el número de

sílabas de un alejandrino. Es decir, que nadie se atreverá jamás y mucho menos yo que otro. Cuanto á la cesura ha sido horriblemente maltratada por dicha escuela. Ellos se alaban, cuál al principio cuál al fin del verso; la dignidad no se la ve más que raramente en ciertas obras de Musset, las mejores precisamente, donde él reinaba desde algunos siglos. El verso nacido de estas travesurillas, cortado, y no marchando más que por sacudidas, ha tenido su tiempo y sus aplausos; pero será torpeza quererlo hacer revivir; se merecería, con justo título, el reproche de imitación servil, se haría una nueva edición de una singularidad, que no por ser original es ciertamente de menos pésimo gusto. Lo que se soporta en los escritores de 1830, en gracia al poderoso impulso que imprimieron á la literatura, se censuraría en un poeta de nuestros días. Aquellos versos tienen por excusa el acta de su nacimiento; pues se le perdona á un autor que ha hecho sus pruebas en otra parte y en un día de capricho parece decir al público: «Te hago versos malos, pero podría hacerlos buenos si quisiera.» El estudio de los románticos es seguramente uno de los más importantes para los grandes poetas. Ellos han sembrado los gérmenes del porvenir; sólo cuando luchaban contra otro principio eran exagerados. Los clásicos observaron con rígida exactitud la cesura que cortaba matemáticamente sus versos y producía al oído el ruido monótono de seis sílabas, reproducido en toda la duración de una obra; falta añadir para comprender bien este efecto, la ausencia completa de innovaciones. La escuela joven, impacientada por tan pesada música, se levanta en masa y rompe por todo; entonces cae un verdadero diluvio de versos desnaturalizados, se abole la cesura y se proclama el reinado de la innovación. Extravagante manifestación, completamente viciosa para los poetas sin talento, pero que adquiere una marcha decidida y original, cuando la produce un Musset. ¿Qué hará, pues, el poeta de

estos tiempos, ante los clásicos tan pesados y los románticos que frisan en el mal gusto? Evidentemente, se colocará en el justo medio y cambiará la cesura cuando la idea lo pida y cuando la armonía gane lejos de perder; empleará la innovación sobriamente, sobre todo, no la empleará sin razón, sino como La Fontaine para producir un efecto de estilo. Tales son mis opiniones sobre la innovación y la cesura.—Si paso ahora á la rima, confesaré que en un verso es lo que menos me inquieta; lo tomo como viene; rico, arrogante, ramplón, me es igual; es una rima y es cuanto me hace falta. Prefiero una palabra naturalmente emanada del pensamiento y rimando con naturalidad, á una palabra que rime bien y que no esté muy en consonancia con el pensamiento. Por otra parte, no me he explicado jamás la religión de la rima pomposa. Se alega como disculpa, yo lo creo así, la armonía que da el verso, pero bien considerado esto es un grosero error; Víctor Hugo, que ha perdido la cesura, según el espíritu de las buenas gentes, no se ha dado cuenta de que proclamando las excelencias de la rima pomposa, ha creado una nueva cesura, mucho más tiránica y monótona. Nada en efecto, adormece tanto al espíritu como la repetición de dos ó tres sílabas idénticas. Yo tomaría por ejemplo la obra de este poeta titulada *Navarin*. Recordarás, sin duda, los ligeros versos: «Dónde están, muchachos de Caire...» ¿Se llama á eso armonía? Para mí no es más que una sucesión de los mismos sonidos, un canto monótono, muy á propósito para mecer en la cuna á un niño. Además es completamente falso eso de que resida la música de un verso en la última sílaba; creo que las once restantes tienen el derecho de reclamar. Para acabar: si se me preguntase de qué depende la armonía de los versos, respondería: Desde luego de la coordinación de las sílabas, largas y breves, abiertas ó cerradas, y después de la colocación hábil de la cesura: en fin, de las renovaciones que se permite uno

en el desarrollo. No quiero decir con esto que la rima sea inútil y que importe poco que exista; al contrario, reconozco su necesidad; sin ella, no existiría el verso. Pero lo que me exaspera, es ver á poetas, hombres de genio por otra parte, echar mano de un ripio para tener el placer de rimar sonoramente ¡Eh! caballeros, rimad sonoramente, si así os place, pero cuando vuestro pensamiento lo requiera; más cuando la rima os obligue á separaros de vuestro pensamiento por obedecer á la armonía que no está en vuestros cerebros, rimad ramplonamente. Es posible que se me diga, que yo grito contra las rimas sonoras porque no tengo más que ramplonas á mi servicio. Si mis razones no te parecen suficientemente buenas piensa lo que quieras. Tengo un santo horror al ripio; es según mi opinión la lepra que roe los versos. Un verso es malo si oculta un ripio. Esta feísima cosa no se presenta siempre bajo el aspecto de un adjetivo malhadado; algunas veces un epíteto bien escogido no es más que un ripio afortunado; otras, se disimula bajo las apariencias de un hemistiquio, de un verso entero. En estos dos casos, sobre todo, es cuando más lo detesto, tanto más cuanto que escapa á la multitud que no puede señalarlo con el dedo, ni hacerlo silbar; pero si éste no se presenta claramente á sus ojos, se le siente; el verso es flojo, pesado, hay prolijidad en el asunto, nada se destaca y todo os grita: ¡Ripio! ¡Ripio! ¡Ripio! Y me irrita todavía más, cuando, para hacerlo soportable, se elige alguna bonita palabreja que no significa nada, pero tras de la cual no se tiene el valor de gritar, tan cenceña é insignificante es. Tales son los epítetos, florido, frío, perfumado, etc., etc. Podrás figurarte después de lo dicho que mis versos están libres de todo ripio. ¡Ay, amigo mío; te equivocas! Mi verso ideal es sobrio, nervioso, sin excluir la soltura; pero ¡cuán ampuloso y lleno de afectación es todavía mi modo de componer! —Quería darte mis opiniones sobre la forma poética;

pero me veo obligado á detenerme antes de llegar al fin y tras de haber omitido una multitud de cosas, temeroso de no tener papel bastante.

Guardas un silencio algún tanto egipciaco. El trabajo te agobia, es verdad; pero olvidas que tienes amigos en París á quienes podría inquietar tu falta de salud. Después de mi última epístola te he escrito tres cartas; una de ocho páginas contestándote á las sospechas que el señor Cézanne había tenido sobre nosotros; las otras dos algo más breves; en ellas escribía Pablo algunas líneas. Las tres te las dirigí á casa del señor de Ballini. Como tu silencio pudiera hacerme creer que nuestro intermediario es infiel, te envío ésta á casa de tus padres seguro de que llegará á tus manos. Por otra parte, aunque no hayas recibido mis cartas no es ésta una razón para guardar silencio durante dos meses. Así, pues, venga pronto una carta que me tranquilice sobre tu salud y me dé noticias de tu trabajo. Dime también si recibiste mis tres cartas. No te escribiré hasta después de tu contestación. —Valor.—Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Pablo está en el campo en casa del señor Villevielle desde el viernes.—Tomó á mi cargo decirte que te estrecha la mano.—Como pudieras haber olvidado mi dirección desde la última vez que me escribiste, te la repito: Calle de Lacépède, 3.

XII

París, 15 junio 1860.

Mi querido Baille:

Acabo de leer á Andrés Chénier. Me prometiste una carta sobre el estílo—carta que veré sabe Dios cuándo, —y esperando conocer tus ideas sobre el particular, voy á comunicarte mi manera de ver con respecto

á este poeta. Bien entendido que Chénier está excluido, que reconozco toda la gracia de sus versos, que me inclino ante su genio. No quiero hacerte una crítica de sus poesías; te diré lo que habrás leído en todas partes; te lo repito: sólo pretendo darte á conocer las reflexiones generales que hice leyéndole.

Chénier tiene poesías, idilios, elegías.

Entre sus poemas, el único que fué terminado es aquel de *La Invención*. Rara extravagancia: este hombre de ingenio que pasa su juventud estudiando á los antiguos para imitarlos, es llevado como á la fuerza á revolverse contra los imitadores. Es que no se es impunemente un gran hombre, es que el verdadero poeta, después de ser inspirado en su juventud por un modelo cualquiera, acaba por querer, y por marchar solo. Es verdad que Chénier no sacude el yugo por completo. El no lo osa, probablemente no quiere intentarlo; esta antigüedad que le parece tan bella, cuyas producciones le resultaban tan dulces á los labios, estos estudios de toda su infancia, este Homero, este Virgilio sobre los cuales ha pasado tantas veladas, persisten en él, no puede decidirse á no imitarlos y á darles un último adiós. ¿Qué hace entonces? Conciliar su amor á Grecia y su genio que se subleva, guardando la forma y el estilo antiguos y expresando en ellos ideas modernas. El consagra su plan en este verso famoso de su poema:

Hagamos versos clásicos con pensamientos nuevos.

Comprendo perfectamente una cosa; un poeta que no ha producido todavía nada, siente agitarse en él un mundo de pensamientos; sólo que para fijar sus ideas, todavía vagas, le falta una forma, un estilo digno de ellas; si el joven poeta ha hecho sus estudios clásicos, la mitología pagana, los dioses de Homero y de Virgilio se presentarán los primeros. Ved, no un estilo precisamente, pero sí materiales para embe-

lecer un estilo. El viento no será más que Céfito, el ruiseñor Filomela, etc., etc. En seguida, toda la procesión de alusiones: los semidioses, las náyades, los sátiros, ¿qué sé yo? Ved entonces una forma: tened genio como Andrés Chénier y se dirá que vuestros versos tienen un suave perfume de antigüedad. En verdad que nadie será lo bastante loco para resucitar estas viejas fábulas; Febo y su Diana no son más que el sol y la luna. Sería cosa de reventar de risa, si alguno se atreviere á hacer revivir estos viejos cachivaches. Chénier es el último hombre de talento que ha hablado en este tono, y si me fuese dable expresarme así, diría que no es la antigüedad la que le ha servido sino él el que ha servido á la antigüedad. Su verso es tan gracioso, que le perdono todas las alusiones posibles, hasta aquellas que no comprendo, yo, el ignorante, yo que no he escuchado hablar de Virgilio más que para decir que sí. Probablemente piensas, mi querido amigo, que hago aquí un proceso á los clásicos para exaltar en seguida á los románticos. Estás muy engañado, y he aquí parte de la nueva escuela: á menudo te has representado un poeta buscando una forma para expresar sus ideas y tomando la poesía de Homero para animar sus cuadros. Vé ahora á otro joven inspirado; lejos de ser un Homero es un Ossian el que cae en tu mano. Es joven, la novedad le atrae; esta poesía vaga del bardo, estas graciosas leyendas del Norte, estas hadas, estas sílfides, estos diablillos caseros le cautivan. Vé ahí lo que buscabas: un colorista por su estilo, un maravilloso por sus poemas. Este joven viene á ser entonces un romántico, de la misma manera que el otro se llamó clásico. No tiene más que un mérito sobre el último y es que su mitología no es tan antigua; es decir, todavía no es conocida, usada y rebatida. Los dos Parnasos, cada cual por su estilo, son encantadores; el que lo negare estaría loco. Sólo que se ha abusado tanto del uno, que cualquiera que se respete no ha-



blará más de él, mientras que el otro está cubierto todavía por una verdura asaz fresca.—Me objetarás que éste no es el estilo, que te hablo de maravilloso, de alusiones, de imágenes, de descripciones. ¡Eh! ¿En qué consiste el estilo sino en esto, principalmente para los poetas? Más de una vez te lo he dicho: el que quiere expresar lo que piensa, no tiene necesidad más que de una mitología. En ella, encontrará mil imágenes para dar relieve á su pensamiento y junto con esto, lo maravilloso, ese gran resorte poético, etcétera, etc. Hablas siempre de los poetas. Puedo equivocarme, pero después de una lectura, sea de Homero, sea de Ossian, un hombre de un talento mediocre, si escribe, tendrá una especie de estilo, gracias al plagio de los poetas que acaba de leer. Y sé que este color de que hablo, sacado de las fuentes paganas, no está todo en el estilo; que no es más que el barniz y que el fondo es por otra parte muy importante. Pero este fondo, así lo entiendo, nace con nosotros, es un don de la naturaleza, que el estudio, es verdad, desarrolla y bonifica. Cada cual tiene su estilo como tiene su caligrafía, pero los ornamentos pertenecen á todos. El genio sabe hacerlo aceptar todo: las náyades de Homero, como las ondinas de Ossian.

Entretanto ¿no será más hermoso crear una poesía aparte, sin imitar para nada los cantos de Grecia y los del bardo del Norte, y dejar á las inspiraciones del alma expansionarse libremente en los versos, sin hacer intervenir para nada á las sílfides y á las ninfas? Ciertamente: una poesía que no hablase ni de Febo, ni de Febea, que no se pasmase como esta de nuestros días delante de un ruiseñor ó de un claro de luna, una poesía fuerte y amante será lo sublime del arte. El hombre de genio que se eleve un día y diga:

Hagamos versos clásicos con pensamientos nuevos.

será aclamado por una muchedumbre, y si no queda debajo de su proyecto, le espera una gloria inmortal.

Volvamos á Chénier. Lo que ha dejado de mejor y más perfecto son sus idilios. Gráciles, satisfacen antes de elevar el alma; es, por otra parte, el género que él quiere. Léelos; estoy seguro de que te causarán gran placer.

Me apresuro á llegar á las elegías, sobre las cuales he reflexionado largo tiempo. Están dedicadas á una amante, Camila, y son pinturas de las alegrías y los dolores del amor. Desde hace mucho tiempo me he prometido hacer cierto estudio, sobre la expresión del amor en los poetas de todos los tiempos. Nada será más curioso que la comparación de Horacio, Petrarca, Molière, Lamartine (en algunas escenas). No quiero nombrarte más que cuatro, bien entendido que cada siglo tendrá su representante.—El modo de amar á una mujer, de hacerle el amor, ha debido ser siempre el mismo, con escasa diferencia. Entiendo que cuando se está cerca de la mujer amada, en todo el mundo, se debe, poco más ó menos, emplear el mismo discurso; y por fuerza este discurso ha debido variar muy poco desde la creación. ¿De dónde viene, pues, que en cada siglo hayan tenido los poetas una manera diferente de hablar á sus bellezas, de hablarles en verso, se entiende? Porque no me imagino que se divirtiesen recitándoles estas pataratas cuando se encontrasen de rodillas. Horacio el epicúreo, no puede amar á su querida, sin rodar sobre el césped, bebiendo vino de Falerno—es desde luego lo más juicio.—Petrarca parece echarse á volar en cada verso. Con Molière y con todo el siglo de Luis XIV, nace un ajuar de arcos, de flechas, de grilletes, cadenas, ¿qué sé yo? todo un aparato de tortura con el que las bellas proporcionan cruentos tormentos á sus amantes. Cuanto á Lamartine, lloriquea sentimentalmente sobre un lago, toma á la luna y á las estrellas por testigos y se sumerge en la Naturaleza hasta el cuello.—Por lo tanto estos cuatro hombres amaban; ¿hay entonces diferentes maneras de amar? Seguramente no.

Es que ellos obedecen á la moda de su tiempo, probablemente á las costumbres, á las tendencias del siglo en que viven. Ya ves el curioso estudio que podría hacerse, no ya comparando las diversas expresiones, sino encontrando bajo estas expresiones todo un pueblo con todas sus costumbres. Tal vez me equivocaba hace poco cuando aseguraba que en todos los tiempos se han dirigido los mismos discursos á la mujer amada; pero en este caso, admitiendo que en la misma realidad, Horacio fué más material que Petrarca, esto no disminuiría en nada la importancia de este estudio; por el contrario, como acabo de decir, se encontraría en los versos del poeta los hábitos del pueblo que fué su contemporáneo.

Andrés Chénier se resiente un poco del siglo de Luis XIV, y, á más, hace intervenir á Homero y á Virgilio á cada instante. Con todo, prefiero sus elegías á muchas obras bastardas de nuestro tiempo. Como decía hace poco á propósito del estilo en general, sería hermoso crear una expresión del amor sin que entre para nada el pasado. Hacer bellos versos donde sólo hable el alma para pintar sus alegrías y sus tormentos y no vaya á pedir prestadas banales imágenes á lanzar exclamaciones á la naturaleza, etcétera, etc. En una palabra; una poesía amorosa suficientemente digna para no ser ridículo, una poesía que ose uno recitar á los pies de la mujer amada sin el temor de que ella ría á careajadas.

Siendo esta carta esencialmente literaria voy á terminar con la exposición del plan de un pequeño poema que bulle en mi cabeza desde hace más de tres años. El título es *La cadena de los seres*. Tendrá tres cantos que yo llamaría de buena gana el Pasado, el Presente y el Futuro. El primero (el Pasado) comprenderá la creación sucesiva de los seres hasta la del hombre. En él serán contados todos los trastornos sobrevenidos al globo; todo lo que la geología nos enseña sobre los campos destruidos, acerca de los

animales embutidos hoy en sus ruinas. El segundo canto (el Presente) tomará á la humanidad en su nacimiento, en la edad salvaje, y le llevará hasta estos tiempos de civilización; lo que la fisiología nos enseña del hombre físico y lo que del hombre moral nos da á conocer la filosofía, entrará en resumen por lo menos, en esta parte. En fin, el tercero y último canto (el Futuro) será una magnífica divagación. Basándose en que la obra de Dios no ha hecho más que perfeccionarse desde los primeros seres creados, estos zoófilos, estos seres informes que vivieron apenas hasta el hombre, su última creación, se podrá imaginar que esta criatura no es la última palabra de la creación y que después de la extinción de la raza humana, vendrán á habitar este mundo nuevos seres mucho más perfectos. Descripciones de estos seres y de sus costumbres, etc., etc.

Así, pues, seré, en el primer canto, sabio; en el segundo, filósofo; en el tercero, cantor lírico, y en todos ellos poeta.—Magnífica idea, no puede negarse, sobre todo si la ejecución responde al plan. Ignoro si ves los horizontes de este poema, pero á mí me parecen tan vastos, tan luminosos, que hasta ahora he retrocedido ante la formidable tarea de rimar mis pobres versos sobre este grandioso pensamiento.

Escribo todas mis cartas sin borrador; no debes, pues, buscar en ellas la corrección. Sin duda debo equivocarme muy á menudo, más, ¡qué diablo! Nosotros no hacemos aquí literatura; hablamos como dos buenos amigos comunicándonos, nuestros pensamientos y nuestras observaciones.—Espero tus cartas con impaciencia, que las pocas ideas por mí emitidas en esta carta, no te impidan en nada decirme francamente las tuyas. El primer lazo de la amistad, es el de confesar sin hipocresías lo que se piensa.

Chaillán te estrecha la mano. Te ruego presentes mis cumplimientos á Julio Rainaud.

Mis respetos á tus padres.  
Te estrecho la mano.  
Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Respecto al poema que estoy hilvanando avanza con mucha lentitud. Tengo sin acabar todavía todo el tercero y último canto. Después es probable que ataque el de *La cadena de los sercs.*

Sufro demasiado desde hace algunas semanas; esto te explicará el por qué he retardado mi correspondencia.

XIII

París, 24 de junio de 1860.

Mi querido Baille:

Releo casi todos los días esta carta donde me juzgas un amigo severo; no para encontrar argumentos que destruyan los tuyos, sino para ver si estoy lejos de esta razón que tú me niegas, para explicarme lo que entiendes por esta palabra, para juzgarte á tí mismo. No seré yo quien oculte que lo que dices es razonable; ¿por qué, pues, mi espíritu se rebela contra tí? ¿Por qué tu cordura me parece más loca que la misma locura? Voy á procurar decírtelo.—La palabra *posición* se repite infinidad de veces en tu carta, y esta palabra es la que excita más mi cólera. Estas ocho letras tienen un talante de especiero enriquecido que me ataca los nervios. Sólo con mirar las escritas parece verlas en la boca de ciertos individuos, un advenedizo, por ejemplo; dichas letras se alargan se hinchán, ruedan; cada una parece coronada por un acento circunflejo.—Tener una posición es, si no me equivoco, hacer un comercio, no importa cuál, vivir de un empleo, bajo la dependencia de cualquiera. Al lado de esta idea quiero transcribirte algunos versos aunque los conozcas.

Jaime era grande, leal, intrépido y soberbio la rutina que hace de la vida un proverbio siempre náuseas le dió.—Feliz ó desgraciado ¿á nada hizo por ella, jamás se ha molestado; para sus dioses guarda, con bélicos ardores, la altivez y la audacia, sus hermanas mayores. Tomó tres bolsas de oro y durante tres años al sol vivió sin penas ni grandes desengaños, sin tener desconfianza de las vetustas leyes; y nunca hijo de Adán, bajo la santa y clara luz, de Oriente á Poniente, por tierra paseara tan largo menosprecio de pueblos y de reyes.

¿Qué figura más grande y bella que este Rolla? ¡Qué pequeño resulta al lado de él el hombre que corre detrás de una posición! El no busca más que una cosa: la santa Libertad, y este solo amor basta para engrandecerle. ¿Quieres que te cite la invocación que precede á *La copa y los labios*? ¿Te mostraré el tirolés sobre sus montañas, que come cuando mata? Y para contraste, ¿haré venir en seguida al comerciante que vende todo el día canela en una tienda obscura? «Pardiez, el pobre loco—te dices tú—miren cómo divaga con los poetas; pero yo, yo estoy por la realidad ¡qué diablo!»

Es verdad: basta que una cosa sea grande para que se ría y se grite sobre su imposibilidad y su poesía. El siglo es tan dado á la prosa, que los pobres poetas se esconden; se ha dicho y repetido tanto que solo se ocupan de quimeras, que ellos mismos acabaron por creerlo. Sin embargo, según mi opinión, el papel del poeta no es tal; es el de regenerador, el del hombre que se consagra al progreso de la humanidad. Lo que él expresa antes que nadie son sueños, pero sueños que deben tener su realización.

Cuando la raza humana salió de manos del Creador, vivió bajo el sol, libre y sin leyes. Sus descendientes gozaron largo tiempo de esta libertad; pueblos de ca-

Mis respetos á tus padres.  
Te estrecho la mano.  
Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Respecto al poema que estoy hilvanando avanza con mucha lentitud. Tengo sin acabar todavía todo el tercero y último canto. Después es probable que ataque el de *La cadena de los sercs.*

Sufro demasiado desde hace algunas semanas; esto te explicará el por qué he retardado mi correspondencia.

XIII

París, 24 de junio de 1860.

Mi querido Baille:

Releo casi todos los días esta carta donde me juzgas un amigo severo; no para encontrar argumentos que destruyan los tuyos, sino para ver si estoy lejos de esta razón que tú me niegas, para explicarme lo que entiendes por esta palabra, para juzgarte á tí mismo. No seré yo quien oculte que lo que dices es razonable; ¿por qué, pues, mi espíritu se rebela contra tí? ¿Por qué tu cordura me parece más loca que la misma locura? Voy á procurar decírtelo.—La palabra *posición* se repite infinidad de veces en tu carta, y esta palabra es la que excita más mi cólera. Estas ocho letras tienen un talante de especiero enriquecido que me ataca los nervios. Sólo con mirar las escritas parece verlas en la boca de ciertos individuos, un advenedizo, por ejemplo; dichas letras se alargan se hinchán, ruedan; cada una parece coronada por un acento circunflejo.—Tener una posición es, si no me equivoco, hacer un comercio, no importa cuál, vivir de un empleo, bajo la dependencia de cualquiera. Al lado de esta idea quiero transcribirte algunos versos aunque los conozcas.

Jaime era grande, leal, intrépido y soberbio la rutina que hace de la vida un proverbio siempre náuseas le dió.—Feliz ó desgraciado ¿á nada hizo por ella, jamás se ha molestado; para sus dioses guarda, con bélicos ardores, la altivez y la audacia, sus hermanas mayores. Tomó tres bolsas de oro y durante tres años al sol vivió sin penas ni grandes desengaños, sin tener desconfianza de las vetustas leyes; y nunca hijo de Adán, bajo la santa y clara luz, de Oriente á Poniente, por tierra paseara tan largo menosprecio de pueblos y de reyes.

¿Qué figura más grande y bella que este Rolla? ¡Qué pequeño resulta al lado de él el hombre que corre detrás de una posición! El no busca más que una cosa: la santa Libertad, y este solo amor basta para engrandecerle. ¿Quieres que te cite la invocación que precede á *La copa y los labios*? ¿Te mostraré el tirolés sobre sus montañas, que come cuando mata? Y para contraste, ¿haré venir en seguida al comerciante que vende todo el día canela en una tienda obscura? «Pardiez, el pobre loco—te dices tú—miren cómo divaga con los poetas; pero yo, yo estoy por la realidad ¡qué diablo!»

Es verdad: basta que una cosa sea grande para que se ría y se grite sobre su imposibilidad y su poesía. El siglo es tan dado á la prosa, que los pobres poetas se esconden; se ha dicho y repetido tanto que solo se ocupan de quimeras, que ellos mismos acabaron por creerlo. Sin embargo, según mi opinión, el papel del poeta no es tal; es el de regenerador, el del hombre que se consagra al progreso de la humanidad. Lo que él expresa antes que nadie son sueños, pero sueños que deben tener su realización.

Cuando la raza humana salió de manos del Creador, vivió bajo el sol, libre y sin leyes. Sus descendientes gozaron largo tiempo de esta libertad; pueblos de ca-

zadores y de cultivadores, no teniendo todavía necesidad los unos de los otros, ni se impusieron nuestros sueños, ni lazo alguno les unió entre ellos. Cada uno de aquellos hombres tenía por única posición la de ser un hombre; cada cual proveía á sus necesidades, sin ir á buscar el aceite á casa de su vecino de la derecha, ni el vinagre á casa de su vecino de la izquierda. En una palabra: lo que lleva el nombre de Sociedad no estaba todavía constituido; la libertad reinaba gracias á la individualidad. Pero, á medida que los hombres se multiplicaron, nacieron nuevas necesidades; por otro lado, la unión constituía la fuerza, y los individuos se reunieron en masa para formar las naciones, y poner en común su valor y su inteligencia. En esta fusión, fecunda por otra parte en buenos resultados, la individualidad debía desgraciadamente desaparecer, restringiendo inevitablemente la libertad. La raza humana no fué más que una gran máquina donde cada rueda es un hombre, que debe dar vueltas en un sentido prescrito; cada cual depende de otro. El uno traerá el hierro, hará otro el mortero, un tercero machacará la sal que venderá el cuarto. Así se encadena todo; el hombre no es un entero, no es libre.—Hoy, lanzado en esta sociedad, la de nuestro tiempo, un sér cuyo espíritu es uno é independiente; lanzado un Rolla, por ejemplo, preferirá dejarse despedazar antes de someterse á quedar convertido en una parte, él que es un todo; se reirá desdeñosamente de lo que llamas una posición, que él denominará esclavitud. No querrá tener nada de común con los seres á quienes menosprecia; vivirá tres años libre y fiero; después se suicidará.

Llevo escritas tres páginas y sin duda me crees muy lejos de lo que debo explicar; á saber: por qué tu cordura me parece más loca que la locura misma. Al contrario estoy en la conclusión. Dios me formó de una arcilla asaz semejante á la de Rolla, por lo menos en lo que se relaciona con el amor á la li-

bertad. Me resulta insoportable este papel de instrumento pasivo, este trabajo de brutos que nos impone la sociedad. Prefiero la vida del salvaje de América bastándose á sí mismo, á esta vida de hombre civilizado donde todos los días tenemos necesidad de nuestros miserables semejantes. Se ha dicho que el hombre fué creado para vivir en sociedad; es posible, pero desde el momento en que el bien que resulta debe ser comprado al precio de mi libertad y de mi individualidad, es un bien cuyo manantial es demasiado amargo y yo lo rechazo. Tú, por el contrario, pareces aceptar este sacrificio, muy pasiblemente; consientes en comprar la felicidad al precio que sea. ¡Extraña bizarria! No concibo la felicidad sin libertad; al contrario de lo que á ti te sucede que para llegar á la felicidad es la primera cosa que sacrificas. Dime, pues, en qué consiste la felicidad, porque, sin esto, no llegaremos á entendernos jamás. ¡Pardiez! te oigo reír aún. La poesía me empuja siempre, ¿no es esto? ¡La libertad! ¡qué sueño tan insensato! Lo juro ante Dios; si no tuviese familia, me aislaría, me iría no sé adónde; pero él haría que yo encontrase la libertad sea en el llano, sea en la montaña.—Probablemente me equivoco; no sé qué resolver; pero en verdad te digo que eres el campeón de una causa muy fea. La carta que me has escrito, no es la carta de un joven de veinte años, del Baille que conocí. Añadiré: prefiero mi sueño tan grande, tan sublime, á tu mezquina y desolante razón.—Por otra parte, ¿puedo cambiar? Dios me ha creado así; marchó por mi camino quito de ensangrentarme los pies.—¿Hablas de buena fe? ¿es verdad que no sueñas con la libertad? ¿es cierto que aceptas la realidad, la vida, sin murmurar, sin crearte una más bella en tus sueños? ¿realmente estás muerto en tí y tus aspiraciones se reducen á un bienestar material? Entonces, mi pobre amigo, te compadezco; cuanto acabo de escribir te parecerá, como me has dicho, desprovisto de razón, de

sangre fría y de sentido común. Dices que quisieras verme considerar las cosas humanas un poco más como hombre. ¿Qué temes por mí? ¿Crees que no será siempre tiempo de que la realidad me envejezca? Poco por mala voluntad y no por ignorancia; conozco perfectamente lo real, si no me someto es porque no quiero. Atiende lo que te digo: Quisiera verte soñar más de lo que sueñas. Siempre se vuelve á la realidad, pero jamás se vuelve á la idea; una vez herido, el ángel se remonta al cielo, sin prestar oídos á vuestros sollozos. Te has metido hasta el cuello en el materialismo, so pretexto de que buscas la felicidad—y has dicho adiós á tus sueños. La felicidad de los brutos consiste en comer y dormir; presumo que no es esta la tuya, y no obstante tomas el camino que á ella conduce. Que no se te hable más de poesía, que no se te hable más de libertad, que estas locuras mueren en el hospital; tú, tú cultivas los intereses materiales, quieres crearte una posición. ¿Es verdad, Señor, que vos nos habéis creado para pasear nuestra miseria de esclavitud en esclavitud? ¿Será cierto que esta alma, que vos habéis partido con nosotros, debe doblegarse como un vil metal bajo la presión del primero que llegue? ¿Es cierto que la libertad no es más que una palabra? Ya sé, querido Baille, que la mayoría está contigo, que mis cartas harían reír. Y por lo tanto, tú debes comprenderme; ¿no te parece que no estoy completamente loco? ¿No es cierto que este sueño es un buen sueño? Marcha por tu camino; ignoro el que Dios me reserva, pero moriría contento si muriese libre.

Dejemos esta cuestión abrasante. Te transcribo, más abajo tres páginas de una carta que escribo á Cézanne. Te las envío porque son, en cierta manera, la conclusión de cuanto he escrito hasta aquí sobre el amor y sobre los amantes. Ahí va:

«La otra tarde soñaba, paseándome por las umbrías del Jardín de Plantas. Caía la tarde; un dulce perfume

emanaba de los millares de flores que ornaban los parterres. Caminaba fumando mi pipa, la cabeza erguida, admirando las blancas jovencitas que jugueteaban á mi alrededor, por las largas alamedas. De repente vi una que se parecía á la Aérea, y he aquí á mi espíritu que corre, que divaga por Provenza.—He leído algunas veces esta frase en las novelas: «Se miraron; brotó una chispa; comprendieron que estaban formados el uno para el otro y se amaron.» No me asombro de que los amores empezados así acaben siempre miserablemente. El alma no entra para nada en estos simples golpes de vista en que no se puede apreciar más que la belleza del cuerpo. De donde, si vuestro amor es puro, si no es sólo el deseo lo que os subyuga, si esta mujer á quien acabáis de ver tan rápidamente, á quien amáis, es un sér que creó vuestra imaginación, debe tener mil cualidades morales. Distinguis desde luego, los dos escollos inevitables de estos amores tan súbitos; una de dos: ó no amáis más que el cuerpo, lo cual es infame, ó amáis á un ser ficticio que no es aquel con el cual vais á vivir, y os exponéis á perder todas vuestras ilusiones, á encontrar un diablo cuando soñabais con un ángel. ¿No valdría más seguir otra marcha, conocer antes de amar, pasar por la estimación para llegar al amor, ver, en una palabra, desde el primer instante su pasión débil crecer en seguida día tras día?—Gran cordura,—me dirás, ¿pero, y los medios para poner en práctica esas máximas cuando se tiene veinte años? Paciencia: precisamente expuse este trozo de teoría para llegar á la práctica. Unas palabras más: á nuestra edad no es precisamente á la mujer á la que se ama sino al amor. Tenemos necesidad de una amada, no importa cuál. La primera mujer que nos sonría será la que nosotros queramos poseer, y nos lanzaremos con ceguera en su persecución; si nos resiste nos enladrinamos y declaramos que vamos á morir por ella; si cede, ¡ay! perdemos bien pronto nues-

tras bellas ilusiones. ¡Oh, amigos míos! escuchadme atentamente; he encontrado un remedio para todos; para vosotros que desesperáis por no tener, para vosotros que os desesperáis por haber tenido.—Yo paseaba por el Jardín de Plantas soñando con la Aérea; examinaba mi conducta pasada y la encontraba tan insensata para con ella que buscaba la que hubiera debido observar. De estas reflexiones surgió el medio práctico de que os hablaba más arriba. Hubiera debido, me digo, tratar de verla sola á todo trance, ó si esto hubiera sido imposible, escribirle una carta que contuviese con brevedad lo que deseara decirle verbalmente. Aquí tenéis en pocas palabras las ideas que habría contenido dicha carta: «Señorita: No es un amante el que la escribe, sino un hermano. Me siento tan aislado en este mundo, que experimento la necesidad de conocer un corazón joven que lata por mí, que me compadezca y me consuele, me juzgue y me dé valor. La única cosa que deseo es su amistad, una amistad aumentada por el conocimiento recíproco de nuestros dos caracteres. Si usted me cree un día digno de un sentimiento más tierno, aquel día, interrogaremos á nuestros corazones y si laten por igual ambos, podremos comenzar un nuevo género de vida. Pero hasta entonces, mi mano tomará la de usted como la de una hermana, mis labios no le darán un beso hasta no estar seguro de que los de usted me los devolverán, etc., etc. Su hermano.» Esta carta, desarrollada hábilmente, no dejará de hacer efecto, sobre todo si la joven es una alma generosa y poética, exenta de prejuicios. Admitiendo que ella acepte esta amistad, sea por la continuación de nuevas cartas, sea por otro medio cualquiera, tu ves el millar de consecuencias que pueden deducirse. Desde luego dejas de amar la aventura; si la jovencita es realmente digna de ti, si simpatizan vuestros caracteres, estos títulos de hermana y de hermano, se cambiarán muy pronto en los de muy amada y amante; sobre

todo, y aquí está lo sublime, os conoceréis y por lo tanto os amaréis con el alma, *tal y como seáis*, eternamente. Si el amor no llega, si la misma amistad se debilita, será un signo cierto de que no os convenís de ninguna manera; habríais sufrido demasiado, creyendo amaros, mientras no amabais más que al amor, y os habríais separado muy pronto negando el amor, lo cual es una monstruosidad. Resulta, pues, un gran bien haber ensayado desde luego la amistad y alejarse reconociendo simplemente, que vuestros cráneos no son iguales. Si, por el contrario, y esta es la última suposición posible, la amistad permanece y el amor no llega, ¿no resulta, desde luego, encantador ser el amigo de una bonita mujer y tener siempre la esperanza, esa dulce cosa, de ser su amante algún día? No conduce este amor á uno de esos amores románticos que se elevan blancos como la leche para volver á caer melancólicos y sin fuerza; es un preservativo contra la desilusión, ese abismo donde se ennegrecen los corazones de veinte años; es, en fin, una dulcificación á las penas que experimentan los amantes desdeñados.—¡Qué diablo! No siempre se matan tres pájaros de una pedrada.»

Esto es lo escrito á Cézanne. Y bien, mi querido Baille, ¿no soy razonable? ¿No te parece leer la discusión de una fórmula de álgebra? Esto no es un sueño, es la práctica; confieso, sin embargo, que no doy mi medio como infalible, hasta tanto que la experiencia no haya venido á demostrarlo.

No sé ya qué decirte para estimularte á escribirme más á menudo. Sé que amaste siempre la literatura, que probablemente te habrás hecho hombre de letras, si es que no te has impuesto pretendidos deberes. ¿No hablabas en el mes de agosto de dar lecciones de literatura? ¿Te figuras que tu estilo no se haría más fácil, si me escribieses una vez por semana? Me contestarás que no tienes asunto; ¡eh, Dios mío! toma el primero que se te venga á la mano: la religión,

nuestras virtudes, la modestia, etc.; nuestra decadencia, el amor, el juego, la borrachera, etc.; toma la ciencia si quieres, la moral, ¿yo qué sé? Escríbeme cuatro, ocho páginas; no importa de qué; esto te soltará la mano, te contestaré y así estudiaremos recíprocamente el dominio de nuestros pensamientos. Ataco un poco en todos los asuntos de mis cartas, pero como no contestas, acabo por callar falto de contrincante.—Me objetarás que no tienes tiempo porque tus exámenes se aproximan. No quiero añadir más que una cosa: tengo veinte cartas de Cézanne, diez de Marguery y cinco tuyas. Es imposible que esto no sea más que efecto de falta de tiempo. Eres, pues, un perezoso y te juro ante Dios que es la última vez que me quejo—pero, como suele decirse, no por eso reflexiono menos.

He enviado mi poema—setecientos versos—á Cézanne. Le he encargado que te lo remita; trata tú por tu parte de adquirirlo. Hasta luego.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XIV

4 de Julio de 1860.

Mi querido Baille:

Acabo de leer *Santiago* de Jorge Sand. Es una obra extraña, que no se puede hojear sin llorar, sin experimentar estremecimientos de entusiasmo. La acción es la más simple, la intriga la menos complicada, y, no obstante, no hay frase que no vibre ni palabra que no os alborote. Santiago, el héroe, se casa con una jovencita, Fernanda. Esta Fernanda toma un amante, Octavio, y Santiago tiene la grandeza de alma—otros dirían la simpleza,—de suicidarse para dejar á su mujer vivir venturosa con su amante. Es que este Santiago es un sér ideal, es que no tiene los millares

de prejuicios de nuestra estúpida sociedad, es que Fernanda no es culpable á sus ojos; ella no le ama, ama á otro, pero no es hipócrita con él y no va á ofrecerle sus labios ardientes todavía por los besos del amante. ¿Qué ley puede forzar á una mujer á amar siempre al mismo hombre? ¿Qué palabras balbucidas sobre la cabeza de dos esposos, por un alcalde y por un cura, pueden encadenar sus corazones como encadenan sus cuerpos? ¿De qué garantía disfruta el matrimonio en amor? ¿Y no será esta la más monstruosa de las instituciones si se invocan en su favor razones de familia y de garantías materiales? El matrimonio no le impone, pues, el amor á la mujer, lo único que le recomienda es guardar su lecho puro, para no introducir en la familia hijos extraños. Pero el hombre que se casa con una mujer, que por falta de simpatía ve decaer su amor, que ve también á su mujer amar á otro hombre, combatir su pasión, sollozar y retorcerse, luchar para continuar siendo fiel contra natura; este hombre, ¿no será un infame si abruma á esta desventurada, que la ley humana le entrega como una cosa, pero que se la rehusa la ley natural? este hombre, si es grande y generoso, ¿no debe dejarle la libertad que le pertenece á toda criatura de Dios? ¿No será todavía más infame, si aprieta entre sus brazos un cuerpo cuya alma no le pertenece? Esto no será más que un abrazo de bruto. Ciertamente el matrimonio es una cosa inicua, así considerada, sobre todo con los prejuicios que se asocian estúpidamente al honor conyugal. Se comprende que un gran espíritu tal como el de Jorge Sand, haya levantado el estandarte de la revuelta, tratando de hacer ver todo lo que hay de innoble y de odioso en este encadenamiento de dos existencias; todo lo que hay que temer para estos pobres corazones humanos tan frágiles y tan amantes. Santiago es, como te decía, una naturaleza excepcional; Santiago es un gran corazón lleno de amor, lleno de abnegación, la más



sublime de las virtudes. El ama siempre á Fernanda; para él ha permanecido pura, á pesar de su caída; ella ha combatido tanto como ha podido; probablemente, él la amaría menos si no hubiese sucumbido. El la ama siempre; la ama lo bastante para preferir la dicha de la persona amada, á ella, á su propia vanidad, á su propio egoísmo. Menosprecia la sociedad, sus instituciones, sus prejuicios; parte, dejando ignorar á su amada que lo sabe todo y que se va á matar, componiendo de modo su muerte que pueda tomarse por un accidente, para evitarle el menor remordimiento á su Fernanda adorada. Figura grandiosa que no se puede contemplar sin quedar deslumbrado; que, en medio de todos estos estúpidos que nos rodean, nos parece tan sublime que llegamos á negar su existencia. ¡Luego, aquella pasión ardiente, aquel desdén por todo lo que nos atrae, aquella soberbia en este silencio que guarda él con respecto á sus sentimientos y sobre sus pensamientos...! Yo no podría analizar á un hombre tal; lee la novela y probablemente llorarás como yo; léela, pues, verdaderamente lo deseo. Cuanto á Fernanda es la mujer personificada: la mujer dócil bajo el primer hábito de amor, en la que nada iguala á la ternura sino la fragilidad. Consagrada hasta el último momento á Santiago, no tiene para él más que amistad; rechaza sus caricias, pero le estrecha siempre la mano. No le ama, y como tiene necesidad de amar, se dirige al que primero llega, pero lucha, sufre y se estrellaría si su amo, según la ley, no tuviese piedad de ella. Si Santiago es una excepción, un personaje ideal, creación de poeta, Fernanda es una realidad. Nada más estrictamente verdadero que esta situación de una mujer que no ama á su marido y no puede abstenerse de amar á otro hombre. La infeliz que no tiene más que un Santiago por esposo, debe acabar por caer en el cielo y partir su lecho con dos hombres á la vez. Sin duda la autora nos ha dado esta obra para mostrar-

nos aquella rara grandeza de alma, siendo el hombre generalmente pequeño, para hacernos ver el número de mujeres que pasan del matrimonio á la degradación. Jorge Sand ha negado, yo lo creo así, su hostilidad, y sin embargo, esta hostilidad es el resorte de cada una de sus novelas. Cuando se indica una enfermedad, se está forzado al mismo tiempo á dar el remedio, sobre todo si quiere hacerse una obra buena y útil. Esto es lo que no hace nunca Jorge Sand; ella demuestra que el matrimonio es la cosa más monstruosa que existe, niega en él la felicidad y el amor, pero nunca ha dicho cuál es la institución que debe venir á substituir á ese lazo eterno. ¿Quiere el divorcio? ¿Pretende que se mude de amor como se muda uno de camisa? ¿O bien ha conocido una nueva manera de vivir, entre amantes, garantizando la familia, haciendo desaparecer el adulterio, etc., etc?

Esto es lo que no nos ha dicho nunca y por consiguiente, sus novelas pueden ser verdaderas, pero tienen una verdad desolante. Es una acción malvada, una tortura inútil, una lectura demasiado fuerte para los corazones de veinte años. Cuanto á mí, creo que la felicidad puede existir en el matrimonio. Si Santiago no es feliz con Fernanda es porque Santiago es un sueño y Fernanda una realidad. En una novela, un estudio de pasiones humanas, desde que un personaje es puramente ideal, este personaje se convierte en una excepción, no podrá simpatizar con los otros que no son más que hombres. Sus relaciones con ellos, no tienen más remedio que romperse un día violentamente; sus consecuencias serán su propia desventura y la de los seres que le rodean. Como la baqueta que se doblega y que toma bruscamente su primera posición cuando se la afloja, se remontará al cielo, de donde viene, dejando que los humanos se entiendan con los humanos. Así el estoico, el sublime Santiago no puede vivir con la frágil, con la humana Fernanda. Ninguna simpatía entre ellos; es un ángel amando á una

mortal que pide á voz en cuello que el divino amante apague el fuego de sus miradas para que no la consuma. Pero, por el contrario, si reunís á dos seres en este bajo mundo, que tengan una fragilidad igual, no veo por qué no han de ser felices. No ignoro que el orgullo de la mujer debe rebelarse contra una esclavitud relativa, comprendo, como te decia, cuánto hay de horrible en la posición de una esposa honrada que ama á un hombre que no es su esposo; pero no llegará nunca á tener esta pasión, si su marido no es ni superior ni inferior á ella, si reina entre ambos la armonía. Y del mismo modo, si ella amase no osaría confesar su fragilidad á aquel que es tan frágil como ella; en una palabra: estos dos seres se apoyarán el uno sobre el otro, vacilando algunas veces, pero, se enderezarán siempre por una mutua condescendencia. No es esto que apruebe decididamente el matrimonio; por el contrario, yo aportaría á él notables alteraciones si se me dejase libre. Pero tal como es este matrimonio, que no se puede atacar, sin oír aullar alrededor de uno á los moigatos y á los espíritus pobres, puede convertirse en un manantial de felicidad y de amor, entre dos seres cuerdos, exentos de prejuicios. Si se llama amor á la pasión violenta, cierto que no se encuentra en el matrimonio; si se entiende por felicidad un cielo sin nubes, id á buscarla más lejos. Pero, si no sois demasiado exigentes, si el amor á que vosotros aspiráis es profundo y tranquilo, si entendéis por felicidad días de sol y días de lluvia, casaos, jóvenes míos, casaos. Sé que los espíritus más distinguidos son los que piden demasiado; no hablo para ellos; que los locos, como tú dices van á morir al hospital. ¡De qué peso son en la balanza humana estos seres raros y sublimes, estos Don Juan que se prendan de amor por un ideal, que corren el mundo sollozando, golpeándose la frente con la realidad! Y hablo para las masas, para esos poetas que ponen sus sueños en sus obras, pero que saben aceptar la

realidad en la vida, colorándola, es verdad, con algunos rayos de sus imaginaciones. Mi matrimonio, no dejaré de repetirlo, no es este bonito negocio á que se da este nombre. El matrimonio para mí es un matrimonio de amor, de simpatía, basado en un recíproco conocimiento de caracteres, un matrimonio con el cual te entretendré algún día. Quiero hablarte un poco más de dos personajes de la novela de Jorge Sand; primeramente de Octavio, este joven amoroso, al cual la vecindad del heroico Santiago perjudicó singularmente. Noble corazón por otra parte, pero egoísta, frágil, en una palabra: Octavio es un hombre. Se comprende perfectamente que Fernanda le ame; los dos piensan lo mismo, los dos son hijos de la tierra. El segundo personaje es una mujer llamada Silvia, una mujer ideal, como Santiago es un hombre ideal. Hay, pues, simpatía entre ellos. Desgraciadamente esta Silvia, hija ilegítima, es *probablemente* la hermana de Santiago; la madre de esta joven tuvo dos amantes, antes del nacimiento de ésta, el padre de Santiago y otro. Estos dos seres creados el uno para el otro no se pueden amar. La novela, así considerada, concluye en mi sentido. La fatalidad lo hace todo; si Santiago hubiera podido casarse con Silvia, si Octavio hubiera hecho lo mismo con Fernanda, jamás uniones más felices hubieran vivido bajo el cielo; Dios no lo quiso y esta es la causa de todos los sollozos. No creo machacar demasiado aconsejándote leer esta novela. Es una obra maestra en la que el corazón vibra á cada página. Juzgada como obra de arte, como drama, es admirable; pero considerada como obra de filosofía práctica, ya ves que censuro al autor. Para resumir y hacer desaparecer las contradicciones que crearás encontrar en esta carta, terminaré diciendo: que, como poeta, no he leído nunca nada tan bello, pero, como hombre, me opongo á esta desolante mezcla de ideal y de realidad. Nada te diré del estilo del autor; ya tú lo apreciarás. Sólo observaré que está escrita en forma

epistolar. Ya hablé demasiado sobre este asunto, dejo para más tarde decirte lo que pienso de este género. No tomes estas apreciaciones más que por lo que ellas son, es decir, escritas bajo las impresiones todavía calientes de la obra, y sin duda muy confusamente.

Leo á Shakspeare, este será asunto para otro día.

Soy razonable en esta carta, y siento haberme dejado llevar demasiado lejos en mi última, hablando de la palabra *posición*. No sé si lo has observado: la razón en mí es vivaz, y si parece algunas veces que falto, es porque hago un mal uso de ella puesto que la obligo á servir para justificar mis locuras. Si, lo reconozco; es cordura aceptar la sociedad tal y cómo es, doblegarse á sus usos y costumbres, aunque estos usos sean estúpidos y ridículos. Lo que me irrita es cuando creo observar que los que inclinan la cabeza la inclinan como brutos, sin conciencia de lo que hacen, lamiendo la mano que los reduce. He ahí lo que produce mi cólera. Sigue la corriente de la muchedumbre, yo no te estimaré menos, pero dí conmigo que el mundo es despreciable y pequeño, que la necesidad te obliga á vivir tan estúpidamente como él, que tú ruges bajo el yugo.

Releo algunas veces tus antiguas cartas. ¡Ay! estamos muy lejos de los tiempos en que escribías: «¿En qué se convierten los peones?» donde ridiculizabas las *Candelas austriacas*. Un año solamente ha transcurrido, y no obstante, qué de cambios en nuestros caracteres, en nuestros pensamientos. Nuestros espíritus son probablemente más elevados, más amplios nuestros horizontes, pero hemos perdido nuestra jovial indiferencia; deseamos resolver los problemas de la vida y con estas indagaciones comienzan nuestras dudas y nuestros llantos. Esta carta es fatigosa para mí, no la he hecho más que en mis momentos de tristeza; antes no éramos más que niños burlones; ahora no somos más que ridiculizadores desolados.

Puesto que estoy en vena de gemir, continuemos con

un sollozo. Llegué al mundo con la sonrisa en los labios y el amor en el corazón; tendí las manos al público, ignorando el mal; sintiéndome digno de amar y de ser amado, buscaba amigos por todas partes. Sin orgullo, aunque sin humildad, me dirigía á todos, no viendo á mi alrededor, ni superior, ni inferior. ¡IrrisIÓN! se me lanzan sarcasmos á la faz; oigo alrededor de mí sobrenombres odiosos; veo apartarse á la gente y señalarme con el dedo. Incliné la cabeza largo rato, preguntándome qué crimen había podido cometer yo, tan joven, cuando mi alma era tan amante. Pero cuando he conocido mejor el mundo, cuando he lanzado una mirada más reposada sobre mis calumniadores, cuando he visto la hez, tenía lo que necesitaba ¡vive Dios! y volví á levantar la frente y una inmensa soberbia llenó mi corazón. Me reconozco grande al lado de los enanos que se agitan á mi alrededor; veo cuán mezquinas son sus ideas, cuán imbéciles sus personajes, y vibrante de gozo, he tomado por dioses el orgullo y el menosprecio. Yo, que hubiera podido disculparme no quiero descender hasta ello, y he concebido otro proyecto: anonadarlos con mi superioridad, y hacerles roer por esa serpiente que se llama envidia. Me dirijo á la Musa, esa divina consolatriz, y si Dios guarda para mí un nombre, les lanzaré á la cara con voluptuosidad este nombre, cuando llegue mi turno, como un sublime mentis á sus estúpidos menosprecios. Pero si soy orgulloso con esos brutos, no lo soy con vosotros, amigos míos; reconozco mi flaco, y sólo me reconozco por toda cualidad la de amaros. Estoy agarrado á vosotros como el naufrago á su tabla de salvación, en la ruina general de mis amistades. Dios os envía para sacarme del precipicio donde había caído desesperado. La cizaña mata las más bellas espigas, y se ha maldecido la cizaña; desde mi infancia, se me ha aparecido la sociedad como una planta dañina sofocando los más nobles co-

razones y he maldecido á la sociedad. Y, no obstante, algunos azulejos brillan entre las hierbas nocivas; vosotros sois unos azulejos, amigos míos, mis flores muy amadas, vosotros no tenéis nada de común con esas raíces parásitas y devorantes; sigo amándoos y detestándoos, sin confundiros, aunque hayáis nacido en la misma tierra.

En este instante recibo tu carta. Sin embargo, termino ésta sin contestarte, dejando la contestación para mi próxima. Temo sólo que sobre ciertos puntos no nos entendamos jamás. Tú juzgas en mí al poeta en el hombre y yo juzgo en ti al hombre en el poeta. Quieres explicar mis sueños con tu realidad, yo quiero aplicar tu realidad á mis sueños. En todo esto eres el más razonable, pero, habiéndolo francamente resultas el más mezquino. Te declaro con seriedad que te quiero, no porque eres *hombre* sino porque no eres bastante *poeta* y porque dejas ahogar el alma por el cuerpo. Volverás sobre tus pasos, me dices, yo lo deseo, pero temo que no puedas más. Podrás pensar, probablemente, que, porque trabajas, porque quieres crear te una posición, me irrito. De ningún modo. Comprendo esta libertad de pensamiento que me ensalzas, y es la mía; reconozco, aunque hasta cierto punto que es la única posible; pero te equivocarás lamentablemente creyéndola poseer, por lo menos en tus cartas. Obedeces á la inclinación de la muchedumbre y defiendes sus teorías; no inventas nada, no rechazas nada; la vida tal como es te parece bastante bella, y no tienes ni un sollozo para protestar. ¿Cómo soy libre, sino de pensamiento? ¿Qué hago más que soñar? Inferes, pues, en mi sentir, que gozo de toda la independencia permitida. Pero, puesto que me contradices, puesto que no eres libre de la misma manera en tus cartas, ¿tengo la culpa de querer un poco de originalidad, de libertad en tu espíritu? La realidad es la realidad, y ya es mucho; pero si además, la realidad nos impide soñar, lo más corto sería ir á ver lo que

nos guarda el cielo. Según dices no has comprendido mi última teoría sobre el amor, es curioso que en esta materia seas tú el poeta y yo el realista. Por otra parte, ya hablaremos de todo esto más largamente.

Como te lo había anunciado envié mi poema á Cézanne. Esta última obra peca mucho por los detalles; á más se me ha escapado una falta de prosodia en la copia que os he enviado. Espero de todos modos tu juicio para compulsar los defectos que me señales con los que le encuentro.

El jueves último he comido en casa de una familia provenzal en compañía del señor Bevançon, muchacho muy alegre, á quien no conocía bastante para permitirle juzgarle, pero hacia el cual siento cierta simpatía. Me ha rogado que te envíe sus saludos y por eso te hablo de él. A más he sabido que Matheron me buscaba. Habiendo preguntado su dirección me propongo ir á estrecharle la mano. Cuanto á Raúl, debo verle todos los días. Comparto tu juicio sobre él. Me hablas de De Julienne, de Marguery, títeres, cerebros vacíos, que vienen á pavonearse aquí con sus vestidos de fiesta, para adormecerse después en el olvido de la tumba; buenos muchachos, probablemente, pero de un horizonte limitado y de corazones ahogados bajo las estúpidas vanidades. Dejémosles; he ahí la cizana de que te hablaba hace poco. Haces bien en amar á Marguery, excelente muchacho en toda la extensión de la palabra. Cuanto al silencio que guarda Cézanne, él sabrá por qué. Le he dicho que te envíe mi poema; por tu parte podrías escribirle que te di cuenta de este envío, indicándole un medio para que lo haga llegar á tus manos. Esta carta será inofensiva; tú te atenderás al descarte no hablándome más que de mí ó de otra cosa cualquiera y esto nos reconciliará sin duda. Hasta muy pronto.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA

## XV

París, 25 julio 1860.

Mi querido Baille:

Me había prometido no volver sobre nuestra antigua discusión; pero la carta que recibo me obliga á faltar á mi propósito.

Estoy apenado por la manera que has tenido de tomar mis palabras. ¡Yo tratarte de cretino! ¿Has soñado? ¿Sería tu amigo, te diría todos mis pensamientos, estos pensamientos que oculto para que no se rían? Puede ser que mi talento de observación sea mediocre, sin embargo, lanzo una mirada sobre las personas amadas, y verás cómo aparto de la muchedumbre los más grandes corazones, las inteligencias más grandes. Pablo, cuyo carácter es tan bueno, tan franco, cuya alma es tan amante, tan tiernamente poética; tú, el enérgico, el porfiado, que ama como trabaja; tú, la bella inteligencia, que no tiene la pequeñez de desdenar el estudio porque el estudio le es fácil. Después, descendiendo, Houchard, á quien he visto en la obra, amigo á toda costa, con cuya bolsa se puede contar á toda hora y en todo lugar; Marguery, el crédulo, el excelente mozo, mediocre, es verdad, desde algunos puntos de vista, pero que se sale por lo menos de lo vulgar. Podría citarte todavía á Pajot, joven parisino, á quien conocerías, sin duda, en la escuela, imaginación poética aunque sin gusto, inteligencia superior. Y no ensalzo á nadie; cierto que tenéis vuestros defectos; pero lo afirmo: esas son vuestras cualidades. Aquellos á quienes doy el nombre de amigo, deben, pues, estar orgullosos, no á causa de mí, sino á causa de los que me rodean, no por mi débil mérito, sino por los méritos que yo encuentro en ellos. ¿Y eres tú el que, para resumir mi juicio,

encuentras el bello nombre de cretino? ¿Y eres tú realmente el que crees que ese es mi pensamiento? Después me preguntas ingenuamente por qué este malhadado epíteto, que felizmente no he pronunciado. Te he dicho que no eres ya joven, que tu espíritu resultaba á menudo sistemático. Y no es esto ni porque no hagas versos, sino estudios matemáticos en un colegio, ni porque sueñes con tu porvenir. Muchos poetas no escriben, y muchos matemáticos son poetas; el porvenir pertenece al mundo entero; á todos, sobre todo á los niños, y soñando cotidianamente no es posible que me haya dejado llevar por esas razones. Tú estás hecho el campeón de una fea causa, lo encuentras todo aquí abajo; yo buscaba en vano el menor arranque en tus cartas, el menor arrebatado de una legítima indignación. Pero nada de eso: sistemas de conducta fríos y razonables. Después para irritarme, una teoría sobre las pasiones que me pareció la más absurda del mundo: colocarlas como una estúpida adición, fríamente, metódicamente, y convertirse en amo y señor de ellas como de cosas materiales; excluirlas sin lucha alguna en la primera mitad de la vida, más tarde llamarlas para que acudan á la hora convenida. Di conmigo que semejante teoría es por lo menos extraña, que sobre todo no deberá ser aplicada á las cosas humanas, esos arranques tan espontáneos é irresistibles. Has marchado arrogante y tranquilo hasta aquí, pero para hacerte perder ese hermoso equilibrio, ¿crees que aquella montaña, aquel terrible viento no bastará? Una mirada de mujer, probablemente una nonada, un pensamiento devorante de cada día. Te lo repito, si puedes contenerte así, retener ó dejar escapar las riendas á tu fantasía, es que no tienes pasiones, es que no eres ya joven. Y aquí, distingamos. Yo no conocía de ti más que dos fases: el compañero de nuestras partidas, alegre y reidor; después el amigo que me escribió estas cartas de una cordura y de una realidad desesperantes. Estos dos

hombres, á pesar de sus desemejanzas, tienen bastante conexi3n entre ellos; el colegial escapado s3lo es loco superficialmente, su locura no es m3s que la usada; brilla y se extingue, y el ni3o porfiado y trabajador, no tarda en reaparecer. Hoy, ¿son estos los dos solos aspectos desde los cuales se te puede ver? ¿Te manifiestas completamente, 3 bien no son m3s que dos partes de un todo m3s dividido? Lo ignoro; pero t3 comprendes que, juzg3ndote, no puedo juzgar m3s que sobre lo que veo. En otro tiempo me has hablado de un ideal perdido, y que jam3s me diste á conocer. ¿Has amado? ¿Amas? No lo s3. Te conozco desde hace siete a3os, y busco en vano en mis recuerdos una locura, una pasi3n que haya turbado tu equilibrio; ¿es ignorancia? ¿es ceguera? No veo ninguna. Te me apareces siempre tal y como eres, marchando derecho á un fin, con una idea fija: llegar por tu trabajo, sin tropezar jam3s con obst3culos, riendo con todo tu coraz3n, pero en los momentos perdidos, y midiendo tus sonrisas como medias todas tus cosas. ¿Es, pues, herir la verdad, es herir nuestra amistad decirte francamente que tu car3cter es razonable y fr3o, que careces de los arranques, de las locuras, de las pasi3nes de la juventud? ¿Es ultrajarte el concederte aqu3 estas cualidades: raz3n, cordura, y previsi3n? Lejos de m3 aconsejarte imitar á esos j3venes locos que se arrebatan por una idea, esos caracteres fr3giles que no saben seguir cuerdamente una ruta, que se divierten con cada flor del sendero; lejos de m3 proponerme por ejemplo, yo el voluble, el so3ador. T3 eres razonable, cuerdo, previsor; yo el averiguador y nada m3s. Debieras darme gracias, en lugar de ver un insulto en un retrato fiel, todo en alabanza del original. Alguna cosa puede arder en ti; esto es lo que no he podido saber, y te creo bajo palabra. Tu vuelta vendr3 sin duda, tu equilibrio se romper3. Pero, entre tanto, eres tal que te contristo, y eres asi, no porque yo lo vea, sino porque es, por

que Sat3n 3 Dios no han puesto todav3a delante de t3 alguna gruesa roca.

Voy á dejar aqu3 este asunto: he dicho cuanto pensaba, lo que cre3 ver, yo no sabr3a contradecirme. Si este juicio te hiere, lo que me parece imposible, es porque te equivocas en grande. Te habla un amigo, sin amargura, sin m3s inter3s que el tuyo; usando la franqueza, ese primer fruto de la amistad; un amigo completamente dispuesto á reconocerse cuando t3 le pintes, 3 por lo menos, si se defiende, no acusando á tu coraz3n y á tu lealtad, sino á tus errores de observaci3n.

Me haces un retrato extravagante de un poeta librepensador de tu colegio: «Amor propio riguroso y grosero, vanidad hinchada y vac3a, egoismo bajo y vivo.» Nada menos que esos defectillos. ¿Y es este s3r—el que seg3n t3,—sale del carril com3n? Por sus vicios, bueno, pero no por su superioridad. ¿Tienes en realidad ante tus ojos el original de tal retrato: «hip3crita, franco, tonto por c3culo?» ¿C3mo te atreves á ensalzar á la sociedad, á los hombres en general, cuando observas tan tristes muestras, cuando sobre todo me las das como superiores á los otros? El hombre perfecto es un monstruo, si monstruo quiere decir estar fuera de la naturaleza; no existe; Di3genes lo busc3 en vano. Pero afortunadamente el hombre completamente vicioso resulta tan extraordinario como el perfecto. Todos tenemos grandes defectos, pero todos nos elevamos por una gran cualidad. Es Lucrecia Borgia, la envenenadora, redimi3ndose por su amor maternal; es Mari3n Delorme, la hija de la alegr3a, santificada por su amor hacia Didier; es Quasimodo, es Triboulet, seres deformes, tanto en lo f3sico como en lo moral, pero convertidos en luminosos por sus almas amantes. Registra, entonces, bien tu poeta, trata de poner su alma al desnudo, y no lo dejes hasta que no est3s seguro de que no contiene nada de grande. No, en verdad, no quisiera que t3 te asemejases á este s3r. Ten-

go la altanería de la debilidad, pero me creeré perdido si dices de mí tales cosas. Dejemos la lira á un lado; la Musa, ha dicho Musset:

La Musa es siempre bella,  
ya para el insensato, ya para el impotente  
porque para nosotros su hermosura latente  
forma nuestro entusiasmo, nuestro amor hacia ella.

Y yo lo decía hace poco—perdona que me cite después de un gran poeta,—en una carta dirigida á Cézanne:

¡Marchad, marchad, mis versos! buenos... malos...  
[¿qué importa,  
si me entreabris el mundo ideal que me transporta,  
y ese cascabelo me llama presuroso  
al baile de las ninfas del bosque misterioso?

Pero si es fácil juzgar una obra en verso, declarar-la detestable ¡cuán difícil es juzgar á un hombre y declararle vicioso! En los poetas, hablo en general, hay dos seres: el soñador y el hombre real, el alma y el cuerpo, el ángel y el bruto. Juzgadlos separadamente, porque si no vais á condenarlos á los dos. Si queriendo apreciar al hombre real, os servís del soñador, y recíprocamente, diréis, como lo has dicho tú mismo: «que él emplea grandes palabras, palabras sagradas tales como la amistad, la virtud, el alma, el corazón, y que se sirve de este escudo para cubrir sus acciones cualquiera que ellas sean.» Pecaréis por exceso y por defecto á la vez. Queréis que el hombre real sea tan loco como el soñador y que el soñador sea tan material como el hombre real, lo que es un absurdo. Es evidente que necesita separárseles, para permanecer en la verdad, pensar que tenemos un alma y un cuerpo y que esta alma y este cuerpo reinan alternativamente. Juzgad al poeta; juzgad al hombre, vedles el cuerpo, vedles el alma, y pesando las

cualidades y los defectos separadamente y comparándolos en seguida, podréis estar en lo justo. El hombre verdaderamente vil es aquel en el cual sólo reina el cuerpo; hacedlo el blanco de toda vuestra indignación. Pero si, bajo los extravíos de la carne y de las pasiones, descubris un alma que ama la belleza, el bien y la justicia, suspended, por piedad, vuestro anatema, consideraos á vosotros mismos con vuestra fragilidad y vuestras bajezas; entonces, seducidos por repentina misericordia, probablemente perdonaréis. Es en verdad inaudito que tome contra ti la defensa del hombre, yo que hace poco maldecía la sociedad. Y es que si soy áspero y arrebatado en teoría, resultado dulce y conciliador en la práctica. Amo todo lo que es débil y pequeño, todo lo que sufre; amo á los animales porque no pueden expresar por la voz sus sufrimientos y sus necesidades. Amo al pobre hombre herido, y si me arrebato al considerar que él es el culpable de sus heridas, encuentro, no obstante, lágrimas para compadecerle. Vuelvo á entrar en mí mismo, y quiero mi egoísmo, mi orgullo, mi locura, y perdono á los otros sus defectos. Jamás he tenido esa sensiblería religiosa de vanos simulacros de religión; sin embargo me esfuerzo en seguir los preceptos de Jesucristo, esas máximas morales y sublimes. Soy voluptuoso, ruin, ¿yo qué sé? pero creo firmemente no ser todo malo. Deseo el bien, busco la verdad; y entre todos mis desvaríos contará por mucho mis débiles esfuerzos. Nosotros, niños de este siglo, dudamos de todo; si dudas de mi sinceridad lo lamentaré. La declamación ha matado todos los arranques del alma; ¿puedes no ver aquí nada parecido y no creer que á semejanza de tu amigo el poeta, calculo el efecto de mis palabras y de mis acciones?

Cuanto á la regeneración de la sociedad, tarea ante la cual retrocedes, jamás he tenido el orgullo de ensayar á emprenderla. No soy más que un átomo; si mi lira fuese de bronce, si mi voz tuviera bastante

resonancia, probablemente lo ensayaría. El papel del poeta es sagrado; es el de regenerador. Se debe al progreso y puede llevar muy lejos á la humanidad por el camino del bien. Que Dios me preste su aliento y estoy presto. Cuanto á mi felicidad futura, á mi porvenir, estoy lejos de no soñar. Por otra parte, si succumbo en la demanda, el resultado será un desventurado menos.

Te lamentas de mi silencio, y no soy en verdad culpable. Te he escrito la semana pasada á casa del señor Maubert; la carta ha debido llegar el día 17 á Marsella. Debo deducir que no te la ha enviado y siento un verdadero disgusto. Tenía singular interés en que la recibieras porque te hablaba en ella de la familia, la civilización y el amor, y ensayaba la manera de hacerte comprender mi manera de ver en estos tres asuntos. Habrá lagunas en mis argumentos, en mis pensamientos; la victoria te será cómoda y fácil. En el caso de que no la hayas recibido todavía, trata de procurarte esta carta. Te lo repito: deseo mucho que la leas. Puede ser que excediera del peso y que el señor Maubert no haya querido recibirla; no lo sé. En fin, haz pronto tus reclamaciones. Esta carta es la tercera que te envío á la nueva dirección; temo que se extravíe también. Así, escríbeme lo más pronto posible y dime el número de misivas que te ha enviado el señor Maubert. Esperaré hasta entonces, sin expedirte una sola línea. Necesito poder contar con la fidelidad de nuestro intermediario.

He prometido hablarte de Shakspeare; esta no es una tarea insignificante. El genio se siente, pero no se explica. Repetirte todo lo que se ha dicho sobre él, y decirte bajo la fe de los demás que nadie ha conocido mejor el corazón humano; poner ¡oh! ¡oh! y ¡ah! ¡ah! con muchos signos admirativos, eso no me sonríe en modo alguno. No importa: voy á tratar de decirte del mejor modo posible, la sensación que ha

producido en mí este gran escritor. Si lo juzgo mal, si coincido con algunos críticos, no soy responsable de ello; todo lo que yo he prometido es hablar según mi opinión y no según la de tal ó cual libro. Se necesitaría cerca de un volumen para cada drama, y me gustaría más apreciarlo así largamente, escena por escena, que resumir la apreciación en algunas líneas. De cualquier modo que sea, hablemos primero de la forma. No he podido leer á Shakspeare nada más que en traducción, lo que no permite apenas apreciar el estilo. Tal comparación que me parece de mal gusto, extravagante, fuera de lugar, está probablemente en su sitio en el original; los italianos dicen: *traduttore, traditore*—traductor, traidor.—Con todo, como me veo obligado á juzgar por lo que leo, confieso que encuentro muchas cosas chocantes; aquí las frases preciosas, allá demasiado crudas. Dios me libre de ser mogigato; ya sabes cuánto deseo la libertad en el Arte, cuán *romántico* soy, pero ante todo soy poeta y amo la armonía de las ideas y de las imágenes. Hecha esta objeción sutil ya no me queda más que admirar. El plan de un drama es siempre una obra maestra; las escenas son cortas y numerosas, la decoración cambia cada vez y este perpetuo vaivén, que probablemente nos chocaría, habituados á la vieja unidad de lugar, sirve maravillosamente al poeta, permitiéndole mostrarnos toda la acción. Nada más hábilmente tejido; el drama se desarrolla por sí mismo, sin sacudidas, con el cuadro de la vida misma: aquí los llantos, allá la risa; aquí lo terrible, allá lo grotesco. Pero nada de encontrado, nos recogemos en nosotros mismos, vemos con nuestra vista los contrastes codearse del mismo modo, y no podemos por menos de confesar que la verdad ha conducido la pluma del escritor. Siendo todo real por excelencia, Shakspeare no ha rechazado el ideal; del mismo modo que en la vida el ideal tiene gran puesto, en sus dramas vemos siempre flotar una blanca visión: *Ofelia* y su locura tan poética; *Julietta* y su



amor tan puro. Algunas veces el ideal no es más que un ángel de luz, pero el ángel de las tinieblas: es *Caliban*, el demonio de la *Tempestad*; son las tres brujas de *Macbeth*. Por otra parte, como muchos poetas, Shakspeare se sirve á menudo de alguna comparación tomada del mundo misterioso para pintar el espanto, el amor, etc. O bien saca además de lo horrible efectos magníficos como en el monólogo de Julieta, presta á beber el narcótico. Debe descender á la tumba desde donde huirá con su amante. Pero, en el momento de llevar la copa á los labios, se pregunta si no es veneno lo que contiene; siente miedo de despertarse sola en las entrañas de la tierra, ve los cadáveres de sus antepasados, oye sus gemidos, arranca sus mortajas, se burla de sus osamentas, y loca de terror se golpea el cráneo. Después el amor la exalta, y en un sublime movimiento bebe gritando: «¡Ya voy, Romeo! ¡Bebo por ti!» Este trozo es de los más bellos y se puede preferir al que sostienen los amantes, cuando se separan á la aurora naciente. Para hacer comprender mejor mi pensamiento, te diré que á menudo en Shakspeare la forma ideal encubre un pensamiento real, un sér humano; que él hace escudriñar el fondo y no ver en las palabras más que exclamaciones arrancadas por las pasiones á seres reales, pero grandes por sus mismas pasiones. A veces choea estos arrebatos en las palabras, estas extravagancias en las acciones; pero estas manchas son tan raras y las bellezas tan numerosas que no queda más que el tiempo de admirar. Se ha dicho que Victor Hugo ha imitado á Shakspeare. Bien poco, según mi opinión. El poeta francés es menos esado que el poeta inglés: la alianza de la comedia y de la tragedia que se le ha reprochado tanto, reina en un punto mucho más alto en su antecesor. Así Shakspeare no teme hacer seguir una conversación jocosa y bufonesca á dos músicos ante el lecho de muerte de Julieta. Se extrañaría uno si no reflexionase. En efecto, aquella mujer que vela

un cadáver, se inquieta poco por él, charlotea y ríe. Se pasa cantando al lado de la desventura ajena. Esta es la verdad que pinta Shakspeare y que en lugar de criticarla se admira. Así en su obra, á cada instante hay pequeñas digresiones; dos palabras solo y se hace una gran luz. Es que es peculiar á su genio, no perjudicar en nada la acción principal. Hamlet es, sobre todo, un prodigio en su género; mil incidentes, que no parecen pertenecer al asunto, sobrevienen, y, sin embargo, en estos no se ve más que una fría y pálida tragedia. Añadiré una observación particular á estas digresiones; de ordinario, los dramas son cortos y se asombra uno después de haberlos leído de que puedan contener tantas cosas. Según mi opinión, esto sucede gracias á estas escenas episódicas. El poeta toma un asunto muy sencillo por sí mismo, sólo que lo retorna bajo todas sus fases, lo somete á todos los matices del prisma, lo pone en presencia de todos los lentes. A esto hay que añadir—ya te lo he dicho,—que este gran número de escenas cortas, no enredan en modo alguno la marcha de la acción, antes bien, la agrandan y la esclarecen. Pero que no se proponga seguir tal procedimiento un poeta mediocre; hace falta ser Shakspeare para coordinar estos trozos diversos, ligarlos sólidamente y hacer un todo homogéneo de partes heterogéneas, para mezclar así los colores más disparatados, hacer un mundo de este caos y sacar la vida humana con sus risas y sus sollozos, sus blasfemias y sus plegarias, su grandeza y sus miserias. El sendero es estrecho y el abismo es profundo; si no sois sublime, llegáis á ser difuso y detestable. Por otra parte la digresión no parece voluntaria; viene naturalmente y deberá ante todo, llamarse entonces desarrollo. Sobre todo, y esto es lo que la hace aceptar, está fundada en la observación, y no aparece más que para revelar uno de los lados de la acción trágica ó cómica. No le condenéis antes de haber pensado largamente; á menudo la idea está oculta bajo la forma

Reflexionáis y el sentido de la verdad no puede por menos de deslumbraros. Yo quisiera resumir mi demasiado corta y demasiado indigna apreciación en algunas palabras brillantes; adoro las conclusiones luminosas que ponen al desnudo el pensamiento entero bajo los ojos. Me parece que Shakspeare ve en cada uno de sus dramas una materia para pintar la vida. Una acción cualquiera no es para él más que un pretexto para las pasiones, no para el carácter; la acción no es más que secundaria, lo que á él le importa es pintar al hombre y no á los hombres. Cada uno de sus dramas es como un capítulo separado de una obra de humanidad; él pinta uno de nuestros aspectos, algunas veces muchos, largamente cuidadoso de no omitir nada, introduciendo todo lo que le puede servir.

Otelo no es sólo un hombre celoso, es los celos; Romeo, el amor; Macbeth, la ambición y el vicio; Hamlet, la duda y la fragilidad; Lear, la desesperación. Nada de mezquinas ó extrañas excepciones, sino una generalidad grandiosa; nada de tendencias idealistas ó realistas, sino una concepción verdadera conteniendo la vida y lo real y lo ideal. Cuanto al estilo, te lo repito, no puedo juzgar. Yo quería hablar ante todo de la forma; después apreciar dos ó tres dramas para llegar al pensamiento, y me doy cuenta de que he mezclado los dos asuntos. ¡Tanto peor, ó mejor dicho, tanto mejor! No habiendo leído á Shakspeare no me habrías comprendido de haber entrado en los detalles. Prefiero haber dicho mi juicio, sin haber tenido que recurrir al examen de tal ó cual drama. Esto aparte, he ido muy lejos. No desespero de hacer uno de estos días un estudio concienzudo sobre Shakspeare; por ahora contentate con estas líneas. Por otra parte, obrarás mejor estudiándolo cuando lo leas, que leyendo mis pálidas y probablemente falsas apreciaciones. Le juzgo tal que me parece haberle comprendido en una lectura; pero puedo equivocarme.

Si estuvieras libre te diría: «Léelo á tu vez y di-

me lo que piensas; pudiera ser que se hiciese la luz al choque de nuestros dos juicios.» Pero forzoso será dejar esto para más tarde. He charlado y es todo lo que hacía falta. Que mis errores me sean leves, aunque pueden ser muy grandes.

Leí en los periódicos de provincias—por ejemplo en *El Memorial d' Aix*,—frecuentes artículos sobre la descentralización literaria. ¿A qué tantas palabras si un solo hecho defendería mejor la causa? Que un autor de provincia haga una obra maestra, que se resigna á no ser admirado más que en su pueblecito, que deje allá á Paris, que desdeñe los aplausos, y este autor, esta obra maestra, esta abnegación serán argumentos más fuertes que todas las declamaciones posibles. Por mi parte estoy muy lejos de ser partidario de esta descentralización. Cuando examino á estos que la predicán, veo que no son los lectores interesados sobre todo en la cuestión, sino escritores insignificantes á quienes la suerte ha lanzado lejos de Paris, que tienen novelas y comedias en sus cajones y que quisieran dar salida dulcemente á sus productos; la capital no los quiere, la provincia no imprime: ¡viva, pues, la descentralización! ¿Qué mal hay en que Paris sea el hogar intelectual? ¿No hay un sol para todas las comarcas de la tierra, y no les da luz y las calienta á todas? Paris es el astro de la inteligencia; él envía sus rayos hasta á las provincias más atrasadas. Paris es la cabeza de Francia; mientras más se eleva la cabeza más se engrandece el cuerpo; mientras más piensa, más se mejora todo. La descentralización política ha sido rechazada, ¿por qué no ha de serlo del mismo modo la descentralización literaria? Se ha temido, con razón, el nacimiento de tribunas secundarias donde periodistas secundarios vendrían á mover los brazos en el aire. ¿Por qué no se ha de temer desparramar los hombres de talento y crear en cada pueblo una academia donde los tontos no podrían dejar de estar en mayoría? ¿No resulta mejor

que cada villa envíe á París á su gran hombre, y que de todas partes estos reflejos se reúnan para formar un sol esplendente? Por otra parte la descentralización es cosa imposible y no sé bien por qué la ataco. La mariposa viene siempre á voltigear alrededor de la lámpara luminosa; el genio vendrá siempre á hacerse aplaudir á París. ¿Es acaso que no se puede escribir bien en provincias? ¿Es que no hay más que la capital para juzgar mejor y distribuir coronas durables? He aquí cual será mi sistema: componer en provincias y publicar en París.

En mi última carta, la que creo perdida, te preguntaba una pluralidad de cosas. Novedades de Aix, del cual Cézanne se obstina en no hablarme; tus esperanzas acerca de los exámenes escritos; tu juicio sincero sobre mi poema que has debido leer. La epístola que acabo de recibir, no puede contentarme; hace falta que me escribas de nuevo y cuanto antes. Además, ya te lo he dicho, quiero saber ante todo si mis cartas te son fielmente remitidas. Una palabra, pues, en la primera semana de agosto, y respóndeme á todo lo que te pregunto. Indícame también la época en que cuentas venir á París; tengo necesidad de estos datos para fijar mi viaje.

El tiempo es bastante desapacible aquí, lo que hace que no salga nunca. No he visto, pues, ni á Matheron ni á Raúl.

Valor y hasta pronto.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA

La enhorabuena á Julio Raynaud. ¿Vendrá este año á la Escuela Politécnica?

## XVI

julio 1860.

Mi buen viejo:

No sé realmente lo que escribirte para llenar tres ó cuatro páginas; quiero todos los días comenzar por copiarte unos apuntes empalagosos, que he escrito últimamente leyendo á Victor Hugo. He ahí los antedichos apuntes: En el prefacio de *El último día de un condenado á muerte*, hay dos ó tres puntos sobre los cuales el autor no ha insistido bastante.

Y, ante todo, la justicia humana, siendo falible, no debe infligir un castigo sobre el cual no pueda volver. Aprisionad al hombre, para que si su inocencia es reconocida, podáis ponerle en libertad; pero no le metáis nunca en una tumba en la cual la puerta no se abre jamás. No hay más que Dios que pueda castigar eternamente, porque Dios no puede engañarse; es un insulto á Dios disputarle este derecho de suprema justicia, disponer como creador de sus criaturas, quitar lo que no se puede dar. La pena de muerte es una blasfemia, un sacrilegio.

Por otra parte vosotros le arrebatáis al criminal el remordimiento; es decir, la redención. A este hombre que ha obrado mal no le dejáis tiempo para que obrando bien se redima. Y aquí invocaría yo aun la religión: desobedecéis á Cristo que levanta á la Magdalena, vosotros que no sabéis castigar el crimen más que con el aplastador talón. La pecadora tiene la segunda mitad de su vida, pasada entre las lágrimas y el arrepentimiento para borrar los pecados de la primera. El criminal para vosotros no tiene más que algunas horas, y todavía, en el estado de terrible turbación en que se encuentra no puede aprovecharlas. Este hombre es, pues, perjudicado por vuestra culpa,

y, si hay una justicia en el cielo, este daño recae sobre vuestras cabezas, sobre la humanidad entera. Yo afirmo, pues, por segunda vez que la pena de muerte es una blasfemia y un sacrilegio. Me parece que Víctor Hugo no refuta completamente los grandes argumentos de los partidarios de la guillotina: el del ejemplo. Parece que no lo ataca francamente; diríase que se finge ignorar que la idea es ésta: el hombre, al cometer su crimen no es detenido por la idea de la muerte, esa ley del Talión que hace, en su realidad terrible, palidecer á los más valientes. El ejemplo para mí no está en el horroroso tablado. La cuchilla, el verdugo, la muchedumbre que acude, no tienen que ver nada allá dentro; está en este pensamiento del miserable antes del crimen: «Si matas, hay leyes que te matarán.» Cierzo, mirado bajo este punto de vista, este argumento es formidable, ¿qué son las galeras, qué son las prisiones celulares al lado de la muerte? Todos os gritarán: «La prisión, la prisión eterna, pero dejadme vivir.» Así, la pena de muerte, por su misma atrocidad, parece deber evitar todos los crímenes. ¿Y es así? ¡ay! no; y la realidad está aquí para probaros que el cadalso, lejos de evitar los asesinatos no es otra cosa que un asesinato jurídico más, esta es la verdad. Entonces ¿á qué ese siniestro espantajo? Religión, moral, la utilidad misma, todo está contra él, y vosotros persistís en agitarlo como un girón ensangrentado. Es una atrocidad inútil que fué útil por otra parte, y que falta rechazar, ya que con tanto afán la defendéis. ¿Por qué no buscáis otra pena? Ya sé que es más fácil amputar una pierna que cuidarla años enteros, pero esta amputación será tanto más odiosa cuando la pierna pudiera ser curada. No vengáis, pues, á decirme que todos tienen miedo á la muerte, porque esto es una necedad; que esta amenaza de muerte de tiene á los asesinos, porque no es verdad ni, que, en fin, os servís de la guillotina, porque no tenéis otro castigo tan terrible y tan cómodo, que es á la vez

una declaración de impotencia, de crueldad y de pereza.

A la obra, pues, legisladores, rehaced el Código penal, si el Código penal está mal hecho, pero no sufráis más que se os diga que la justicia humana es impotente, perezosa y cruel ¿qué digo yo? inmoral, sacrilega, ofensiva para los hombres y para Dios.

Creo que has leído *El último día de un condenado á muerte*. Es, sin duda, la obra más extraña que pueda leerse; un estremecimiento de espanto recorre vuestro cuerpo desde las primeras líneas, se sufre todas las agonías del miserable, se sube al patíbulo con él. No recrimino que el autor nos haga temblar así; él no tiene más que un fin: hacer odiosa la pena de muerte. ¿Queríais que luciese un ideal? Ha tomado el camino más corto, se ha dirigido á vuestros corazones, á vuestros nervios, poniéndoos de punta el cabello, apiadándoos y mezclando vuestro espanto con la misericordia. Cuando se quiere el fin, es indispensable querer los medios.

El se habrá dicho, sin duda: «Cuanto más horrible sea mi pintura, mejor ganaré la causa, que ante todo es una causa grande y bella.» Este reproche de horror es, pues, un elogio, y no podrá serle dirigido más que por los mismos que condenan y á los cuales su novela viene á turbar todas las noches, con inquietantes visiones. Haced desaparecer la pena de muerte; haced de esa libre, terrible realidad, un vano sueño y todos dormirán tranquilos, y no se verá más que una cuestión de arte, allá donde se agite horriblemente una cuestión moral. Que no se me pregunte sobre todo con qué derecho el autor ha empleado toda su poesía para convertir en más terrible esta idea, con qué derecho ha escogido y tratado este asunto. Del derecho de todo hombre honrado, respondería yo, del derecho del que descubre resueltamente una llaga devorante, que gentes, que yo no calificaré creían más

prudente ocultar. He ahí el mal; ahí está el cáncer, curadle lo más pronto posible, no lo dejéis extenderse y roer todo el cuerpo. Pero, se me dirá: ese poeta, no ha estado nunca condenado á muerte; habla al azar de los sufrimientos de los criminales, se equivoca, sin duda, inventa. ¡Eh! ¿qué importa? ¿Creéis que aquí pueda la imaginación superar á la realidad? ¿Creéis que las torturas reales cedan á las torturas imaginadas? Tembláis ante estos sollozos que sueña el poeta, ¿qué sería, pues, si escucharais los verdaderos gritos y vieséis los lloros verdaderos? Yo lo he dicho con vosotros; el autor se equivoca, sin duda; estas no son probablemente, las sensaciones de un condenado; mas por lejanas de la horrible realidad que estuviesen, bastarian para levantar una punta del telón sangriento y hacernos entrever la verdad, mil veces más horrorosa. Me espanto, lloro apiadado, grito casi ante el martirio, y esto es lo que quiere el poeta. La religión es atacada con creces en diferentes capítulos. Así, el capellán de las prisiones, presentado como habituado á esta clase de escenas é incapaz de conmoverse, de consolar, de convertir, ha levantado muchos gritos. Puede ser que haya honrosas excepciones; pero en esta cuestión de vida ó de muerte, de salud ó de daño, si se confiesa un solo caso en el que el poeta se encuentre en la verdad, la pena de muerte se convierte al instante en una cosa impia. No basta entonces con matar el cuerpo; se mata el alma. Hay también páginas encantadoras en este caos de estertores y sollozos. El capítulo XXXIII, por ejemplo, donde el condenado, algunas horas antes de su muerte se acuerda de su primer amor. Esta Pepa que va á leer por encima de sus hombros en el gran jardín á la luz muriente del crepúsculo; este beso de dos niños de quince años; esta ingenuidad de jovencita, es uno de esos rayos que os tranquilizan y os hacen sonreír. Y esta escena de tristeza desgarradora en que la hija del condenado va á verle por última vez... ¿quién es

la madre que no llora, que no maldice entonces el cadalso, la estúpida cuchilla que hiere tanto al inocente como al culpable?

(Fin de los apuntes empalagosos.)

Estoy ocupadísimo en este momento. Termino una novelita titulada *Una ráfaga* de estilo simple y ligero.

Cuando esté en Aix te la haré leer, y me dirás tu opinión. Pienso escribir cinco ó seis parecidas para hacerlas editar juntas bajo el título general de *Cuentos de Mayo*. Mi sueño es el de hacer aparecer antes de dos años, dos volúmenes, uno de prosa y otro de versos. Respecto al porvenir, no sé; si emprendo definitivamente la carrera literaria, quiero seguir mi divisa: *¡Todo ó nada!* Quiero, por consiguiente no marchar sobre los pasos de nadie; no es que ambicione el título de jefe de escuela, de ordinario, un hombre tal, es siempre sistemático; pero yo desearía encontrar algún sendero inexplorado y salir del montón de escritores de nuestro tiempo. El poema épico—yo entiendo el poema épico á mi modo y no una estúpida imitación de los antiguos,—me parece un camino asaz poco común. Es una cosa evidente: cada sociedad tiene su poesía particular; luego, como nuestra sociedad no es la de 1830, como nuestra sociedad no tiene su poesía, el hombre que la encuentre será justamente célebre. Las aspiraciones hacia el porvenir, el soplo de libertad que se eleva de todas partes, la religión que se purifica, he ahí las fuentes poderosas de inspiración. El todo estriba en encontrar una forma nueva de cantar dignamente los pueblos futuros, de mostrar con grandeza á la humanidad ascendiendo las gradas del santuario. Tú no puedes negar que hay aquí algo de sublime por encontrar. ¿Qué? lo ignoro todavía. Siento confusamente que una gran figura se agita en la sombra, pero no puedo precisar sus trazos. Mas, no importa, no desespero de encontrar la luz un día, y entonces me podrá servir esta forma de poema épi-

co que entreevo confusamente. Y mientras se maduran estas ideas, mientras llego á ser hombre, quiero, como te he dicho, preparar mi camino, dar los dos primeros pasos, es decir, lanzar al público un volumen de versos y otro de prosa.

En estos últimos días se me ha metido cierta idea en la cabeza, y es la de formar una sociedad artística, un club, cuando estéis en París tú y Cézanne. Seremos cuatro fundadores: vosotros dos, yo, Pajot, joven para el cual te pido tu amistad. Seremos excesivamente exigentes para recibir nuevos miembros, y esto no se hará hasta después de un largo conocimiento de caracteres y opiniones. Nos reuniremos semanalmente, por ejemplo, y emplearemos nuestras reuniones en comunicarnos los pensamientos que hayamos tenido, las observaciones hechas durante la semana; el arte, bien entendido, será el gran tema de conversación, á pesar de que la ciencia no sea completamente excluida. El fin, sobre todo de esta asociación, será formar una pujante fracción para el porvenir, sostenernos mutuamente, cualquiera que sea la posición que nos espere. Somos jóvenes, el espacio es nuestro; nada será más cuerdo antes de lanzarnos, que estrecharnos las manos, formar un nuevo lazo entre nosotros, para que una vez en la lucha sintamos á nuestro lado á un amigo, este rayo de esperanza en la noche de la humanidad. A más de esta ventaja futura, tendremos la de pasar un día agradable todas las semanas, la de vivir y fumar algunas buenas pipas. Si así lo deseamos volveremos á hablar de viva voz sobre este proyecto.

Cézanne ha debido hablarte de Chaillan, del famoso Anfión que ha echado á perder copiado de mi academia. Este Chaillan es un muchacho curiosísimo, buen hombre en el fondo, pero de una superficie tan deslustrada que no se le puede tomar por ningún lado sin sufrir un desencanto. No es fatuo, lo que hace que casi le ame; si no tiene talento no se lo cree al

menos y esto le hace muy soportable. Prefiero pasearme con él que con Marquenzi; está provisto además de una cierta dosis de buen sentido que hace que se le escuche sin disgusto. Es el único ser, excepto Pajot, que yo frecuento aquí; hemos vaciado y vaciamos muchas botellas de vino blanco, hasta de Champaña, fumamos, reímos y se pasa una hora sin fastidio.

Esta carta es, sin duda, poco interesante. No quiero volver á comenzar nuestra antigua discusión, ni menos entablar otra; por otro lado mi vida es de las más monótonas, y cuando viene una idea á mi pluma la rechazo diciendo: «Prefiero decírsela de viva voz.» Todas estas causas reunidas hacen, pues, que no sepa lo que decirte y que llene tal cual mis ocho páginas de simplezas. ¡Que ellas te sean leves!

En fin, acabemos la página hablando un poco de mi viaje. Cuénto con marchar á Aix el 20; todavía te escribiré una carta desde París, alrededor de esa época, carta en la cual te diré si puedes escribirme dándome cuenta del resultado de tu examen y de las disposiciones que tomas para las vacaciones. Así, pues, de todas maneras, no me escribas antes de recibir una carta mía fechada sea en París, sea en Aix y diciéndote en estos dos casos lo que debo hacer.

A decir verdad, mi viaje no está todavía decidido, es decir, lo espero todo y no tengo nada. En todo caso, experimento tal necesidad de veros, de vivir un poco, que estoy dispuesto á poner á Pelión sobre Ossa (clásico) para conseguir mi objeto. Cuenta, pues conmigo.

¡Oh joven que ha palidecido sobre los libros! Sacude la polvareda científica, ataca tu pipa, vuelve á llenar tu vaso, ¡he aquí el mes de las locuras! Mi carta es bastante trivial. Buenos días. Te estrecho la mano. Mis respetos á tus padres.

Tu amigo

EMILIO ZOLA

Una expresión encantadora he encontrado en una carta de Cézanne: «Yo soy nodriza en el país de las ilusiones.»

Estas tres últimas páginas son de un detestable francés.

## XVII

Mi querido amigo:

Un poco de indisposición y un mucho de pereza me han impedido escribirte hasta hoy. ¿Qué importa por otra parte nuestra correspondencia? ¡la falta de interés es tan poco propia para cambiar nuestras ideas! Lo más importante está en que no olvidemos que tenemos un amigo del cual conocemos el corazón. Ya ves que me arreglo á tus silencios tan prolongados y que no ridiculizo tus cartas como raras apariciones. Esperemos á estar reunidos, y entonces procuraremos conocernos de nuevo; estoy seguro de que los cambios que hayamos podido sufrir no serán un obstáculo á nuestra amistad.

Sin embargo, la pereza me pasa y comienzo una larga epístola, poco cuidadoso de su contenido, escribiendo por escribir. Es este un laudable hábito; me retraso algunos meses, hilvano novelas, después una bella mañana, cansado de soñar, me pongo á trabajar, lanzando sobre el papel los primeros pensamientos que se me ocurren. Charlemos, pues, de ésto ó de aquello: te haré volver á mi recuerdo, me volverás al tuyo; tal es mi objeto; y lo cumpliré cualquiera que sea el asunto, el cielo, el infierno, el ideal ó la realidad.

Ve mi transición encontrada, ya que la transición hace falta como pretenden los clásicos. Me hablas precisamente del ideal y de la realidad y me propones comenzar nuestra antigua discusión sobre tal tema, solamente que cambiando las posiciones; tú convertido

en idealista y yo en realista. Tal idea no sería de mi gusto; escribí según mi modo de ver y, si me examino, no encuentro ningún cambio en mi pensamiento. Me mentaría á mi mismo si te dirigiese ahora las cartas que tú me dirigías antiguamente. No puedo convertirme en realista en el sentido que das á esta palabra y haciéndome una ley de las necesidades materiales ahogar todos los arranques nobles de la criatura. Pero, como no ceso de repetirlo, he tropezado á menudo con la realidad, la conozco, y, si deseas, puedo mostrártela, dispensado de hablarte en seguida del cielo y descubrirte una estrella por cada cenagal que sondée. Lo que me irritaba profundamente en otro tiempo es esta persistencia por tu parte en no querer comprender mi filosofía. Sería inútil gritarte: «La realidad es triste, la realidad es odiosa; cubrámosla, pues, con flores; no tengamos comercio con ella, más que el que nuestra miserable humanidad exige; comamos, bebamos, satisfagamos todos los apetitos brutales; pero que el alma tenga su parte, que los sueños embellezcan sus horas de ocio.» Me respondes invariablemente que me pierdo en las nubes, que no veo, que estoy ciego. ¡No ver, Dios mío! Separo los ojos del estiércol para fijarlos en las rosas, no porque niegue la utilidad del estiércol que hace abrir mis bellas flores, sino porque prefiero las rosas, tan poco útiles, no obstante. Así me muestro á la vista de la realidad y de lo ideal. Acepto la una como necesaria y á ella me someto, según la naturaleza, pero en cuanto puedo escapar de este atolladero común, corro al otro y me pierdo en mis muy amadas praderías.

No he sospechado por un momento que en la proposición que me haces pueda haber mala fe. Me creo incapaz de hablar contra tu opinión y de divertirme con un miserable juego, defendiendo hoy lo que atacé ayer. Dejemos eso á una ciencia tan impropia-mente llamada Derecho. Al contrario, me alegró de una

cosa; puesto que defiendes el ideal es que te he convertido, y has lanzado, por fin, á las ortigas estos razonamientos pueriles sobre la necesidad de beber y de comer. Tenemos nuestros rayos y nuestras sombras, nosotros, pobres humanos. Nuestras sombras son estos lazos materiales y vitales que nos atan á la tierra, nuestros rayos estas alas que nos llevan á los cielos. Cuando el labrador, con el sudor en la frente, ha pasado la jornada en fecundar su campo, vuelve y goza de dulces horas cerca del hogar doméstico. Seamos como este labrador, mi pobre viejo, y procuremos hábilmente hacer que se sucedan los rayos á las sombras. Que el cuerpo coma, pero que el alma tenga su turno.

Entre las realidades desgarradoras que vienen á ensombrecer nuestra juventud, hay una contra la cual se destroza todo corazón generoso: la desilusión del amor. A los dieciséis años, abrigamos bellísimos sueños; bulle nuestra sangre en nuestras venas y ardemos por realizarlos. Así nos lanzamos ciegos á la persecución de nuestra quimera; la primera mujer que se encuentra es aquella que buscábamos, nuestra poesía nos la muestra tal y como la hemos soñado, y enloquecidos como estamos, nos complacemos en fijar en ella todo un porvenir de venturas. ¡Ay! ese bello cielo no tarda en obscurecerse; un día confesamos angustiados que nos hemos engañado. Pero somos jóvenes todavía, y perseguimos de nuevo nuestro ideal; amamos á nuevas mujeres, y solo cuando hemos recorrido todos los rangos, desde la cortesana hasta la virgen, es cuando quebrantados declaramos que el amor no existe. Tal es lo que los viejos llaman experiencia, tal es lo que ellos miran como una cualidad que nos lanzan á la cara para dominar. ¡Quiera el cielo que permanezca loco siempre á este precio, y que, anciano, tenga todavía todas estas ilusiones que nos hacen tratar de aturdidos!

Creo que esta es una cuestión que el joven de-

quiera colocar delante de todo, cuestión, es verdad, que no impedirá que su sueño se desvanezca, más, por lo menos, podrá guiarle y hacerle obrar con conocimiento de causa. La cuestión es esta: ¿Entre qué clase de mujeres debo elegir mi amante? ¿Será esta una hija de la alegría, una viuda, una virgen?—Me pedías realidad; el asunto viene por sí mismo y no lo puedo rechazar. Excavemos, pues, en el fango, amigo mío, y mostremos la casi imposibilidad de encontrar aquella que buscamos.

Puedo hablarte sabiamente sobre la moza de partido. A veces nos ocurre esta loca idea de hacer volver al bien á una desventurada, amándola y sacándola del arroyo. Creemos observar en ella un buen corazón, un último chispazo de amor, y bajo un hábito de ternura, tratamos de avivar la lucecilla y de convertirla en una hoguera ardiente. Por una parte nuestro amor propio está en juego, y nos repetimos cuantos bellós pensamientos son de estos casos: que el amor lava toda mancha; que se basta él solo para contrabalancear todos los defectos. ¡Ay! que todas estas fórmulas son bellas, pero ¡cuán engañosas son! La moza de partido, criatura de Dios, ha podido tener en su nacimiento todos los buenos instintos; sólo el hábito ha formado en ella una segunda naturaleza. No digo que estuviera siempre corrompida por carácter, pero la huella del libertinaje permanece; constantemente el bien ha sido vencido por el mal. Una ligereza sin ejemplo produce seguramente su volubilidad; pasa de un amante á otro sin echar de menos al primero, sin casi desear al otro. Por una parte hastiada de besos, fatigada de voluptuosidad, huye del hombre en cuanto al cuerpo; por otra sin ninguna educación, sin ninguna delicadeza de sentimiento, está como privada de alma, y no sabrá simpatizar con una naturaleza generosa y amante. Vé á lo que nos lleva algunas veces la fantasía de amar, á una criatura descarriada, intermediaria, en cierto modo, entre la mujer



y la hembra. Ahora, supón á un joven deseando domar á esta miserable criatura. La ha encontrado en un baile público, borracha, perteneciendo á todos. Algunas palabras sueltas la han herido, la lleva consigo y empieza la cura. Le prodiga mil caricias, le muestra dulcemente cuán maldita es la vida que lleva; después, pasando de la teoría á la práctica, quiere que cambie su comprometedor modo de componerse por vestidos más sencillos, más decentes, y sobre todo que ella le ame, se ligue á él y olvide poco á poco sus hábitos de baile y de café. Dejo sentado que nuestro joven no sea ni un tonto ni un celoso, que tome el asunto con habilidad y que no le pida una virtud perfecta desde los primeros días. Pero cualquiera que sea su amor, por grande que resulte sin fineza, puedo jurar que llegará á hacerse detestar. Se le llamará tirano, se le ofenderá de mil maneras, habiéndole de tal ó cual amante más bello, más generoso que él, contándole mil y mil locuras, más sucias las unas que las otras, no habiéndole más que de perversiones, de estupideces y de simplezas. De modo que, tras de tocar todas sus fibras sin conseguir nada, tras de prodigarle tesoros de amor sin despertar ningún eco, dejará debilitarse su ternura, y no pedirá á esta mujer más que un cutis suave y unos ojos bellos. Así es como terminan todos los sueños que despiertan en nosotros las mozas perdidas. Afortunadamente sacamos un excelente resultado de este amor mal entendido. Nos sentimos presas de un horror profundo hacia la perversión, y si todavía buscamos el vicio no es más que contra nuestro corazón y convencidos de que obramos mal. Probablemente crees que éste no es más que un caso particular y que contándote esta historia no me curo de hablar de la generalidad. Temo mucho conocer toda la especie entera por una sola muestra. Regla general: toda mujer de costumbres libres, adora á esos presumidos de café que la rinden, la menosprecian y la tratan mucho peor

de lo que merece. Con tal de que se las tire seda, monedas de veinte reales, que no se las fatigue demasiado con el amor ni con la moral, ellas pretenden estar persuadidas de que sois un bribón, un imbécil, de que las insultáis, hasta que cogéis un bastón. Pero que encuentren un corazón noble que trate de redimir las por el amor, y que, ante todo, queriendo poder estimularlas, procure convertirlas en mujeres honradas, ¡Ah! de éste se mofan, le miran á veces por su dinero, pero no le aman jamás en el singular sentido que se da á esta palabra. De suerte que, por semejante observación, se llega á esta extraña fórmula: Amad á la mujer de costumbres libres y os menospreciará; menospreciadla y os amará.

Nuestro joven, después de haberse equivocado una vez, ¿se dirigirá á una viuda? Aquí me falta la experiencia y no puedo más que adivinar y decir mi propio gusto. Es, con todo, una observación la que hago: ¿de dónde viene que, á los veinte años, cuando soñamos con una amante, esta amante no es jamás viuda, es decir, una mujer hecha, antigua maestra en cosas de amor y con la cual no seríamos, probablemente más que unos aprendices torpes? ¿No provendrá este pensamiento de que nuestra amante debe recibirlo todo de nosotros, y, por otra parte, de esta timidez de niño que retrocede ante una experiencia más grande, de este exquisito sentimiento de celos del amante que quiere la rosa en todo su perfume para deshojarla fácilmente? Sea como fuere, la viuda no es el ideal de nuestros sueños; esta mujer libre, más lista que nosotros nos espanta. No sé qué presentimiento nos advierte de que, honrada, nos amará prosaicamente y sin amor al matrimonio, y ligera, hará de nosotros un juguete, que lanzará en seguida por otro. Preferimos probar la mujer entretenida, probar el vicio, como te decía hace poco, á tropezar con una virtud afectada; preferimos la mujer libre por una emancipación voluntaria á la que por un triste acciden-

te queda en una libertad, probablemente deseada; preferimos en fin, impulsados por nuestros buenos corazones, ensayar una buena acción, batirnos en nombre del bien contra la perversión, á amar á una mujer, desflorada también, y en la cual el amor no presenta ni las dificultades ni la poesía que el otro. Efecto de nuestros cerebros atolondrados, se me dirá. Es posible, lo repito: una viuda nos espanta y no la elegimos, sino rara vez para nuestra primer querida. Estoy por otra parte muy poco al corriente sobre estas señoras, y no afirmo que sea real lo que acabo de decir.

Queda la virgen, esta flor de amor, este ideal de nuestros dieciséis años, visión que será á la cabecera de nuestras camas la amante pura del poeta que le consuela en sus sueños dorados. La virgen, esta Eva antes del pecado, último rayo del cielo sobre la tierra, suprema manifestación de belleza, del bien, de la divinidad misma. ¡Ay! ¿Dónde está esta criatura divina, tan inocente, á la que no ha manchado el fango de los hombres, libre como el pájaro, que sólo obra por ella misma y obra siempre bien? Veo aquí y allá modestas pensionistas, frescas jovencitas de convento. Se me dan como vírgenes; quiero creerlo; pero es una maldad ridícula hablarme de virginidad física cuando pido virginidad moral. ¿Qué me importa que esas señoritas sepan hacer bien una reverencia, que ignoren esto ó aquello, ni que tan estrechamente encerradas, ningunos labios de hombre se hayan posado todavía en los suyos? Lo que quería de ellas era la castidad del alma, el amor grande y bello, la libertad de acción, sin la cual no se llega más que á la hipocresía y al vicio, y aun cuando estas pretendidas cualidades, que no me importan, se me venden á peso de oro, se hace sonar alto á mis oídos los ojos bajos, el aire infantil y bobo de la joven muñeca; después cuando se me han detallado bien sus méritos, sin siquiera hablar de la cuestión de mi

amor y el suyo, sin que se me permita conocerla ni simpatizar con ella, se me grita en nombre de las buenas costumbres: «Señor, esto cuesta tanto; cásese desde luego, ustedes se amarán en seguida si es posible. Antes lo he dicho: establecemos la prostitución á pleno sol, pero ocultamos á todos los ojos la virginidad. De suerte que no pudiendo penetrar hasta el santuario, disgustados por la venalidad de los vendedores del templo, nos dirigimos al arroyo. La virgen para nosotros no existe; es como un perfume envuelto en triple envoltura que no podemos poseer sino jurando llevarlo siempre sobre nosotros. ¿Es, pues, tan asombroso que vacilemos en elegir á ciegas, temerosos de equivocarnos de saco y de adquirir uno que tenga un olor nauseabundo? Mi virgen ideal es libre ante todo; no es que sólo con esta condición pueda ser pura y exenta de fingimiento, sino que, sobre todo, así puedo simpatizar con ella, estimarla, amarla.

Tal es para mí la dolorosa realidad: la mujer de vida alegre está para siempre perdida, la viuda me espanta; la virgen no existe. Niegas, pues, el amor, me dirás, y has renunciado á encontrar una amante sobre la tierra. No niego el amor, y de nada desespero; sólo aguardo algún buen ángel, alguna rara excepción de las reglas que acabo de exponer. Sé perfectamente que sueño despierto, que mi sueño probablemente no se realizará jamás; pero hay un probablemente y esa es mi tabla de salvación. Me aferro á esta idea de posibilidad, y parto de aquí para hilvanar largas novelas donde todo es para el mayor bien posible y donde, cerca de mi compañera, me coronó de rosas y me embriago de voluptuosidad celeste. Después, cuando mi sueño se desvanezca, dudo á veces de que esto sea un sueño, ma parecerá que realmente habré sido el héroe de este poema. No pido otra cosa al cielo que me ha dotado de una imaginación bastante viva, para ilusionarme así. En mis horas de realidad, soy, además, bastante menos absoluto que otras

veces. Pido á mi amada que me ame solo durante el minuto que la tengo entre mis brazos; que sea graciosa para mí, que finja, sobre todo, más amor del que realmente tenga, y que desvanezca los sueños que puedo tener. Pero para decirte verdad, toda esta realidad presente me resulta odiosa; sólo la acepto, porque se impone. ¡Cuánto prefiero mis instantes de esperanza y de ensueño!

He cambiado de domicilio y mi nueva dirección es calle Nueva de San Esteban del Monte, número 21. Habito aquí un miradorcito ocupado en otro tiempo por Bernardino de Saint-Pierre, y donde él escribió, según es fama, casi todas sus obras. Una boardilla de buen augurio para un poeta.—No te extrañes mucho si guardo largos silencios; tengo grandes ocupaciones, trabajos imprescindibles: en primer lugar holgazañear, después trabajar en un largo poema que acabo de empezar, luego hacer un acto en prosa para un nuevo teatro que están haciendo en los Campos Eliseos, y por fin á correr de un lado á otro, para un empleo que solicito y que espero obtener bien pronto. Ya ves que sueño con una *posición*.

Cézanne debe venir á buscarme. Y tú, mi pobre viejo, ¿cuándo decides tu muy feliz viaje? Sigo esperándote para el mes de octubre, y estaré encantado de que cese este cambio de cartas, tan triviales frecuentemente y en las que nos decimos tan poco. Que esto, no obstante, no te impida contestarme pronto. Cuanto á mí, no dejaré pasar un mes sin escribirte, y entonces podré hablarte con más seguridad de mi situación material y moral.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Mis respetos á tus padres.

No he tenido nunca los ojos malos y no sé quién ha podido poner en circulación esta falsa noticia. Sólo el vientre me hace sufrir de tiempo en tiempo.

## XVIII

París, 10 de agosto de 1860.

Mi querido Baille:

El poeta tiene dos armas para corregir á los hombres: la sátira y el canto, la carcajada de Satán y la sonrisa de Dios; la una juega y corrige desgarrando; la otra besa y mejora haciendo entrever el cielo. Me explico: el poeta satírico pone al desnudo al hombre y sus perversidades; le hace enrojecer y combate su vicio por su bochorno; el canto lírico, por el contrario, crea una quimera, un hombre ideal, le presenta al hombre real y vuelve á este último á la virtud por el color sublime con que la ha pintado. Así, pues, de un lado remover el fango, hacerle exhalar todos sus miasmas; del otro abrir los cielos y mostrarlos llenos de rayos y de perfumes. El fin, se me dirá, es el mismo; es posible, pero puesto que la experiencia no se ha decidido todavía por tal ó cual medio, puesto que me es permitida la elección entre el canto y la sátira, prefiero mucho más el canto. Creo al mismo tiempo, dejando aparte mi gusto, que los esplendores celestes son más á propósito que el infierno para convertir á los pecadores; que se me castigue en mi fango y es muy posible que salga de él, pero que se me muestre á mi vecino con la aureola en la frente y saldré todavía más pronto. Por otra parte, la sátira conduce á la hipocresía; se me acusa de tal defecto, lo oculto por todos los medios; es el miedo el que me hace obrar bien. El canto no podrá tener este resultado; me muestra el bien en todo su ideal, admiro, me siento transportado hacia Dios, por Dios mismo; mis vicios se desvanecen en relación á mi aproximación á la humanidad. Así, pues, el can-

tor lírico obra con mucha más pujanza y eficacia. Si ahora, dejando á la humanidad, considero al poeta y los resultados que tendrán sobre él sus propias obras, prefiero una vez más el canto. Cuando se remueve el cieno, quedan algunas suciedades en las manos; cuando á la aurora se divaga en el campo se vuelve perfumado de flores y de rosas. El poeta satírico, viéndose siempre al hombre por sus peores lados, acaba por sentir hacia él piedad, menosprecio, odio; su reír, al principio ridiculizador, se convierte en amargo, su deseo de corregir se cambia en el de flagelar, cuanto más avanza, el légamo es más profundo, y él se convierte en más duro y más despiadado; su último grito es una blasfemia. Es de una candorosa evidencia decir que el canto lírico no tiene que temer estos terribles efectos; no cantando más que lo bueno, lo justo y lo bello, no presentando al hombre más que espectáculos luminosos, se eleva á sí mismo tratando de elevar á los demás. Se me objetará, que se puede hacer á un hombre honrado con el empleo de la sátira. No lo niego; pero si es un artista concienzudo, si se está bien penetrado del asunto, y, sobre todo, si se cree lo que se escribe, es evidente que la sátira, no es en modo alguno á propósito para hacer amar á los hombres, y es claro también que el poeta se convertirá en taciturno y misántropo.

Para resumir, y al mismo tiempo para hacer comprender mejor mi pensamiento, te diré, que, según mi opinión, una lectura de Lamartine es mucho más fértil en virtudes que una lectura de Juvenal; el uno os transporta de un aletazo hasta el trono de Dios, el otro, como Dante, os hace desde luego pasar por el infierno. Añadiré—esto no puede ser aquí más que una hipótesis, pero una hipótesis basada en el sentido común y en la estricta deducción,—añadiré que Lamartine debe ser mejor que Juvenal, si se le juzga por lo menos por sus escritos, si se quiere decir que la obra deja siempre su surco en el alma del poeta,

en el uno la moral cristiana fecundada por sus cantos de amor, en el otro la intolerancia y la misantropía, que han debido, sin duda, ser origen y fuente de sus sollozos satíricos.

Después de lo que acabo de decir, no tengo necesidad de concluir asegurando que elijo el canto. No es que la sátira, la amarga ironía no estalle á veces en Lamartine; cada cual tiene sus horas de pesadumbre y descorazonamiento. El alma se quebranta no por los llantos sino por los sollozos y los gritos. Estos raros latigazos son entonces de tanto más resultado cuanto que sobresalen de la dulzura habitual; por otra parte, aun no teniendo ninguno, no se puede impedir que se trate de curar el alma herida. Pero cortar mi pluma y ponerme á ennegrecer al hombre sin querer escuchar razones, despojándole de sus raras cualidades y haciendo resaltar sus numerosos defectos, no será jamás de mi gusto. La sociedad, ya te lo he dicho con frecuencia, no está segura de lo que le hace falta, pero puesto que hay dos remedios para volverla al bien, que se use por lo menos el de resultados más seguros y el más inofensivo por sí mismo.

Hay otras consideraciones más elevadas que me harían aún elegir el canto; yo las sacaré á relucir en la idea que me he formado del poeta moderno. Que no se equivoque: el artista es un soldado; combate en nombre de Dios por cuanto hay de grande. No es como en otro tiempo un vano soñador, dejándose llevar por su fantasía, cantando por cantar y asociándose bien poco á los ecos que despierta su lira. En nuestros tiempos de materialismo, en nuestro siglo en el que el comercio lo absorbe todo, donde las ciencias tan sanas y tan grandes vuelven al hombre orgulloso y le hacen olvidar al sabio supremo, el poeta tiene una misión santa: Mostrar, en todo tiempo y lugar, el alma á los que sólo piensan en el cuerpo, y á Dios á aquellos en quienes la ciencia ha des-

truido la fe. El arte no es otra cosa; es un luminar esplendente que alumbra el camino de la humanidad y no una miserable bujía en el chiribitil de un poeta. No se agita solamente para hacer buenos versos, sino que hace que estos versos sean una sublime lección de virtud; en los dos casos se puede ser un gran artista, pero en el primero se sirve uno mal del fuego sagrado dado por Dios, y en el segundo se convierte en un discípulo, en un apóstol de la Divinidad. En efecto, ¿á qué se llama arte si no es á la perfección, á la sublimidad divina, á la divinidad misma? Dios, poesía: palabras sinónimas para mí. Vosotros, pues, que os llamáis artistas, que ensalzáis á Dios en vosotros ¿creéis que no habréis de dar cuenta del empleo de la santa chispa? El Maestro os puso sobre la tierra, como puso en otro tiempo á los profetas; el os colocó, faros luminosos, en la vía humana, para que indicaseis al hombre el cielo. Cantad, pues, y que vuestros cantos favorezcan á la humanidad; cumplid vuestra misión, sed apóstoles del progreso y decid que una lira es un arma y no un juguete. Si el arte no sirve para nada, si como se ha dicho á menudo los poetas no son más que brillantes inutilidades, digamos á nuestra vez que Dios no existe, que lo grande y lo bello son mentiras. Lo que yo quisiera hacer persuasivo es que el arte debe ser ante todo útil ya directa ya indirectamente; que es tan necesario á una sociedad como comer y dormir, sobre todo que es un beneficio de Dios, una estrella de los magos colocada sobre la frente del predestinado para salir del cenagal y guiar hacia el plano florido á la humanidad vacilante. Desde este punto, no se volverá la espalda cuando se hable de un poeta.

Colocando al arte tan alto, he elevado por lo mismo al poeta; cuanto más perfecto es el Dios, más tiende el pontifice á la perfección. El artista—poeta, pintor, escultor, músico—es un verdadero gran sacerdote. Le he comparado, á menudo con un profeta;

es la mejor comparación posible. Antes de la venida de un Dios, hay hombres, y estos son los profetas, tras su ascensión gloriosa, otros hombres, los artistas, lo recuerdan á los siglos siguientes; pero en el fondo, profetas y artistas son las mismas frentes marcadas por el dedo de Dios. No es, pues, artista el que quiere; la centella no cae más que sobre algunos elegidos. Pero es siempre glorioso ensayar; si falta el aliento ¿qué importa? Caeréis engrandecidos por vuestra audacia.

Dejemos á este mártir y hablemos del verdadero artista. Como es hombre, á pesar de su genio, puede equivocarse, empleando locamente la centella, como Alfredo de Musset de quien se puede decir honrosamente, que más tarde quemó cuanto había adorado y adora cuanto había quemado. O bien como V. Hugo, mezclándose en política, escribiendo sobre el suceso presente una obra que no tendrá sentido el día de mañana. O, en fin, como Lamartine que sólo habla del alma, de la humanidad en general; y aquí está el poeta usando bien de la llama sagrada. El artista debe dominar sobre las miserables consideraciones de un día; no debe convertirse en cantor del vicio, ni en el heraldo político de una época. La humanidad; he ahí su libro, he ahí su vasta carrera; que considere al Hombre y no á los hombres; que sostenga al frágil y dé valor al fuerte; sobre todo que nos muestre un Dios sobre nosotros, y nos dé, con un alma inmortal, la esperanza del cielo. El Evangelio es un libro eterno por el solo hecho de dirigirse á la humanidad entera y no á algunos hombres en particular. Tal debe ser el libro del poeta: verdad para todos, consolando y mejorando á cada uno; no por la imagen de tal ó cual sociedad, sino por la del género humano; no por el entusiasmo de una acción, de un sentimiento particular, sino por el canto de la virtud, de la libertad, del amor, etc., etc.; y para volver á mi punto de partida, no por la pintura de tal siglo corrompido, pero

por el esplendor eterno de los cielos.—He ahí, según mi opinión, la verdadera poesía, el verdadero poeta moderno, el hombre de progreso, el artista sublime sirviéndose dignamente de la lira, que Dios le ha confiado.

Hablo en general, no te equivoques. Un poeta, escribiendo como V. Hugo, *El último día de un condenado* no sale del camino trazado, puesto que se ocupa de una cuestión particular. No hay regla sin excepción indispensable.—Por otra parte, el ideal del poeta que trazo no puede ser el poeta real; la fantasía reina, siempre, más ó menos, en un cerebro humano; cada cual tiene sus extravíos, cada cual tiene sus horas de duda.

Ahora podrás preguntarme, puesto que me ocupo del arte, qué forma es la que creo mejor para llegar al objeto, qué género elegiría yo. A eso te responderé que todavía busco mi camino, que la mejor forma es aquella de que pueda uno servirse mejor. La idea, tal es lo principal; el resto no es más que una cuestión de estudio y de aptitud. Por otra parte, no creo, después de haber exaltado el artista, que ose tomar ese título; trabajo, nada más, tanteo, busco para llegar más fácilmente allá á donde sea capaz, y entonces solamente me atreveré á elevar la voz.—El drama es un poderoso móvil, porque se dirige á las masas, las enlaza, las corrige siempre un poco; pero hay también un gran inconveniente: escrito para la escena, pierde su prestigio para la lectura; sin actor, se parece á un arma sin pólvora; en una palabra, es incompleto y no dura más que un instante. Por otro lado mi espíritu no se presta á este género; no es, pues, el medio que puedo escoger. Prefiero el poema, novela ó verso; *Paolo*, mi última obra, será en cierto modo mi ensayo. En una serie de obras parecidas idealizaré alternativamente todos los nobles sentimientos; bien entendido, que trataré de ser más correcto, más artista, y al mismo tiempo más real. Estos no

son todavía más que proyectos; es probable que una mejor idea venga á impulsarlos. Ya hablaremos de ellos.—Más tarde te diré lo que pienso del verso; esta herramienta, esta materia tierna ó brillante, según la mano que la emplea; es para todos. El verso es el cuerpo de una obra y la idea el alma.

La otra tarde me encontré con un protestante y una vieja dama católica y devota. No sé bien por qué, me encontraba más expansivo que de costumbre; me dejé llevar, aventurando algunas de mis opiniones sobre la vida y especialmente sobre la religión. Mis dos oyentes no tardaron en clamar contra mí, cada cual predicando por su santo, y después se unieron para concluir á la vez que yo no era de ninguna secta religiosa. Me vi obligado á confesar que tenían razón.—En materia de religiones los pueblos están de acuerdo sobre la idea de Dios, para todos es siempre el mismo ser poderoso, justo y bueno; para todos, hasta cierto punto, es igual la idea de una vida futura de castigos ó de recompensas según los méritos. ¡Rara extravagancia! los judíos, los protestantes, los católicos, tienen la misma base religiosa: la Biblia; sus dogmas y su moral, están sacados del mismo manantial; la ley escrita es la misma, ¿de dónde viene, pues, la gran diferencia que los separa? Evidentemente de los comentadores, de las diferentes maneras de explicar el texto. ¡Si no es esto una lástima...! su Dios es el mismo, la manifestación la misma, y ahí los tienes matándose entre sí por una palabra mal definida. Cada uno de ellos conviene en el Sér Supremo, pero cada cual quiere tener el suyo; batalla de palabras antes que de ideas, puerilidades que obligan á alzarse de hombros. ¿Ha pedido Dios que se le adore de tal ó cual manera? ¿No le basta que se prosterne uno y le reconozca con el alma, su soplo divino? ¿Qué puede importarle el nombre con que le invoquemos, Jeovah, Dios, Allah, etc., etc.? ¿No es siempre el Creador, la inteligencia que rige al mundo? Su templo es

el Universo, y la plegaria más ferviente es para el la más agradable, no importa el nombre bajo el cual uno se la dirija.—Además, los comentadores, el clérigo, la clase sacerdotal, vé ahí la plaga; el hombre que sirve de intermediario entre su semejante y el cielo, hace de su Dios á su propia imagen, un sér celoso, pequeño y mezquino.—¡Fuera de la iglesia, te grita él, ponte en salud!—Es decir: fuera de los curas. «El Señor no escucha á nadie más que á mí, soy infalible y cuando hablo, es el mismo cielo el que habla. Encontráis bello ser virtuoso, creer en Dios, creer en el alma; si no os acogéis á mi ley, si no cumplís con las prácticas que os he impuesto, iréis nada menos que al infierno. Lo puedo todo sobre vosotros, yo, el ministro del Todopoderoso. Puedo ocuparme de política como de religión, restringir el pensamiento y la libertad con la cruz en la mano. Y si os movéis, si os revolvéis, os excomulgo delante del paraíso y de parte de todos los santos.»—Y no es de un clérigo en particular de quien hablo, hablo de todos. Está siempre un momento en cada sociedad donde reina la teocracia, donde el hombre falible y frágil gobierna á sus semejantes en nombre del cielo, y pone sus vicios y sus malvadas acciones sobre la cuenta de Dios. Basta de clérigos entonces, nada tengo que hacer con ellos; la plegaria: tal es el único intermediario que acepto entre el Señor y yo. Basta de comentadores; tengo la idea de un Poderoso eterno y lo adoro sin querer sutílizar. En nuestros tiempos de examen filosófico, los que han matado la fe son los clérigos y los comentadores; los curas, sobre todos los católicos, nuevos embusteros, seres aparte en la sociedad, seres imposibles y contra el espíritu divino; los comentadores, los unos, demoleedores estúpidos como los llama Musset, arrancándolo todo sin edificar nada; los otros fanáticos, forzando las palabras y las frases con el pico y con las uñas, para crear una divinidad de fantasía. Pero, si se es tolerante si

se ha dejado á cada cual su Dios, el mismo para todos, sin exaltar el de uno, sin sobre todo demoler el del vecino, yo lo pregunto, ¿habrá muerto la fe? Y por otra parte ¿la fe en Dios está muerta? ¿No reconoce cada uno un Poderoso?, ¿no siente cada corazón generoso que su alma tiende hacia el cielo? Lo he dicho en verdad: lo que ha muerto, lo que está agonizante son los curas, los fabricantes de sistemas, los estúpidos fanáticos, los comentadores. Pero en tanto que la humanidad viva, pensará en su Creador y le adorará elevando los ojos al cielo. Cada secta religiosa tiene su profesión de fe; yo quiero hacer aquí la mía: «Creo en un Dios Todopoderoso, bueno y justo. Creo que este Dios me ha creado, que él me dirige aquí abajo y que me espera en los cielos. Mi alma es inmortal, y, dándome el libre albedrío, el Maestro se ha reservado el derecho de las penas y las recompensas. Debo hacer todo lo que es bueno, evitar todo lo que es malo y contar especialmente con la justicia y la bondad de mi Juez.» Ahora no sé si soy judío católico, judío protestante ó mahometano; sé que soy criatura de Dios y esto me basta.

Si se me preguntase si reconozco á Jesucristo como Dios, lo confieso, vacilaría al responder. Jesús es, para mí, esencialmente un legislador sublime, un divino moralista; si no es Dios, es uno de sus santos enviados. Porque si lo interpreto, pierdo desde luego la idea tan pura que me formo del Muy-Alto. Reconozco perfectamente que el Creador puede hacerlo todo con su poder; hasta dividirse, venir á la tierra y quedarse en los cielos. Pero vé aquí en muchedumbre á los curas y á los comentadores zamarreando á Jesús sobre su cruz, los unos declarándole infame, malvado, los otros Dios, y dando cada uno á sus palabras un sentido opuesto. Vacilo, mi razón humana es insuficiente, hace falta rechazarlo todo é inclinarse estúpidamente ante un Cristo de convicción y sufrir en su nombre las prácticas instituidas por los hombres. La razón, me

decía con frecuencia el capellán del colegio de San Luis, la razón es suficiente en materia religiosa, y no soy de su opinión; la fe ha sido inventada para las mujeres y para los niños. No quiero, pues, considerar al Cristo más que como el adivinador de los profetas, como un hombre señalado por el dedo de Dios, como el real sacerdote infalible que habla verdaderamente en su nombre. En todo caso, si él es en realidad hijo de Dios—observad que éste es el título que se le dió delante de Pilatos y delante de Herodes,—podrás del mismo modo tomarle en calidad de criatura de Dios; si es hijo de Dios, repito, le adoro en su padre. No es que me plazca negar su divinidad; si cristiano quiere decir discípulo de Cristo, tomo orgullosamente este nombre; sus preceptos son los míos, su Dios el mío. Es que esta divinidad me parece inútil, es que ha sido explotada por mis pesadillas: los curas y los comentadores, es que no tengo ninguna necesidad de que sea divino para amarle y venerarle. No es menos glorioso para mí en el cielo, no ha cumplido menos por eso su divina misión. Le ruego como á un santo, como al brazo del Señor sobre la tierra, como á su revelador. ¿No es bastante? ¿Son mis palabras blasfemias? Por otra parte soy tan ignorante en teología como en cualquier otra ciencia. Es posible que si estudiase volviera sobre estas opiniones; es probable también que negase con más firmeza: duda y ciencia son hermano y hermana. No importa; resumo y concluyo afirmando que adoro al Dios que Cristo nos ha revelado.

Te señalaba últimamente una palabra que me exacerbaba, la palabra *posición*; hoy es una palabra que goza de superioridad la de *un hombre distinguido*. Un hombre distinguido viste traje negro, corbata blanca, á veces un alfiler y una sortija de sello de oro; se expresa, poco más ó menos en francés; toma siempre la acera y se hincha hasta reventar cada vez que dice: *mi dinero*. Por otra parte, puede ser el más insigne

pícaro, el bribón más impudente, pero ¡qué diablo! inclinaos; es un hombre distinguido. Un hombre que no es distinguido es ese obrero que vive en un cuchitril; su blusa es negra, de trabajo, su corbata pende andrajosa; no sabe nada, el desventurado, ni siquiera leer; se desliza como una cosa inmunda por el fango de las calles, y lleva, así como el caracol, toda su fortuna sobre él. Verdad es que es un hombre honrado, que la miseria no le deja, que sabe sufrir y callar; pero ¡puf!—apartaos de él; no es hombre distinguido. ¡Si esto no es lastimoso! ¡Si no clama venganza!

Se me ha escapado una gran falta en mi *Paolo*, que Cézanne me dice haberte remitido. En la plegaria que termina el poema se encuentra este verso:

Y lanzar de tu pie en la hipóbole inmensa...

Yo quería decir parábola, figura geométrica, y no hipóbole, figura retórica. Tengo, pues, la obligación de reemplazar este infame alejandrino, por este otro:

Y lanzar de tu pie en su elipse inmensa.

El último hemistiquio es un poco silbante; ¡tanto peor! Observación general: cada vez que quiero ocuparme de la ciencia ó de la historia, cometo enormidades. No tengo para mí más que mis sueños, mis imaginaciones y mi amor á la armonía; cada cual con su lote y, sin vanidad, no me lamento del mío.

Esta carta escrita desde hace bastante tiempo, esperaba una tuya para partir. Acabo de recibirla y de leerla fumando mi pipa.—No puedo contestarte hasta mi próxima; permíteme solamente que me disculpe de algunas acusaciones graves.—No es á S... á quien he amado, á quien amo probablemente todavía; es á la Aérea, un sér ideal que he visto por lo menos en sueños. ¿Qué me importa que una jovencita de aquí



abajo á quien haya cortejado una hora, tenga otro amante? ¿Me crees acaso tan loco para impedir á la rosa amar á cada mariposa que la acaricie?—No me hagas la injuria de pensar que rechazo la forma en poesía. Has tenido alguna pesadilla, eso es todo. ¡Yo renegar de la forma! ¿dónde diablo has pescado eso? Cuando á la crítica de *Paola*, si la has escrito, guárdala; la discutiremos en el mes de septiembre. Cree únicamente una cosa: no he escrito un solo verso sin intención; será muy difícil suprimir ó agregar; ya te diré por qué y te rendirás á mis razones.

Mis respetos á tus padres, te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XIX

París, 21 de septiembre de 1860.

Mi pobre viejo:

Anteayer por la mañana recibí tu carta y con la esperanza de poder darte una contestación decisiva, he esperado hasta hoy. Me resuelvo, por fin, á escribirte, aunque mi viaje no sea todavía cosa segura y no pueda fijarte la fecha.—Debes estar persuadido de ello: los obstáculos no dependen en forma alguna de mí, mi voluntad no entra en ellos para nada, y puede ser que sea más grande que el tuyo mi deseo de ir á distraerme una temporada bajo nuestro hermoso cielo. Si pudiese partir hoy, hoy partiría. Trabajo activamente para ir á estrecharos la mano, y si no me veis llegar, podéis decir que nada me sale bien.—Por otra parte tengo grandes esperanzas y, si no temiera causaros una falsa alegría, os contaría algo sobre mi ida.

Lo que temo es un retardo más ó menos largo, es dejar pasar los días de vacaciones. Escíbeme, pues, la

fecha de vuestra vuelta al colegio, cuánto tiempo piensas pasar en Aix, á fin de que fije el último día posible mi viaje. Pienso quedarme á vuestro lado quince días por lo menos y con tal de que tengas el tiempo libre no desespero de nada.—Te lo repito: mi viaje es casi una certeza. Podéis recibir cualquier día de estos una carta anunciándoos mi llegada. Pero lo que me desespera hoy es que nos desazonemos, vosotros y yo, es no poderos decir: id tal día á esperarme á la estación. No importa, tratemos de matar el tiempo en espera de esta afortunada carta que tendré tanta alegría en escribir como vosotros en recibir. Contéstame cuanto antes á lo que te pregunto, respecto al tiempo que durará tu libertad. Tu carta me encontrará todavía en París, y en el caso contrario, ¿qué os importa?

Dile á mi viejo Cézanne que estoy triste y que no quiero contestar á su última epístola; esta carta es para vosotros dos. Es casi inútil que me escriba hasta que la cuestión del viaje se resuelva. Que espere una carta mía, ya anunciándole nuestras largas conversaciones familiares, ya para decirle que reanudemos nuestras banales conversaciones por escrito.

Tengo que censurarte una cosa; censurar no es la palabra, pero no importa. Hace cinco ó seis semanas me anunciabas tus exámenes escritos y añadías que no tenías ninguna esperanza. Te creí y lo lamenté. Pero de ningún modo te veía declarado completamente admisible. Vé, pues, que empleé mis lamentos en vano. Hoy me escribes que has sufrido tus exámenes orales, y, como la primera vez, me aseguras que estás descontento y completamente desesperado. ¿Es que tengo que entristecerme de nuevo? Esto no sería ni lógico ni razonable. De la primera experiencia deduzco que no debo fiarme de los juicios que tú has formado sobre ti mismo, y que lo más cuerdo es esperar los resultados para llorar ó sonreír.—¿No te habrás hecho el razonamiento siguiente? Acabo de presentar-

abajo á quien haya cortejado una hora, tenga otro amante? ¿Me crees acaso tan loco para impedir á la rosa amar á cada mariposa que la acaricie?—No me hagas la injuria de pensar que rechazo la forma en poesía. Has tenido alguna pesadilla, eso es todo. ¡Yo renegar de la forma! ¿dónde diablo has pescado eso? Cuando á la crítica de *Paola*, si la has escrito, guárdala; la discutiremos en el mes de septiembre. Cree únicamente una cosa: no he escrito un solo verso sin intención; será muy difícil suprimir ó agregar; ya te diré por qué y te rendirás á mis razones.

Mis respetos á tus padres, te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XIX

París, 21 de septiembre de 1860.

Mi pobre viejo:

Anteayer por la mañana recibí tu carta y con la esperanza de poder darte una contestación decisiva, he esperado hasta hoy. Me resuelvo, por fin, á escribirte, aunque mi viaje no sea todavía cosa segura y no pueda fijarte la fecha.—Debes estar persuadido de ello: los obstáculos no dependen en forma alguna de mí, mi voluntad no entra en ellos para nada, y puede ser que sea más grande que el tuyo mi deseo de ir á distraerme una temporada bajo nuestro hermoso cielo. Si pudiese partir hoy, hoy partiría. Trabajo activamente para ir á estrecharos la mano, y si no me veis llegar, podéis decir que nada me sale bien.—Por otra parte tengo grandes esperanzas y, si no temiera causaros una falsa alegría, os contaría algo sobre mi ida.

Lo que temo es un retardo más ó menos largo, es dejar pasar los días de vacaciones. Escíbeme, pues, la

fecha de vuestra vuelta al colegio, cuánto tiempo piensas pasar en Aix, á fin de que fije el último día posible mi viaje. Pienso quedarme á vuestro lado quince días por lo menos y con tal de que tengas el tiempo libre no desespero de nada.—Te lo repito: mi viaje es casi una certeza. Podéis recibir cualquier día de estos una carta anunciándoos mi llegada. Pero lo que me desespera hoy es que nos desazonemos, vosotros y yo, es no poderos decir: id tal día á esperarme á la estación. No importa, tratemos de matar el tiempo en espera de esta afortunada carta que tendré tanta alegría en escribir como vosotros en recibir. Contéstame cuanto antes á lo que te pregunto, respecto al tiempo que durará tu libertad. Tu carta me encontrará todavía en París, y en el caso contrario, ¿qué os importa?

Dile á mi viejo Cézanne que estoy triste y que no quiero contestar á su última epístola; esta carta es para vosotros dos. Es casi inútil que me escriba hasta que la cuestión del viaje se resuelva. Que espere una carta mía, ya anunciándole nuestras largas conversaciones familiares, ya para decirle que reanudemos nuestras banales conversaciones por escrito.

Tengo que censurarte una cosa; censurar no es la palabra, pero no importa. Hace cinco ó seis semanas me anunciabas tus exámenes escritos y añadías que no tenías ninguna esperanza. Te creí y lo lamenté. Pero de ningún modo te veía declarado completamente admisible. Vé, pues, que empleé mis lamentos en vano. Hoy me escribes que has sufrido tus exámenes orales, y, como la primera vez, me aseguras que estás descontento y completamente desesperado. ¿Es que tengo que entristecerme de nuevo? Esto no sería ni lógico ni razonable. De la primera experiencia deduzco que no debo fiarme de los juicios que tú has formado sobre ti mismo, y que lo más cuerdo es esperar los resultados para llorar ó sonreír.—¿No te habrás hecho el razonamiento siguiente? Acabo de presentar-

me en la Escuela Politécnica, es decir de sufrir dos pruebas terribles. Una de dos: ó soy rechazado ó me admiten. Digamos entonces que cuento con ser rechazado y el provecho es claro por dos lados. En efecto, si soy realmente rechazado, la mala impresión disminuye tanto más cuanto que viene preparada desde hace mucho tiempo; si por el contrario soy admitido, la buena impresión es tanto más grande cuanto que era menos esperada. Maravillosa táctica es ésta y si realmente la sigues á conciencia te hace honor. En todo caso, si esto no es más que una de mis invenciones, te aconsejo usarla á sabiendas, después de haberla usado por casualidad.—A pesar, de todo estoy seguro de tu admisión, solo después de leer la lista de los vencedores me apenaré ó heberé en tu honor un líquido cualquiera.

Marguery está en Mácon; acaba de escribirme desde este pueblo y me anuncia su próxima llegada á París. Si tengo la desgracia de estar aquí todavía me aguarda el placer de charlotear una hora con este excelente muchacho. Se dirige á las orillas del Rin: encantador viaje con el que he soñado siempre. ¿No podremos nosotros realizar nunca este sueño?

Estoy casi continuamente indispuerto. El fastidio me consume; mi vida no es tan activa como corresponde á mi fuerte constitución, y mi sistema nervioso está tan fuera de equilibrio y tan irritado, que me encuentro en un estado perpetuo de excitación moral y física. Soy incapaz de emprender nada, y siento cuán eficaces serán para mi largo insomnio las distracciones de un viaje y la alegría de veros.—La última noche en medio de un sueño febril, me ha ocurrido una idea que me parece grande y bella. Un largo poema, para hacer gritar ó aplaudir á la muchedumbre á mis pies. El pensamiento es todavía vago para que pueda explicártelo aquí. Por otra parte, es una obra tan seria y de tan gran alcance que debe meditarse seriamente y someterse á los amigos. Así

pienso tomar tus consejos y trato de ponerla un poco en orden en un cuaderno nuevo.

Bebed y reid, mis buenos amigos. Tengo muchas cosas que deciros y que preguntaros: mis proyectos, los vuestros. Tengo tantas cosas que ver: los lienzos de Pablo el bigote de Baille. Después, por otro lado, ¿no es nada fumar una pipa al lado vuestro hasta sin hablar? ¿hacer largas excursiones, volver á ver los objetos, las personas que me recuerdan mi primera juventud, que me hablen de vosotros y de nuestras risas infantiles? *Yo quiero ir á Aix; ¡¡¡lo juro sobre mi pipa!!!*

No te escribo más. Es lamentable que te envíe esta carta tan vaga y tan llena de inquietud... ¡Que no pueda plegarme en cuatro como este flexible papel y expedirme bajo sobre, por la módica suma de veinte céntimos!

Mis respetos á tus padres.

Te estrecho la mano. Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Estáis equivocados acusándome de que falto á la cordialidad y á la confianza para con vosotros. Sois los únicos á quien oso confiar mis sueños bien insensatos sin duda. Si no os doy completa cuenta de mi vida privada, si no pongo ante vuestros ojos mi interior, es porque estos detalles materiales no serian suficientes á aumentar ni disminuir nuestra amistad y no tendrían otro resultado que el de entristecerme.

XX

París, 2 octubre 1860.

Mis queridos amigos:

Puesto que habéis elegido domicilio en la alameda de Sextius, puesto que allí tenéis vuestro café, vuestro fumadero, vuestro todo, creo deber dirigir allí mis

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FOLIO 1065 MONTECEN, MEXICO

cartas hasta nueva orden. Por otra parte, por razón de *economía*, la misma carta servirá para los dos: economía de tiempo y economía de dinero.

Remito al final de esta misiva la cuestión viaje. Como no cuento con expedíroslo hasta dentro de cuatro ó cinco días, espero poder hablaros entonces de una manera cierta. Si estáis impacientes, interrogad, pues, las últimas líneas.

Hoy no quiero más que desayunarme charlando un poco con vosotros.—Baille me dice en alguna parte: «Pasamos el tiempo entre cartas y recuerdos.»—Está bien dicho y lo aplaudo. Dante se equivoca cuando escribe: «Nada más doloroso que un recuerdo de felicidad en un día de tristeza.» Yo le respondo descaradamente: Nada tranquiliza mejor el corazón y nada hace brillar más esplendente la sonrisa entre las lágrimas que el perfume del tiempo pasado.—¿Me predicáis la economía? ¿os acordáis del año último cuando el dinero de París se hacía esperar mientras nuestra media taza y nuestra partida de damas nos reclamaban en el diván? Si se habría una suscripción, se acababa siempre por reunir los miserables perros chicos que debían servir para matar la velada. Baille tornaba á la economía; pretendía, como hoy, hacer de nosotros unos tesoreros, unos avaros; perdonables y pródigos avaros los que él soñaba. Pero la franqueza ante todo, y debo declarar que el pecado de avaricia encontraba en él un terrible adversario, otro pecado capital, muy grande: la Gula. El nos pervertía á veces, el santo predicador: ¿te acuerdas tú Cézanne? Me empujaba á casa de Illy, te mandaba á casa de Leydet; después cuando tú traías un frasco de cualquier líquido, cuando me encorbaba bajo la carga de pasteles de crema, se frotaba las manos y nos guiaba relamiéndose los labios hacia mi boardilla, lugar de nuestros excesos gastronómicos. A veces, después de un largo sermón muy patético y muy lacrimoso sobre la abstinencia, por la noche en el café,

soñaba con un gran tazón de chocolate con jarabe de culandrillo, y sin pedirlo no obstante, hablaba de cierto malestar en la garganta y trataba de apiadarnos sobre su exófago irritado. ¡Monstruosidad! ¡Chocolate con jarabe de culandrillo! líquido que costaba cuarenta céntimos, cuando la media taza de café no costaba más que veinticinco. ¡Y vé las economías! ¡Vé los predicadores! De palabra beben agua clara y comen pan bazo, pero en la práctica se tragan el chocolate y se hartan de tortas.—Me acuerdo de otra fechoría de Baille, y puesto que se encuentra en el banquillo de los acusados, aprovechemos para hacer contra él una requisitoria aterrante. Era en la barrera, el día de la agradable hospitalidad que nos ofrecieron los señores jesuitas; habíamos llevado una pierna de carnero. Ahora bien; nos pusimos á la mesa, es decir sobre el césped, cerca de la fuente. Cómo jamón, busco por todas partes la pierna de carnero: nada, eclipse total. Voy convenciéndome de que la pierna es cada vez más inhallable. Por fin sorprendí á Baille suspendido todavía de algunos pedazos de carne. ¡Ah, señor ecónomo, que os habéis comido en este día el carnero! Desenlace: concluyo afirmando que un goloso es el antípoda de un avaro, y al mismo tiempo que un ecónomo es el antípoda de nuestro amigo. Pon cuidado, Cézanne, mientras te predica, secará dulcemente las botellas, fumará el tabaco, y si tienes la hombría de bien de prestar oídos y ojos, buscarás, en vano y con espanto, después de su discurso, los ingredientes indispensables para la vida de un hombre honrado. Ahora bien, Baille, mi amigo, quiero, cuando me encuentre en Aix, no ser ecónomo, más que si soy forzado á ello; si no, te prometo pasteles, chocolates y piernas de carnero—todo para fundir tu elocuencia de pedagogo, como se funde la nieve á los rayos del sol de mayo.—La economía es un mito para vosotros y me regocijo. Nada resultaría tan cu-

rioso como dos jóvenes de veinte años contando céntimo por céntimo sus placeres. ¡Vive Dios! riamos hoy; mañana vendrá con sus lágrimas ó sus sonrisas y la gran cordura será la de tomarlo como se presente. Con seguridad que diréis que es muy torpe esta moral, pero la encuentro sublime, si bien un tantico imprudente. Llamo en mi ayuda en este asunto una frase profunda de Cézanne. Cuando tenía dinero, se apresuraba ordinariamente á gastarlo antes de ganar su cama. Interrogado por mí sobre esta prodigalidad: «¡Pardiez! me decía, si me muriese esta noche ¿querrias tú que mis padres heredasen?—¡Oh, Baille, medita este pensamiento profundo y no tomes mis acusaciones, mis epítetos y mis ridiculeces más que como el juego de un amigo que se mece dulcemente en las lontananzas de alegres recuerdos.

Marguery está en París. Ya he pasado dos días con este gran dramaturgo, este célebre *vaudevillista*. ¿Qué os diré que no sepáis? Es el niño engrandecido, cambia bien poco; nuestro antiguo compañero es siempre este muchacho excelente, este impotente novelista que se admira con tan buena fe é ingenuidad que no hay más que pedir. Después de vosotros, le estimo como mi mejor amigo; prefiero su ingenuidad infantil á la fatuidad soberbia de los De Juliennes y los Seymard.—Hemos recorrido juntos la ciudad bebiendo aquí y allá algunos cafés. Después le he conducido á la administración del *Journal du Dimanche* y *La Provenza Musicul*. En fin, le he leído un proverbio que escribí este invierno y del cual he debido hablaros. Me ha aplaudido, aconsejándome seriamente presentarlo en el teatro del Odeón. Verdad es que esto me reportaría, probablemente algún beneficio pecuniario; pero no me atrevo á decidir hasta después de haberos consultado, lo que me propongo hacer si voy á Aix.

Me aseguras que Cézanne vendrá á París en el mes de marzo.—Es á Baille á quien hablo y no á Pablo, al cual me he prometido no hablarle de esto.—Pue-

des decir verdad; hace largos días estoy aburrido. Teneros cerca de mí sería una suprema consolación y una animación en la tarea ardua que me he impuesto. No soy de esos seres que pueden engancharse impunemente á su trabajo como á un carro y arrastrar fatigosamente la carga impuesta. Me hacen falta distracciones, risas y ratos serios. ¡Ah! ¡si estuvierais aquí! No cuento con tanto, pero lo espero; es todo lo que puede decir un hombre.

Recibo en este instante vuestra carta y vuelvo á coger estas hojas, abandonadas y vueltas á coger frecuentemente.—No puedo dejar de daros las gracias por las disposiciones que habéis creído buenas para nuestro cuadro de familia y los papeles de mi madre. Aun cuando hubierais obrado contra mi voluntad, no tendría más que rendiros gracias, puesto que sólo os ha guiado vuestra amistad. Afortunadamente esta mudanza parcial estaba en mis intentos y el placer que encuentro en veros tomar parte en mis intereses no se ve oscurecido por ninguna nube. Gracias, pues, una vez más.—Cuanto á los demás objetos, miserable mobiliario, podéis perfectamente dejarlos en su sitio. Lo que habéis sacado me es muy amado, y no hubiera querido en modo alguno dejarlo al azar de los acontecimientos y en las manos rapaces de que habla Cézanne. El resto lo abandono de buena gana á los buitres y á los tigres; lo repito: no tocad á nada.

Por otra parte tengo que hacer os un reproche. Vuesttras cartas son oscuras y no sé encontrar en ellas nada de cierto. Me acusabais hace poco de faltar á la franqueza, y os puedo devolver el reproche con más derecho. ¿Cuáles son los objetos desaparecidos? ¿Cuáles son las personas de que receláis? Si habéis tomado esta medida extrema, de mudarme sin que haya manifestado deseo, es lógico pensar que habéis sido impulsados por graves acontecimientos. Pero vuelvo á preguntar, ¿cuáles son esos acontecimientos? ¿Teméis, por casualidad ofenderme si me los referis? Hablad

siempre, mis pobres amigos, comienzo á conocer el mundo, y si nada me asombra de parte de los demás, nada puede ofenderme de la vuestra.—Así, pues, en vuestra próxima carta, sed más explícitos, para que, si es tiempo todavía, pueda remediar el mal.

Cézanne tiene la llave de la casa; que la guarde religiosamente y trate de hacer olvidar que la tiene en su poder. Si se la pidiesen, *no importa quién*, que la rehuse en limpio, y diga, si quiere desembarazarse, que la ha extraviado. En fin, para última recomendación, os encargo que vayáis lo menos posible á mi boardilla y que dejéis las cosas en reposo hasta que llegue el día de mi llegada—si ese día debe lucir no obstante.—Cuanto á mis sellos estad sin inquietud. Esas son cosas que no olvido y á las cuales he puesto remedio anticipado desde hace tiempo.

Ahora resta hablar de la posibilidad de mi viaje. Baille me ha escrito que debia dejarlo hasta los primeros días de noviembre. Así, pues, queriendo pasar quince días junto á vosotros, nada será desesperado hasta el 15 de octubre. Mi viaje no es un viaje de recreo; tengo ciertos negocios que reclaman mi presencia en Aix y que serían demasiado largos de explicar aquí; esto es lo que me hace desear con más vehemencia veros.—La proposición de Baille me prueba su afecto y le doy las gracias; pero no la puedo aceptar y él mismo diría lo que yo si pudiese darle á conocer mis razones. Tendré siempre gran placer en pasar una noche con él, en almorzar á veces á su mesa; pero instalarme en su casa, ¿qué digo? en la casa de sus padres, es decir en una casa donde debe ir multitud de personas... yo no podría soñar allí, sin soñar al mismo tiempo en las buenas lenguas de una villa de provincia. Por otra parte, si pudiese decidirme á convertirme en parásito, ¿creéis que esto aliviaría mucho mi bolsa? Yendo á Aix me hace falta llevar una gran suma, y esto no serían más que cien francos de aumento.—Además, seremos económicos, eso

por decontado. Así cuando tengáis la galantería de invitarme á comer aceptaré con mucho gusto; sólo que aceptaréis del mismo modo mis invitaciones.

No lo repetiré bastante: vuestras cartas me han causado una gran alegría. En ellas he visto vuestro buen corazón y os vuelvo á dar las gracias por todo lo que habéis hecho y pensáis hacer por mí; también he visto que vuestra amistad os ciega.

Tratemos, pues, de ser claros y de no daros una desilusión ó una esperanza inútil. *Nada dice por ahora que no haré mi viaje*; esperemos hasta el 15 del corriente. Si pasa esta fecha, no contéis conmigo. Trataremos de consolarnos, como dice Cézanne, soñando con nuestra próxima reunión y en la desventura de esos amigos que están separados para siempre.

Próximamente os escribiré y os enviaré, sin duda, un cuento festivo que estoy terminando: es un poco verde, pero ¿qué importa? Escribidme más á menudo de lo que lo hacéis y no gastar nada de gazmoñería, sed francos ante todo.—Por mi parte, cuento con explicaros mi posición y mis proyectos de viva voz, y si no pudiese lo haría más tarde por carta. Soy joven, el porvenir es mío y no necesito más que valor para llegar.

Bebed y fumad á mi salud. Reid sobre todo, si es posible. Rabelais dice que la risa es la propiedad del hombre; seguid, pues, los preceptos de este maestro pasado, en jocosidad.

Hasta pronto, sin duda. Mis respetos á vuestros padres.

Os estrecho la mano. Vuestro amigo,

EMILIO ZOLA.

Se ruega á Baille que escriba un poco más legiblemente:—Tenéis un hermosísimo lacre morado, señores económicos, y sin duda debe ser bastante caro.—No sé bien cómo escribo.

Estoy dispuesto á aprender la pastelería y la co-

cina, principalmente para conciliar la economía que Baille predica y no practica, y la glotonería que practica y no predica nunca. Tengo la receta de un cierto ponche con huevos, para cuando me pidáis novedades.—No estorba saber un poco de todo aquí abajo.

## XXI

París, 31 octubre 1860.

Mi querido amigo:

Tu última carta es bien corta, bien seca. ¡Yo que esperaba una epístola larga rellena de detalles y contestando, por lo menos en parte, á lo que te preguntaba...! ¡piensa qué decepción! No me hablas ni de lo que haces ni de lo que sueñas; se diría que echas los bofes para escribir tres paginitas. ¡Y qué páginas! nada sobre ti, nada sobre los demás.—Dices que te aburres, razón de más para que me escribas largamente y á menudo. ¿Es asunto lo que te falta? Háblame de la primer cosa que se te ocurra y dime lo que piensas. ¿Pero no tienes tú la fuente del rotundo criticar? ¿No tienes que decirme si, el nombre de mi padre se ha olvidado en las inscripciones? ¿No debes hacerme una reseña sobre las señoritas á la moda, sobre los cambios de carácter sobrevenidos en los que llamamos nuestros amigos? ¿Qué hacen los Margery, los de Jultenne, los Seynard y *tutti quanti*? ¿Qué nuevas conquistas, qué nuevos sinsabores que registrar en la era de su vida? ¿Qué nuevas proezas, qué nuevas fanfarronadas? ¡Basta de asunto! ¡Basta de detalles! Cuando no tienes más que salir una mañana y codearte una hora con uno de estos Don Juan parlanchines, para divertirte durante un mes entero con sus historias más ó menos históricas. Los queridos niños ignoran que la discreción es la madre de los amores durables, y puedes ir á recoger entre ellos

buen número de anécdotas que me narrarás en seguida.

—Por otra parte, si este género de cartas te disgusta, si prefieres no hablarme de esos destornillados, de esos jactanciosos á quienes sólo la moda hace viciosos, háblame de ti, del rumbo de pensamientos que debe agitarse en tu alma, de tus aspiraciones y de tus recuerdos. O bien entabla una de esas discusiones como la que hemos abandonado y remitido á tiempos mejores. Pero ¡por el cielo! escíbeme, escíbeme lo más á menudo y lo más extensamente posible.

Si me callo sobre mi vida presente, es porque espero muy próximamente una solución á este problema: saber lo que he de hacer. No soy tan poco juicioso como me has juzgado algunas veces; sé perfectamente que hece falta vivir y que para vivir hace falta comer y para comer, tener dinero. Este razonamiento me lleva en seguida á la siguiente combinación: el trabajo, el trabajo que da el pan, que fortalece el cuerpo y que no es más que un medio para permitir al alma y á la inteligencia desarrollarse y obrar. Las más de las veces, este trabajo que provee á las necesidades del cuerpo, es al mismo tiempo el campo donde se ejercita la inteligencia. Es decir que, saliendo de la escuela de ingenieros, el pan que comes es el fruto de tus largos estudios, de la obra que hiciste, has hecho y harás siempre. En mí, por el contrario, no ocurre así. La literatura, los versos, no reportan nada en los comienzos y á menudo transcurren los años sin producir. Ahora bien, el poeta muere de hambre si no tiene algún dinero ó si no trabaja en otra cosa que dé una ganancia cualquiera, mi posición está, pues, claramente definida; no alejarse de la poesía y, no obstante, ganar mi pan haciendo otra cualquier cosa. Mas si es fácil hacer tal proyecto, ¡cuán difícil es de ejecutar! ¡Qué oficio, qué empleo elegir y sobre todo encontrar? ¿Cómo acordar la lira ya con la herramienta del obrero ya con la pluma del empleado? Este trabajo en segundo lugar, proveyendo á

las necesidades materiales, trabajo en el cual la inteligencia no entra para nada, trabajo del fango por el fango, he ahí mi infierno, mi inquietud diaria, mi aburrimiento eterno. Tu carrera es cien veces preferible; en lo que haces toma parte tu inteligencia y tu cuerpo también encuentra la satisfacción de sus necesidades. No importa, tal es, te lo repito, mi línea de conducta: nada de dejar la lira que un día puede convertirse en un manantial de honor y de provecho, y esperando este día venturoso subvenir á las necesidades de la vida por un trabajo cualquiera, no importa cuál.—Espero una próxima solución, y te juro marchar derecho, firmemente, audazmente, cuando haya podido descubrir este maldito sendero.—«¡Valor!» me gritas al final de tu carta, y añades que probablemente tienes más necesidades que yo. ¿Lo crees realmente? Cuando tu camino está trazado, cuando te basta marchar, siempre derecho, casi á ciegas, vienes á decirme que este camino es más pedregoso que el mío, el mío donde todo es zarzales y rocas, donde sólo el acaso me puede conducir, donde mi voluntad, mi inteligencia, mi trabajo, son los que me impiden vacilar! ¡Yo también te grito, ¡valor!!! Y te lo grito porque sé que marchando firmemente llegarás. Pero, á veces, pensando en mi porvenir, me digo: ¿A qué el valor cuando el azar es todo?—Son éstos, descorazonamientos que afortunadamente tengo: rara vez. Me hablas en seguida de un vacío que sientes en ti, de una necesidad de expansión. A veces buscas á tu alrededor algo que te falta, experimentas un malestar, una opresión y estás presto á llorar. Creerás que me chancéo si te comparo, á ti, vigoroso y barbudo, con una jovencita rubia, frágil y graciosa. A pesar de todo es la única comparación posible. Hay una edad para las jovencitas en la que, el convento las oprime y las noches de estío son terribles. La música, el templo lleno de cirios y de perfumes, no son entonces más que pretextos, medios para sus corazones demasiado llenos. Esta

edad existe también para el hombre; sólo que como este último es libre, como no distrae á sus pasiones y las sacia á medida que se presentan, no se da cuenta de su rápido paso. Probablemente tú, así como la jovencita, has querido ahogar todos los amores que palpitan en ti y has creído poder remitirlos á más tarde, y he aquí que hoy existen y gritan demasiado. ¿Qué te diré y qué te aconsejaré yo que me dejo llevar por el primer soplo que pasa? Por otra parte, no te compadezco, te sientes vivir y no todos pueden decir otro tanto. Sé jovencita todavía algunos años y cree que nada es más triste en el mundo que estar estragado.

Hoy me contento con estas cuatro páginas. Escríbeme una carta—extensa se sobreentiende—antes de volver al colegio, y regularemos nuestra correspondencia.—Al mismo tiempo escribo á Cézanne.—Mis recuerdos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Chaillan te da las gracias por tu buen recuerdo y te estrecha la mano.—Todavía no he visto á Raymond.

## XXII

París, 22 abril 1861.

Mi querido amigo:

Te doy las gracias por tu carta; es desesperante, pero útil y necesaria. La triste impresión que he experimentado fué en cierto modo disminuida por el conocimiento vago de los recelos que se cernían sobre mí. Yo presentía un adversario, casi un enemigo, en la familia de Pablo; nuestras diferentes maneras de ver, de comprender la vida, me advertían secretamente la escasa simpatía que debía experimentar por mí el señor Cézanne. ¿Cómo decírtelo? Cuanto me ma-



las necesidades materiales, trabajo en el cual la inteligencia no entra para nada, trabajo del fango por el fango, he ahí mi infierno, mi inquietud diaria, mi aburrimiento eterno. Tu carrera es cien veces preferible; en lo que haces toma parte tu inteligencia y tu cuerpo también encuentra la satisfacción de sus necesidades. No importa, tal es, te lo repito, mi línea de conducta: nada de dejar la lira que un día puede convertirse en un manantial de honor y de provecho, y esperando este día venturoso subvenir á las necesidades de la vida por un trabajo cualquiera, no importa cuál.—Espero una próxima solución, y te juro marchar derecho, firmemente, audazmente, cuando haya podido descubrir este maldito sendero.—«¡Valor!» me gritas al final de tu carta, y añades que probablemente tienes más necesidades que yo. ¿Lo crees realmente? Cuando tu camino está trazado, cuando te basta marchar, siempre derecho, casi á ciegas, vienes á decirme que este camino es más pedregoso que el mío, el mío donde todo es zarzales y rocas, donde sólo el acaso me puede conducir, donde mi voluntad, mi inteligencia, mi trabajo, son los que me impiden vacilar! ¡Yo también te grito, ¡valor!!! Y te lo grito porque sé que marchando firmemente llegarás. Pero, á veces, pensando en mi porvenir, me digo: ¿A qué el valor cuando el azar es todo?—Son éstos, descorazonamientos que afortunadamente tengo: rara vez. Me hablas en seguida de un vacío que sientes en ti, de una necesidad de expansión. A veces buscas á tu alrededor algo que te falta, experimentas un malestar, una opresión y estás presto á llorar. Creerás que me chancéo si te comparo, á ti, vigoroso y barbudo, con una jovencita rubia, frágil y graciosa. A pesar de todo es la única comparación posible. Hay una edad para las jovencitas en la que, el convento las oprime y las noches de estío son terribles. La música, el templo lleno de cirios y de perfumes, no son entonces más que pretextos, medios para sus corazones demasiado llenos. Esta

edad existe también para el hombre; sólo que como este último es libre, como no distrae á sus pasiones y las sacia á medida que se presentan, no se da cuenta de su rápido paso. Probablemente tú, así como la jovencita, has querido ahogar todos los amores que palpitan en ti y has creído poder remitirlos á más tarde, y he aquí que hoy existen y gritan demasiado. ¿Qué te diré y qué te aconsejaré yo que me dejo llevar por el primer soplo que pasa? Por otra parte, no te compadezco, te sientes vivir y no todos pueden decir otro tanto. Sé jovencita todavía algunos años y cree que nada es más triste en el mundo que estar estragado.

Hoy me contento con estas cuatro páginas. Escríbeme una carta—extensa se sobreentiende—antes de volver al colegio, y regularemos nuestra correspondencia.—Al mismo tiempo escribo á Cézanne.—Mis recuerdos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Chaillan te da las gracias por tu buen recuerdo y te estrecha la mano.—Todavía no he visto á Raymond.

## XXII

París, 22 abril 1861.

Mi querido amigo:

Te doy las gracias por tu carta; es desesperante, pero útil y necesaria. La triste impresión que he experimentado fué en cierto modo disminuida por el conocimiento vago de los recelos que se cernían sobre mí. Yo presentía un adversario, casi un enemigo, en la familia de Pablo; nuestras diferentes maneras de ver, de comprender la vida, me advertían secretamente la escasa simpatía que debía experimentar por mí el señor Cézanne. ¿Cómo decírtelo? Cuanto me ma-

nifiestas, lo sabía yo ya, pero no me atrevía á confesármelo. Sobre todo no creo que se me pueda tachar de infamia hasta tal punto, ni que deba verse en mi fraternal amistad más que un odioso cálculo. Soy franco, debo confesar que una acusación venida de tal boca antes me ha sorprendido que entristecido. Comienzo de tal manera á habituarme á este mundo mezquino y celoso que un insulto me parece cosa corriente, indigna de producir mi irritación, sólo soy más ó menos susceptible de asombrarme según quien me lo lanza á la cara. Ordinariamente, me juzgo á mí mismo, y seguro de mi conciencia, no me importan los juicios de los demás; me he hecho toda una filosofía para evitarme mil disgustos en mis tratos con los demás. Marcho libre y valeroso; me inquietan poco los clamores que utilizo algunas veces con amor de artista para estudiar el corazón humano; es la mayor cordura, según mi opinión, tener virtud, dulzura, ser amante del bien, de la belleza y de la justicia, sin querer probarles á todos que uno es virtuoso y dulce, sin revolverse contra los que le acusen de vicio y de maldad. En el caso presente, me resulta, sin embargo, muy difícil seguir el camino que me he trazado; amigo de Pablo, quiero ser, si no amado por su familia, por lo menos estimado; si un ser indiferente con quien me he codeado y al cual no veré más, escuchase complacido calumnias sobre mí y les diese crédito, le dejaría tranquilo sin tratar siquiera de disuadirle. Pero el caso no es aquí el mismo; descando, á pesar de todo, continuar siendo el hermano de Pablo, me encuentro obligado á tener relaciones frecuentes con su padre; es indispensable aparecer algunas veces ante los ojos de un hombre que me menosprecia y al cual no puedo pagar con la misma moneda; por otra parte, no quiero á ningún precio sembrar cizaña en esta familia; tanto porque el señor Cézanne me creará un vil intrigante como porque viendo que su hijo frecuente mi trato se irritará contra él. No pue-

do permitir que esto sea así; no debo guardar silencio. Si Pablo no consiente por él mismo abrirle los ojos á su padre, hace falta que sueñe yo en hacerlo. Mi soberbio desdén estaría aquí mal empleado; se impone no dejar ninguna duda en el espíritu del padre de mi viejo amigo. Esto será, lo repito, romper nuestra amistad ó romper toda afección entre el padre y el hijo.

Hay otro detalle que creo adivinar y que me ocultas indudablemente por cariño. Nos envuelves á los dos en la reprobación de la familia de Cézanne; y no sé lo que me dice que soy el más acusado de los dos, probablemente el único. Si es así—y no creo equivocarme,—te doy las gracias por haber tomado la mitad de este pesado fardo, y por haber querido atenuar de este modo la triste impresión de tu carta. Son mil detalles, mil reflexiones las que han hecho que se piense así de mí; ante todo mi poca fortuna, después mi profesión, casi confesada, de escritor, mi estancia en París, etc. En fin, para última razón y acabemos con ella; cuando hay una teja que debe caer, siempre cae sobre mi cabeza; cuando hay en el empedrado una piedra más saliente, aquella es contra la que voy á tropezar. Acabaré por creer en la fatalidad.

La cuestión me parece la siguiente: el señor Cézanne ha visto frustrarse los planes que formara sobre su hijo; el futuro banquero fué á convertirse en un pintor, y sintiendo alas en su dorso de águila quiere abandonar el nido. Altamente sorprendido ante tal transformación y ante este deseo de libertad, el señor Cézanne, no pudiendo creer que se prefiera la pintura á la banca y el aire del cielo á su bufete polvoriento, el señor Cézanne se ha puesto en acecho para descubrir la palabra del enemigo. No quiere comprender que esto ocurre porque Dios lo ha querido así, porque Dios, habiéndole creado banquero, creó á su hijo pintor. Pero habiendo buscado bien, ha comprendido por fin, que la cosa venía de mí, que era tal y como es hoy, que era yo el que le quitaba á la

banca su esperanza más querida. Las palabras «malas compañías» fueron sin duda pronunciadas y vé cómo, Emilio Zola, hombre de letras, se convierte en intrigante, falso amigo, y no sé qué más.—De tan triste, resulta esto ridículo. Si hay buena fe, es bestialidad; si hay cálculo, es la peor de las maldades.—Afortunadamente Pablo, habrá guardado sin duda mis cartas; podrá verse, leyéndolas, cuáles son mis consejos, y si le indiqué jamás un mal camino. Al contrario; en muchísimas ocasiones le mostré todos los inconvenientes de su viaje á París y le recomendé sobre todo guardar consideración á su padre.—A más, no tengo que hacerme justicia aquí. Si una sombra de recelo pesando sobre mi cabeza me acusase en tu espíritu, no podrías tener hacia mí la menor afección. Sólo la ligereza podría ser mi crimen, y no he tenido jamás esta ligereza. En los consejos que algunas veces di á Pablo, siempre ponía restricciones. Viendo que su carácter se acomodaría difícilmente á una posición cualquiera, yo le hablaba de artes, de la poesía ante todo, más bien por carácter que por cálculo. Deseaba tenerle al lado mío, pero jamás, manifestándole este deseo, le he aconsejado la revuelta. En una palabra, todas mis cartas, no tuvieron otro fin que mi amistad, ni otro contenido que palabras tales como me las dictaba mi naturaleza. No puede imputármese como crimen el efecto de estas palabras sobre la carrera de Pablo; sin quererlo he excitado su amor por las artes; no he hecho, sin duda, más que desarrollar gérmenes ya existentes, efecto que cualquier otra causa exterior hubiera podido producir. Me interrogo y contesto que no soy culpable de nada. Mi conducta fué siempre franca y exenta de toda mancha. Amo á Pablo como á un hermano, y sueño siempre con su felicidad, sin egoísmo, sin interés particular; avivando su valor cuando veo que flaquea, hablándole siempre de lo bello, de lo justo y de lo bueno, tendiendo constantemente á elevar su corazón, y hacerle un hombre ante to-

do. Tales fueron mis relaciones con él; mostraría mis cartas con orgullo y las escribiría de nuevo, si no las hubiese escrito ya. He aquí lo que quiero que sepa la gente y tú el primero, si no lo sabías ya.—Es cierto que no hablaba apenas de dinero en estas cartas; que no le indicaba tal ó cual negocio, donde se ganen sumas fabulosas; es verdad que mis cartas no le hablaban más que sencillamente de mi amistad, de mis sueños y de yo no sé qué cantidad de bellos sentimientos, monedas que no tienen curso en ningún comercio del mundo. Vé ahí, sin duda, el por qué soy un intrigante á los ojos del señor Cézanne.

Chanceo y no tengo ganas de ello. Ocurra lo que ocurra vé cuál es mi proyecto. Antes de concertarme con Pablo, cuento con ver al señor Cézanne en particular y abordar una explicación. Nada hay que temer sobre mi moderación y sobre la mesura de los términos que emplearé. Aquí puedo exhalar irónicamente mi amor propio herido; pero delante del padre de nuestro amigo, no seré más que lo que deba ser, de una lógica estrecha y de una franqueza apoyada en pruebas. Por otra parte tú mismo pareces aconsejarme esta reparación; no sé si me equivoco, pero algunas palabras vagas de tu carta, parecían rogarme hacer cesar estas calumnias por una explicación.

Te he dicho todo esto y no sé seguramente lo que haré. Espero á Cézanne y deseo verle antes de decidir nada. Su padre se verá obligado tarde ó temprano á rendirme su estimación; si ignora los hechos pasados, los hechos futuros le convencerán.

Probablemente soy demasiado machacón en este asunto, confieso que lo dejo con disgusto, de tal modo estoy deseoso de mostrar mi poca culpa y el lado ridículo de estas calumnias.—Consolémonos de estas miserias hablando de la Musa.

Acabo de leer las poesías de Victor de Laprade; obras y autor te son sin duda desconocidos. El autor es un poeta provenzal, según creo, y académico des-

de 1859; sus obras me servirán de materia para hacer esta carta.—Como todos los poetas, de Laprade tiene un ideal, sólo que el suyo es singularísimo. Adorando la naturaleza como Dios, libre de nuestras pasiones, admirado de la soberbia tranquilidad de los vegetales, desea parecerseles, enderezarse como ellos, sin inquietudes mundanales, y, como él mismo dice, tomar la vida del seno mismo de la tierra. Por otra parte, no reconociendo jamás la divisa: *Cantar por cantar*, espíritu mucho más filosófico que poético, no escribe dos líneas sin que tengan un fin moral reconocido. En fin, no se dirige más que al alma y finge olvidar que ésta está enteramente ligada al cuerpo, que el hombre no es sólo un ángel, sino que tiende también al bruto por infinitos lados.—Estas razones diluyen su poesía que no es en modo alguno viviente; amante de los árboles, seres vivientes, es verdad, inmóviles, no pone ningún movimiento en los cuadros que pinta; filósofo y siempre transportado á las nubes, nos habla mucho de los destinos del alma, de la vida futura, pero olvida la tierra, y sus versos nada nos dicen de la vida presente; en fin, no considerando nunca más que el alma, sus poesías no presentan al hombre más que como un ángel, parece ignorar nuestras pasiones, nuestros caprichos; en una palabra, no es humano. Se defiende en su prefacio; pero no ha llegado á probarme que es joven y lleno de vida. He aquí, por otra parte sus razonamientos. «Se me acusa de no ser humano, porque mi poesía no es apasionada; pero no se reflexiona que la pasión es lo que hay de menos humano en el hombre, que el bruto la comparte con nosotros y que lo que podemos reivindicar como nuestro, como humano por consecuencia, es la razón, la inteligencia, la religión.» A esto le contestaría yo: En verdad la pasión no es propia del hombre; la comparte con el bruto; pero la inteligencia y la razón son en este caso cualidades que poseemos solos y no hay entonces por encima de nuestra razón,

la inteligencia de un Dios. El hombre participa, pues, del bruto y del ángel, y justamente esta mezcla es la que constituye lo que hemos convenido en llamar elemento humano, y de la lucha eterna del alma y del cuerpo es, justamente también de donde nace la moral. Si me habla usted de un ser que marcha derecho, elevándose siempre hacia el cielo, sin ser detenido en su vuelo, es evidente que, no librando ninguna lucha, su héroe, por muy viviente que sea no tendrá ocasión de mostrarme que vive y se parecerá un poco á ese vegetal al que usted querría asemejarse. Presentarnos siempre el cielo es muy bonito; pero soy un hombre viviente ante todo y, aunque el comercio con los ángeles sea muy agradable, querría encontrar en los versos de usted alguna figura de conocimiento, que me descansa un poco de rayos celestes, uno cualquiera de mis semejantes en el que los sentimientos, las alegrías y los dolores, me interesasen y me conmoviesen. No pretendo decir que su psíquica tenga un mal fin; tender á elevar el alma hacia Dios, recordarle siempre su principio y su fin, soñar una edad de oro, me parece lo mejor; pero cuatro mil versos sobre este asunto, son, señor, muchos versos; sobre todo cuando busqué inútilmente á mi semejante en ellos, cuando no encontré allí nada de mis sensaciones cotidianas, fuera de este vago anhelo de toda criatura á su Creador. Explicar la caída del hombre, la redención y por fin el amor del alma á su Dios y servirse para esto de la fábula griega de Psiquis, no veo en ello ningún mal y se lo apruebo; pero lo que no apruebo es el tono uniforme de su poema, es esta, casi completa, ausencia de todo eco de la tierra. En *La Divina Comedia*, en *El Paraíso perdido* se nos mantiene también con mucho cielo, muchos ángeles, mucho del alma, ¡pero también del diablo! Sentimos allí á veces al hombre palpitar, sufrir, amar, aborrecer, etcétera, y palpítamos, sufrimos, amamos, aborrecemos con él; en una palabra: estos poemas son vivientes y hu-

manos, tienen también una moral elevada como la de usted, son más poéticos, y en fin, tienen un interés de que carece el suyo. ¿De dónde viene esto—yo se lo ruego—sino de que fueron escritos por hombres para hombres, mientras que el de usted no es más que el producto de un sueño que se realizará, lo creo como usted, pero en el cual el cuerpo jugará seguramente un papel mucho más importante que el que juega en su poema?

—Se puede explicar la poesía de Víctor de Laprade por dos causas, las dos históricas: viniendo un poco antes del movimiento literario de 1830; sucediendo á los románticos que habían agotado todos los sollozos, todas las pasiones, habrá querido seguir un sendero aparte, impulsado además probablemente, por su propia naturaleza. Cansado de ver tantas heroínas retorcerse los brazos, hastiado de tantos gritos y de tanto delirio, se habrá retirado á la sombra jurándose por reacción no poner el más insignificante sollozo en sus versos. La poesía se convierte entonces en un verdadero grito de guerra, apacible, es verdad, contra la escuela romántica—yo digo sólo contra los furiosos transportes de esta escuela.—Avido de paz y de silencio, cae en el extremo contrario, y, temiendo poner demasiada vida, demasiada pasión en sus poemas, no ha puesto nada de nada. Ha abandonado la tierra por el cielo y si bien divierte algunas veces á los dioses acaba á menudo por aburrir á los hombres.—Cuando leo un autor cualquiera, sobre todo á un poeta, transporto siempre su método á mi método, su ideal á mi ideal; comparo y juzgo si sigo el buen sendero. Hay pocos autores que me hayan turbado tanto como Víctor de Laprade. También tengo este pensamiento de reacción contra los románticos, también cansado de sollozos y de pasiones desordenadas, sueño con un cielo puro y pacífico: *Paolo* es un hijo de este pensamiento. Ahora creo firmemente que la escuela romántica está muerta y que hace falta absolutamente reaccio-

nar contra ella. Pero al ver el escollo opuesto que me esperaba de tener que leer versos incoloros y sin vida, me horrorizo. Sin embargo, poco á poco, he vuelto á mi calma habitual; tentado un momento á aceptar la poesía de Víctor de Laprade, la he rechazado en seguida, y satisfecho de esta lectura también he formulado mi conducta futura. Si, hace falta reaccionar contra estos anhelos pasionales que son ridiculos cuando no son sublimes; se impone dejar allá las musas del albañal, los efectos violentos, los colores chillones, los héroes cuya singularidad fisiológica hace toda la originalidad. No, no es menester lanzarse en un exceso contrario; no, no es menester una poesía que falta de vida sea únicamente escrita para los poetas y sólo tenga por resultado el amor.—Por otra parte de Laprade tiene verbo, pujanza; pero le falta esa cosa que Musset poseía en tan alto grado: el interés.

Interrumpamos este análisis demasiado rápido y demasiado indigno para exclamar: ¡¡¡He visto á Pablo!!! He visto á Pablo, ¿comprendes? ¿Comprendes toda la melodía de estas cuatro palabras?—Ha venido esta mañana, domingo, á llamarme varias veces. Yo dormía con un ojo; abrí la puerta temblando de alegría y nos abrazamos furiosamente. Después me aseguró sobre la antipatía de su padre hacia mí. Pretende que has exagerado un poco, por celo sin duda. En fin, me ha anunciado que su padre me llamaba y debo ir á verle hoy ó mañana. Luego fuimos á almorzar juntos, á fumar una multitud de pipas en una multitud de jardines públicos, y le he dejado. Mientras su padre esté aquí, sólo podremos vernos de vez en cuando; pero de aquí á un mes contamos con vivir juntos.—En otra carta te daré detalles de mi vida material. Desde mi última epístola he escrito los dos primeros cantos de *La Aérea*. Dime todavía que soy perezoso.

Escríbeme cuando puedas. Te estrechamos la mano Cézanne y yo.

Tu amigo;

EMILIO ZOLA.

Mis respetos á tus padres.

El dúo *existe*; en el mes de septiembre el trío.

Mi madre ha cambiado de domicilio. Dirígeme tus cartas en adelante, calle de Lacépède, 3.

XXIII

París, 1.º de mayo 1861.

Mi querido amigo:

Es tu silencio tan persistente, que me he visto obligado á mirar tu última carta para saber á punto fijo el número de días transcurridos. Está fechada el 13 de marzo. Vé, pues, seis largas semanas en que no has pensado en mí. Sé que tus exámenes se acercan y que debes estar abrumado de trabajo. Por eso no te acuso de olvido completo, pero sí de un poco de pereza.

He terminado hace algunos días el poema *La Aérea*. No sé bien el valor que tiene. Como siempre, me he dejado llevar por la idea primera, escribiendo por escribir, sin hacer ningún plan anticipado cuidándome poco del conjunto. Sé perfectamente que no es éste el camino de las obras maestras. Pero no importa; hago ahora sobre todo versos para vencer la forma, para adquirir la mecánica. A más, ésta es mi manera de ver; voy mucho mejor cuando marchó en libertad, tengo confianza en la inspiración del momento; al mismo tiempo he reconocido que los versos que llegan espontáneamente son muy superiores á los que medito días enteros. Lanzo, pues, mis sonrisas y mis sollozos al azar. Por otra parte, mi gran secreto es este: cuando mi obra está casi terminada la releo atentamente, peso todos los pensamientos, todos los inci-

dentos, y entonces, en una especie de desenlace basado en el comienzo de la obra, imprimo un aire de familia entre mis últimos y mis primeros versos. No es decir esto que cuando trato un asunto cualquiera, no tenga cierto plan preconcebido; pero este plan es tan vago, lo cambio tantas y tantas veces antes de la ejecución, que nada se parece menos á lo que hago que lo que quería hacer.

Quisiera poder darte una certeza sobre mi posición material. Desgraciadamente nada hay tan incierto como mi porvenir. Desde hace más de un año, me entrego á una caza feroz de empleos, pero si corro mucho, ellos corren más todavía. Dirijo solicitud tras solicitud; me he presentado á una infinidad de administraciones; por todas partes dan largas al asunto; jamás un resultado.—Es imposible que te figures cuán difícil de colocar soy. No es que imponga condiciones de hacer esto antes que aquello; al principio tenía ese orgullo, pero nada me queda hoy. La causa de todo esto es que sé hacer una multitud de cosas inútiles, ignorando precisamente aquellas que debía saber. Nada es más raro que encontrar una colocación conveniente para nosotros que salimos de los colegios. Inaptos en la práctica, cabalgando sobre palabras, cifras y líneas, ignoramos por excelencia los menudos detalles de la vida, las combinaciones, no obstante tan simples, que pueden presentarse en un medio social. Nos es indispensable un aprendizaje más ó menos largo, por consiguiente un tiempo de meritorio lleno de inquietudes y vacío de ganancias.—Esto es mucho peor cuando el encargado del colegio se me parece; cuando es más ó menos poeta y más ó menos filósofo; cuando no importa gran cosa la sociedad y la riqueza y no se reserva las caricias, la adoración más que para la libertad. Entonces la imposibilidad de colocarse toma proporciones extravagantes, las puertas adquieren firmeza, los directores se hacen más ariscos; después la voz interior se revuelve y da de puñetazos al cuerpo

de éste que tiene necesidad de trabajar para vivir.—A menudo repito la siguiente escena: Dirijo una solicitud á una administración. Se me contesta que pase á casa del jefe. Entro y encuentro á un señor vestido de negro, encorbado sobre una mesa más ó menos encumbrada; continúa escribiendo sin curarse de mi presencia más que de la de un mirlo blanco. Por fin, después de largo tiempo, levanta la cabeza, me mira de soslayo y con una voz brusca: «¿Qué quiere usted?» Le digo mi nombre, la solicitud hecha por mí, la invitación que he recibido de comparecer ante su presencia. Entonces empieza una serie de preguntas y respuestas, siempre las mismas, y que son poco más ó menos las siguientes: ¿Tengo buen carácter de letra? ¿conozco la teneduría de libros? ¿en qué administración he servido? ¿para qué soy apto? etc., etcétera, después: que está abrumado de solicitudes, que no tiene vacantes en sus oficinas, que todo está lleno y que hace falta que me resigne á buscar por otra parte.—Y yo con el corazón oprimido, desaparezco vivamente, triste por no haber podido colocarme, contento de no quedarme en aquella infame barraca. Siento estremecerse en mí todos mis buenos sentimientos, todos mis amores, todo lo que Dios me ha concedido; maldigo á la sociedad que sólo emplea del hombre las más miserables facultades; experimento un inmenso desdén hacia este papel de máquina á que iba á ser reducido, y escucho como una voz que me murmura al oído mis sueños queridos donde vibran dulcemente los nombres de Libertad, de Amor, de Paz y de Dios.—No importa, continuaré mi caza hasta obtener buenos resultados. Mi presa será de la peor especie, algún cuervo duro é indigesto; pero una necesidad imperiosa me empuja hacia adelante.—Eres mi amigo, mi hermano, y sin duda sientes inquietud por mi porvenir material. No temas; tengo un fondo de filosofía estoica, me doblegaré á todo y no seré nunca demasiado miserable.

El domingo último fui con Pablo á la exposición de pintura. Aunque ame las artes, no podré hablarte apenas de esta última manifestación de nuestros artistas. Ignoras los nombres, las diferencias de escuela que los separan, las obras precedentes, y, así, la menor crítica, no tendría interés para ti. Espera á estar en París, á apasionarte por tal ó cual maestro, y entonces podremos admirar si nuestro dios es el mismo, ó discutir si estamos en campos opuestos.—Veo á Pablo muy á menudo. Trabaja mucho y esto nos separa á veces; pero no me lamento de este género de pereza para verme. Aun no hemos hecho ninguna gira, ó mejor dicho, las que hemos hecho no merecen el honor de la pluma. Mañana, domingo, debemos ir á Neuilly á pasar el día á la orilla del Sena, nos bañaremos, beberemos, fumaremos, etc., etc. Pero he aquí que el tiempo se ensombrece, que el viento sopla, que hace frío. Adiós nuestra bella excursión; no sé cómo emplearemos el día.—Pablo va á hacer mi retrato.

Probablemente te lamentarás de la poca extensión de esta carta. Había pensado escribirte una bien larga, pero me han faltado el tiempo y el valor. Esperemos al mes de septiembre.—Para terminar como he comenzado, te acuso un poco de pereza. Escribenos lo más pronto posible, aunque no sea para otra cosa que para decirme que has recibido mis dos cartas y para darme la seguridad de tu salud.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXIV

Paris, 18 julio 1861.

Mi querido amigo:

Sin duda será un libro muy grande el que tenga por título: *El poeta*; y en realidad el hombre que em-

de éste que tiene necesidad de trabajar para vivir.—A menudo repito la siguiente escena: Dirijo una solicitud á una administración. Se me contesta que pase á casa del jefe. Entro y encuentro á un señor vestido de negro, encorbado sobre una mesa más ó menos encumbrada; continúa escribiendo sin curarse de mi presencia más que de la de un mirlo blanco. Por fin, después de largo tiempo, levanta la cabeza, me mira de soslayo y con una voz brusca: «¿Qué quiere usted?» Le digo mi nombre, la solicitud hecha por mí, la invitación que he recibido de comparecer ante su presencia. Entonces empieza una serie de preguntas y respuestas, siempre las mismas, y que son poco más ó menos las siguientes: ¿Tengo buen carácter de letra? ¿conozco la teneduría de libros? ¿en qué administración he servido? ¿para qué soy apto? etc., etcétera, después: que está abrumado de solicitudes, que no tiene vacantes en sus oficinas, que todo está lleno y que hace falta que me resigne á buscar por otra parte.—Y yo con el corazón oprimido, desaparezco vivamente, triste por no haber podido colocarme, contento de no quedarme en aquella infame barraca. Siento estremecerse en mí todos mis buenos sentimientos, todos mis amores, todo lo que Dios me ha concedido; maldigo á la sociedad que sólo emplea del hombre las más miserables facultades; experimento un inmenso desdén hacia este papel de máquina á que iba á ser reducido, y escucho como una voz que me murmura al oído mis sueños queridos donde vibran dulcemente los nombres de Libertad, de Amor, de Paz y de Dios.—No importa, continuaré mi caza hasta obtener buenos resultados. Mi presa será de la peor especie, algún cuervo duro é indigesto; pero una necesidad imperiosa me empuja hacia adelante.—Eres mi amigo, mi hermano, y sin duda sientes inquietud por mi porvenir material. No temas; tengo un fondo de filosofía estoica, me doblegaré á todo y no seré nunca demasiado miserable.

El domingo último fui con Pablo á la exposición de pintura. Aunque ame las artes, no podré hablarte apenas de esta última manifestación de nuestros artistas. Ignoras los nombres, las diferencias de escuela que los separan, las obras precedentes, y, así, la menor crítica, no tendría interés para ti. Espera á estar en París, á apasionarte por tal ó cual maestro, y entonces podremos admirar si nuestro dios es el mismo, ó discutir si estamos en campos opuestos.—Veo á Pablo muy á menudo. Trabaja mucho y esto nos separa á veces; pero no me lamento de este género de pereza para verme. Aun no hemos hecho ninguna gira, ó mejor dicho, las que hemos hecho no merecen el honor de la pluma. Mañana, domingo, debemos ir á Neuilly á pasar el día á la orilla del Sena, nos bañaremos, beberemos, fumaremos, etc., etc. Pero he aquí que el tiempo se ensombrece, que el viento sopla, que hace frío. Adiós nuestra bella excursión; no sé cómo emplearemos el día.—Pablo va á hacer mi retrato.

Probablemente te lamentarás de la poca extensión de esta carta. Había pensado escribirte una bien larga, pero me han faltado el tiempo y el valor. Esperemos al mes de septiembre.—Para terminar como he comenzado, te acuso un poco de pereza. Escribenos lo más pronto posible, aunque no sea para otra cosa que para decirme que has recibido mis dos cartas y para darme la seguridad de tu salud.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXIV

Paris, 18 julio 1861.

Mi querido amigo:

Sin duda será un libro muy grande el que tenga por título: *El poeta*; y en realidad el hombre que em-



prenda semejante tarea con algún talento, no hará una obra mediocre. En mi concepto, he aquí las que serían mis materias de estudio, ó mejor dicho, lo que debería contener el volumen. Ante todo, deducir de la historia comparada de las literaturas detrás de qué ley se manifiesta el gran poeta. Estoy seguro de que se llegaría á una fórmula casi matemática, que tendría indudablemente excepciones, pero que resultaría exacta en la pluralidad de los casos. Así tenemos dos géneros de poetas; los unos pintores fieles de las costumbres de su época, tan grandes como se quiera, pero que no nos atraen más que por una curiosidad de saber; los otros toman del hombre, no la moda de un instante sino el modo de ser eterno; no las ridiculeces y esplendores de una época, pero las inclinaciones y cualidades de la humanidad en todas las edades; de suerte que el libro es de todos los tiempos. Evidentemente estos últimos sobresalen. Podría, pues, decirse desde luego al poeta: No mires, no veas á los hombres, sino al hombre; pinta los siglos y no tu siglo.—No quiero por esto que el poeta viva fuera de su tiempo; por el contrario, que estudie á sus contemporáneos, sus hechos y sus palabras, que los saque á escena, sin necesidad de crear seres aparte y que en mil años el lector pueda reconocerse en sus héroes.

Por otra parte, no cuento mucho con el progreso social, con la civilización, para traer un progreso cualquiera en poesía. Me explico; se me podrá decir que será provechoso al poeta estudiar y pintar un siglo como el nuestro; la ciencia adelanta á diario y las relaciones entre los hombres van disminuyendo en barbarie; á esto respondería por Homero que vivía en los primeros siglos y que, sin embargo, al decir de todos, es el más grande de los poetas. Es menester representarse á la ninfa Poesía, asida á una roca solitaria, y contemplando inmóvil, el tropel de edades deslizándose ante ella; hace seis mil años canta el

hombre el combate eterno del alma y del cuerpo, sin preocuparse jamás de los hombres; y podrán pasar todavía seis mil años haciendo vibrar sobre su lira los mismos estrabillos. Se nota muy poco sentido en poesía á estas palabras: ciencia, civilización.—¿A qué decir en malos versos lo que tantos manuales y tratados os explican en buena prosa? Además, ¿qué puede importarle á la Musa las apariencias más ó menos cultas del hombre cuando no se ve más que la pintura de su alma? Estamos bastante civilizados, ya no comemos con los dedos, no vamos completamente desnudos; está bien; pero se cuida poco la diosa á la que gusta á veces un poco de barbarie. Sé perfectamente que por la ciencia, no se me pide que ponga el álgebra en rima, pero si se pretende que esta álgebra, que debo leer en prosa, abrirá mi juicio y me servirá inmediatamente en mis versos; en una palabra, se me observará que las ciencias y sobre todo las ciencias naturales, me darán un conocimiento más íntimo del hombre y de las cosas, y que así su influencia deberá hacer de mí un más grande poeta de lo que hubiera sido hace dos siglos. No niego esta influencia, pero; esclarece tan poco sobre este enigma que se llama hombre; fecunda mis pensamientos de un modo tan indirecto, que yo la sufro probablemente, pero sin darme cuenta. Si estoy equivocado teóricamente, la experiencia está de mi parte. Citaré de nuevo á Homero, añadiré la Biblia, y en toda nuestra generación de hombres sabios y civilizados, busco vanamente un hombre y un libro semejantes.

—No quiero sostener aquí paradojas; estaría desolado si viese en mis palabras una resolución de gritar contra la ciencia y la civilización. Quiero ser también todo lo tolerante posible con ellas y reconocerlas en poesía, tanto como ellas puedan entrar. Estoy de acuerdo con que le abren horizontes nuevos al poeta; pueden ser un manantial de inspiración. En una palabra: la poesía vive perfectamente sin ellas, pero puede

emplearlas como cualquier otro elemento. Quanto á saber si este elemento es preferible á los otros, estoy en duda, del mismo modo que dudaba que un progreso en ciencia y civilización pudiese traer uno á la poesía. Se podría resolver la cuestión apoyándose también en las historias comparadas de las literaturas. Así vemos que á medida que Roma se civiliza, la literatura latina decae, lo mismo que el arte griego se altera en los tiempos más civilizados de Atenas. ¿No se deduce de esto que civilización y alta poesía no son sinónimos? Y en efecto, esta palabra civilización, como te lo decía en otro tiempo tiene su buen y su mal sentido; costumbres afeminadas, una mentira perpetua de apariencias; tales son las malas cualidades de los hombres civilizados; evidentemente de cosas parecidas no nacen grandes poetas. Por el contrario una religión mejor entendida, una ciencia luminosa y sólida, una libertad social sin desorden, son las buenas cualidades de los tiempos civilizados, que deben extender las alas de la poesía. Si la civilización de Roma y la de Atenas ha perjudicado á la literatura y al arte, es porque las malas cualidades sobresalían sobre las buenas. En nuestros días no sé dónde está la balanza, pero si queremos dar valor á nuestros poetas, digámosles sin emplear las grandes palabras de la ciencia y la civilización: «Ved: la astronomía cuenta y mide las estrellas; la historia natural ha sondeado el cuerpo humano, cavado la tierra y clasificado cada uno de sus productos; la física y la química nos han enseñado, la una los fenómenos que producen ó que sufren los cuerpos, la otra la composición y las propiedades de éstos; las ciencias exactas son la escala de todos los demás conocimientos. Por otra parte, la justicia y la religión se purifican, la libertad se engrandece; los hombres marchan hacia una fusión general de donde nacerá sin duda una sola nación libre y según el espíritu de Dios. He ahí lo que os ofrece el siglo; tomad á ma-

nos llenas. Sed grandes con esta materia.»—Entonces probablemente, con tales elementos, nacerá una obra sublime que malbaratará mi desdén de poeta para nuestro siglo de luz. Probablemente también el poeta preferirá retirarse bajo los frondosos árboles á cantar sencillamente al hombre tal y como lo han cantado sus padres. Pero me doy cuenta de que me he alejado excesivamente de la cuestión. Es esta la materia de un segundo libro ó por lo menos de un largo capítulo que pudiera titularse: «De la ciencia y de la civilización en sus relaciones con la poesía.»

Como lo dicho hasta aquí es bastante difuso, y expreso mis pensamientos, sin saber bien si se contradicen en el curso de mis juicios, quiero resumir aquí. He dicho que contaba muy poco con que un progreso científico y social trajese aparejado un progreso en poesía; que la poesía puede vivir grande y fuerte, fuera de una ciencia y de una civilización avanzadas, que son éstas dos elementos que se ofrecen al poeta, y que puede hacer surgir lo sublime como lo hacía surgir en otra época de barbarie y de ignorantes hipótesis. Todo esto me lleva á mi idea primera, que es la de considerar que el más grande de los poetas será el que se destaque de los hombres de su tiempo, para pintarnos el hombre de todas las edades. Se puede evidentemente ser tal, siendo el poeta sabio y civilizado.

Hubiera debido decirte ante todo que mi libro es un arte poética; no el arte poética de Boileau limitándose á clasificar los diferentes géneros y á dar algunos consejos desnudos y fríos sobre la forma y ciertas reglas generales que todo el mundo sabe; sino un arte poético universal, que abraza la forma y la idea y dé, en una palabra, la filosofía de la historia literaria. El que yo denominaré el poeta, será en cierto modo todos los grandes poetas del pasado, comparados y fundidos en un solo, tanto como ellos lo permitan. Después de haber estudiado sus maneras de ser, sus fórmulas de existencia; después de haber re-

conocido las mejores en las cuales él se manifiesta, se pasará al estudio de sus relaciones con los diferentes elementos que le rodean. Así se buscará lo que hay en él de ideal y de realidad, por qué puntos toca al cielo y por cuáles á la tierra; se verá cómo empleó las pasiones humanas, sobre todo el amor; qué empleo le dió á la ciencia, á la filosofía, á la religión, á la política. Se podría en seguida, conociendo lo que le ha conducido, buscar lo que ha producido; quiero decir que sabiendo el medio sobre el cual se ha dado á luz, sabiendo además qué resortes le mueven, se estudiará el efecto producido por él sobre su época, sobre sus contemporáneos.

Después se pasaría revista á las grandes cualidades que dominan en él. Por ejemplo, la originalidad, etcétera, etc.; y á más la armonía, la gracia, lo sublime, etc. Estudiando así al poeta por excelencia, se estudiaría por comparación los poetas de segundo y de tercer orden, de suerte que el estudio sería completo.

Finalmente, se llegaría á la forma. Después de haber comparado rápidamente las diferentes lenguas y las rimas diferentes, se vería qué uso ha hecho el poeta, etc.

Esto no será evidentemente más que un estudio preparatorio. Lo que quiero no es hacer una historia de las literaturas, sino apoyarme en ellas para fundar una nueva poética. Quiero plagiar á los grandes poetas las razones de su grandeza en la idea y en la forma, para establecer reglas que puedan hacer nacer grandes poetas. El poeta á quien dé todas las cualidades de los antiguos bardos, será el poeta ideal.

Después de haber seguido al poeta en las edades, lo pondré en medio de la generación actual. Este es el punto á que quería venir: preguntar á la historia qué papel debe jugar en nuestros días; preguntarle si los tiempos le son favorables. Así, para no ocuparme más que de la literatura francesa que es la

que conozco un poco, observo tres épocas netamente determinadas. La primera, la edad media, presentando los caracteres siguientes: poetas que viven de su propia imaginación, sin modelos verdaderamente nacionales; esta literatura nace en los cantos célticos, brilla un instante en los cantares de gesta y en las poesías ligeras de los trovadores, después se extingue. La segunda, el renacimiento, se caracteriza así: una violenta reacción contra la edad media, tan violenta que traspasa el límite y cae en el absurdo con Dubartas; después Malherbe ordena la nueva escuela, el siglo XVII la hace brillar y el siglo XVIII la conduce dulcemente á la tumba. En fin la tercera, el romanticismo, nuestra misma época en la que el movimiento no ha acabado todavía; no hemos tenido hasta ahora más que la reacción violenta, esperamos un Malherbe. Es menester observar que esta tercera época, lucha como la segunda, contra la que le precede, y que por analogía se debe suponer que todas las fases serán las mismas. Ya ves cómo pretendo servirme de la historia; buscar por la comparación de los siglos pasados, cuál debe ser el poeta de nuestros días, el papel que ha de representar, y cuáles serán sus aspiraciones y las materias de que trate. Bien entendido, por ejemplo más arriba expresado, que no pretendo formular nada. Lanzo mis ideas al correr de la pluma; no es ni siquiera un plan lo que escribo aquí, es el asunto tal y como él viene, sin orden, de un plan que podría hacer alguna vez.

Te hablo del proyecto de una poética, porque me lo ha inspirado cierta idea. Este es uno de los asuntos que podrías desarrollar al salir de las escuelas. Requiere un conocimiento perfecto de la historia, una crítica acabada y juiciosa, un razonamiento conciso y luminoso: tú posees estas cualidades en más alto grado que yo. Por otra parte, un poeta tiene una singular manera de componer una poética. La mayor parte de las veces comienza por hacer su obra sin regla fija,

al azar de la inspiración, luego, terminado su poema, lo relece, ve el camino recorrido á tal paso, y entonces, en un prefacio, justifica su teoría estética, y da como regla aquella que sólo por casualidad ha seguido. No le reprocho por esto; lo que ha establecido después de la experiencia, resulta probablemente mejor que lo que un pretendido buen gusto erige sin haber hecho la aplicación. Por otra parte, cuando sus razones son atendibles, tiene en su favor que el ejemplo, á ciencia cierta, sigue al precepto. Verdad es que no cuenta con más autoridad que sus propios versos; su afectación frisa en orgullo, porque quiere colocarse como jefe de escuela. El es juez y parte al mismo tiempo; se dará, pues, la razón. Sin embargo, lo repito: su prefacio puede ser de gran utilidad, debe tomarse en consideración; pero no debe aceptarse sus juicios hasta después de haberlos juzgado. No obstante, si el poeta hace su poética, un hombre desinteresado puede hacer la poética. Tomará el modo de ver de todos los poetas, los comparará, los fundirá en un solo, y hará surgir los eternos principios de la poesía. Se me dirá, sin duda, que es necesario un poeta para juzgar y dirigir á los poetas. No pretendo confiar esta obra á un chalán, á un traficante en vinos, pero á un hombre amante de lo grande y de la belleza, á un poeta por el espíritu y el carácter y no por los versos más ó menos buenos; sobre todo á un hombre que no tenga que abogar por millares de hemistiquios. El volumen será en prosa, con tanto más motivo cuanto que si estuviese en verso, el autor, debiendo predicar el ejemplo, echaría á perder los mejores preceptos con malos alejandrinos; por otra parte, la prosa es más flexible, y queriendo ante todo hacer un tratado literario y no un poema, el autor podrá servirse de todo con ventaja. Yo tomaría por ejemplo las artes poéticas de Horacio y de Boileau; las dos encierran buenos y bellos versos, pero el que buscase otra cosa, no encontraría más que algunos preceptos generales, muy

buenos en sí mismos, pero sabidos por todos; leyes que son en cierto modo las leyes naturales de la poesía y que resultan innatas en el poeta de buen gusto. Por lo que antes dije, ves lo que debe ser mi nueva poética.—Todas estas razones me hacen repetir y deducir que serás muy apto para semejante trabajo.

He examinado últimamente *La leyenda de los siglos*, última obra editada de Víctor Hugo. Pero no he podido conseguir más que el segundo volumen y tengo tal prisa que no puedo hablarte con seguridad. No obstante te diré: los defectos del gran poeta, estos defectos que son casi cualidades, están mucho más marcados en sus últimos poemas. El verso es más duro, más cortado, más refrenado; pero al mismo tiempo más vigoroso, más conciso, más expresivo. Tú conoces por otra parte este verso sobrio, limpiamente vigoroso, destacando con autoridad irresistible. Sólo que aquí él exagera sus cualidades, que á veces se sienten un tentado á llamar defectos. Las imágenes son siempre bizarras, pero singularmente vigorosas: se ve la cosa más bien que se lee. Por otra parte, abusa un poco de la descripción; pero las descripciones son tan reales en su poesía que no fatiga. Me parece que en esta obra se encuentra menos sensibilidad y emoción jóvenes que en las otras.—Nada formulo; no he hecho más que leer deprisa y corriendo algunos pasajes de uno y de otro lado. ¿Ha decaído el poeta desde las *Hojas de otoño*? lo temo, pero no puedo decirlo con certeza.—No recuerdo más que un verso que me ha chocado por su singularidad. Cierta fauno se introduce en el Olimpo ante los dioses reunidos. El pillo es muy feo, velludo, deforme, etc. A su aspecto los dioses y las diosas son atacados de esa carejada que les atribuye Homero. Son estallidos formidables; todo rie en el cielo. Luego en su enumeración de risas, el poeta expone este verso:

Y no se puede el trueno contener, él estalla

Un buen gusto puntilloso se ofendería ante este alejandrino; y en efecto, sólo la genialidad puede disculpar su extravagancia. A mí me hace reír y me contentaría con encontrarlo más tarde; es uno de esos puntos en los que el genio mismo no se puede defender; tiembla en los puntos de nuestra pluma, no hace falta más que escribirlo y una vez escrito no hay quien tenga el valor de borrarlo.

Me preguntarás probablemente, por qué esta carta está vacía de interés, vacía de detalles que pudieran interesarte. Tengo dos razones: La primera es porque mi madre debe mudarse de casa y deseo darte una dirección más estable. Dirígeme en adelante tus cartas á la calle de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, número 3. La segunda es porque los detalles que desearías son tan insignificantes que no merecen escribirse. Ahí va todo en tres palabras.

Desde hace tiempo veo rara vez á Cézanne. Trabaja en casa de Villeveille, va á Marcoussis, etcétera. Por lo tanto nada se ha roto entre nosotros.—Pienso siempre colocarme pronto. Lo que es cierto es que tendré mi empleo cuando vengas.—Estoy ligado con un economista al cual le retoco las obras en cuanto al estilo. Por su parte me busca un editor y cuenta con presentarme á varios escritores.—En fin, y desgraciadamente, mi salud no es muy buena. Hace mucho tiempo que no paso un día sin dolores. Organos digestivos débiles, opresión en el pecho, erupciones de sangre, etc.; vacilo en ponerme en manos de los médicos; preferiría que se declarase una buena enfermedad; por lo menos me desembarazaría pronto; pero como el mal no se presenta dejó obrar á la naturaleza.

Cuento mucho contigo. Creo que tu llegada aquí será para mí el motivo de mejoría moral y física. ¡Trabaja y llega, y para esto, valor!—Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo, EMILIO ZOLA.

No bien hayas sufrido tu examen, escíbeme el resultado.—No olvides la nueva dirección que te doy y dime á dónde debo dirigíte mis cartas en lo sucesivo.

No leas esta carta sino durante un recreo; es completamente literaria y sin interés directo.

## XXV

(Sin fecha.) Debió ser escrita en agosto de 1861.

Mi querido Baille:

He recibido tus dos últimas cartas, la dirigida á casa de Pablo y la dirigida á la mía. Respecto á la que dices haber enviado hacia mediados de mayo, debe haberse perdido.—Te daba estos detalles en una carta que uno de mis tíos que ha ido á Marsella ha debido remitirte últimamente, así como una copia de mi proverbio *Perrette*. Cuando puedas contestarme dime si se ha cumplido fielmente mi comisión.

Tus dos últimas cartas me han causado la más dulce emoción. Tu amistad se muestra en cada línea y en ellas leo el interés que por mí sientes. Te doy las gracias por continuar siéndome fiel en mi desgracia y por no estrechar mi mano por egoísmo y por cálculo. Créeme, mi pobre viejo, unámonos lo más posible; tú tendrás tus penas como yo las mías, y entonces comprenderás cuánto consuela el pensamiento de tener un amigo, es decir: de no estar completamente solo, de sentir un corazón latir á la par del nuestro y amarnos á pesar de las calumnias, de las necedades y de la fortuna.—Voy á contestar hoy á tus dos cartas.

Lo que más me repugna en el mundo es hacer un juicio definitivo de un hombre. Se me presenta una obra de arte, un cuadro, un poema, le examinaré con cuidado y no temeré pronunciarle. Si me equivoco, tendré por excusa mi buena fe. Este cuadro, este poe-

ma son cosas sobre las cuales no se debe volver; no representan más que un valor; si son buenos seguirán eternamente siendo buenos y lo mismo si son malos. Se me cuenta una acción de un hombre y juzgaré sin vacilar si ha obrado bien ó mal en este acto separado de la vida. Pero si en seguida se viene á exponerme esta cuestión general: «¿Qué piensa usted de este hombre?» trataré de esquivar políticamente la contestación. Y, en efecto, ¿qué juicio hacer sobre un sér que no es una cosa material como un cuadro ni abstracta como una acción? ¿Qué deducir de esta mezcla de bien y de mal que compone una existencia? ¿Qué balanza tomar para pesar exactamente lo que se debe loar y lo que se debe criticar? y sobre todo ¿dónde ir á enterarse de todos los actos de un hombre—porque, si omitis uno solo, vuestro juicio será injusto? En fin, si este hombre no ha muerto, ¿qué buena ó mala conclusión podréis sentar de una vida que puede todavía hacer el mal y el bien? Esto es lo que me decía pensando en mi última carta en que te hablaba de Cézanne. Había probado á juzgarle y á pesar de mi buena fe, me arrepentía de haber sentado una conclusión que, después de todo, no es la verdadera.—No bien ha llegado de Marcoussis, Pablo ha venido á buscarme más afectuoso que nunca; desde entonces pasamos juntos seis horas diarias; nuestro lugar de reunión es su cuartito; allí trabaja en mi retrato; durante este tiempo leo ó charlamos de todo; después, cuando hemos dado demasiado trabajo á los oídos, vamos ordinariamente á fumar una pipa al Luxemburgo. Nuestras conversaciones tocan un poco de todo, particularmente á la pintura; nuestros recuerdos ocupan en ellas un buen puesto; respecto á lo futuro, lo tocamos ligeramente y de pasada, sea para desear nuestra completa reunión, sea para exponernos la terrible cuestión del éxito. A veces Cézanne me hace un discurso sobre la economía y por conclusión, me fuerza á ir á tomar con él una botella de Cerveza. Otras

veces, me canta durante horas enteras una cancioncilla estúpida por las palabras y por la música; entonces declaro en voz alta preferir los discursos sobre la economía. Somos poco desordenados; algunos intrusos vienen de tarde en tarde á lanzarse entre nosotros; Pablo se vuelve á pintar con encarnizamiento; yo tomo la actitud de una esfinge egipcia, y el intruso todo desconcertado ante tanto trabajo, se sienta un instante, no osa moverse y se aleja con un buenos días muy bajo y cerrando la puerta dulcemente.—Desearía darte todavía más detalles; Cézanne tiene numerosos accesos de descorazonamiento; á pesar del menosprecio un poco afectado con que mira á la gloria, veo que desea los honores. Cuando hace algo mal, no habla nada menos que de volver á Aix y de hacerse encargado de una casa de comercio. Entonces tengo que emplear grandes discursos para probarle la estupidez de un tal retorno; él conviene fácilmente y vuelve al trabajo. Sin embargo, le roe esta idea. Dos veces ha estado ya á punto de partir; temo que se me escape de un instante á otro. Si le escribes, trata de hablarle de nuestra reunión próxima con los más atrayentes colores; es el único medio de retenerle. No hemos hecho todavía ninguna excursión; el dinero nos retiene; él no es rico y yo menos. No obstante, un día de estos, esperamos tomar nuestro vuelo y marchar á soñar á cualquier parte.—Para resumir, te diré que á pesar de su monotonía, la existencia que llevamos no es de las más enojosas; el trabajo nos impide bostezar; después cualquier recuerdo combinado entre nosotros lo dora todo con su rayo de sol.— Ven y nos aburrirémos menos todavía.

Vuelvo á tomar esta carta para apoyar lo que te digo más arriba con un hecho ocurrido ayer domingo. Fui á ver á Pablo un día y me dijo con la mayor sangre fría que estaba con disposición de hacer su maleta para partir á otro día. Para hacer tiempo nos fuimos

al café. No me cuidé de predicarle; estaba tan asombrado y tan persuadido de que mi lógica resultaría inútil que no aventuré la menor objeción. Sin embargo, buscaba un ardid para retenerle, en fin, creído de haberle encontrado, le propuse que hiciese mi retrato. Aceptó la idea con alegría y por esta vez no volvió á hablar más del viaje. Este maldito retrato que debía, según mi opinión, retenerle en París, á estado á pique ayer de echarlo todo por tierra. Después de haberlo empezado dos veces, siempre descontento de él, Pablo quiso acabar y me pidió una última sesión para ayer por la mañana. Ayer, pues, fui á su casa; al entrar vi la maleta abierta, los cajones medio vacíos; Pablo con cara sombría zarraba los objetos y los metía sin orden en la maleta. Después me dijo tranquilamente: «Me voy mañana.—¿Y mi retrato? le pregunté.—Tu retrato—repuso—acabo de romperlo. He querido retocarlo esta mañana y como cada vez está peor, lo he destruido y me voy.»—Me abstuve todavía de toda reflexión. Fuimos á almorzar juntos y no le dejé hasta la noche. Durante el día, volvió á sentimientos más razonables, y al fin al dejarme me prometió quedarse.—Pero esto es una mala recomendación; si no se marcha esta semana, se marchará la próxima; puedes esperar verle partir de un momento á otro.—Hasta creo que hará bien. Pablo puede tener el genio de un gran pintor, pero jamás podrá llegar á serlo. El menor obstáculo le desespera. Lo repito, que se vaya si quiere evitarse muchas inquietudes.

¡Pobres amigos míos! vosotros me dais muy poco valor; el uno sucumbe desde el principio; el otro maldice la carrera que se le hacía emprender. No creeréis cuánto me resiento de vuestra debilidad en la lucha; pienso en nuestra juventud; en el lazo que nos complacemos en tener entre nosotros; me digo que vuestro éxito debía entrañar el mío; y cuando os veo dudar de vuestra inteligencia y juzgarnos incapaces, me

pregunto si no es demasiado orgullo tener aún confianza en la mía y tentar lo que vosotros desesperáis poder hacer. ¿Qué mal viento sopla sobre nosotros? ¿No somos como ayer fuertes los tres y estamos llenos de buena voluntad? ¿Hemos luchado bastante para desesperar de la victoria, y nos vemos obligados á retroceder cuando debíamos avanzar? Os lo digo: no tenéis valor y hasta me lo quitáis; no he renegado como vosotros de mi juventud, ni he dado el adiós á mis sueños de gloria; soy firme todavía y, sin embargo, soy el más miserable, el que más atado se encuentra; y esto, lo declaro sin orgullo, para adquirir una fuerza necesaria y sacar á mi vez en esta fuerza común el resto del valor que me quitaría vuestra debilidad. Apelo á nuestros recuerdos; seamos siempre confiados y entusiastas como en el pasado; sostengámonos mutuamente y marchemos sin inquietarnos por los obstáculos. No importa la carrera emprendida, no importa el ideal soñado; si no tenemos comunidad de instintos, tengámosla de esperanzas y de amistad. Quisiera comunicaros aquí lo que siento; no es una vana sed de renombre, es en cierto modo un deseo de inteligente satisfacción; quisiera vernos grandes por el pensamiento, no para los otros sino para nosotros; quisiera vernos mejores que los otros hombres no teniendo por guías más que el bien, la belleza y la justicia. ¡Oh! ¡valor!

Todo esto lo digo especialmente por tí, Pablo, excelente naturaleza y lleno de dones naturales, no puede, sin embargo, sufrir una amonestación por dulce que sea. Le dejo marchar según su fantasía esperando en el cielo. Pero á tí que me escucharás sin duda, te gritaré continuamente: ¡valor! Las ciencias exactas tal y como se estudian en los colegios te resultan pesadas, fijate en un horizonte superior, vé las matemáticas como las quiere la filosofía conduciendo á la única verdad posible. No pienses más en los muros que te aprisionan, olvida los tres años que tienen que

transcurrir para tí en los colegios; pero considera la vida, tu inteligencia desarrollada y tu libertad de acción; díte que un hombre de talento se revela en todas partes, que puede emprenderlo todo y salir airoso; si existe la idea, la forma vendrá; si tienes vagas aspiraciones, un día ellas tomarán cuerpo y tú serás tú á despecho de los pedantes, del álgebra y de sus grandes, pero fríos compañeros. ¡Valor! Somos dos todavía á esperar; lo que hasta aquí hemos hecho no es nada; somos niños y vamos á convertirnos en hombres. Sal bien de tus exámenes y ven á mi lado; lo que te digo en mis cartas, te lo diré cuando estés aquí para darte energía. Nos reuniremos á menudo y hablaremos del porvenir; fundiremos nuestras inteligencias y trataremos de hacer brillar la verdad. No estamos agotados todavía; nuestro orgullo no nos ha extraviado. ¡Ven, y valor!

¿Qué más te diría para hacerte más fuerte en las pruebas que próximamente vas á tener que sufrir? ¿Te hablaré de mí, no del miserable, sino del poeta? Quiero intentar la publicación de algo, no porque me crea llegado á un grado cualquiera de perfección, sino porque no sigo la teoría del silencio; como te decía hace poco, lo que he hecho hasta aquí no es nada; soy el primero en burlarme de mis obras; tengo á mi vista una idea y una forma más grandes; cotidianamente me elevo un poco más y me parece ver un horizonte más luminoso. Sin embargo, amo mis primeros versos tan malos; á pesar de sus defectos, son para mí un perfume de juventud; no puedo resolverme á condenarlos, á una sombra eternal. Quiero, pues, reunir bajo el título general *Tres amores*, los tres poemas siguientes: *Rodolfo*, *La Aérea* y *Pablo*. Una suerte de lazo existe entre ellos; cierta gradación les hace recorrer casi toda la escala de la pasión, desde la pasión sensual y brutal hasta la pasión ideal y angélica. El primero es el amor por el amor, amando sin razonar y no distinguiendo nunca el alma del

cuerpo. El segundo es la lucha del cuerpo y el alma, el ángel esforzándose por combatir al bruto sin conseguirlo. El tercero, en fin, es la victoria del ángel, el himno puro del amor desligado de la tierra y perdiéndose en el seno de Dios. Hasta en la misma forma la gradación existe, en fin, todo me impulsa á reunirlos y á dar un primer paso. Sé que me aconsejarás esperar todavía; ya te daré de viva voz las razones que me impiden hacer caso de tu consejo. Por otra parte es indispensable que busque un editor y no creo que vaya á encontrarle en seguida. Sin duda llegarás antes de que pueda descubrir uno de estos señores.—Me dijo Pablo que habías escrito una crítica de *Paolo*. Me será muy útil en este momento, aunque haya corregido ya este poema infinidad de veces. Si esas hojas no pesasen demasiado, te diría que me las envíases. Consulta el peso y tu bolsa; sólo que hace falta que te apresures.

Hablemos ahora del miserable. Sin duda estaré colocado hacia el quince. Retardaba la salida de esta carta para darte la certeza. Disfrutaré de cien francos mensuales por siete horas diarias de trabajo. Con esto no se muere de hambre y se puede todavía ser poeta.—Por otra parte, no te inquietes demasiado por mi posición. Veo las cosas un poco negras, pero río todavía más á menudo de lo que piensas.

Iré, sin duda, al Mediodía, si Pablo no parte hasta el mes de septiembre, pero no creo que espere hasta entonces. Serán quince días más de separación entre nosotros. Cuando veas á Pablo, júzgale severamente. R

Ya no te escribiré más hasta el 20 y como, á partir de esta época, no sabré á dónde dirigirte mis cartas, esperaré ante todo una tuya. Así, pues, escríbeme hacia el 20 como me lo prometes indicándome á dónde te dirijo la correspondencia si á Aix ó á Marsella, yo te contestaré.—Mis respetos á tus padres.

Te estrecho la mano. ¡Valor!

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.



Decididamente Pablo permanecerá en París hasta el mes de septiembre; pero ¿es esta su última decisión? Tengo, no obstante la esperanza de que no cambie.

## XXVI

París, 18 septiembre 1862.

Amigos míos:

El sol brilla y estoy encerrado. Miro desde hace una hora á los albañiles que trabajan en frente de mi ventana; van, vienen, suben, bajan y parecen muy felices. Estoy sentado, contando los minutos que faltan para las seis. ¡Ah! ¡maldita tristeza! este es el estribillo de todas mis canciones.

He comenzado para mí mayor inquietud, un poema sobre Juana de Arco. Jamás asunto alguno ha presentado para mí parecidas dificultades, tanto más cuanto que lo he tomado desde un punto de vista que excluye las banalidades ordinarias. Quiero crear una Juana sencilla, que hable como debe de hablar una jovencita; nada de grandes palabras, nada de exclamaciones, de lirismo más ó menos en su lugar; una narración grande en su sencillez, un verso sobrio que diga claramente lo que quiere decir. ¿No es esto una modesta ambición? Cuanto más avanzo con más gusto voy aceptando á Moliere como maestro; el sol, la luna, las flores, etc., son, sin duda bellos, pero un pensamiento verdadero, dicho sin énfasis, tiene también su mérito. Creo que decididamente vuelvo al verso cómico; trabajaría sin duda para el teatro; pero no quiero escribir nada para la escena antes de los veintiocho ó treinta años. Hasta entonces; acabemos de cansarnos de epítetos ociosos, de retazos de efecto, de antítesis anillando en su acoplamiento. Hagamos poemas líricos en espera de algo mejor.—Juan me atormenta seguramente; acabaré por sacar alguna cosa de esta idea; pero me preparo veladas tempestuosas. Cuando venga Baille, podré someter á su aprobación al-

gunos fragmentos terminados del poema; marchó muy lentamente. Me encuentro en un día de esperanza. Hay tantos imbéciles, que es fácil salir del montón, por poco inteligente que se sea. Tengamos energía y trabajemos. Luego, esta mañana, fumando una pipa al sol mientras venía á mi oficina, he tenido un alegre pensamiento. Un día—me he dicho—tal vez dentro de un año, quizá dentro de diez, me será permitido ir á dar una vuelta por Provenza. ¡Con qué placer volveré á ver el árbol á cuya sombra me he sentado; el sendero por donde paseamos nuestros sueños de diez y seis años mis viejos amigos y yo! Estaremos todavía juntos y esto será una fiesta para nosotros. Viejos probablemente, más ó menos entrados en la vida de acción, viviremos durante un mes la vida de otro tiempo; ¡Ah! las bellas partidas, los largos charloteos, cómo nos reposarán en este pasado de las fatigas presentes! Este día llegará, id; probablemente habremos marchado largas horas; nos encontraremos separados, viviendo en mundos diferentes, innegablemente favorecidos por la suerte, no obstante no tendremos más que un alma para sentir el perfume vago de nuestra juventud. ¡Oh! el día esplendente en que tengamos la ventura de hablar de nuestros recuerdos!

Decididamente estoy regocijado en mi tristeza de hoy. Voy á trabajar hasta media noche, y si hago un buen verso, como hice uno ayer, esta será mi provisión de alegría para mañana. ¡Soy un pobre loco!

Me encuentro bien, un poco sólo. Resueltamente hace falta que en noviembre mi corazón se una á otro; una visión es buena á los diez y seis años; á los veinte, y cuando se lleva una vida como la mía, hace falta una realidad. El trabajo codicioso y encarnizado, no basta para poder olvidar. Estoy convencido de que nada apaga el apetito como comer mucho. Tengo un hambre atroz. No sé lo que acabo de escribir, pero me inquieta poco. Quería decirlo sencillamente que me descuidáis, no he necesitado esforzarme para lle-

Decididamente Pablo permanecerá en París hasta el mes de septiembre; pero ¿es esta su última decisión? Tengo, no obstante la esperanza de que no cambie.

## XXVI

París, 18 septiembre 1862.

Amigos míos:

El sol brilla y estoy encerrado. Miro desde hace una hora á los albañiles que trabajan en frente de mi ventana; van, vienen, suben, bajan y parecen muy felices. Estoy sentado, contando los minutos que faltan para las seis. ¡Ah! ¡maldita tristeza! este es el estribillo de todas mis canciones.

He comenzado para mi mayor inquietud, un poema sobre Juana de Arco. Jamás asunto alguno ha presentado para mí parecidas dificultades, tanto más cuanto que lo he tomado desde un punto de vista que excluye las banalidades ordinarias. Quiero crear una Juana sencilla, que hable como debe de hablar una jovencita; nada de grandes palabras, nada de exclamaciones, de lirismo más ó menos en su lugar; una narración grande en su sencillez, un verso sobrio que diga claramente lo que quiere decir. ¿No es esto una modesta ambición? Cuanto más avanzo con más gusto voy aceptando á Moliere como maestro; el sol, la luna, las flores, etc., son, sin duda bellos, pero un pensamiento verdadero, dicho sin énfasis, tiene también su mérito. Creo que decididamente vuelvo al verso cómico; trabajaría sin duda para el teatro; pero no quiero escribir nada para la escena antes de los veintiocho ó treinta años. Hasta entonces; acabemos de cansarnos de epítetos ociosos, de retazos de efecto, de antítesis anillando en su acoplamiento. Hagamos poemas líricos en espera de algo mejor.—Juan me atormenta seguramente; acabaré por sacar alguna cosa de esta idea; pero me preparo veladas tempestuosas. Cuando venga Baille, podré someter á su aprobación al-

gunos fragmentos terminados del poema; marchó muy lentamente. Me encuentro en un día de esperanza. Hay tantos imbéciles, que es fácil salir del montón, por poco inteligente que se sea. Tengamos energía y trabajemos. Luego, esta mañana, fumando una pipa al sol mientras venía á mi oficina, he tenido un alegre pensamiento. Un día—me he dicho—tal vez dentro de un año, quizá dentro de diez, me será permitido ir á dar una vuelta por Provenza. ¡Con qué placer volveré á ver el árbol á cuya sombra me he sentado; el sendero por donde paseamos nuestros sueños de diez y seis años mis viejos amigos y yo! Estaremos todavía juntos y esto será una fiesta para nosotros. Viejos probablemente, más ó menos entrados en la vida de acción, viviremos durante un mes la vida de otro tiempo; ¡Ah! las bellas partidas, los largos charloteos, cómo nos reposarán en este pasado de las fatigas presentes! Este día llegará, id; probablemente habremos marchado largas horas; nos encontraremos separados, viviendo en mundos diferentes, innegablemente favorecidos por la suerte, no obstante no tendremos más que un alma para sentir el perfume vago de nuestra juventud. ¡Oh! el día esplendente en que tengamos la ventura de hablar de nuestros recuerdos!

Decididamente estoy regocijado en mi tristeza de hoy. Voy á trabajar hasta media noche, y si hago un buen verso, como hice uno ayer, esta será mi provisión de alegría para mañana. ¡Soy un pobre loco!

Me encuentro bien, un poco sólo. Resueltamente hace falta que en noviembre mi corazón se una á otro; una visión es buena á los diez y seis años; á los veinte, y cuando se lleva una vida como la mía, hace falta una realidad. El trabajo codicioso y encarnizado, no basta para poder olvidar. Estoy convencido de que nada apaga el apetito como comer mucho. Tengo un hambre atroz. No sé lo que acabo de escribir, pero me inquieta poco. Quería decirlo sencillamente que me descuidáis, no he necesitado esforzarme para lle-

nar las cuatro páginas, puesto que el papel estaba en blanco y yo tenía una pluma. ¿Qué hacéis? ¿Por qué ese silencio? En amistad no hace falta estrechar lentamente, sino vivamente.—Espero una carta; ¿me la haréis esperar mucho tiempo? Espero, constantemente la copia de Pablo.—Ayer un pájaro que venía del Sur ha pasado sobre mi cabeza y le he gritado: «Pájaro, amiguito mío, ¿no has visto allá abajo por el camino un cuadro vagabundo? Nada vi, me ha respondido, más que la polvareda del camino. Vaya, eres muy desventurado, se te olvida.» ¿Ha mentido, no es verdad?

EMILIO ZOLA.

CARTAS A CEZANNE

XXVII

París, 30 diciembre 1859.

Mi querido amigo:

Quiero contestar á tu carta y no sé qué decirte. Me hallo delante de cuatro páginas en blanco y no tengo que anunciarte la más mínima novedad. No importa, dejo correr la pluma y te advierto por anticipado que no quiero ser responsable de las vulgaridades y faltas de ortografía que pueda cometer.

He pensado que Baille no ingresará en el colegio hasta primeros de año. Si no me equivoco esto te habrá dado un compañero durante unos días más. ¿Qué haces? Me aburro aquí; á veces creo que os divertís; pero, cuando reflexiono, pienso que ocurre lo mismo en todas partes y que en nuestros tiempos la alegría es una cosa muy rara. Entonces os compadezco como á mí mismo, y pido al cielo una dulce paloma, quiero decir una mujer amante. No sabes lo que rueda por mi cabeza desde hace algún tiempo. Como no te reirás de mí, te lo voy á confiar. Debes saber que Michelet en *El Amor*, no principia su libro sino cuando el matrimonio se ha consumado, no hablando así más que de los esposos y no de los amantes. Pues bien, yo, el miserable, tengo el proyecto de describir el amor naciente y de conducirlo hasta el matrimonio. No puedes ver todavía la dificultad de esto que quiero emprender. Llenar trescientas páginas

nar las cuatro páginas, puesto que el papel estaba en blanco y yo tenía una pluma. ¿Qué hacéis? ¿Por qué ese silencio? En amistad no hace falta estrechar lentamente, sino vivamente.—Espero una carta; ¿me la haréis esperar mucho tiempo? Espero, constantemente la copia de Pablo.—Ayer un pájaro que venía del Sur ha pasado sobre mi cabeza y le he gritado: «Pájaro, amiguito mío, ¿no has visto allá abajo por el camino un cuadro vagabundo? Nada vi, me ha respondido, más que la polvareda del camino. Vaya, eres muy desventurado, se te olvida.» ¿Ha mentido, no es verdad?

EMILIO ZOLA.

CARTAS A CEZANNE

XXVII

París, 30 diciembre 1859.

Mi querido amigo:

Quiero contestar á tu carta y no sé qué decirte. Me hallo delante de cuatro páginas en blanco y no tengo que anunciarte la más mínima novedad. No importa, dejo correr la pluma y te advierto por anticipado que no quiero ser responsable de las vulgaridades y faltas de ortografía que pueda cometer.

He pensado que Baille no ingresará en el colegio hasta primeros de año. Si no me equivoco esto te habrá dado un compañero durante unos días más. ¿Qué haces? Me aburro aquí; á veces creo que os divertís; pero, cuando reflexiono, pienso que ocurre lo mismo en todas partes y que en nuestros tiempos la alegría es una cosa muy rara. Entonces os compadezco como á mí mismo, y pido al cielo una dulce paloma, quiero decir una mujer amante. No sabes lo que rueda por mi cabeza desde hace algún tiempo. Como no te reirás de mí, te lo voy á confiar. Debes saber que Michelet en *El Amor*, no principia su libro sino cuando el matrimonio se ha consumado, no hablando así más que de los esposos y no de los amantes. Pues bien, yo, el miserable, tengo el proyecto de describir el amor naciente y de conducirlo hasta el matrimonio. No puedes ver todavía la dificultad de esto que quiero emprender. Llenar trescientas páginas

ca sin intriga; una especie de poema en el cual debo inventarlo todo, donde todo debe concurrir á un solo fin: ¡jamar! Y además, como ya te he dicho, ¡no he amado ni he sido amado más que en sueño! No importa; como me siento capaz de un gran amor, consultaré á mi corazón, forjaré cualquier bello ideal y *probablemente*, pueda llenar mi objeto. De todos modos, si hago este libro, no lo empezaré hasta primavera; si lo creo digno de aparecer, te lo dedicaré á ti, que lo harías mejor que yo, si lo escribieses, á ti cuyo corazón es más joven y más amante que el mío.

Mi carta se llena; pero bien tristemente. Quisiera tener algo muy chusco que contarte, algo alegre que pudiera hacerte sonreír. Pero no yendo á parte alguna conozco bien poco de los asuntos de fuera y me veo forzado á decirte lo que ocurre en mi casa. Perdona si mis pensamientos se embrollan un poco. No hablaremos de política; no lees el periódico (cosa que yo me permito) y no comprenderías lo que quisiera decir. Te diré sólo que el papa está muy atormentado por ahora, y te recomiendo leer alguna vez *El Siglo*, porque el momento es muy curioso. ¿Qué decirte para acabar alegremente esta misiva? ¿Te daré valor para subir al ataque la muralla, ó bien te hablaré de pintura y de dibujo? ¡Maldita muralla, maldita pintura! La una está á prueba de cañón, la otra se encuentra sujeta al veto paternal. Cuando te lanzas contra el muro, grita tu timidez: «¡no irás muy lejos!» Cuando coges los pinceles: «Niño, niño—te dice tu padre,—¿piensas en el porvenir? ¡Se muere con genio y con el dinero se come!» ¡Ay! ¡ay! mi pobre Cézanne, la vida es una bola que no rueda siempre hacia donde la mano quisiera impulsarla.

Te estrecho la mano. Mis respetos á tus padres. Saluda á Baille si está todavía en Aix; *escribeme á menudo*.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Me olvidaba de felicitarte por Año Nuevo; ¡es tan ridículo avergonzarse escribiendo! Pero esta es la costumbre, así pues: ¡Buen año! ¡Buen año! ¡Buen año!

Puesto que has traducido la segunda égloga de Virgilio, ¿por qué no me la envías? Gracias á Dios no soy una jovencita y no me escandalizaré. No he visto todavía á Villevieille. Le daré todos tus saludos á la vez. Si ves á Houchard, ruégale que me escriba y estréchale la mano.

XXVIII

París, 5 enero 1860.

He recibido tu carta. He fumado una pipa—poseo una pipa desde primero de año, una hermosa pipa de espuma, que *culoto* magníficamente—y he visto voligüear en el humo del tabaco mil pensamientos que te comunico sobre la marcha, creyendo distraerte.

Me pides que te hable de mis amadas; mis amores están en sueño. Mis locuras consisten en encender mi fuego por la mañana, en fumar mi pipa y en pensar en lo que he hecho y en lo que haré. Ya ves que no son muy costosas y que no perderé por ellas la salvación. Todavía no he visto á Villevieille; á la primera ocasión haré el papel de llave maestra. Respecto á Catalina, mi madre debe escribirle dentro de poco.

Dices que has leído mi folletín. Temo que no se haya comprendido como ocurrió con *Mi duende*. La pobre Sífide amorosa, como ha debido arrancarse las bellas alas y la corona, no ha debido parecer más que un hada vulgar ¡y yo me había representado tan bella y tan riente! Para mí estaban las almas de los dos amantes reunidas en una sola y cantando este himno del Amor que la tierra entona desde hace seis mil años. ¡Ah! temo que no se haya comprendido.

Debes saber que no soy, ni mucho menos, un favorito de la Fortuna, y que desde hace algún tiempo, me apenas verme hecho un mozo de veinte años al cargo de mi familia. Por eso estoy decidido á hacer cualquier cosa, á ganar el pan que me coma. Pienso entrar dentro de quince días, poco más ó menos en la administración de los Docks. Me conoces y sabes cuánto amo mi libertad; por eso debes comprender cuál será mi esfuerzo para resolverme; pero creería cometer una mala acción no obrando así. Tendré todavía mucho tiempo para mí y podré dedicarme entonces á las ocupaciones que me gustan. Estoy lejos de abandonar la literatura—se abandonan difícilmente los sueños—y trataré de gastar el menor tiempo posible en mi empleo, que sin duda alguna me resultará pesado. Ya te lo decía en mi última carta, la vida es una bola que no rueda siempre hacia donde la mano quisiera impulsarla. Y cree que no dejo con placer mis libros para ir á sentarme en una silla y garrapatear malas copias. Pero no ocurrirá constantemente lo mismo; seré siempre el poeta que divaga, el Zola que es tu amigo. Después de haber sacudido en mi puerta el polvo de mi oficina, vuelvo á coger la pluma para continuar mi poema interrumpido ó tu carta comenzada. Es una necesidad y me conformo con ella, aportando mis modestos cambios.

He leído esta frase en uno de los últimos folletines de Gant: «Cuando se experimenta el calor de los estómagos hartos, hace subir el bermellón de la satisfacción.» ¿Qué dices tú? Jamás los afectados inventaron cosa mejor. Es falso, estirado, de un gusto atroz.

Ya ves, querido amigo, que te he contestado largamente. Y todavía no lo he dicho todo y bastante bien lo que quería decir. No importa; deseo que ésta te distraiga un instante.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

## XXIX

París, 16 enero 1859.

Mi querido Cézanne:

Encontrándome á la cabeza de la enorme suma de veinte céntimos, y no sabiendo en qué emplearla dignamente, he pensado que era justamente lo que faltaba para charlar un poco contigo. Voy á llenar mis cuatro páginas y como Dios, después de haber hecho el mundo, me diré: ¡Esto es bueno!

He leído á Dante y ve la frase que he encontrado en el canto V de *El Infierno*: «El amor que no hace la gracia de amar á ningún sér amado, etc.» Y me he dicho que Dios quiere que el gran poeta tenga razón. Conozco en el mundo á un excelente muchacho que ama bien y yo quisiera que el amor no hiciese gracia á la mujer á quien él ama; sería gran alegría en el corazón de este querido amigo; y por lo menos cuando la Muerte tendiese hacia él sus secas garras: «No te temo—podría decirlo,—he conocido el amor y puedo morir.» Y como Víctor Hugo exclamaría:

Ya puedo ahora decirle á los rápidos años:

—«Pasad, pasad deprisa! ¡Yo no he de envejecer!  
¡Andad con vuestras flores que están todas marchitas;  
yo llevo una en el alma que nadie ha de coger!»

Ultimamente he descubierto en casa de uno de mis conocidos un viejo grabado. Lo encontraba delicioso y no salía de mi admiración, cuando ví que estaba firmado por Greuze. Es una campesina grande y de rara belleza de formas; se diría una diosa del Olimpo, pero de una expresión tan natural y tan graciosa que su belleza se cambia casi en gentileza. No se sabe lo que se debe admirar más, si su figura provocadora

ó sus brazos magníficos; mirándolos, se siente una presa de un sentimiento de ternura y de admiración. Conozco demasiado poco el dibujo, no sé si el grabado es bueno; pero sé que me gusta. Por otra parte, Greuze fué siempre mi favorito, y he permanecido largo tiempo ante esta agua-fuerte, prometiéndome amar al original, si puede tener uno, un tal retrato, sin duda un sueño del autor. ¿Conoces á Ronsard? Indudablemente no. Pues bien, ahí van unos versos de este poeta:

Vamos á ver si la rosa  
que desplegó esta mañana  
su traje purpúreo al sol,  
ha perdido ya esta tarde  
los encantos de su púrpura  
y su tez fina y fragante  
como la tuya, Mignón.

¡Y decir que el señor Despréaux ha tenido la audacia de criticar á un hombre capaz de escribir tales cosas! ¡Boileau! ¡un enuoc! un poeta que no quiere en un verso más que una cesura y una rima. Como ha dicho tan bien Alfredo de Musset, el autor de *Facistol*, en lugar del néctar de los poetas de la edad media, no escanciaba á sus lectores más que *tisana helada*.

Paris se presenta triste á la vista como una dueña gruñona, como un cuadro del divino Chaillan, el inmortal inventor de un inmortal modo de engordar. El sol está cubierto de cieno, el cielo de nubes, las casas de un desagradable estuco, las mujeres de afeites de todos los colores. Aquí cubre siempre la cara una máscara; y cuando se ha desenmascarado un objeto, no se está seguro de que lo que se ve sea el objeto mismo, pues probablemente es una segunda máscara. ¡Dios mío, en qué frases me embarco! Quisiera decirte sencillamente que hace mal tiempo, y me encuentro en pleno carnaval.

Estoy triste como el tiempo; por consecuencia, razonando, como un retrato del sublime Chaillan, el sublime autor de tu sublime retrato. ¡Ay! ¿Te acuerdas de aquel tinte amarillo que descoloraba tus mejillas, de aquel tinte gris que pasaba sobre tu frente, parecido á la nube gris que los novelistas, cuando son grises, ponen en las frentes de sus grises héroes? ¡Ay! te acuerdas de todas aquellas bellas cosas que adornaban el cuarto del dicho Chaillan, y que, rosas, han vivido lo que viven las rosas? ¡Feliz picaro! te ha hecho tu retrato este gran artista; hasta con buenos colores... ¡y sin pagar!

Estoy triste y me río de dientes á fuera. ¡Oh! Si Júpiter, Neso, Dios, el gran Todo, cualquiera que sea su nombre, me diera un momento su poder! ¡Qué regocijado sería este pobre mundo! ¡Volvería á llamar sobre él la antigua alegría de los galos; engrandecería los litros y las botellas; haría cigarros más grandes y pipas más profundas. El tabaco y el *vermouth* se darían de balde; reinaría la juventud y para que todo el mundo fuese rey, aboliría la vejez; diría á los pobres mortales: «Bailad, amigos míos; la vida es corta y no se puede danzar en el ataúd; puesto que la rama se inclina hacia vosotros, coged los frutos; atrás los hombres graves, atrás los celosos, atrás los prosaicos; y bebamos fresco, ¡voto á bríos! Y á estos desventurados amantes, cómo los acariciaría, cómo los favorecería! Engrandecería los boscages, haría más verde el césped, los árboles más frondosos. Aquel que no amara sería condenado á muerte, y los más fieles llevarían una flor. Cada oveja encontraría su pareja, y nacerían tantos hombres como mujeres, y cada pareja futura, nacerían con un mismo signo que les permitiría encontrarse en medio de la muchedumbre. Y yo les diría á nuestros queridos amorosos lo que Amorosa decía á Odette. Señalaría mi divinidad por un acto de justicia. Me buscaría una compañera; después abdicar-

ría para perderme con ella, los pies en las flores y la frente en el sol.

Te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

No sé lo que acabo de escribir.—Escribeme y divaga lo más posible.

XXX

París, 9 enero 1860.

Mi querido amigo:

Desde hace algunos días estoy triste, muy triste y te escribo para distraerme.

Estoy abatido, incapaz de escribir dos palabras, inútil para dar un paso. Pienso en el porvenir y lo veo tan negro, tan negro que retrocedo espantado. Carezco de fortuna, de juicio; no tengo nada más que descorazonamiento. Ningún ser en quien apoyarme, ninguna mujer, ningún amigo cerca de mí. Por todas partes indiferencia ó menosprecio. Tal es lo que se presenta á mis ojos cuando los dirijo al horizonte, eso es lo que produce mi disgusto. Dudo de todo y de mí el primero. Hay días que me creo sin inteligencia, en que me pregunto en qué pensaba para haber hecho sueños tan orgullosos. Ni he acabado mis estudios, ni sé siquiera hablar bien en francés; todo lo ignoro. Mi educación de colegio no me puede servir de nada: un poco de teoría y ninguna práctica. ¿Qué hacer entonces? Y mi espíritu está perplejo y véme triste hasta la noche. La realidad me aprisiona y, á pesar de esto, sigo soñando. Si no tuviese familia, si contase con una módica suma diaria me retiraría al campo y viviría como un ermitaño. El mundo me importa poco; haré una triste figura, si vivo en él cualquier día. Por otra parte, no seré jamás millonario; el dinero no es mi

elemento. Así, no deseo más que la tranquilidad de un modesto bienestar. Pero esto es un sueño; allá donde dirijo mis ojos sólo veo lucha, y, á menudo, no veo muy distintamente. Ignoro á dónde voy y siento los pies con miedo, sabiendo que la ruta que he de recorrer está bordeada de precipicios. Y menos mal, si tuviese alguna alegría que viniera á confortar mi corazón, si, cuando estoy demasiado triste, supiese dónde ir á distraerme. Desde que estoy en París, no experimenté un minuto de felicidad; no veo aquí á nadie y me encierro en el rincón de mi chimenea con mis tristes pensamientos y algunas veces con mis buenos sueños. A ratos estoy alegre, cuando pienso en tí y en Baille. Me considero feliz de haber descubierto entre la muchedumbre dos corazones que hayan comprendido el mío. Me digo que cualquiera que sea nuestra posición, conservaremos los mismos sentimientos y esto me consuela. Me veo rodeado de seres tan insignificantes, tan prosaicos, que es para mí gran ventura conocerte, á tí que no eres de nuestro siglo, á tí que inventarías el amor, si no fuera tan vieja invención, aun no revistada ni perfeccionada. Tengo como cierta gloria el haberte comprendido y juzgarte por lo que vales. Dejemos, pues, á los malvados y á los celosos: la mayoría de la humanidad es estúpida; no tendremos la aprobación del mayor número; pero ¿qué importa, si encuentras placer en estrechar la tuya?—He aquí dos páginas y media de negruras, y aun no te he dicho nada de lo que deseaba; no te he explicado todavía por qué estoy triste. Es que lo ignoro yo mismo y me contentaría con agregar, que probablemente me desespero porque no tengo á nadie que me consuele.

El carnaval termina. Apresúrate á hacer locuras para contármelas. Si no se divierte uno más es porque la reina Bacanal ha abdicado á favor de la reina Aburrimento. Se han retirado los batientes de cascabeles.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
1925 MONTREUIL, M.



les y reventado los panderos. ¡Apresúrate á hacer locuras! Sin duda Baille irá á verte el martes de carnaval. Tratad de dejar los frascos, las botellas y los vasos vacíos. Inventad algo gracioso que provoque mi risa.

Escribeme á menudo y háblame de ti.—Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXXI

París, 3 marzo 1860.

Mi querido Pablo:

No sabré decirte por qué, pero tengo tristes sentimientos sobre tu viaje, y espero en fecha más ó menos próxima tu llegada. Tenerle junto á mí; hablar los dos como solíamos, la pipa entre los dientes y el vaso en la mano, me parece una cosa tan maravillosa, tan imposible que hay momentos en que me pregunto, si no abuso de mi confianza, si este bello sueño debe realizarse. Se ha abusado tanto de las esperanzas que la realización de una de ellas asombra y no se cree en ella hasta verla realizada por los hechos.—No sé de qué lado soplará el huracán, pero siento algo así como una tempestad sobre mi cabeza. Has luchado dos años para llegar al punto en que te encuentras; me parece que después de tantos esfuerzos la victoria no será completa sino con nuevos combates. Así, ahí tienes al señor Gilberto que tantea tus intenciones y que te aconseja permanecer en Aix; maestro que ve sin duda con sentimiento escaparse un discípulo. Por otra parte tu padre habla de informarse, de consultar al susodicho Gilberto, conciliábulo de donde resultará la traslación de tu viaje para el mes de agosto. Todo esto me hace estremecer; temo recibir una

carta tuya en la que, con muchos lamentos me anuncies un cambio de fecha. Estoy tan acostumbrado á considerar la última semana de marzo como el fin de mi aburrimiento, que me será muy penoso, no habiendo hecho provisión de paciencia más que hasta allí, encontrarme solo en esta época. En fin, recordemos la gran máxima: dejemos correr el agua, y veremos lo que el curso de los acontecimientos nos trae de bueno ó de malo. Si es peligroso esperar demasiado, es mucho peor desesperar de todo; en el primer caso, no se arriesga más que la alegría futura, mientras que en el segundo, se entristece uno sin causa.

Me presentas una cuestión singular. Ciertamente que aquí como en todas partes se puede trabajar teniendo voluntad. París te ofrece, además, una ventaja que no podrás encontrar en otra parte; la de los museos donde puedes estudiar los grandes maestros desde las once hasta las cuatro. He aquí como podrías distribuir tu tiempo. De seis á once, irías á su taller á pintar ante modelo viviente; almorzarías; desde el mediodía hasta las cuatro á copiar, sea en el Louvre sea en Luxemburgo, la obra maestra que te plazca. Esto hará nueve horas de trabajo; creo que basta y que, con un buen régimen, no puedes tardar en pintar bien. Ya ves que nos quedará toda la noche libre, que podremos emplear como mejor nos parezca, sin perjudicar en nada nuestros estudios. Después, los domingos emprendemos el vuelo y nos iremos á cualquier lugar de los alrededores de París; hay sitios encantadores y podrás trasladar á la tela los árboles bajo los cuales habremos almorzado. Soy perezoso para los trabajos de bruto, para las ocupaciones que no ocupan más que el cuerpo y obscurecen la inteligencia. Pero el arte que ocupa al alma, me enajena, y á menudo cuando estoy acostado descuidadamente es cuando trabajo más. Hay una atrocidad de gente que no comprende esto, y no soy yo el que me encargaré de hacérselo comprender. Por otra parte no somos galopi-

nes, y nos hace falta soñar en el porvenir. Trabajemos, trabajemos; es el único medio de llegar.

Respecto á la cuestión pecuniaria, no teniendo más que ciento veinticinco francos mensuales, no te permitirán un gran lujo. Quiero hacerte el cálculo de lo que podrás gastar: una habitación de veinte francos por mes, un almuerzo de noventa céntimos y una comida de un franco diez céntimos, esto es, dos francos diarios, ó sesenta francos mensuales; agregando los veinte francos de habitación, son ochenta francos por mes. Tienes que pagar en seguida un taller; el de Suisse, como de los menos caros, creo que costará diez francos; añade otros diez, de lienzo, pinceles y colores y tienes cien francos. Te quedarán veinticinco para la ropa blanca, luz, las mil necesidades en pequeño que se presentan, tu tabaco, tus modestos placeres; ya ves que tendrás lo justo, y te aseguro que lejos de exagerar disminuyo. Además esto será una buena escuela para ti; aprenderás lo que vale el dinero, y cuanto un hombre de espíritu debe siempre hacer. Te lo repito para no descorazonarte; puedes bastarte. Te aconsejo que hagas á tu padre el cálculo anotado; probablemente, la triste realidad de las cifras, le hará aligerar un poco más su bolsa. Por otra parte, podrás proporcionarte aquí algunos recursos por ti mismo. Los estudios hechos en los talleres, sobre todo las copias tomadas en el Louvre, se venden muy bien; y aunque no hagas más que una mensual, te bastará para tus modestos placeres. El todo está en encontrar un marchante lo cual es una cuestión de rebusca. Ven pronto, una vez asegurados el pan y el vino, se puede uno dedicar sin peligro á las artes.

He aquí mucha prosa, muchos detalles materiales; pero como es cosa que te concierne y es además útil, espero que me lo perdonarás. Este diablo de cuerpo es embarazoso á veces, se le arrastra por todas partes y por todas partes tiene exigencias terribles. Tie-

ne hambre, frío ¿yo qué sé? y siempre el alma que querría hablar y que á su turno, se ve obligada á callarse y á permanecer como si no existiese para que este tirano se satisfaga. Afortunadamente se encuentra cierto placer en el contentamiento de sus apetitos.

Escribeme por lo menos antes del 15 para asegurarme y decirme los nuevos incidentes que puedan presentarse. En todo caso, espero que me escribas la víspera de tu partida diciéndome el día y la hora de tu llegada. Iré á esperarte á la estación y te llevaré en seguida á almorzar en mi docta compañía.—Ya te escribiré antes.—Baille me ha escrito. Si lo ves antes de partir, hazle prometer que vendrá á buscarnos en el mes de septiembre.

Te estrecho la mano; mis respetos á tus padres.  
Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXXII

25 marzo 1860.

Mi querido amigo:

Hemos hablado á menudo de poesía en nuestras cartas, pero las palabras pintura y escultura se han escapado raras veces por no decir ninguna. Este es un grave olvido, casi un crimen, que quiero tratar de reparar hoy.

Acaba de ser descubierta la fontana de Juan Goujon que ha sido reparada. Está situada sobre el emplazamiento que antes se conocía con el nombre de la *Coux des Miracles*, y rodeada por un delicioso jardinillo—lo que, entre paréntesis, muestra la versatilidad de las cosas terrestres. Esta fontana, género Renacimiento, afecta una forma cuadrada; está coronada por una cúpula y horadada por cuatro aberturas á

medio punto, una por cada cara. En cada uno de los lados de estas aberuras hay un bajorrelieve muy estrecho y muy largo, lo que hace dos bajorrelieves por cara, ó sean, ocho en todo el monumento. Cada uno de estos representa una náyade, así lo indica una lápida de mármol negro con estas palabras: *Fontina nymphus*. Te aseguro que son encantadoras diosas, graciosas, sonrientes como la que desearía para distraerme en mis momentos de aburrimiento. Por otra parte, conoces el genio de Juan Goujon; debes acordarte de esas dos bañistas que son debidas á su cincel y que yo describía, tan lamentablemente un día en la casa de Villevieille. Además de los dichos medios puntos hay otros bajorrelieves, amorcillos con banderolas. La misma gracia, la misma finura de líneas, el mismo hechizo en el conjunto. En fin el agua cae en cascada de tazón en tazón.—Te hablo de esta fontana, porque me he pasado las boras muertas contemplándola, y, lo que es más, á menudo me aparto de mi camino para lanzarle una mirada de amor. ¡No puedo expresar, en mi fría descripción, toda su elegancia, toda su graciosa simplicidad! Así una de nuestras primeras correrías, cuando te encuentres aquí, será la de ir á ver el objeto de mi admiración.

El otro día, paseando por los malecones he descubierto dos grabados de Rembrandt riquísimos. Como dice Rabelais, vi detrás de no sé qué zarzal, no sé qué gentes, haciendo no sé qué, y no sé de qué modo, afilando no sé qué herramientas, que tenían no sé dónde, y no sé de qué manera.—Los extremos se tocan; al lado estaban colgados unos grabados de Ary Scheffer: *Francisca de Rimini*, la *Beatriz* de Dante, etc.

No sé si conoces á Ary Scheffer, este pintor genial muerto el año pasado: en París sería un crimen decir que no; pero en provincias esto no es más que una gran ignorancia. Scheffer era un amante apasionado del ideal, todos sus tipos puros, aéreos, casi diá-

fanos. Era poeta en toda la acepción de la palabra; no pintaba casi lo real y abordaba los asuntos más sublimes y más delirantes. ¿Quieres nada más poético, de una poesía extraña y lastimosa que su *Francisca de Rimini*? Tú conoces el episodio de *La Divina Comedia*: Francisca y su amante Pablo son castigados, por su lujuria, en el Infierno por un viento terrible que siempre les lleva enlazados, que les hace dar vueltas en el espacio sombrío continuamente. ¡Qué asunto tan magnífico! ¡pero también, qué escollo! ¿Cómo expresar el abrazo supremo de estas dos almas que quedan unidas para siempre para sufrir las penas eternas? ¿Qué expresión dar á estas fisonomías en las que el dolor no ha borrado el amor? Trata de procurarte el grabado y verás que el pintor ha salido victorioso de la lucha; renunció á describirlo; perdería el papel sin lograr siquiera darte idea.

Scheffer, el espiritualista, me hace pensar en los realistas. Jamás he comprendido bien á esos señores. Tomo el asunto más realista del mundo, un corral de alquería: el estercolero, los patos chapuzándose en un arroyo, á la derecha una higuera, etc., etc. Ahí tienes un cuadro que parece desnudo de poesía. Pero que venga un rayo de sol que haga brillar como el oro la amarilla paja, espejear los charcos de agua, que se deslice por entre las hojas del árbol, que se quiebre allí y vuelva á salir en haces de luz; que además se haga pasar por el fondo una niña vivaracha, una de esas campesinas de Gréuze, echando grano á su pequeño mundo de volátiles: desde tal momento, este cuadro ¿no tendría también su poesía? ¿no se detendrá uno encantado, pensando en esta alquería, donde se ha bebido buena leche un día en que el calor era agobiante? ¿Qué queréis, pues, decir con esta palabra de realista? ¿os envanecéis de no pintar más que cuadros desnudos de poesía? Pero cada cosa tiene la suya, el estercolero como las flores. ¿Ocurrirá esto porque pretendéis imitar á la naturaleza servilmente?

Mas, entonces, puesto que gritáis tanto á propósito de la poesía, ¿es decir que la naturaleza es prosaica? ¿Habéis mentido? Es por tí por quien digo esto, señor amigo, señor gran pintor futuro. Es para decirte que el arte es uno, que *espiritualista, realista* no son más que palabras, que la poesía es una gran cosa y que fuera de ella no hay salvación.

El otro día he tenido un sueño.—Había escrito un hermoso libro, un libro sublime que habías ilustrado con bellos y sublimes grabados. Nuestros nombres brillaban en letras de oro, unidos en la página primera, y en esta fraternidad de genio, pasaban inseparables á la posteridad. Desgraciadamente esto no es todavía nada más que un sueño. Moral y conclusión de estas cuatro páginas.—Debes satisfacer á tu padre terminando tu Derecho lo más asiduamente posible; pero debes trabajar en el dibujo con firmeza—*unguibus et rostro*—para llegar á ser un Juan Goujon, un Ary Scheffer, para no ser un realista, en fin para poder ilustrar cierto volumen que bulle en mi cerebro.

Me pides la continuación de *La Mascarada*. No puedo satisfacer tu deseo por la sencilla razón de que, hasta la fecha, esta continuación no existe. El fragmento que envié fué hecho en enero; después no sé lo que ocurre en mi cabeza, he abandonado completamente esta obra para ponerme á escribir un pequeño proverbio en verso, que acabo de terminar: ¡cualquier cosa! como novecientos alejandrinos. Es probable que continúe los hechos y gestas del melancólico Hermann; de todos modos no bien haya una continuación te la enviaré.

Respecto á tus excusas, sea para el envío de grabados, sea por el pretendido aburrimiento que me produces con tus cartas, me atrevería á decirte que son el último grado del mal gusto. No piensas lo que dices y eso me consuela. Sólo me lamento de una cosa y es que tus epístolas sean cortas y poco detalladas. Las espero con impaciencia y me dan alegría para

un día. Ya lo sabes; por consiguiente no te excuses.—Preferiría no fumar, no beber á que cesase mi correspondencia contigo.

Me escribes que estás muy triste; te respondería que estoy muy triste, muy triste. Es el viento del siglo que ha pasado sobre nuestras cabezas; no debemos acusar á nadie ni á nosotros mismos; la culpa es de los tiempos en que vivimos. Agregas después que si te he comprendido, tu no llegas á comprenderte. Ignoro lo que entiendes por esta palabra *comprendido*. Para mí vé lo que es: he reconocido en tí una gran bondad de corazón una gran imaginación, las dos primeras cualidades ante las cuales me inclino. Y esto me basta; desde este momento te he comprendido y te he juzgado. Cualquiera que sean los decaimientos de tu ánimo, cualquiera que sean tus errores serás siempre el mismo para mí. No existe más que la piedra que no cambie nunca, que no salga de su naturaleza de piedra. Pero el hombre es todo un mundo; el que quisiera analizar los pensamientos de uno solo durante un día, sucumbiría en su obra. El hombre es incomprendible, cuando se le quiere conocer hasta en sus más ligeros pensamientos. Pero á mí, ¿qué me importan tus contradicciones aparentes? Te he juzgado bueno y poeta y lo repetiré siempre: «Te he conocido.»

¡Pero mal haya la tristeza! Terminemos por una carcajada. Fumaremos, beberemos, cantaremos en el mes de agosto. La pereza es una bella cosa. Puesto que la vida es maldita y corta, vamos á tendernos al sol á hablar; burlémonos de los tontos, y esperemos que la muerte pase y nos lleve tan políticamente como á nuestro vecino que ha pasado su vida á la sombra, sin hablar, viviendo como un oso, á fin de amasar un poco de oro.

Te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

## XXXIII

París, 16 abril 1860.

Mi querido Cézanne:

He visto á Villevieille el lunes de Pascua. El perezo-  
so se encontraba muellemente acostado con el fú-  
til pretexto de que estaba enfermo. ¡Enfermo! en ver-  
dad que sí. Jamás canónigo, jamás chantre, jamás per-  
figuero, jamás niño de coro alguno se encontró más  
gordo más encarnado, más mofetudo, más relucien-  
te de grasa. No importa; se queda en la cama. Hace  
bastante tiempo charlé con él; hablamos de Chaillan,  
de tí, etc. Aun no he visto su taller, donde, según  
me ha dicho, no tiene nada empezado. Debo volver  
á su casa una de estas noches para tomar té.

Su mujer es pequeñita, blanca y rosada; resulta ca-  
si una niña. Me parece que yo viviría como un án-  
gel con esta criatura. En realidad, no la lisonjeaba  
cuando decía que era adorable; cara espiritual, de fac-  
ciones poco regulares, pero agradables, boca chica, pie  
diminuto, deliciosa en fin. ¡Dios mío! ¡cómo se equi-  
vocan no amándose siempre, riñendo á veces!

Pienso en nuestro matrimonio, en nosotros. ¡Quién  
sabe si la suerte nos guarda un buen lote. ¿Será bella?  
¿Será fea? ¿Será buena ó mala? ¿Bondad y belleza,  
no van ¡ay! siempre juntas? Esperemos, no obstante,  
tener suerte en lo material y en lo espiritual.—Porque,  
bien pensado, bien considerado, creo que la felicidad  
está en el matrimonio como en otra parte cualquiera.  
Se dice que es una lotería, pero no lo creo. El azar  
tiene buenas espaldas, y cuando el hombre comete una  
falta, la cuelga á la espalda del azar, queriéndose ha-  
cer irresponsable. Antes bien creería que en esta lo-  
tería no hay más que buenos números; cuando re-  
sulta malo, el hombre es el que tiene la culpa. Me

explicaré; en toda mujer hay la tela de una buena  
esposa; el marido es el que puede disponer de esta  
tela lo mejor posible. A tal maestro, tal discípulo;  
á tal marido tal mujer.—La educación de una joven-  
cita es tan diferente de la de un joven, que á la  
salida de los colegios, entre hermanos mismos de dis-  
tinto sexo, no existe ningún lazo, ningún parentesco  
de ideas. Esto resultará mucho peor entre dos extra-  
ños, entre dos esposos. El marido tiene entonces una  
gran tarea: la de la nueva educación de la mujer;  
no basta acostarse juntos para ser casados; se nece-  
sita pensar: si no los esposos llegarán tarde ó tem-  
prano á malditas desavenencias.—Vé por qué la edu-  
cación de las jóvenes me parece tan imperfecta. Lle-  
gan al mundo ignorantes, mejor dicho, no sabiendo más  
que cosas que hace falta olvidar.—Creo que me he  
embarrancado de hermosa manera.

Mi nueva vida es bastante monótona. A las nueve  
voy á la oficina y registro declaraciones de aduanas  
hasta las cuatro, transcribo la correspondencia, etcé-  
tera, etc.; ó mejor dicho, leo mi periódico, bailo y  
me paseo de tarde en tarde, etc., etc. Triste en ver-  
dad. Pero, cuando salgo, me sacudo como un pájaro  
mojado, enciendo mi pipa, respiro, vivo. Hago rodar  
por mi cabeza largos poemas, largos dramas, largas  
novelas; espero al estío para dar carrera á mi ins-  
piración. ¡Dios virtuoso! quiero publicar un libro de  
poesías que te dedicaré.

Ya ves la utilidad de la transacción. Puedo darte  
gracias por tu envío literario:—*Un tesoro de abuela*  
—sin emplear frases duras. Todo el mundo debe tener  
su opinión y voy á decirte la mía sobre esta comedia.  
Sin duda la has visto representar, tal vez la has leído.  
En el primer caso, la *mise en scène*, la luz, los acto-  
res pueden haberte inducido á error; pero, en el se-  
gundo, creo que habrás sido de mi opinión, que ha-  
brás encontrado esta obra bastante mediocre. Como  
comedia no valé nada; nada de caracteres sostenidos,

ni siquiera delineación de caracteres. Respecto á los versos, casi diré otro tanto: aparte algunos alejandrinos bastante cómicos, el resto parece prosa endiablada.—Un autor, sea lo revolucionario que fuere, tiene siempre un fin. El señor Muscadel parece no tenerlo: allí no hay exposición, ni nudo, ni desenlace; son versos sobre versos. El público que ha aplaudido esta obra ligera, se encontraría muy embarazado para contar el asunto, porque no lo hay. Lo repito: las escenas se suceden sin enlace; no hay en ellas nada de bien observado ni ocurre nada á tiempo. No se sabe por qué la abuela es mala, y se ignora la causa de que vuelva á ser buena. Los dos esposos no tienen más que una escena en la que el fondo y el espíritu son excesivamente vulgares. Estos dos papeles bien desarrollados hubieran sido buenos, pero tal y como son resultan incoloros. Respecto á Valentín, el alma de la obra el que ha debido motivar el éxito, su papel es el de todos los criados de piecitas. Nada le liga con los demás personajes, no sirve á la intriga que, por otra parte, no existe. Cuanto á la carta que escribe á su amada, no son más que medios artificiales para vencer las dificultades de un arte, puesto que no conduce á nada.—No niego el mérito al autor, no niego el mérito de su obra, lo que hago es protestar de las críticas que he leído en los periódicos. No es prestar un buen servicio transportar al señor Muscadel é incensarle sin razón. Por mi parte, si hubiese sido redactor de algún periódico, le hubiese dicho: «Tiene usted, sin duda, talento; trabaje, pues, para producir una comedia mejor que la que acaba de darnos.» He aquí un gran charloteo sobre un extraño; pero la literatura tiene siempre un lugarcito en mis misivas, y he creído obrar bien dándote francamente mi opinión sobre una obra que, sin duda, has juzgado por ti mismo. Me agradaría que nuestros juicios coincidiesen. No quiero mal al señor Muscadel á quien no conozco, no son pues, los celos los que me impulsan á hablar de él. He leído

la obrita con el buen deseo de encontrarla excelente, y me contento con transmitírtela, lo menos impolíticamente posible, la impresión que me ha producido.

Me equivocó diciendo que el autor no tenía un objeto. He creído descubrir uno; el de pintar esa especie de celos que experimenta una madre contra la mujer á quien ama su hijo. Cree que esta mujer la roba, que el amor debe pertenecerle todo entero á ella, que le ha criado, que le ama tanto. Se podría hacer una comedia encantadora con este dato. Pero, ¡cuán torpemente ha tratado el señor Muscadel el asunto! Tan torpemente, que se pregunta uno si el propósito del autor era el de pintar el amor maternal luchando contra el amor.

He recibido tu carta. Tienes razón de no quejarte de tu suerte: porque, después de todo, como lo aseguran, con dos amores en el corazón, el de la mujer y el de la belleza, sería una gran equivocación desesperarse. El tiempo pasa rápidamente, lo mismo en la soledad que cuando puebla uno esta soledad de fantasmas queridos; ¿Y qué es ser desventurado sino estar solo? Esta no es, en verdad, la sola plaga que persigue á la raza humana, pero de ella, de la falta completa de afecciones, fluyen todas nuestras desventuras. También yo, el aislado, yo, el desdenado, me aferro á tu amistad á la desesperada. Cuando mi vista interroga al horizonte no ve más que niebla, vagos nubarrones, pero, por lo menos, distingo todavía tu figura en un rayo de sol, y esto me consuela. Mi pobre amigo, si alguna vez mis pensamientos, mis acciones te desagradasen, dímelo francamente; podría defenderme ante ti y refortalecer tu amistad vacilante.

Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿No estamos ligados por ahora? ¿No tenemos los mismos pensamientos? Nuestra amistad es muy sólida todavía, y no tomo las palabras que acabo de decirte más que como temores exagerados de un peligro imaginario.

Me envías algunos versos en los que se revela una

sombria tristeza. La rapidez de la vida, la brevedad de la juventud, y la muerte allá abajo en el horizonte: tal es lo que nos haría temblar si se pensase en ello algunos minutos. Pero, ¿no es un cuadro más sombrío todavía, cuando en el curso tan precipitado de una existencia, la juventud, esta primavera de la vida, falta por completo; cuando, á la edad de veinte años, no se ha gozado todavía la felicidad y se ha visto avanzar la edad, á grandes pasos, sin que se tenga, para alegrar los rudos días de invierno los recuerdos de los bellos días del estío?—Y he aquí lo que me espera.

Me dices todavía algunas veces que no tienes valor para escribirme. No soy egoísta; me pertenecen tanto tus alegrías como tus dolores. Si estás alegre, distraeme; si triste, ensombrece mi cielo sin temor: una lágrima es á veces más dulce que una sonrisa. Por otra parte; escíbeme tus pensamientos cotidianos; en el momento que una nueva sensación nazca en tu alma, ponla sobre el papel. Después, cuando haya cuatro páginas, expídemelas.

Otra frase de tu carta me ha impresionado también dolorosamente; es ésta: «Amo la pintura, pero no triunfaré, etc., etc.» ¿Tú no triunfar? Creo que te equivocas sobre ti mismo. Sin embargo, te lo he dicho ya: en el artista hay dos hombres, el poeta y el obrero. Se nace poeta; se hace uno obrero. Y tú, que tienes la centella, que posees lo que no se adquiere nunca, ¿te quejas, cuando para triunfar no tienes más que ejercitar tus dotes; llegar á ser obrero?—No dejaré este asunto sin añadir dos palabras. Últimamente te ponía en guardia contra el realismo; hoy quiero mostrarte otro escollo: el comercio. Los realistas hacen todavía arte—á su manera,—trabajan concienzudamente. Pero los comerciantes, los que andan á la greña por la mañana para conseguir el pan de la tarde, se arrastran servil y miserablemente. Y te digo esto, no sin razón: Vas á trabajar á casa de X\*\*\*, copias sus cuadros, te admiras probablemente. Temo por ti ese camino donde

te aventuras, con tanto más motivo cuanto que el que tratas de imitar tiene grandes cualidades que emplea miserablemente, pero que en el fondo hacen parecer sus cuadros, mucho mejores de lo que lo son en realidad. Es bonito, es fresco, es limpio; pero todo eso no es más que un oficio, y te equivocarías en grande si te detuvieses ahí. El arte es más sublime que esto; el arte no se detiene en los pliegues de una tela, en las tintas rosadas de una virgen. Fíjate en Rembrandt: con un rayo de luz, todos sus personajes hasta los más feos que convierten en poéticos. Así, te lo repito, X\*\*\* es un buen maestro para enseñarte el oficio, pero dudo que puedas aprender otra cosa en sus cuadros.—Siendo rico, sueñas, sin duda alguna, dedicarte al arte y no al comercio. Si le hablase á Chaillan, le diría todo lo contrario á lo que acabo de decirte. Evita, pues, una admiración por tu compatriota; pon tus sueños, esos bellos sueños dorados, sobre tus lienzos, y trabaja por hacer pasar ese amor ideal que llevas en tí.—Sobre todo, y aquí está el abismo, no admires un cuadro porque haya estado hecho pronto; en una palabra, y por conclusión: no admires ni imites á un pintor de comercio.—Ya volveré sobre este asunto.—He rebatido probablemente alguna de tus ideas. Dímelo francamente para que no me guardes un rencor disimulado, y que, por lo mismo, vaya en aumento cotidianamente.—Mis respetos á tus padres.

Te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

He cambiado de domicilio; dirígeme tus cartas á <sup>®</sup> la calle de San Víctor, 35.

## XXXIV

26 abril 1860, (á las 7 de la mañana).

Mi buen viejo:

No cesaré de repetírtelo: no creo que me haya convertido en pedante. Siempre que estoy á punto de darte un consejo, vacilo, me pregunto si es éste mi papel, si no te fatigarás de escucharme siempre gritar: haz ésto, haz aquéllo. Tengo miedo de que me mires con prevención, de que mis pensamientos estén en contradicción con los tuyos, y, por lo tanto, de que nuestra amistad sufra. ¿Cómo decírtelo? Soy, sin duda, muy loco pensando tan mal; pero, ¡temo tanto la más ligera nube entre nosotros!—Dime, dime sin dilación que recibes mis consejos como los de un amigo; que no te enfadas conmigo cuando están en desacuerdo con tu manera de ver; que no sigo menos las alegrías, los sueños de los que se tienden tan voluntariamente sobre la hierba junto á ti, la pipa en la boca y el vaso en la mano.—Sólo la amistad dicta mis palabras; estoy mejor contigo, mezclándome un poco en tus negocios; charlo, lleno mis cartas, hago castillos en el aire. Pero ¡por Dios! no creas que pretenda trazarte una línea de conducta; toma de mis palabras sólo lo que te convenga, lo que encuentres bueno, y rasga el resto, sin tomarte siquiera el trabajo de discutirlo.

Y ahora abordemos más descaradamente el asunto pintura.

Cuando veo un cuadro, yo que sé á lo más distinguir lo blanco de lo negro, es evidente que no puedo permitirme juzgar las pinceladas. Me limito á decir si el asunto me place, si el conjunto me hace soñar alguna buena y grande cosa, si el amor de lo bello respira en la composición; en una palabra: sin ocu-

parme del oficio, hablo sobre el arte, sobre el pensamiento que ha presidido á la obra. Y pienso obrar cuerdate; nada me produce más lástima que esas exclamaciones de los que se llaman *amateurs*, que habiendo retenido en la memoria algunos términos técnicos, oídos en los talleres, van á recitarlos con aplomo como los papagayos. Tú por el contrario, tú que has comprendido cuán difícil es colocar un objeto, según la fantasía, sobre la tela, comprendo que á la vista de un cuadro te ocupes mucho del modo de hacer, que te extasies sobre tal ó cual pincelada, sobre un color obtenido, etc., etc. Es natural; la idea, la inspiración está en ti; buscas la forma que no tienes, y la admiras de buena fe allá donde la encuentras. Pero te pones en guardia; esta forma no es todo, y cualquiera que sea tu excusa debes poner tu idea ante ella. Me explico: un cuadro no debe ser sólo para ti los colores distribuidos y colocados sobre una tela; no te hace falta buscar constantemente, por qué procedimiento mecánico ha sido obtenido el efecto, cuál fué el color empleado; sino que debes ver el conjunto, preguntarte si la obra está bien y si el artista es realmente un artista. ¡Hay tan poca diferencia á los ojos del vulgo entre un mamarracho y una obra maestra! En los dos hay blanco y rojo, etc., brochazos, una tela, un marco. La diferencia no está más que en una cosa que no tiene nombre y que sólo el pensamiento y el gusto revela. Esta cierta cosa, este sentimiento artístico, es el que sobre todo hace falta describir y admirar. Después, ya puedes tratar de conocer el procedimiento, podrás hacer el oficio. Pero, te lo repito, antes de descender á analizar lo material—estos colores detestables, esta tela grosera,—antes que nada, te dejas transportar al cielo por la sublime armonía, por el gran pensamiento que se desprende de la obra maestra, rodeándola como de una aureola divina.—Lejos de mí el pensamiento de me-



nospreciar la forma; esto sería una simpleza, porque, sin la forma, se puede ser gran pintor para sí, pero no para los demás. Es ella la que fija la idea, y mientras más grandiosa es la idea, más grande debe ser la forma también. Sólo por ella el pintor es comprendido y apreciado, y esta apreciación no es favorable más que cuando la forma es excelente. Quisiera servirme de una comparación: si quisiese conversar con un alemán, tendría que utilizar un intérprete; pero, si no tuviese que hablar con ningún alemán, para nada necesitaría el intérprete. El intérprete es la forma y el alemán el pensamiento; sin la forma no comprenderé jamás el pensamiento, pero nada tendré que hacer con la forma si el pensamiento no existe. Quiere decir esto que el oficio, siéndolo todo, no es nada; hace falta absolutamente saberlo, pero es menester no perder de vista el sentimiento artístico que es lo esencial. En una palabra: son dos elementos que se anulan separadamente y que reunidos hacen un todo grandioso.

Por otra parte, no hablo por tí; teniendo talento, como creo firmemente que lo tienes, no necesitas establecer estas distinciones que acabo de hacer un poco puerilmente. Cada genio nace con su pensamiento y con su forma original; son cosas estas que no pueden separarse sin producir una completa nulidad, por lo menos aparente, en el hombre. Esto se observa sobre todo, cuando es el pensamiento el que por sí reina; el pobre gran hombre es colocado entonces en el rango de los incomprendidos; su alma tiene bellos sueños que no puede comunicar á los demás, y resulta ridículo y desventurado. Cuando sólo existe la forma, el hombre que la posee sin poseer la idea, alcanza un buen éxito á veces, y entonces su ejemplo se convierte en extremadamente dañoso. Llego, por fin á la pintura de comercio; lo que precede no es más que un largo preámbulo; lo que yo quería decirte es esto: La pintura de comercio excluye la idea, y trabaja de-

masiado deprisa para hacer cualquier cosa buena como arte. Es esto un oficio, un medio de dar de comer á los hijos, nada más. Pero es que este diablo de pintor, si no tiene la idea, tiene á menudo la forma para él; y, á partir de este punto, su cuadro es una verdadera trampa para los comerciantes. Se está forzado á confesar que aquéilo es bonito, y si se va un poco más lejos, he aquí que se pone uno á admirar una obra indigna y hasta á imitarla probablemente. Ya sé que sólo son los imbéciles los que se dejan coger; pero ¿me considerarás mal, si yo, espantado, hasta equivocado, te he dicho en amistad: «¡Ponte en guardia! sueña con el arte, con el arte sublime; no consideres la forma, porque la forma sola es la pintura de comercio; considera la idea, ten buenos sueños, que la forma vendrá con el trabajo y todo lo que harás será bello, será grande?» He ahí lo que te he dicho; he ahí lo que te repetiré siempre.

Si no estás contento, es porque no eres razonable. Ahí tienes las páginas más serias que he escrito en mi vida.—A lo menos, ¿te acuerdas de nuestras promesas? Si hiero tus sentimientos, será por no poner atención á mi charla.

Chaillan ha pasado el domingo último todo el día conmigo; hemos almorzado, y comido juntos, charlando de tí, fumando nuestras pipas. Es un excelente muchacho, pero ¡qué simpleza, Dios mío! ¡qué ignorancia del mundo! Me parece poco probable que triunfe; sin embargo, no será nunca desgraciado, y es una cosa que me consuela la de verle soñar así despierto. Su carácter no es muy juvenil; le critico que sea un poco avaro. Con estos dos defectos, que en el caso presente son cualidades, no puede morir de hambre, ni tragar demasiada bilis. Se retirará siempre á tiempo á su pueblo, ó bien se contentará con pintar retratos mediocres que venderá lo más caro posible.

Me ha dicho que está en una casa donde se alojan doce señoritas; esto le aburre porque arman un ruido

que hace temblar los muros. Va á cambiar de cuarto, ¡el inocente!

Todos los días está en casa del tío Suisse desde las seis de la mañana hasta las once. Después, al medio día, va al Louvre. Realmente tiene descaro.—¡Ah! si tú estuvieses aquí, la gran vida! Pero, ¿á qué viene esta exclamación? A darnos disgustos superfluos.

Nada más te diré sobre Chaillan; debe escribirte.—Aun no he vuelto á ver á Villevicille; pienso ir á visitarle pronto.

Hablando de mi vida te diré que sigue siempre tan monótona. Cuando encorvado sobre mi pupitre, escribiendo sin saber lo que escribo, duermo despierto, como embrutecido, á veces pasa de pronto un fresco recuerdo por mi espíritu, de una de nuestras alegres partidas, de uno de los lugares á que éramos aficionados y mi corazón se oprime horriblemente. Levanto la cabeza y veo la triste realidad; la habitación polvorienta, llena de viejos papeluchos, poblada por un mundo de empleados, estúpidos en su mayor parte; escucho el monótono garrapatear de las plumas, palabras estridentes, términos extravagantes para mí, y allá, sobre la ventana, como ridiculizándome, los rayos del sol vienen á retozar, y á anunciarme que, fuera, la naturaleza está de fiesta, que los pájaros tienen cantos melodiosos y perfumes embriagantes las flores. Me revuelvo sobre mi silla, cierro los ojos, y, por un momento, os veo pasar, amigos míos; también las veo á ellas, á esas mujeres á quienes amáis sin saberlo. Después, todo se desvanece, la realidad vuelve aún más terrible, torno á coger la pluma y siento grandes deseos de llorar.—¡Oh, la libertad, la libertad, la libertad! ¡La vida contemplativa de Oriente! ¡la dulce y poética pereza! ¡mi bello sueño! ¿en qué os habéis convertido?

He escrito esta carta *currente calamo*, sin descansar, sin despavilar mi vela. Es muy cerca de media noche y voy á acostarme. Esta noche me siento exaltado,

perdóname, pues, si mi carta es descabellada, privada de la poca razón que me es habitual.

No he podido esperar una carta tuya para escribirte de nuevo, y aunque nada tenía que decirte, he sentido una tal gana de ennegrecer papel que he cedido á la tentación.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Mis respetos á tus padres. En este instante he recibido tu carta, que hace nacer en mí una muy dulce esperanza. Tu padre se humaniza; sé firme, sin dejar de ser respetuoso. Piensa que lo que ahora se decide es tu porvenir, del cual depende tu felicidad.—Lo que te digo sobre la pintura resulta inútil desde el momento en que reconoces los defectos de XXX...

Contestaré á tu carta dentro de poco.

XXXV

París, 5 mayo 1860.

Mi buen viejo:

Me encuentro solo en mi cuarto, un poco indispuerto. Hoy he hecho novillos, y creo no poder emplear mejor el tiempo pasado lejos de mi oficina que hablando contigo.—Voy, pues, á contestar á tus dos últimas cartas.

Como presumes fundadamente, no me divierto nada en los Docks. Hace un mes que estoy en este infame establecimiento y ¡por Dios! que tengo llenas las espaldas, las piernas y todos los demás miembros.—No pido más que una gruta en una roca, sobre una alta montaña. Viviría allí vestido con un hábito, y, si era menester, en una ermita, no cuidándome ni del mundo ni de sus juicios.—No creo que sea éste el vano deseo de un poeta; pienso seriamente, y, si no tuviese madre, hace mucho tiempo que habría tratado de po-

ner mi idea en ejecución.—Sea lo que fuere, encuentro hedionda mi oficina, y voy á salir pronto de este inmundo pozo. Lo único que me retiene es la consideración de que, al salir de aquí, me encontraré otra vez al cargo de mi familia; busco una combinación que me permita comer y quedar libre, combinación ¡ay! que no encuentro, que no encontraré jamás. No puedes calcular el sufrimiento que experimento cuando pienso en estas cosas. Es como un maldito laberinto; marchó decidido, me extravió y siempre vuelvo al mismo punto, á pensar llorando en el arte sublime, en la libertad, en todas estas celestes cosas que amo, sin que esté amor quiera morir en mí, y que luchan á la desesperada ante la horrible realidad.—Porque, te lo diré, si estoy enfermo del cuerpo esto no es más que una consecuencia de mi enfermedad moral, del aburrimiento, de la desesperación que siento.—Pero dejemos este asunto y tratemos de reír, de beber alegremente.

En tus dos cartas me hablas de Baille. Hace mucho tiempo que deseó hablarte sobre este bravo mozo.—No es como nosotros, no tiene el cráneo hecho en el mismo molde; posee muchas cualidades de que nosotros carecemos y muchos defectos también. No puedo ensayar hacerte la pintura de su carácter; te diré por donde peca y por donde se eleva; no le daré el epíteto de razonable ni el de loco; todo esto es relativo y depende del punto de vista desde que se mira la vida. Por otra parte, ¿qué nos importa á nosotros, sus amigos? ¿no basta que le hayamos juzgado bien muchacho, superior á la muchedumbre, ó por lo menos más apto para comprender nuestro corazón y nuestro espíritu? ¿No debemos juzgarle con esta benevolencia que reclamamos para nosotros mismos? y, si alguna cosa nos contraría en su conducta, ¿con qué derecho iríamos á juzgar malo lo que él encuentra bueno? Créeme, no sabemos lo que nos guarda la vida; estamos los tres en el principio, ricos de esperanzas, iguales por nues-

tra juventud y nuestros sueños. Estrechémonos la mano, no un apretón de momento, sino un apretón que nos impida un día de decaimiento, ó que nos consuele después de la caída.—¿Qué diablo me refunfuñas ahí? —debes decir. ¡Mi pobre viejo! he creído ver que el lazo que te unía á Baille se debilita, que un eslabón de nuestra cadena se va á romper. Y, temblando, te ruego que pienses en nuestras regocijadas partidas, en los juramentos que hemos hecho, con el vaso en la mano, de marchar durante toda la vida, con los brazos enlazados, por el mismo sendero; que piensas que Baille es mi amigo, que es el tuyo, y que si su carácter no simpatiza enteramente con el nuestro, no debe ser por eso menos sagrado para nosotros; que amante, en fin, me comprende y te comprende, que es digno de nuestra confianza y de tu amistad.—Si tienes alguna cosa que reprocharle, dímelas, trataré de defenderle, ó antes bien, dile lo que te contraría en él.—Nada es tan de temer como las reservas entre los amigos. Sin duda te acuerdas de nuestras partidas de natación, esta venturosa época en que sin cuidarnos del porvenir, combinamos una hermosa noche la tragedia del célebre Pitot; después ¡el gran día! allí, á la orilla del agua, el sol que descendía radiante, este compañero que probablemente no admirábamos entonces, pero que al recordarlo se nos presenta tan encantador y riante.—Se ha dicho—creo que Dante—que nada es más lamentable que un recuerdo venturoso en los días de desventura. Lamentable, sí, pero también ásperamente voluptuoso; se llora y se ríe á la vez. ¡Desventurados de nosotros! A los veinte años echamos de menos el pasado; volvemos los ojos hacia esa época que huyó, tendiendo los brazos, llorando sin esperanza de ver renacer estos bellos días. ¡Desventurados y locos! gastamos nuestra vida como con gusto, siempre deseando ver revivir el pasado, ó implorando al porvenir á grandes gritos, no sabiendo jamás gozar del presente.—Te lo he dicho en mi última

carta, á veces un rápido recuerdo, atraviesa mi pensamiento como un relámpago; es una palabra que me has dicho en otro tiempo, una de nuestras partidas: una montaña, un camino, un zarzal, y lloro y me desespero—desventurado y loco.

En tus dos cartas me das como una esperanza lejana de reunión. Probablemente cuando haya acabado mi Derecho—me dices. ¿Estaré libre para hacer lo que me parezca? ¿Podré, quizá, ir á reunirme contigo? Que no quiera Dios que ésta no sea más que la alegría de un instante; que tu padre abra los ojos sobre tu verdadero interés. Tal vez para él soy un aturdido, un loco, un mal amigo que te entretiene en tu sueño, en tu amor al ideal. Es muy posible que si leyese mis cartas me juzgase severamente; pero aun debiendo perder su estimación, le diría á él mismo en voz alta lo que te digo á ti: «He reflexionado largo tiempo sobre el porvenir y la felicidad de su hijo, y por mil razones que sería prolijo enumerar, creo que usted debe dejarle ir allá donde su pensamiento le dirige.»—Viejo mío: hay que hacer un ligero esfuerzo, hay que trabajar un poco. ¡Veamos, qué diablo! ¿Estamos completamente privados de valor? Después de la noche vendrá la aurora; tratemos, pues, de pasar, bien que mal esta noche, y que cuando luzca el día puedas decir: «Ya he dormido bastante, padre mío, me siento fuerte y valeroso. ¡Por piedad! no me encierre usted en una oficina; déjeme volar; me ahogo, sea bueno, padre mío.»—Cumpliré tu comisión cerca de Chaillan.

Dices que Leclère pone en duda mi viaje á Aix. El buen hombre se engaña; cuento con ir á estrecharte la mano como el año anterior. En verdad preferiría que fueses tú el que viniera, por una multitud de razones; pero como aun dudo de la buena voluntad de tu padre, me preparo á hacer el equipaje.—Me hablas vagamente de cierta aventura que habria traído consecuencias enfadosas entre Leclère y De Julianne. Juzgo á propósito añadir á esta carta una palabra para este

último; no sólo para esclarecer este asunto sino para desautorizar todas las medidas rigurosas, que se habrían podido tomar en mi nombre.—Lee por otra parte esta palabra y no me guardes prevención alguna si me meto en tus atribuciones.—Estrecha la mano de Leclère en mi nombre y no le digas que me has comunicado esta miseria.

Respecto á vosotros, mis bellos músicos, cantad hasta hartaros, reid, niños míos, reid. Mi boardilla no es ciertamente bella, y sin embargo, á veces la lloro.—Tenemos desde hace una semana un tiempo sublime; si no sudase no lo creería. Pero, ¿qué me importa, á mí, parisién, la pureza del cielo, si salgo tan poco? No voy á comer nunca al campo; todo lo más voy á instalarme á la puerta de un establecimiento del género de *¿Qué hace la bella agua?* (¡Oh Marguerite!) No te he descrito todavía mi nueva habitación, mi vecindad: quede esto para la próxima carta.

Anoche tuve reunión en mi casa. Añado esta hoja á mi carta para narrarte esta rareza. Eramos doce: mi madre, Pages (de Tarn), Chaillan, Pajot, yo: el resto no merece el honor de ser nombrado. El objeto de esta reunión era el de leer algunos versos y oír á algunos cantantes que se encontraban entre nosotros; como ves todo fué artístico. Se sirvió tres docenas de bizcochos, dos botellas, una de Champaña y otra de Málaga, y se leyó después el primer acto de *La nueva Pedra* y el proverbio intitulado *Perrette*. Se aplaudió con entusiasmo; ¿era al autor á quien se dirigían estos elogios, ó al amo de la casa que ofrecía tan buen Málaga? Dejo este problema á tu perspicacia. Por mi parte, juzgo incapaces de juzgarme á la mitad de las personas que escuchaban. No es esto orgullo, sino experiencia y verdad. Los que me resultaron muy agradable fueron los elogios de Pajot, las apreciaciones de Chaillan, y después algunas admiraciones de Pages (de Tarn). Perdoná que haya hablado de mí el primero; he querido desembarazarme de mi obra para

hablarte con más espacio de *La nueva Fedra*. Sólo se leyó el primer acto y por consiguiente sólo de éste puedo hablarte. Una cuestión previa: ¿Qué es lo que me disgusta en la tragedia? ¿Es la tragedia en sí; son todos los viejos accesorios usados, los confidentes, las tiradas enfáticas, los alejandrinos pesados y regulares, etc., etc.? Cuando el señor Pages (de Tarn) me dijo que era partidario de las innovaciones, creí que había abolido todas estas antiguallas. Nada de eso; sus novedades se reducen á un cambio de las costumbres; el vestido negro en lugar de la toga romana; á un cambio de nombre; el nombre de Abel en vez del de Hipólito. Por otra parte, no se da cuenta de un escollo; queriendo hacer, como dice, la tragedia del hombre y no la de los reyes y héroes; eligiendo un asunto burgués, ¿no debe temer que resulte mucho más ridículo todavía el énfasis y la declamación en el círculo mezquino de una familia? Teseo, Hipólito, pueden invocar á los dioses; de ellos descienden; pero tal ó cual marchante enriquecido resultará perfectamente ridículo moviendo los brazos en el aire. Es decir, que estos dramas que se agitan confusamente en las sombras de una casa, que estas pasiones terribles que desolan á una familia, no presentan ningún interés, no son dignas de ser colocadas sobre la escena. Lejos de esto, sólo es menester, según mi opinión que el estilo se encuentre acorde con el género, y, en verdad, el viejo estilo clásico, las exclamaciones, las perífrasis, son lo que hay de más falso en el mundo en la boca de una burguesita.—Por otra parte, este primer acto es pródigo de hermosos versos; las situaciones están calcadas en Racine, pero esto está en el asunto.—Si se me preguntase mi opinión sincera, respondería que esta tragedia es literaria, está bien versificada, que es mucho más apasionada que las tragedias clásicas, destinada, según mi modesta opinión, á un éxito brillante ó á una caída completa; pero, en forma alguna á hacer una revolución en litera-

tura, como quiere su autor, ni es la última palabra del arte dramático. Me detengo falto de asunto, á no ser que te diga que Chaillan cantó y fué estrepitosamente aplaudido, que un señor que se encontraba con nosotros nos invitó á los dos á una velada donde deben encontrarse los actores del Odeón, y que nos acostamos después de las doce.—El señor Pages (de Tarn) me pregunta de pronto: «¿Quiere usted seis versos desesperantes?»—¡Pardiez!, le contesto, éstos son *seis vasos vacíos*.—El bravo hombre queda con la boca abierta.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Te envío tres hojas y las tres son distintas.—Esto prueba que tenía tres cajas de papel y que ya no me queda ninguna.

XXXVI

París, 13 junio 1860.

Mi querido Pablo:

El otro día, en una hermosa madrugada, me he perdido lejos de París, por los campos, á tres ó cuatro leguas.—¿No amas las amapolas, esas estrellitas que centellean en los trigos, esas flores tan graciosamente bellas? Los poetas ¡ay! han usado y abusado de las flores. ¿Quién osará hablar de la rosa, escribir dos líneas sobre el pensamiento, lanzar exclamaciones ante las lilas, las madre selvas, etc., etc.? Hago, pues, muy mal en hablarte de las amapolas y en decirte que reuní un bello y grande ramillete, lo mismo que una pensionista de convento, vestida de blanco, púdica y juguetona. ¡Dios mío! sí, un gran ramillete, corriendo por los prados, alegre de no ver casas, de marchar sobre el rocío de crearme en Provenza, de caza, en una hermosa partida de campo. Me encontraba solo y me

hablarte con más espacio de *La nueva Fedra*. Sólo se leyó el primer acto y por consiguiente sólo de éste puedo hablarte. Una cuestión previa: ¿Qué es lo que me disgusta en la tragedia? ¿Es la tragedia en sí; son todos los viejos accesorios usados, los confidentes, las tiradas enfáticas, los alejandrinos pesados y regulares, etc., etc.? Cuando el señor Pages (de Tarn) me dijo que era partidario de las innovaciones, creí que había abolido todas estas antiguallas. Nada de eso; sus novedades se reducen á un cambio de las costumbres; el vestido negro en lugar de la toga romana; á un cambio de nombre; el nombre de Abel en vez del de Hipólito. Por otra parte, no se da cuenta de un escollo; queriendo hacer, como dice, la tragedia del hombre y no la de los reyes y héroes; eligiendo un asunto burgués, ¿no debe temer que resulte mucho más ridículo todavía el énfasis y la declamación en el círculo mezquino de una familia? Teseo, Hipólito, pueden invocar á los dioses; de ellos descienden; pero tal ó cual marchante enriquecido resultará perfectamente ridículo moviendo los brazos en el aire. Es decir, que estos dramas que se agitan confusamente en las sombras de una casa, que estas pasiones terribles que desolan á una familia, no presentan ningún interés, no son dignas de ser colocadas sobre la escena. Lejos de esto, sólo es menester, según mi opinión que el estilo se encuentre acorde con el género, y, en verdad, el viejo estilo clásico, las exclamaciones, las perífrasis, son lo que hay de más falso en el mundo en la boca de una burguesita.—Por otra parte, este primer acto es pródigo de hermosos versos; las situaciones están calcadas en Racine, pero esto está en el asunto.—Si se me preguntase mi opinión sincera, respondería que esta tragedia es literaria, está bien versificada, que es mucho más apasionada que las tragedias clásicas, destinada, según mi modesta opinión, á un éxito brillante ó á una caída completa; pero, en forma alguna á hacer una revolución en litera-

tura, como quiere su autor, ni es la última palabra del arte dramático. Me detengo falto de asunto, á no ser que te diga que Chaillan cantó y fué estrepitosamente aplaudido, que un señor que se encontraba con nosotros nos invitó á los dos á una velada donde deben encontrarse los actores del Odeón, y que nos acostamos después de las doce.—El señor Pages (de Tarn) me pregunta de pronto: «¿Quiere usted seis versos desesperantes?»—¡Pardiez!, le contesto, éstos son *seis vasos vacíos*.—El bravo hombre queda con la boca abierta.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Te envío tres hojas y las tres son distintas.—Esto prueba que tenía tres cajas de papel y que ya no me queda ninguna.

XXXVI

París, 13 junio 1860.

Mi querido Pablo:

El otro día, en una hermosa madrugada, me he perdido lejos de París, por los campos, á tres ó cuatro leguas.—¿No amas las amapolas, esas estrellitas que centellean en los trigos, esas flores tan graciosamente bellas? Los poetas ¡ay! han usado y abusado de las flores. ¿Quién osará hablar de la rosa, escribir dos líneas sobre el pensamiento, lanzar exclamaciones ante las lilas, las madre selvas, etc., etc.? Hago, pues, muy mal en hablarte de las amapolas y en decirte que reuní un bello y grande ramillete, lo mismo que una pensionista de convento, vestida de blanco, púdica y juguetona. ¡Dios mío! sí, un gran ramillete, corriendo por los prados, alegre de no ver casas, de marchar sobre el rocío de crearme en Provenza, de caza, en una hermosa partida de campo. Me encontraba solo y me

entregaba á la alegría con todo mi corazón; seguro de que no había nadie para ridiculizarme, iba aumentando mi ramillete. Las amapolas son flores llenas de encanto; apostaría á que no lo has observado nunca. Mi buen viejo, imítame cualquier día, corre á coger las flores á puñados, por la mañana cuando todavía el sol no haya secado el rocío en sus corolas; hazte el niño por una hora; después verás aquella bella tinta encarnada, aquellas hojas graciosas; se diría un montón de finos encajes.

El hecho fué que después de haber corrido durante dos horas largas, sentí un gran apetito. Levanté la cabeza; por todas partes árboles, trigo, setos, etcétera. Me encontraba en un país que era totalmente desconocido. Al fin, por encima de un viejo roble, distinguí un campanario; un campanario supone un pueblo; un pueblo, un albergue. Dirigime hacia la iglesia y no tardé en encontrarme instalado delante de un frugal almuerzo, en un café cualquiera. En este café—y este es el punto á que quería llegar, lo demás no es más que un prefacio—observé en la entrada unas pinturas que me impresionaron. Eran grandes cuadros, como los que quieres pintar en tu casa, pintados sobre tela, representando las fiestas del pueblo; pero con una gracia, unas pinceladas tan seguras, una interpretación tan perfecta del efecto, y de la perspectiva que me detuve embobado. Jamás había visto tales cosas en un café, ni aun en los de París. Se me dijo que era un artista de veintitrés años el que había hecho estas obras maestras en pequeño. En verdad, que si vienes á París, iremos hasta Vitry—este es el nombre del venturoso pueblo,—y estoy seguro de que admirarás como yo. Tal vez me he dejado llevar por el entusiasmo, pero no creo equivocarme anunciando que este joven aprendiz tiene porvenir.

Me das una noticia que me sorprende en grande: el matrimonio de Escoffier-Don-Juan, de Escoffier el calavera, el libertino, etc., etc. Al diablo, si creía que

había de ser éste el primero que se casase de mis amigos. ¿Lanzaré grandes exclamaciones sobre el matrimonio por dinero? ¿Y para qué? Esto sería por lo menos ridículo y, en todo caso, más que inútil. Guardemos avaramente nuestros buenos sueños; dejemos á los demás patalear en la prosa. Además ¿quién sabe? Es muy posible que sean ellos más felices que nosotros. Hasta me hacía la siguiente reflexión la otra noche pensando en este querido Escoffier: He aquí un mozo—me decía—cuyo camino había estado bordeado de flores sin espinas. Hasta los veintidós años ha llevado una vida de pereza y de placer; después en el momento en que necesitaba elegir una carrera, hace un trabajo cualquiera, encuentra buenamente una dote de veinte mil francos que le tiende los brazos. Ahí está la carrera, la posición encontrada. Sé que por esta vez la rosa tiene una espina, pero ¿qué importa? ¡cuántos habrá que envidiarán su suerte! Cuando se puede marchar rastaramente, no ser atormentado por locas ideas como yo, ¿no es gran alegría ver cien mil francos caer amorosamente á vuestro lado? Por mi fe, por el momento la prosa vive, lo repito, Escoffier debe ser feliz. No es decir esto que yo sería venturoso de encontrarme en su lugar, ¡eso nunca! Cada cual en su medio, viejo mío; el pájaro en el aire; el pez en el agua.

Veo á Chaillan muy á menudo. Ayer nos pasamos juntos la noche; antes de medio día debo ir á buscarle al Louvre. Me ha dicho que te escribió anteayer, por consiguiente no te hablo de sus trabajos. Combes está aquí; Chaillan debe hablarte de él. Los otros artistas á quienes veo son Trupheme, el joven, Villeveille, Chotard; respecto á Ampérère, no he podido encontrarle todavía. Chaillan y yo hablamos algunas veces de Fournier; ¿sabes cuál es su residencia, qué hace? Para nosotros, ausencia completa de nociones en este asunto.—Esperemos para comenzar el magnífico cuadro de que te hablaba á que yo esté instalado

en un cuarto que acabo de alquilar. Viejo mío; en el séptimo; la habitación más alta del barrio; una inmensa terraza desde donde se ve todo París; un cuartito delicioso que voy á anueblar á la última moda: diván, piano, hamaca, pipas con profusión, pipa turca, etc. Después flores, luego una pajarera, un surtidor, una verdadera hechicería. Te hablaré de nuevo de mi granero con todos sus embellecimientos cuando estén terminados. El 8 de julio la mudanza.—Baille que vendrá indudablemente á París en el mes de septiembre, gozará de mi asilo: ¡que no pueda yo decir otro tanto de ti! Chaillan debe explicarte todas las felicidades que los pintores que principian encuentran aquí.

Pronto hará quince días que estoy hilando un amor de los más platónicos. Una jovencita, una florista que vive al lado de mi casa, pasa bajo mi ventana dos veces al día; por la mañana á las seis y media y por la noche á las ocho. Es una rubita, pequeña y graciosa de mano breve y diminuto pie; una griseta de las más gentiles. A las horas en que debe pasar, me pongo puntualmente en mi ventana, ella pasa, eleva los ojos, cambiamos una mirada, hasta una sonrisa; después... eso es todo. ¿Es locura ¡Dios mío! amar así á una florista, la menos cruel de las bellezas parisinas? Nada de seguirla; nada de hablarla. ¿Quieres que te lo diga? Esto es pereza é ilusión á la vez. Resulta mucho menos fatigante amar así; espero á mi adorada fumando mi pipa. ¡Después los bellos sueños! No conociéndola, puedo dotarla de mil cualidades, inventar mil aventuras delirantes, verla, oírla hablar á través del prisma de mi imaginación. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿No sabes tú tan bien como yo los encantos de este amor platónico de que tanta burla se hace? Dejemos ridiculizar á los tontos; locura y cordura son dos palabras sobre cuya significación no se estará de acuerdo jamás. Mi viejo, ¿por qué no estoy cerca de ti, para beber de firme, para discu-

tir locamente, acostados sobre el césped con la cabeza á la sombra y los pies al sol? Epicuro fué un hombre cuerdo; el mundo nada tiene que hacer de nosotros, pobres miserables, y nosotros nada tenemos que hacer del mundo. ¡Eh! ¡Pobre Cristo! que se os deje vivir en paz, el vaso en la mano y la canción en los labios, soñando y durmiendo en espera del gran sueño.—Quiero ir á tu lado en el mes de agosto, nada más que para divagar y beber buenos tragos. ¡Vive Dios! nosotros vaciaremos más de una y de las mejores todavía! No me hablas de Derecho. ¿Qué haces? ¿sigues enredado con él siempre?—He observado que tenemos constantemente necesidad de una pena ó de un amor sin cuyas condiciones la vida es incompleta. Por otra parte, la idea del amor entraña siempre la del odio y viceversa. Amas á las mujeres bonitas, luego detestas á las feas; odias la ciudad, luego amas el campo. Bien entendido, que no hace falta llegar á más lejos. Sea lo que fuere te repito que tenemos necesidad para vivir bien de amar y de aborrecer alguna cosa; de amar para dejar expansionarse nuestra alma en nuestras buenas horas; de odiar para jurar y romper los vidrios en nuestros malos momentos. Tal es el hombre en general, es decir, el hombre bueno y malo, que tiene cualidades y defectos. El verdadero sabio sería aquel que no tuviese más que amor y en cuya alma no encontrase lugar nunca el odio. Pero como no somos perfectos—¡á Dios gracias! esto sería demasiado fastidioso—y te pareces á todos los demás, el amor tuyo es la pintura y el Derecho tu odio. He aquí, como diría Astier, lo que se trataba de demostrar.

Me aseguras que algunas veces relees mis antiguas cartas. Es un placer que te pago á menudo. Guardo todas las tuyas; en ellas están mis recuerdos de juventud.—¿Hace falta que el hombre sea miserable? ¡Siempre desear, siempre echar de menos, siempre querer que llegue el porvenir! Después, cada vez que la



mirada se vuelve hacia el pasado, ¡siempre verter lágrimas amargas! ¡Qué pobres animales somos; no saber aprovechar el minuto presente; gastarlo por un deseo ó por un arrepentimiento! En verdad que á veces siento la tentación de dirigirme al cielo y de gritarle á Dios: «Dime: ¿por qué nos has formado de arcilla tan inmunda? ¿por qué encerraste tu soplo divino en una tan innoble prisión que las paredes han manchado al celeste prisionero?» Ciertamente que no lanzaría este grito á propósito de tus cartas. Cuando te releo, si echo de menos los tiempos pasados, es un recuerdo exento de lágrimas; por el contrario, soy feliz por un cuarto de hora, vuelvo á vernos más jóvenes, reunidos y alegres. Después pienso en lo futuro, me pregunto si estos buenos tiempos volverán, y espero. ¿Y por qué no había yo de tener esperanza? ¿No somos jóvenes todavía, llenos de sueños, apenas en los comienzos de la vida? ¡Vaya! dejemos los recuerdos y las nostalgias, para los viejos; es su tesoro; es el libro del pasado que ellos hojean con mano temblorosa y enterneciéndose á cada página. Y, puesto que sabemos gozar del presente, pensemos en ese bello porvenir desconocido que podemos adornar con los más ricos colores. Esperemos, viejo mío, esperemos estar reunidos algún día, gozar de nuestra santa libertad, y marchar riendo hasta que los pies tropiecen contra la piedra de la tumba.

Mi poema continúa siempre en el mismo punto: en el principio del tercero y último canto. Uno de estos días de buen tiempo trataré de terminarlo.—Si ves á Houchard, dile que aun no ha llegado su carta á mis manos; dile también que le escribiré pronto y que le estrecho la mano.

Háblame un poco de las procesiones. En estos tiempos de santa coquetería, con el pretexto de adorar á Dios en sus más bellos atributos, se va á que le adoren á uno mismo. ¡Qué de billetes dulces ha visto la iglesia deslizarse en manos pequeñas.—Háblame

de Marguery (de Marte curado (1), entendámonos). Háblame, háblame de ti: estoy ávido de noticias. Tú que no miras jamás por ti, mira un poco por mí, contándome todo lo que hayas visto.—Una última cuestión: «¿Cómo llevas la barba?»

Mis respetos á tus padres.—Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXXVII

París, 25 junio 1860.

Mi querido viejo:

En tu última carta me pareces descorazonado; me hablas nada menos que de colgar los pinceles en el techo. Gimes en la soledad que te rodea; te aburres.—¿No es la enfermedad de todos este terrible aburrimiento, la enfermedad del siglo? y el descorazonamiento, ¿no es una de las consecuencias de este *spleen* que nos aprieta la garganta?—Como dices bien, si yo estuviera á tu lado trataría de consolarte, de darte valor. Te diría que no somos más que niños; que el porvenir nos reclama y que hay cobardía en retroceder en la tarea que nos hemos impuesto; que la gran cordura está en aceptar la vida, tal y como ella es; en embellecerla con sueños, pero sabiendo bien que son sueños los que la componen.—Dios me perdone si soy tu mal genio, si debo hacer tu desventura alabando el arte y la ilusión. Me niego, á pesar de todo, á creerlo; el demonio no puede ocultarse en nuestra amistad, y dirigirnos á nuestra perdición. Vuelve á tener valor; coge de nuevo tus pinceles; deja á tu imaginación errar vagabunda. Tengo fe en ti; por otra par-

(1) Resulta imposible en castellano este juego de palabras: *de Mars guéri*, dice el original.

te, si provocho el mal, que este mal recaiga sobre mi cabeza. Valor, sobre todo, y reflexiona bien antes de entrar en este camino en las espinas que puedes encontrar. Sé hombre; deja por un instante á un lado los sueños y obra. Lo repito: que Dios me perdone si te doy malos consejos. Creo hablar por tu bien; tengo conciencia; si se me acusa, no sería la primera vez que se me injuriaría sin haberlo merecido. Mi corazón chorreará sangre, pero diré como Cristo: «Señor, ten piedad de ellos; no saben lo que se hace.»

Déjame hablar un poco de mí; lo que acabo de decirte ha vuelto á abrir en mi corazón cicatrices sangrientas.—Llegué al mundo con la sonrisa en los labios y el amor en el corazón; tendí las manos al público, ignorando el mal; sintiéndome digno de amar y de ser amado, buscaba amigos por todas partes. Sin orgullo aunque sin humildad, me dirigía á todos, no viendo pasar por mi lado ni superior ni inferior. ¡Irrisión! Se me lanza á la cara sarcasmos y menosprecios; oigo á mi alrededor murmurar sobrenombres odiosos; veo á la muchedumbre alejarse y señalarme con el dedo. Incliné la cabeza durante un rato preguntándome qué crimen había podido cometer yo, tan joven, yo, cuya alma era tan amante. Pero cuando conocí mejor el mundo, cuando lancé una mirada más tranquila á mis calumniadores, cuando vi aquella luz, tuve lo que necesitaba, ¡vive Dios! levanté la frente y una inmensa fiereza reanimó mi corazón. Me reconozco grande al lado de los enanos que se agitan á mi alrededor; he visto cuán mezquinas eran sus ideas; cuánta tontería encerraban en el cuerpo, y vibrante de gozo, he proclamado como dioses al orgullo y al menosprecio. Yo, que hubiera podido disculparme, no quise descender á tanto; he concebido otro proyecto: los aplastaré bajo mi superioridad, y haré que les roa esa serpiente que se llama envidia. Me dirigiré á la poesía, esta divina consolación; y si Dios me guarda un nombre, ¡con cuánta voluptuosidad les lanzaré, á

mi vez, este nombre á la faz como un sublime mentís á sus estúpidos menosprecios.—Pero si tengo orgullo para esos brutos, no lo tengo para vosotros, amigos míos; reconozco mi flaqueza, y por toda cualidad no me reconozco más que la de amaros.—Como el naufrago que se aferra á la tabla que sobrenada, me he aferrado á ti, mi viejo Pablo. Me comprendías, tu carácter me era simpático; había encontrado un amigo y daba por estó gracias al cielo. He tenido el temor de perderte en muchas ocasiones; ahora esto me parece imposible. Nos conocemos demasiado bien, para que lleguemos á detestarnos.—Perdóname el haberte hablado de estas cuestiones abrasantes; he creído deber hacerlo para aumentar, si esto es posible, nuestra amistad.

El día de ayer lo he pasado con Chaillan. Como me has dicho, es un muchacho que tiene cierto fondo de poesía, lo que le falta es dirección.—Debo ir mañana á su casa á verle trabajar; está haciendo un lienzo que representa un barco batido por la tempestad y tripulado por un marinero aterrorizado; en el fondo una Virgen aparece á su ruego y aleja con una mano el huracán. El asunto está tomado de uno de esos grabados que se colocan en la primera página de los novelones. Tal es la idea; cuanto á la ejecución, es demasiado dura; sobre todo como color, como armonía de tintas. Siendo el asunto tan difícil de tratar, esta niebla, este mar, estos relámpagos, esta aparición, este caos de cielo y de olas que presentan gran dificultad para ser propiamente representadas, y no teniendo el pintor el talento que se requiere, la obra, me lo temo, será bastante mediocre.—Por lo que lleva hecho, juzgo que se parecerá más de lo conveniente á esos innobles exvotos que están colgados en la Magdalena, en Aix.—El jueves debo ir á comer con Chaillan á casa de una familia provenzal residente en París, con motivo de la primera comunión de la hija de la casa.—Respecto á la jornada de ayer, creo

—Dios me perdone—que nos emborrachamos un poco. Titubeando, prodigándole los más dulces nombres, le acompañé hasta su casa, donde le dejé después de mil apretones amistosos. Trabaja *unguibus et rostro* deseando de todo corazón tenerte por compañero.

Cuento siempre con ir á verte pronto. Necesito hablarte; las cartas son bastante buenas; pero nunca se dice todo lo que se quiere decir. Me encuentro cansado de París; salgo muy poco y si fuese posible iría á establecerme á tu lado. Mi porvenir continúa siempre lo mismo: muchas sombras y tan cubierto de nubes que mis ojos le interrogan en vano. No sé verdaderamente á dónde voy: que Dios me conduzca.—Escríbeme á menudo; esto me consuela. ¡Sé cuánto odias la muchedumbre; no me hables más que de ti; y sobre todo no temas jamás enojarme.—Animo y hasta luego.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Me ha escrito Marguery; no tengo tiempo de contestarle. Dile solamente que firme con mi nombre: Emilio Zola, las novelitas que le he enviado. Esas obritas deben aparecer un día, y sería ridículo tomar un pseudónimo.

XXXVIII

julio 1860.

Mi querido Pablo:

Permíteme que me explique por última vez franca y claramente; me parece todo tan malo en nuestros negocios que estoy de un mal humor increíble.—¿No es la pintura para ti más que un capricho que te ha venido á coger por los cabellos un hermoso día en que te aburrías? ¿No es más que un pasatiempo, un

asunto de conversación, un pretexto para no estudiar Derecho? Entonces, si es así, comprendo tu conducta: haces bien en no llevar las cosas al extremo y de no crearte nuevos cuidados de familia. Pero si la pintura es tu vocación—y esto es lo que he creído ver siempre,—si te sientes capaz de pintar bien, después de haber trabajado mucho, resultas para mí un enigma, una esfinge, un no sé qué de imposible y de tenebroso. Una de dos: ó no quieres y alcanzas admirablemente tu objeto; ó quieres y entonces no te comprendo. Tus cartas tanto me dan mucha esperanza como me la quitan. Tal es la última en la que parece casi que dices adiós á tus sueños que con tanta facilidad podrías convertir en realidad. En esta carta he procurado en vano comprender esta frase: «Voy á hablar para no decir nada, porque mi conducta contradice mis palabras.» Hice infinitas hipótesis sobre el sentido de estas palabras y ninguna me satisfizo. ¿Cuál es, pues, tu conducta, la de un perezoso, sin duda? ¿Se te fuerza acaso á un trabajo que te repugna? Quieres pedirle á tu padre que te deje venir á París para hacerte artista; no veo ninguna contradicción entre esta demanda y tus acciones; dejas el Derecho, vas á un museo, la pintura es el solo trabajo que aceptas; de aquí resulta que encuentro un admirable acuerdo entre tus deseos y tus acciones.—¿Quieres que te lo diga?—sobre todo no te enfades:—te falta carácter; tienes horror á la fatiga, cualquiera que ella sea, de pensamiento como de acciones; tu gran principio es el de dejar correr el agua, y te remites al tiempo y al azar. No te digo que estés completamente equivocado; cada cual ve á su manera, ó lo cree por lo menos. Sólo que ese sistema de conducta lo has seguido ya en amor; esperabas, según decías, el tiempo y una circunstancia; lo sabes mejor que yo, ni el uno ni la otra llegaron. El agua corre siempre, y el nadador se encuentra un día asombrado al no encontrar más que arena ardiente.—He creído deber repe-

tírte por última vez aquí lo que te he dicho muy á menudo: mi título de amigo excusa mi franqueza. En muchos aspectos nuestros caracteres son semejantes; pero, ¡por la cruz de Dios! si estuviese en tu lugar, querría tener la palabra, jugar el todo por el todo, no flotar entre dos cosas de tan distinto porvenir como el taller y el foro. Te compadezco porque debes sufrir con esta incertidumbre, y éste sería un nuevo motivo que yo tendría para desgarrar el velo; ó una cosa ú otra: sé verdaderamente abogado ó sé verdaderamente artista, pero no consientas ser un hombre obscurecido vistiendo una toga manchada de pintura.—Eres un poco negligente—sea dicho sin ofenderte—y sin duda dejas mis cartas por cualquier lado y las lee tu familia. No creo darte malos consejos; pienso hablar como corresponde á la amistad y según la razón. Pero, probablemente, no todos ven las cosas como yo las veo, si lo que supongo más arriba es verdad, no debo ser de los mejores para tu familia. Soy sin duda para ellos la amistad peligrosa, la piedra lanzada en tu camino para hacerte descarrilar. Todo esto me aflige excesivamente; pero, ya te lo he dicho, me he visto tan mal juzgado, á menudo, que no me asombrará un juicio falso añadido á los otros. Sigue siendo mi amigo y esto es todo lo que deseo.

Otro pasaje de tu carta me ha afligido. Lanzas algunas veces, según dices, los pinceles al aire cuando la forma no sigue á tu idea. ¿Por qué esos descoronamientos y esas impaciencias? Los comprendería después de años de estudio, después de millares de esfuerzos inútiles. Reconociendo tu nulidad, tu imposibilidad de pintar bien, obrarías cuerdamente entonces, pisoteando paleta, lienzo y pinceles. Pero tú, que no has tenido hasta ahora más que el deseo de trabajar, tú, que todavía no has puesto mano á tu tarea sería y regularmente, tú, no estás en el derecho de juzgarte incapaz. Animo pues; todo lo que has hecho hasta aquí no es nada. Animo y piensa que para lle-

gar á la meta, te faltan años de estudio y de perseverancia. ¿No me encuentro en el mismo caso que tú? ¿no huye la forma igualmente bajo mis dedos? Tenemos la idea; marchemos franca y valientemente por nuestro camino y que Dios nos guíe.—Por otra parte, me gusta la poca confianza en sí. Chaillan encuentra excelente todo lo que hace; es que no tiene nada más en la cabeza que un ideal que cree haber conseguido. Así no se elevará jamás, porque se cree ya elevado, porque está contento de sí.

Me pides detalles sobre mi vida material. He dejado los Docks, ¿he hecho bien ó mal? cuestión muy relativa y según los temperamentos. Lo único que puedo responder es que no podía permanecer allí y que he salido.—Lo que pienso hacer, ya te lo diré más tarde, cuando lo ponga en ejecución: Por de pronto, he aquí mi vida: hemos empezado el cuadro de Anfiou, en mi cuartito del séptimo; un paraíso ornado de una terraza desde donde descubrimos todo París; un refugio tranquilo y lleno de sol. Próximamente á la una viene Chaillan. Pajot, joven de quien ya te he hablado, llega poco después; encendemos nuestras pipas, de modo que al cabo de algún tiempo, no nos vemos á cuatro pasos. De ruido, nada te digo; estos señores cantan y bailan, y, por mi fe, los imito. Apostaría á que buscas los vasos y las botellas; has perdido la razón: helas allí en la esquina de mi mesa, llenas de un cierto vinillo blanco que se llama de San Jorge, el cual se parece bastante á un vino en sazón por su gusto delicioso y por su perfidia. El muy fullero sorprendió anteayer á Chaillan y tan bien le aturdió de un golpe asestado traicioneramente, que el bravo joven andaba á la greña con cada mosca que pasaba y se fumaba su yesca con gran afán, jurando que fumaba un excelente tabaco. Yo... me puse medio desnudo; la cosa tiene sus defectos, pero, en el fondo, es lo más sublime del espectáculo. Pajot escribió al dictado los versos que me pasaron por la

cabeza, ya bufones ya serios, nacidos bajo el incienso de nuestras pipas y en medio del tintineo de los vasos. Es un verdadero fumadero, un cuadro que no tiene nombre; no lamento más que una cosa y es que tú no estés aquí para reír con nosotros.—Por la mañana escribo siempre un poco; por la tarde antes de la sesión, leo algunos versos de Lamartine, de Musset ó de Victor Hugo. Así transcurren mis días; me aburro mucho menos que este invierno y, no obstante, no es éste todavía el género de existencia con que sueño. El tumulto no es bueno más que á sus horas; fatiga cantar y reír siempre. No trabajo lo bastante y me voy haciendo viejo. Si vienes á Paris, trataremos de regular nuestro tiempo de trabajo, para afirmarnos lo más posible, sin olvidar, sin embargo, la pipa, el vaso y la canción.

Anfon, bajo el pincel de Chaillan toma la apostura de un mono que se encuentra de mal humor. Bien considerado todo, desespero más que nunca de este mozo como artista. Copista bastante mediocre, cuando necesita inventar, es completamente malo. Es un buen niño y no será nunca más. Trabaja mucho, refoca, prepara, según creo: mientras te escribo tengo ante los ojos una triste muestra de sus progresos. Te envío en la página siguiente una de las poesías de que te hablaba hace poco, hecha en medio de la algarazara y escrita, á falta de papel, sobre la pared de mi cuarto.

Acabo de recibir una carta de Baille. Nada comprendo de ella: he aquí una frase que leo en esta epístola: «Es casi cierto que Cézanne vaya á Paris: ¡qué alegría!» ¿Habla por lo que le has dicho? ¿Le has dado verdaderamente esta esperanza en los últimos días, cuando ha vuelto á Aix ó bien ha soñado y da como verdadero tu deseo? Te lo repito: no he comprendido nada. Te ruego que me digas las cosas francamente en tu primera carta; desde hace tres meses, no hago otra cosa que decirme sucesivamente y

según las cartas que recibo: Vendrá, no vendrá.—Tratemos, por Dios, tratemos de no parecernos á las veletas.—La cuestión es demasiado importante para pasar del blanco al negro; francamente, ¿cómo están tus negocios?

No te envío los versos que preceden (1) como una cosa sublime. Acaban de llenar mi carta y nada más.

Mi viaje está fijado, como sabes, para el 15 de septiembre. Iremos los dos hasta Trets, á pie se sobrentiende; Chaillan lo pide á grandes gritos.

Espero á Houcharde. Hasta luego. Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

¿Y de tu examen? ¿Te examinaste? ¿Te examinarás? Dí á Marguery que no lo olvido, que mi silencio es debido á falta de asunto. Le escribiré, sin embargo, cuanto antes.

XXXIX

Paris 1.º Agosto 1860.

Mi querido Pablo:

Releyendo tus cartas del año último, he tropezado con el poema de Hércules entre el vicio y la virtud; ¡pobre sueño perdido, que has olvidado sin duda y que estaba igualmente fuera de mi memoria! No sabré explicarme, pero he sentido un gran placer con esta lectura; diversos pasajes, algunos versos aislados me gustaron infinitamente. Si tú mismo lo volvieses á leer, te asombrarías, estoy persuadido de ello, y te preguntarías, si eras tú mismo el que lo habías escrito. Es, por otra parte, el efecto que me hacen á mí mismo los hemistiquios perdidos y vueltos á encontrar entre mis viejos papelotes. Te digo, pues, que estos versos olvidados me han parecido mejores que

(1) Estos versos á que se refiere faltan en el original francés. (N. del T.)

cabeza, ya bufones ya serios, nacidos bajo el incienso de nuestras pipas y en medio del tintineo de los vasos. Es un verdadero fumadero, un cuadro que no tiene nombre; no lamento más que una cosa y es que tú no estés aquí para reír con nosotros.—Por la mañana escribo siempre un poco; por la tarde antes de la sesión, leo algunos versos de Lamartine, de Musset ó de Victor Hugo. Así transcurren mis días; me aburro mucho menos que este invierno y, no obstante, no es éste todavía el género de existencia con que sueño. El tumulto no es bueno más que á sus horas; fatiga cantar y reír siempre. No trabajo lo bastante y me voy haciendo viejo. Si vienes á Paris, trataremos de regular nuestro tiempo de trabajo, para afirmarnos lo más posible, sin olvidar, sin embargo, la pipa, el vaso y la canción.

Anfon, bajo el pincel de Chaillan toma la apostura de un mono que se encuentra de mal humor. Bien considerado todo, desespero más que nunca de este mozo como artista. Copista bastante mediocre, cuando necesita inventar, es completamente malo. Es un buen niño y no será nunca más. Trabaja mucho, refoca, prepara, según creo: mientras te escribo tengo ante los ojos una triste muestra de sus progresos. Te envío en la página siguiente una de las poesías de que te hablaba hace poco, hecha en medio de la algarazara y escrita, á falta de papel, sobre la pared de mi cuarto.

Acabo de recibir una carta de Baille. Nada comprendo de ella: he aquí una frase que leo en esta epístola: «Es casi cierto que Cézanne vaya á Paris: ¡qué alegría!» ¿Habla por lo que le has dicho? ¿Le has dado verdaderamente esta esperanza en los últimos días, cuando ha vuelto á Aix ó bien ha soñado y da como verdadero tu deseo? Te lo repito: no he comprendido nada. Te ruego que me digas las cosas francamente en tu primera carta; desde hace tres meses, no hago otra cosa que decirme sucesivamente y

según las cartas que recibo: Vendrá, no vendrá.—Tratemos, por Dios, tratemos de no parecernos á las veletas.—La cuestión es demasiado importante para pasar del blanco al negro; francamente, ¿cómo están tus negocios?

No te envío los versos que preceden (1) como una cosa sublime. Acaban de llenar mi carta y nada más.

Mi viaje está fijado, como sabes, para el 15 de septiembre. Iremos los dos hasta Trets, á pie se sobrentiende; Chaillan lo pide á grandes gritos.

Espero á Houcharde. Hasta luego. Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

¿Y de tu examen? ¿Te examinaste? ¿Te examinarás? Dí á Marguery que no lo olvido, que mi silencio es debido á falta de asunto. Le escribiré, sin embargo, cuanto antes.

XXXIX

Paris 1.º Agosto 1860.

Mi querido Pablo:

Releyendo tus cartas del año último, he tropezado con el poema de Hércules entre el vicio y la virtud; ¡pobre sueño perdido, que has olvidado sin duda y que estaba igualmente fuera de mi memoria! No sabré explicarme, pero he sentido un gran placer con esta lectura; diversos pasajes, algunos versos aislados me gustaron infinitamente. Si tú mismo lo volvieses á leer, te asombrarías, estoy persuadido de ello, y te preguntarías, si eras tú mismo el que lo habías escrito. Es, por otra parte, el efecto que me hacen á mí mismo los hemistiquios perdidos y vueltos á encontrar entre mis viejos papelotes. Te digo, pues, que estos versos olvidados me han parecido mejores que

(1) Estos versos á que se refiere faltan en el original francés. (N. del T.)

antes, y, apoyando la frente en mis manos, me he puesto á reflexionar. ¿Qué le falta, me he preguntado, á este bravo Cézanne para ser un gran poeta? la pureza. Tiene idea; su forma es nerviosa, original; pero lo que le perjudica... lo que le perjudica son los provenzalismos, los barbarismos, etc. Sí, viejo mío, más poeta que yo. Mi verso es probablemente más puro que el tuyo; pero, en verdad, el tuyo es más poético, más verdadero; tú escribes con el corazón, yo con el espíritu; piensas firmemente lo que dices; en mí es esto á veces, un juego, una mentira brillante. Y no creas que me burlo aquí; no creas, sobre todo, que te alabo ó que me alabo á mí mismo; he observado y te comunico la observación; eso es todo. El poeta tiene muchas maneras de expresarse: la pluma, el pincel, el cincel, el instrumento. Has cogido el pincel y has hecho bien: se debe descender la pendiente. No quiero, pues, aconsejarte ahora que tomes la pluma y que dejes el color para trabajar el estilo; para hacer una cosa bien, es necesario hacer una cosa únicamente. Permíteme sólo llorar sobre el escritor que muere en tí; te lo repito: la tierra es buena y fértil; un poco de cultura y la cosecha será espléndida. No es decir que ignores esta pureza de que hablo; sabes probablemente más que yo. Es que llevado por tu carácter, cantando por cantar, poco sociable, te sirves de las expresiones más extravagantes, los más chistosos giros provenzales. Lejos de mí la idea de recriminarte en nuestras cartas, por el contrario, esto me gusta. Escribes para mí y te lo agradezco; pero el público, amigo mío, es mucho más exigente; no basta sólo decir; hay que decir bien. Ahora, si fuera un eretino, un rutinario el que me escribiese ¿qué me importaría que su forma fuese andrajosa como su idea? Pero tú, mi soñador, tú, mi poeta, me haces suspirar cuando veo tan pobremente vestidas tus ideas, esas bellas princesas. Son extrañas, son bellas señoras, raras como jóvenes bohemias, extravagantes á la vista, con los pies

enfangados y las cabezas llenas de flores. ¡Oh! por ese gran poeta que se va, dame un gran pintor, como yo quisiera verte. Tú que has guiado mis pasos vacilantes por el Parnaso, tú que me has abandonado de pronto, hazme olvidar el Lamartine naciente por el Rafael futuro. No sé muy bien donde estoy; quería recordarte en dos líneas tu viejo poema y pedirte uno más puro, más cuidado. Quería decirte que no me contentaba con los pocos versos que me envías en cada carta; aconsejarte que no dejases por completo la pluma, y que me hablastes en estos momentos de cualquier bella sílfide. Y he aquí—no sé bien por qué,—que me pierdo, que gasto mi papel en futesas. Perdóname, mi viejo, y satisfáceme; háblame de *La Aérea*, de alguien, de cualquier cosa, en verso y largamente. Bien entendido que debes hacerlo después de tu examen, y sin estorbar en nada los estudios en el museo.

El tiempo es deplorable; agua, agua y siempre agua. Alguien ha dicho espiritualmente que el invierno ha venido á París á pasar el verano. El hecho es que, mientras te escribo, veo desde mi ventana traquetear los fiacres en los arroyos, salpicando á todos; á las grisetas saltar de piedra en piedra sobre las puntas de los pies, azoradas, levantándose las faldas; precipitarse la muchedumbre, agitarse los paraguas torpemente como enormes ballenas; y la lluvia, burlona, insolente, azotar el rostro al noble como al villano, á la bonita como á la fea, al ciego como á su perro. Espectáculo de fraternal igualdad que me hace reír á veces; me gusta—¿es esto instinto del mal?—me gusta ver chapotear por el lodo á los tontos, á los dependientes de tienda. A más, las bonitas cosas que un día de lluvia os hace ver: la pierna fina y redonda, que teme al sol, se muestra atrevidamente; mientras más fuerte es el aguacero, más se levantan las faldas, gusta más—es, á lo menos, extraño,—ver un bajo blanco, muy limpio y muy bien planchado, que una falda vieja de color; en verdad que es un gusto que no

crítico. ¡Oh, jovencitas! elevad, elevad esos velos incómodos; si el juego os place, á mí me place más. No importa; el cielo gris me entristece y me indispone. Estoy enojado y ceñudo como él, salgo menos, me aburro, bostezo. Que Dios me envíe con un rayo de sol un rayo de alegría y de esperanza.

He recibido tu carta esta mañana. Permíteme que te diga mi opinión sobre los asuntos que habéis discutido tú y Baille. Digo como tú que el artista no debe manosear su obra. Me explico: que el poeta, releyendo su obra entera suprima un verso, que cambie la forma sin cambiar la idea, no me parece mal, hasta lo creo una necesidad. Pero que después que una obra ha sido terminada, después de transcurrir semanas, meses, años, trastorne su obra, cortando aquí y reconstruyendo acá, es, según mi opinión, una simpleza y un tiempo perdido. Además destruye un monumento que lleva en cierto modo el sello de su época, y no hace nunca de aquella obra mediocre, pero original, más que una estirada y fría. ¿Por qué no emplea estas largas horas de estéril corrección en componer un poema nuevo donde la experiencia adquirida puede hacer prodigios? Por mi parte, he preferido siempre escribir veinte versos á corregir dos; es un trabajo de los más ingratos y que sospecho ha de ser muy contrario al desenvolvimiento de la inteligencia. Por otra parte, ¿dónde iríamos á parar si necesitásemos corregir los defectos que el tiempo nos va mostrando en nuestras obras? Cada edición se diferenciaría de la precedente; resultaría una babel inextricable, y el pensamiento pasaría por tantas formas que acabaría por convertirse de blanco en negro. Así, pues, soy completamente de tu opinión; trabajad con conciencia, haciéndolo lo mejor que podáis, limad un poco para juntar mejor las partes y presentar un todo conveniente; luego abandonad vuestra obra á su buena ó mala fortuna teniendo cuidado de poner abajo la fecha de su composición. Será siempre más cuerdo de

jar malo lo que sea malo y procurar hacerlo mejor al tratar otro asunto. Como tú, hablo aquí para el artista en general: poeta, pintor, escultor, músico.

Respecto á la presentación de un poeta soy de la opinión de Baille. Será demasiado ingenuo decir que vale más publicar primero una obra maestra que un libro mediocre; esto es evidente. Por otra parte, si Baille pensaba como yo, aventurando esta opinión, que se tranquilice. Sé perfectamente que voy chapoteando, que no estoy maduro, que busco un camino. Además soy ignorante en todo, en gramática como en historia. Lo que hice hasta aquí, no es más que un ensayo, un prelude. Cuento con permanecer todavía largo tiempo sin publicar nada, preparándome en serios estudios para darle después vuelo á las alas que creo sentir detrás de mí. Ciertamente que en realidad no son más que bellos sueños, y á nadie los confío más que á vosotros, para que, si caigo, la caída sea menos ridícula y retumbante. No importa; soñemos siempre; esto no hace mal á nadie y sirve de consolación. Amo la poesía por la poesía y no por el laurel; hay quien no comprende mis sueños; la pluma y el papel son mis confidentes; amo á mis versos como amigos que piensan como yo; los amo por ellos, por lo que dicen. No es que desdene la gloria; la inmortalidad es una sublime ambición. Pero pienso con Baille que hace falta dejar madurar el fruto antes de cogerlo; dejarlo dorar por el sol y que lo satinen las gotas de rocío. Esperemos; el que viva, verá. Y digo esto tanto por ti como por mí.

Baille—agregas—mira el arte como un sacerdocio; es pensar como un poeta. Sí, el arte es un culto, el culto del bien, de la belleza, de Dios mismo. Bajo los versos está el alma como la cara bajo la máscara. Alejandrino, hemistiquio, rima; he aquí la materia; he aquí la herramienta de que toda mano puede servirse; pero por encima de esos medios groseros está la Idea fecundada por el corazón; la Idea, ese don celeste,



esa señal del dedo de Dios. Así, como agregas, no se admite á todo el mundo á la adoración del Idolo; yo hubiera dicho probablemente de Dios, porque poesía y divinidad son sinónimos á mis ojos. Después de haber puesto tan alto al poeta, no osaría decir que lo soy; pero, con toda sinceridad, puedo aventurar que trató de serlo y que comprendo la sublimidad hacia que tiendo, lo que no comprende la vulgaridad que no ve en el poeta más que una máquina de cesuras y de rimas. Respecto al provecho que se puede sacar de una obra, estoy en desacuerdo con Baille. No quiero que se haga una obra con la vista puesta en la venta; pero, una vez hecha, quiero que se venda; puesto que el poeta no está sostenido por la sociedad, como el cura por ejemplo, puesto que Hégésippe Moreau y, antes que él, Gilbert murieron en el hospital, casi de hambre, quiero que el poeta se asegure el pan por el trabajo; lo cual no tiene nada de deshonoroso. Por otra parte, el editor vende la obra al librero, el librero al público; ¿y ha de morir el pobre poeta de hambre cuando da de comer á tanta gente? Ni sería cuerdo ni lógico. Ahora, que el novelista se unza á su pluma como un buey á su carreta, que no escriba más que á tanto la línea, como Ponson du Terrail por ejemplo; este hombre es un comerciante y no un literato; es el carpintero de la esquina que gana más mientras más trabaja. Haced, pues, vuestro poema, vuestra novela, como artistas concienzudos; emplead en él dos años si hace falta; no penséis en el dinero, que no venga á ser embarazoso para el arte; pero ¡qué diablo! cuando hayáis trabajado mucho, vended vuestra obra, no tengáis una generosidad loca, por la cual no alcanzaréis ninguna gratitud. La idea de Baille está probablemente en lo siguiente: el que empieza, aquel que no tiene nombre, no debe buscar ganar dinero con sus obras, pobre mercancía, por otro lado; no debe prostituir el arte; que gane primero su alimentación con la ayuda de un oficio manual; después que coloque dignamen-

te sus jóvenes poemas, esperando ser célebre y gozar de la posición que los lectores deben á todo gran poeta. Soy entonces completamente de su opinión, mucho más de lo que él piensa: el porvenir te enseñará lo que quiero decir aquí.

Respecto á la gran cuestión que sabes, no puedo más que repetirme y darte los mismos consejos ya dados. En tanto que dos abogados no pleiteen, la causa estará siempre en el mismo punto; la discusión hace la luz en todas las cosas. Si continúas silencioso, ¿cómo quieres avanzar y concluir? es materialmente imposible. Y observa que no es el que más grita el que tiene la razón; habla todo lo sabiamente y lo cuerda-mente que te sea posible; pero ¡¡¡por los cuernos, los pies, el rabo, el ombligo del diablo, habla, pero habla pronto!!!

No debiendo estar libre Baille más que hasta el 25 de Septiembre, no iré á Aix hasta el 15 del mismo mes, es decir dentro de seis semanas próximamente. Así sólo tendremos una semana para estar juntos; tengo muchos deseos de marchar y de escalar las rocas; por otra parte hablaremos y fumaremos á más y mejor. He escrito á Houchard.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecho la mano. Tu amigo

EMILIO ZOLA

XL

París 24 Octubre 1860.

Mis queridos amigos:

Algunas lágrimas sobre mi viaje y no hablemos más. Todo es desesperante, todo va de mal en peor. He recorrido por dos veces doscientas veinte leguas para estrecharos la mano; ahora es justo que vengáis vosotros á mí, ya que, á pesar de mi buena voluntad y de mis esfuerzos, no puedo ir hacia vosotros. Lo he

puesto todo en juego, no tengo ningún reproche que hacerme; y fatigado de esta lucha inútil, espero con impaciencia veros llegar, fieles á vuestra palabra, al uno en el mes de marzo y al otro en el de octubre de 1861. Es esta una nueva página negra en mi vida. En mis largos días de aburrimiento, el invierno último, pensaba, como única consolación en este tiempo que transcurre tan monótono y que yo soñaba tan radiante. Entonces me decía que reiría tanto más cuanto más largamente hubiese bostezado. Los meses han transcurrido y he bostezado siempre y sigo bostezando. Quanto más avanzo más se engrandece en mí la duda. Si se me hubiese dicho hace seis semanas: «No irás á Provenza» habría sonreído incrédulamente. Pero ahora, que acaba de desvanecerse una de mis más caras esperanzas, me dijese: «Tus amigos no vendrán» no sé si me mostraría tan incrédulo. Equivocado, siempre equivocado hasta frente á las mismas realidades, he acabado por no creer más que lo que veo. *Un tienes* vale mucho más que un *tendrás*; pienso como el fabulista. Haced renacer en mí la esperanza, cumpliendo vuestra promesa; nadie lo deseará tan ardientemente como yo. Os espero, con seguridad; os espero, no para reír sin cesar, sino para que compartamos nuestras risas y nuestros lloros, y para marchar más seguramente al calor de una franca amistad.

Estoy en uno de esos periodos bestias de la vida; uno de esos periodos en que no se siente uno capaz ni para plantar coles. Desde hace algunos días, enciéndolo por la mañana un gran fuego en mi chimenea, y, hasta la tarde, me caliento las pantorrillas, no pensando en nada, fumando mi pipa, con el humor más detestable del mundo. Ni una idea nueva, ni siquiera fuerza para expresar una de tiempo antiguo; me golpearía de buena gana si valiese la pena. Lo que me impide inquietarme es el conocimiento perfecto que tengo de mi individuo; no es la primera vez que experimento semejante ataque de *spleen*; y como siempre

sali de ellos fresco y riente, espero con paciencia á que el demonio que me atormenta me deje y lleve su malicia á otra parte. Todo esto no es más que una transición para llegar á hacerlos tragar políticamente una de mis elucubraciones del mes anterior. Ved aquí mi razonamiento: como no puedo hablaros ¡ay! de viva voz, como además todo lo que os escribiera durante estos días sería enojoso, no sé hacer cosa mejor que transcribiros unos versos rimados en una época mejor.

No vayáis á relameros los labios pensando leer una obra maestra. Mis alejandrinos no resultan mejores que la presente prosa. (1) Pesad lo bueno, pesad lo malo, después deciros que soy vuestro amigo, y probablemente la jeremiada adjunta os parecerá soportable. En una antorcha, entre las oleadas de humo, á veces brillan radiantes chispas y decís que, probablemente, llegará un día en que levantándose un buen viento, arrastre el humo y permita que la antorcha brille con toda claridad. Como la obra presente no está corregida aún, recibiré con alegría vuestras críticas; os ruego que puesto que estáis ociosos me señaléis todos los defectos—estos son numerosos,—que observéis.

En estas últimas semanas he trabado conocimiento con un hombre de letras, vecino mío. El señor Pagés (de Tarn), tiene la singular manía de juntar á su nombre el de su provincia. El señor Pagés (de Tarn) es uno de esos mil incomprendidos que azotan las aceras de París. Ya de cierta edad, se ha codeado en su juventud con nuestros líricos, jóvenes audaces entonces á quienes la gloria ha coronado después. Así hace falta verle, á él, que no ha podido llegar, envidiar y desdenar las coronas de estos advenedizos, declarándolos, del mismo modo que la zorra de la fábula, poco maduras y sólo buenas para granujillas. Víctor Hugo,

(1) Los versos á que se refiere no se encuentran en el original.

de Musset, ruines autores á sus ojos, sabiendo todo lo más producir efecto con un verso, por esto ó por lo otro. El explica el triunfo de estos poetas, por el reclamo y sobre todo por el compadrazgo. Después, por una hábil transición, agrega que para él todo fué obstáculo, y parece deducir que, á pesar de su talento, ¿qué digo? de su genio, no ha podido salir del montón. El razonamiento es bastante grosero y el menos perspicaz se da cuenta de que su desdén hacia nuestros contemporáneos proviene de su amor propio lastimado. No ha podido vivir, sin embargo, en contacto con los escritores de 1830 sin tomarles cada una de sus ideas. Hay que guardarse de decirse, porque se enfadaria hasta ponerse rojo y se creería grandemente ofendido. Sin embargo la tragedia del siglo XVII le parece un absurdo como á los románticos. Por muchos puntos raya todavía con estos últimos; se lo he dicho pero niega este parentesco. Desde luego, habiendo rechazado sus primeras opiniones, la tragedia imitada de los antiguos, y rechazando hoy el drama romántico, se esfuerza en proclamarse jefe de escuela y en seguir un sendero no frecuentado. Su ambición es noble, y todo hombre verdaderamente artista debe aspirar al fin que se propone. Regenerar el teatro, no hacer ni tragedia ni drama, géneros igualmente falsos los dos, crear una obra maestra de razón y de pasión verdaderamente humanas, sacando su grandeza de la verdad, es, lo repito, una noble ambición, pero también una idea pesada y terrible. ¿Qué hace el señor Pagés (de Tarn)? Para dar un chasco á los románticos, ha comenzado por llamar á su obra tragedia; después ha puesto en boca de sus personajes el alejandrino clásico, monótono y fatigante cuando no es sublime. Por otra parte, no pudiendo renegar de sus primeros dioses y queriendo lanzarse á la innovación, ha vestido á sus héroes con trajes negros y ha hecho llevar á sus heroínas faldas almidonadas. «Vea usted, me decía últimamente, no quiero imitar

á nadie. Tomo mis personajes en el siglo presente; los quiero instruidos, muy elevados, capaces de pronunciar los discursos que pongo en boca de ellos. Cuanto á estos discursos quiero que los versos sean armoniosos, correctos y majestuosos.» El bravo hombre no se da cuenta de que la escuela que cree predicar el primero es idéntica á la de Casimiro Delavigne. Fundir lo clásico con lo romántico; construir una tragedia-drama que tenga las cualidades y los defectos de los dos géneros ¿no es este el efecto y el fin que esperó conseguir el autor de *Vísperas sicilianas*? Sólo que lo que hizo este último no lo hará nunca el señor Pagés (de Tarn); el uno era un verdadero poeta, hasta jefe de escuela, y todo cuanto escribió lleva el sello de su personalidad. El otro, así lo temo, no será nunca más que un pálido imitador, un miserable espigador que recoge en cada campo unas espigas y forma una gavilla mal hecha y mal ligada.

Advierto que no le juzgo aquí más que por un par de conversaciones que he tenido con él. Hasta ahora no me ha confiado más que dos odas que son de una flojedad deplorable. Próximamente debe leerme su gran tragedia, algo así como el programa de su escuela. Esta tragedia tiene por título: *La Nueva Fedra*; dudo que tenga la gran imaginación que se necesita para trazar un plan; debe estar más ó menos copiado de Racine. Esta obra, si bien todavía manuscrita, ha sido difundida, los periodistas de la prensa en pequeño se han burlado de ella; el *Figaro*, sobre todo, se ha divertido mucho á costa del señor Pagés (de Tarn) y del orgulloso y singular título que ha elegido para su obra. Yo me abstengo todavía y espero para juzgar á mi vecino á conocer su tragedia. Estoy muy lejos de desdeñar á este bravo hombre. En medio de los errores que aventura, á veces brilla un pensamiento verdadero y lleno de razón. Ya lo he dicho, no se busque la causa de sus singulares teorías, de sus desdenes absurdos, no se busque sino en este odio oculto que

lleva todo hombre que permanece obscuro contra lo que está elevado. El señor Pagés (de Tarn), no queriendo imitar á nadie é incapaz de volar con sus propias alas, debe permanecer necesaria y prosaicamente sobre la tierra común. Este es un juicio que no tendré que modificar probablemente ni después de haber leído *La Nueva Fedra*.

Os preguntaráis probablemente, si no le he mostrado alguna cosa mía. Si me callase sobre este asunto, podríais pensar con fundamento que os oculto un juicio desatento de mi estimable vecino. Entonces conocéis poco los hombres. Yo no soy para el señor Pagés (de Tarn) más que un debutante, un joven loco, de quien casi no hay que temer, y por consiguiente se puede alabar sin reserva. Así, después de la lectura de algunos de mis versos, me ha elogiado en grande, aconsejándome publicar lo más pronto posible y prediciendo un éxito agradable. Tomo sus elogios por lo que valen y no soy bastante imprudente para correr á casa de un librero, fiado en la admiración del señor Pagés (de Tarn). No se debe coger un fruto hasta que se encuentre maduro, ¿no es esta vuestra opinión? ¿No es vuestro consejo el único que me atreveré á seguir? Si lo deseáis ya os hablaré en otra carta de *La Nueva Fedra*.

Observo que en esta carta, bastante larga, no os hablo más que de versos, de autores y de otras cosas literarias. Cada cual tiene su caballito de cartón; á veces monto en el mío. ¿Pero á quién no le ocurre esto? Que Baille me hable de matemáticas, Cézanne de pintura; vuestras cartas no tendrán por esto menos interés para mí, puesto que vienen de vosotros.

He recibido esta mañana una carta de Pablo. ¿Qué hace Baille? ¿qué ocupaciones graves le han impedido dirigirme unas cuantas líneas desde hace quince días? ¿Dónde están, pues, sus bellas promesas de que me escribiría todas las semanas cuando luciesen los días de libertad? ¿Se basa tan largo silencio en otros tra-

bajos más útiles? ¿Va á comenzarlos en estos tiempos de ociosidad? Baille, debiera castigarte, dirigiendo esta carta á la calle de Manthéron. Cézanne me escribe, y tú ni una palabra, ni una pobre palabra. Admito todavía que esta carta me haya sido enviada sin que tú lo sepas; pero ¿por qué no haces lo que Cézanne? ¿No has pensado en mí desde hace dos semanas, en mí que me aburro y que espero vuestras cartas con tanta impaciencia? Basta de moral; ved cuerdos para el porvenir y no hablemos más. Contéstame lo antes posible.

Cézanne me ha escrito y es á quien debo contestar. La descripción de tu modelo, me ha divertido. Chailan dice que aquí las modelos son *potables*, sin ser, no obstante, de una gran frescura. Se las dibuja durante el día y por la noche se las acaricia (la palabra acariciar es demasiado suave). Tanto por la pose diurna y tanto por la nocturna; se asegura, por otra parte, que son bastante complacientes, sobre todo para las horas de la noche. Respecto á la hoja de parra, se desconoce en los talleres; allí se desnudan en familia y el amor al arte vela lo que habría de demasiado excitante en las desnudeces. Ven y lo verás.

Venid, venid los dos, amigos míos; os contaré mis largos sueños; y probablemente convendréis, hasta el realista Baille, en que, después de todo, la vida es como quiere uno tomarla, y en que mi modo de ver no es el más malo.

Esta carta es sin duda la última que os dirijo colectivamente. Volveré en seguida á mis correspondencias íntimas. Sobre todo, que Baille no olvide que me debe una pronta respuesta. Le ruego de nuevo que me hable de la fontana de la rotonda, y de las inscripciones que están ó deben ser grabadas.

Desde su entrada en el colegio, dicho Baille deberá darme la dirección de un corresponsal para que pueda escribirle. Esta carta es mala y está bastante mal es-

crita. Leedla á pedacitos, si no, temo que una fuerte dosis os duerma.

Mis respetos á vuestros padres; os estrecha la mano, vuestro amigo,

EMILIO ZOLA

XLI

París, 5 Febrero 1861.

Mi querido amigo:

No sé en verdad que destino me persigue en la elección de vivienda. Siendo niño, viví en Aix la casa de Thiers. A mi llegada á París, mi primer vivienda fué la de Raspail; después, hoy, no sé por qué fatalidad, me mudo de este espléndido séptimo, del que te hablaba en la primavera última, y voy á elegir precisamente una nueva boardilla, aquella en la que Bernardino de Saint-Pierre escribió la mayor parte de sus obras. Es una verdadera alhaja esta nueva habitacioncita; pequeña, eso sí; pero alegrada por el sol y, sobre todo, originalísima. Se sube con la ayuda de una escalera de caracol; tiene dos ventanas: una al mediodía, la otra al norte. En una palabra, un mirador que tiene por horizonte casi toda la gran ciudad. Iba á olvidar que mi nueva calle se llama Nueva de San Esteban del Monte y que el número es el 24. Dirígeme, sin embargo, tus cartas á casa de mi madre, en la misma calle, número 21. Desde San Victor á San Esteban; no hemos hecho más que cambiar de santo. Da esta dirección á Houchard, porque, si bien el buen muchacho no se ha dignado escribirme todavía, puede pasarle milagrosamente la idea por la imaginación. Haz lo mismo con respecto á Marguery.

Sólo te escribo para darte cuenta de esta novedad, y no sé realmente qué añadir. Sin embargo, nada importa simpleza más ó menos: esto es indiferente. Entre habladuría y habladuría, no hay dónde elegir.

Lo más fácil para mí sería contestar á tu carta. ¡Ay! no, ya no corro por el campo; no voy á perderme por las rocas del Tholonet, y sobre todo ya no gano, con la botella en el morral los campos de X..., esta memorable quinta de vinosa memoria; á otros tiempos, otras costumbres, como dice la sabiduría de las naciones. Me he convertido de tal modo en sedentario que la menor marcha me fatiga, á mí, á este *viavore* que corría tan alegremente hasta Peyrolles, no sin refrescos aquí y tragos allá. Mis grandes placeres son ahora la pipa y el ensueño, los pies en la chimenea y los ojos fijos en la llama. Paso así los días casi sin aburrirme, no escribiendo nunca, leyendo á veces algunas páginas de Montaigne. Hablando francamente, quiero cambiar de vida y sacudirme un poco para limpiarme de este polvo de pereza que me enmohece. Hace largo tiempo que medito que ya es hora de producir. Todo un volumen, episodio por episodio, capítulo por capítulo, está clasificado en mi cabeza; he tomado la firme resolución de poner manos á la obra y de terminar este trabajo hacia el próximo estío. Otro de los tristes resultados de la vida es que me he vuelto horriblemente regalón. «Tú lo eras ya», me dirás; convengo en ello, pero no lo era de un modo que pudiera dañarme. Bebida, comida, todo me da envidia; me produce el mismo placer devorar una buena ración que poseer á una mujer. Me parece que me manifiesto al desnudo, y que mi franqueza me perjudicaría sin duda, si escribiese con grave filosofía, predicando abiertamente y pecando en secreto. Pero, á ti, mi buen viejo, tan franco y tan sencillo, puedo hablarte sin hipocresía, seguro de que no me ensordecerás con tu moral.

Así, pues, nos dices que vas á pintar en pleno invierno, sentado sobre la tierra helada, sin cuidarte del frío. Esta novedad me ha encantado; y digo encantado no porque tenga un placer en verte arriesgado á coger un reuma y más ó menos sabañones; sino porque deduzco de una tal constancia tu amor al arte y el

encarnizamiento que pones en el trabajo. ¡Ah, querido amigo, qué lejos estoy de imitarte! Por de pronto, estando mi estufa apagada y temiendo al frío en los pies, te escribo en la cama, bien poco cómodo, puedes creerlo, porque con una mano tengo la bujía y con la otra hago garrapatear la pluma. Por otra parte, por la mañana, cuando podría escribir esto ó aquello, permanezco en la cama soñando despierto, y todo por pereza de encender mi fuego. Es mi canción eterna: trabajaría bien si estuviese encendida mi estufa, pero nada me resulta más enojoso que tal preparativo. Y la conclusión es siempre la de irme á calentar á casa de mi madre, jurándome ser más cuerdo en primavera. Con tal que no encuentre otra razón de ociosidad durante los calores; un perezoso tiene siempre algunas bellas razones para excusar su pereza, y nada es más fácil que probarse á sí mismo que tiene completamente razón.

Me preguntarás probablemente que á qué vienen estas cantinelas desprovistas por completo de interés para ti. Es que salgo de una ruda escuela, de la del amor real, de tal suerte que no sería apto para abordar un asunto cualquiera, tan abatido se encuentra mi espíritu. Tengo muchas cosas que contarte para cuando veas; pero por cartas no se puede referir todo; el acontecimiento en sí mismo no es nada; los detalles son los importantes. Hasta dudo de poder comunicarte en un relato de viva voz todas las sensaciones dolorosas y rientes que he sentido. El resultado es, que ahora tengo experiencia y que conociendo el sendero, podré guiar seguramente á mis amigos. Otro de los resultados es que poseo nuevos puntos de vista sobre el amor y que estos me servirán en grande para la obra que pienso escribir.

Todo esto, te lo repito, es perder tinta y papel. Distintamente no veo más que una cosa: que debes tardar poco en venir y que disminuirán mis aburrimientos. Después, en un horizonte más lejano, que voy á tener

colocación, á ganar el pan por el día y á trabajar por las noches en mis bellos sueños. Y en fin, en confusión, en la niebla, apenas visibles, mi perro que me ama un poco, mi querida que no me ama sobre todas las cosas, y la muchedumbre, esta egoísta é indiferente muchedumbre que me habla, me rodea, se codea conmigo sin turbar la tranquilidad de mi desierto.

Te espero. Tu amigo

EMILIO ZOLA

Dí al señor Peicard que me ocupo activamente de su comedia y que espero la solución para escribirle Marguery también me había dado una comisión. Asegúrale que la haré en seguida.

XLII

París, 20 Enero 1862.

Mi querido Pablo:

Hace mucho tiempo que no te escribo y te aseguro que no sé bien por qué. París no ha valido nada á nuestra amistad; ¿es posible que ésta tenga necesidad para vivir gallardamente del sol de Provenza? Sin duda, algún desventurado *quid pro quo*, alguna circunstancia mal juzgada, alguna mala palabra acogida con poca benevolencia, ha enfriado nuestras relaciones. Ignoro la causa y quiero ignorarla siempre; removiendo el fango se ensucian las manos. Nada me importa; te creo constantemente mi amigo; entiendo que me juzgas incapaz de una acción baja, y que, por consiguiente, me estimas como en el pasado. Si es de otra manera, me harás gran favor explicándote y diciéndome francamente lo que me reprochas. Pero no es una carta de explicación la que deseo escribir. Quiero sólo contestar amigablemente á tu carta, y hablar un poco contigo, como si no hubiese tenido lugar tu viaje á París.

encarnizamiento que pones en el trabajo. ¡Ah, querido amigo, qué lejos estoy de imitarte! Por de pronto, estando mi estufa apagada y temiendo al frío en los pies, te escribo en la cama, bien poco cómodo, puedes creerlo, porque con una mano tengo la bujía y con la otra hago garrapatear la pluma. Por otra parte, por la mañana, cuando podría escribir esto ó aquello, permanezco en la cama soñando despierto, y todo por pereza de encender mi fuego. Es mi canción eterna: trabajaría bien si estuviese encendida mi estufa, pero nada me resulta más enojoso que tal preparativo. Y la conclusión es siempre la de irme á calentar á casa de mi madre, jurándome ser más cuerdo en primavera. Con tal que no encuentre otra razón de ociosidad durante los calores; un perezoso tiene siempre algunas bellas razones para excusar su pereza, y nada es más fácil que probarse á sí mismo que tiene completamente razón.

Me preguntarás probablemente que á qué vienen estas cantinelas desprovistas por completo de interés para ti. Es que salgo de una ruda escuela, de la del amor real, de tal suerte que no sería apto para abordar un asunto cualquiera, tan abatido se encuentra mi espíritu. Tengo muchas cosas que contarte para cuando veas; pero por cartas no se puede referir todo; el acontecimiento en sí mismo no es nada; los detalles son los importantes. Hasta dudo de poder comunicarte en un relato de viva voz todas las sensaciones dolorosas y rientes que he sentido. El resultado es, que ahora tengo experiencia y que conociendo el sendero, podré guiar seguramente á mis amigos. Otro de los resultados es que poseo nuevos puntos de vista sobre el amor y que estos me servirán en grande para la obra que pienso escribir.

Todo esto, te lo repito, es perder tinta y papel. Distintamente no veo más que una cosa: que debes tardar poco en venir y que disminuirán mis aburrimientos. Después, en un horizonte más lejano, que voy á tener

colocación, á ganar el pan por el día y á trabajar por las noches en mis bellos sueños. Y en fin, en confusión, en la niebla, apenas visibles, mi perro que me ama un poco, mi querida que no me ama sobre todas las cosas, y la muchedumbre, esta egoísta é indiferente muchedumbre que me habla, me rodea, se codea conmigo sin turbar la tranquilidad de mi desierto.

Te espero. Tu amigo

EMILIO ZOLA

Dí al señor Peicard que me ocupo activamente de su comedia y que espero la solución para escribirle. Marguery también me había dado una comisión. Asegúrale que la haré en seguida.

XLII

París, 20 Enero 1862.

Mi querido Pablo:

Hace mucho tiempo que no te escribo y te aseguro que no sé bien por qué. París no ha valido nada á nuestra amistad; ¿es posible que ésta tenga necesidad para vivir gallardamente del sol de Provenza? Sin duda, algún desventurado *quid pro quo*, alguna circunstancia mal juzgada, alguna mala palabra acogida con poca benevolencia, ha enfriado nuestras relaciones. Ignoro la causa y quiero ignorarla siempre; removiendo el fango se ensucian las manos. Nada me importa; te creo constantemente mi amigo; entiendo que me juzgas incapaz de una acción baja, y que, por consiguiente, me estimas como en el pasado. Si es de otra manera, me harás gran favor explicándote y diciéndome francamente lo que me reprochas. Pero no es una carta de explicación la que deseo escribir. Quiero sólo contestar amigablemente á tu carta, y hablar un poco contigo, como si no hubiese tenido lugar tu viaje á París.

Me aconsejas que trabaje y lo haces con tanta insistencia, que no parece sino que el trabajo me repugna. Quisiera persuadirte de lo siguiente: mi más ferviente deseo, mi pensamiento cotidiano, es el de encontrar una colocación; la imposibilidad de colocarme me tiene clavado en casa; si estoy enfermo, si me siento debilitarme poco á poco es porque me veo, mozo ya de veintidós años, perder no solamente el tiempo presente, sino también el porvenir. Dite esto todos los días, dite que no estoy estancado voluntariamente en la pereza y que preferiría ser albañil á permanecer ocioso.

Baille no te ha engañado diciéndote que entraré próximamente, sin duda, en calidad de empleado en casa de Hachette. Espero una carta que me anuncie el ofrecimiento de una plaza vacante. Desgraciadamente esta carta puede sufrir cierto retardo y esta tardanza me mata.

Todavía no he visto á Lombard más que una vez. Aunque su casa está á dos pasos de la mía, salgo tan poco, que aun no sé cuándo le pagaré su visita. Le debo, sin embargo, algún reconocimiento. Me ha enviado al gerente de un periódico que buscaba un poeta; de modo que por su intervención, he visto últimamente algunos versos publicados, los primeros que han visto la luz en la capital. Si se mantiene este periódico podré adquirir un principio de renombre.

Veo regularmente á Baille los domingos y los miércoles. Apenas nos reímos; hace un frío de lobo y los placeres de París, si es que hay placeres, cuestan sumas locas. Nos reducimos á hablar del pasado y del porvenir, puesto que el presente es tan frío y tan pobre. Probablemente el estío traerá alguna alegría; si vienes, como lo prometes, en el mes de marzo; si estoy colocado, si la fortuna nos sonríe, entonces podremos vivir un poco con el presente, sin grandes nostalgias y sin desear demasiado. Pero ve ahí muchos sí condicionales; si falta uno, todo se derrumba.

No me creas, sin embargo, completamente embrutecido. Estoy bastante malo, pero todavía no estoy muerto. El espíritu viejo hace maravillas. Hasta creo que me he engrandecido en el sufrimiento; veo y entiendo mejor. He adquirido nuevos sentidos que me faltaban para juzgar de ciertas cosas. Me parece que sería mejor pintor de ciertos detalles de la vida que hace un año. En una palabra mi horizonte se agranda, y, si puedo escribir un día, mi pincelada será más firme porque habré sentido lo que escriba. ¡Esperanza! Trabajo siempre en mi gran poema; Baille encuentra la idea grande; quiera Dios que la forma responda al pensamiento.

Y tú ¿qué haces? ¿cómo has arreglado tu vida? ¿Debemos decir adiós á nuestros sueños y vendrá la necesidad á frustrar nuestros proyectos?

Contéstame uno de estos días, cuando lo juzgues conveniente. Al entrar en casa de Hachette ó en otra cualquier parte te lo haré saber.

Baille me ruega que te dé un apretón de manos en su nombre. Tiene tanto trabajo que no puede escribirte ahora.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA

11, calle de Soufflot.

XLIII

Paris, 20 septiembre 1862. ®

Mi querido amigo:

Vuelvo á tener fe; creo y espero. Me he puesto á trabajar francamente; todas las tardes me encierro en mi cuarto y escribo ó leo hasta la media noche. Lo mejor de todo es que he vuelto á recobrar una parte de mi alegría. Me he dicho lo siguiente: Trabajando llegan los tontos, ¿por qué no he de ensayar este me-



dio? Voy á apilar manuscrito sobre manuscrito en mi mesa y después, un día los iré lanzando poco á poco en los periódicos. Ya he escrito tres novelitas de unas treinta páginas cada una, desde que se marchó Baille; cuento con completar una quincena y tratar en seguida de editarlas en cualquier parte. Estoy en los buenos días; río y no me aburro. Da esta buena noticia á Baille y dile que tu retorno acabará de curarme las heridas del pasado, porque, francamente, el pasado entró por mucho en mi descorazonamiento, de tal modo que casi anulaba el porvenir.

Una de las esperanzas que ha contribuido á hacer cesar mi tedio, es, sin duda, la de poder coger pronto tu mano. Ya sé que esto no es todavía bien seguro, pero tú me permites esperar y esto es mucho. Apruebo por completo tu idea de venir á trabajar á París y de retirarte en seguida á Provenza. Creo que es un modo de substraerse á las influencias de las escuelas, y de desarrollar alguna originalidad, si se tiene. Así, si vienes á París, tanto mejor para ti y para nosotros. Regularemos nuestra vida, pasando dos noches por semana juntos y trabajando las demás. Las horas en que nos veamos no serán horas perdidas; nada da tanto ánimo como charlar algún tiempo con un amigo. Te espero pues.

No tenías necesidad de franquear el paquete que debías enviarme; yo contaba con pagar el porte. Pero, ahora, la reflexión que me haces, me obliga á reflexionar á mi vez. Puesto que haces economías, quiero hacerlas también. Remite la tela á Baille que él me la traerá.

Respecto á la vista de la estacada, lamento vivamente que la lluvia no te deje trabajar. Cuando el sol luzca, vuelve á tomar el camino de las rocas y ábala lo antes posible. Si vienes á París con Baille, tráeme siquiera un esbozo, me contentará mucho. No obstante si el cuadro pudiera estar terminado para esta época sería mucho mejor. Todavía tienes un mes largo.

He visto á Marguery. Estuvimos reunidos ayer hasta media noche. La vista de este bello y grueso muchacho me ha producido un singular efecto. Era toda mi juventud que se presentaba á mis ojos de repente. Este tiempo está tan lejos, tantas sensaciones se presentaron ante mí de la juvenil edad, que permanecí un cuarto de hora casi temblando. Cuanto á él lo encontré lo mismo que lo dejé. Aix tiene la singular propiedad de las vocales.

El asunto del concurso para el premio de pintura era este año: *Corolián suplicado por su madre Viturie*. Ocho fueron colocados en logia; son ocho mamarrachos. El asunto estúpido por sí mismo ha sido tratado ocho veces estúpidamente. Es curioso pensar en que mientras nuestra escuela histórica decae, nuestra escuela paisajista se eleva por momentos. En poesía pudiera hacerse la misma observación: el género didáctico está muerto; el género lírico no ha tenido jamás más brillo que en nuestro siglo.

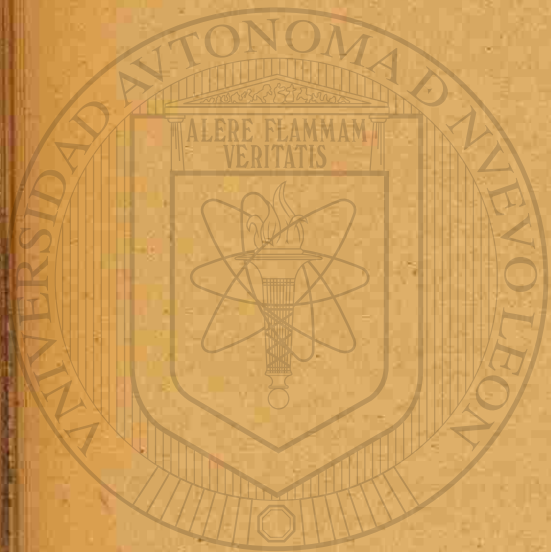
Pienso que Baille continúa en Niza. Le escribiré la semana próxima.

Escribeme cuando tengas que darme alguna novedad cierta sobre tu viaje. Piensa en tu cuadro. La hora se me ha echado encima y no puedo ni leer lo escrito.

Hasta luego. Te estrecho la mano. Tu amigo

EMILIO ZOLA

Mis respetos á tus padres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CARTAS A MARIO ROUX

XLIV

5 Diciembre 1864.

Mi querido Roux:

Acabo de leer tu artículo en el *Memorial* (1) que me ha sido enviado.

Te doy las gracias mil y mil veces por el modo encantador con que has presentado á los de Aix mis *Cuentos á Ninon*. No encuentro en modo alguno que tu crítica sea *provincial* como me decías anoche; es viva, está escrita espiritualmente, y es tan lisonjera para mí que, lo confieso, tiene doble valor á mis ojos.

Nuestros compatriotas—puesto que quieres que yo sea de Aix, lo que acepto con algunas reservas,—nuestros compatriotas, van á ser, así lo espero, inflamados por un hermoso celo é irán en procesión á comprar el volumen. He ahí un éxito del que te corresponderá buena parte. ®

Gracias, pues, mi querido colaborador y déjame estrecharte la mano dos veces hoy, una por nuestra vieja amistad y otra por nuestro joven éxito.

EMILIO ZOLA.

(1) *Memorial*, un periódico de Aix, en Provenza.

## XLV

17 Julio 1865.

Mi querido amigo:

Ayer á las once recibí tu carta y no pude asistir á la cita que me dabas.

Te ruego que, si escribes al señor Arnaud (1), le expliques la razón que me impidió ir á verle. Dile que puede escribirme lo que deseaba decirme, y que pondré todo mi esfuerzo en serle agradable.

¿Has dado con la horma de tu zapato y te has fijado definitivamente en París?

Buen ánimo y suerte.

EMILIO ZOLA

## XLVI

14 noviembre 1865.

Mi querido Roux:

Supongo que has de ser tú quien hable de mi libro. Gracias anticipadas.

Trata de hacer un reclamo para Baille, y sobre todo para Cézanne, lo que causará placer á sus familias.

Te envío la nota impresa que probablemente podrás utilizar. De todos modos, arréglatelas como te parezca bien.

Sólo te ruego un poco de prisa. Tengo necesidad de que se me dé un buen impulso antes de poner en venta libros nuevos.

Buen ánimo y suerte.

EMILIO ZOLA

(1) Arnaud, director del *Mensajero de Provenza*, periódico de Marsella.

## XLVII

4 diciembre 1865.

Mi querido amigo:

Baille me trae tu artículo y me apresuro á darte las gracias. Sin lisonja, es lo mejor que ha aparecido sobre el libro.

El tiene, pues, para mí un encanto particular; es íntimo, si me es dable expresarme así; me parece verte en pantuflas, hablando conmigo de mi obra, de nuestros amigos, de todos los que luchamos, como tú lo dices tan bien, y que ignoramos lo que nos guarda el porvenir.

¿Qué me importa lo que piensen de mí Pedro ó Juan? Leo sus críticas con gran indiferencia y considero su prosa como una buena publicidad comercial. Pero lo que tú dices me llega al corazón; me conoces y me juzgas como amigo; hablas de aquellos que me son caros; hay en tu artículo un poco de tu amistad que lo anima y lo hace vivir para mí una vida querida y poderosa. He aquí porque tus palabras me son más preciosas que todas aquellas que fueron ó serán dichas por gentes autorizadas en materia de crítica literaria.

Gracias también por Cézanne y por Baille. Este último que acaba de dejarme me encarga que te estreche vigorosamente la mano. Queda hecho.

Dame la otra para que yo pueda tener al menos una mano que estrechar en mi nombre. ®

Ven á verme, cuando puedas disponer de un momento. Estoy clavado delante de mi escritorio y no puedo moverme para ir á buscarte yo mismo.

Salud.

EMILIO ZOLA

16

## XLVIII

27 enero 1866.

Mi querido amigo:

No te olvido, pero estoy tan ocupado que he remitido á otros días todas las cartas y todas las visitas.

Dejo la librería el miércoles; cada hora que debo pasar allí tiene su trabajo marcado.

Dame, pues, hasta el fin de la semana próxima ó iré á estrecharte la mano á tu restaurant ó bien te escribiré dándote una cita.

Tuyo

EMILIO ZOLA

## XLIX

8 junio 1866.

Mi querido Roux:

Lamento no haberme encontrado en casa cuando fuiste á verme. Te esperé una de estas noches hacia las ocho. Salgo el 15 para el campo.

¿Has recibido el folleto y el libro que acabo de publicar? Cuento contigo para un artículo en el *Memorial*. Gracias por anticipado.

Tuyo

EMILIO ZOLA

## L

10 diciembre 1866.

Mi querido Roux:

Acabo de leer tu artículo en el *Memorial* y te doy cordialmente las gracias. Es ciertamente una de las páginas más vivas y más espirituales que de ti conozco. Has encontrado el medio de ensalzarme enormemente y de desacreditar—enormemente también,—la novela de folletín.

Gracias por mi libro y por mis creencias literarias.

A otro asunto. Está decidido que yo haga un artículo sobre Mistral en el *Grand Journal*, y que dé á este estudio toda la extensión que quiera. Si puedes darme detalles, date prisa. Desearía también tener el volumen lo más pronto posible. Imponete la obligación de venir á estrecharme la mano una de estas noches y charlaremos sobre este asunto.

Tu devoto

EMILIO ZOLA

## LI

16 marzo 1867.

Gracias mil veces, mi querido Roux. Tus notas son admirables y me servirán maravillosamente. Hay materia para algunos buenos capítulos.

El primer volumen de *Los Misterios de Marsella* (1) aparecerá pronto. Cuando salga, el primer ejemplar será para ti.

Y, á partir de entonces, podremos soñar con el drama.

Tu muy devoto

EMILIO ZOLA

## LII

21 mayo 1867.

Mi querido Roux:

¿Podrás prestarme un servicio?

Arnaud me atormenta para que le procure el acta de sociedad que fué publicada en el *Petit Journal*, cuando Millaud puso en acciones la propiedad de este periódico. Arnaud quiere imitar este ejemplo.

Me he presentado en el *Petit Journal*, pero fui mal acogido. Pedí simplemente el número que contenía el acta de sociedad en cuestión, y se me contestó sin ro-

(1) Véase la edición de *Los Misterios de Marsella* publicada por esta casa editorial.

deos que no querian dármele. Son muy desconfiados en esta perrera; temen siempre que se les ataque. Es inútil que intente arrancarles lo que no quieren remi-firme.

¿No podrás tú probar obtener el acta de una manera más hábil? Por ejemplo, ve á encontrar á Escoffier, pídele que te deje hojear una colección del periódico. El acta apareció el año último; no sé precisamente la época, pero creo que en los primeros meses. Toma la fecha exacta del número, si no puedes obtener una copia. En fin harás lo que mejor te parezca. Es cosa de gran interés para Arnaud.

¿Crees poder encargarte de este asunto y ponerle término pronto?

Arnaud me habla, al mismo tiempo de nuestro drama. Le he rogado que se entienda con el director del *Gimnasio* y que cierre el trato en nuestro nombre. Pronto tendré su respuesta. Hace falta que nos demos prisa. Te daré cuanto antes una cita para que hablemos de este asunto.

Tu devoto

EMILIO ZOLA

Me olvidaba decirte que el acta de sociedad fué publicada como artículo de fondo por *Timothée Trimm*. Esto facilitará tu rebusca.

Perdona que te dé semejante tarea. Tengo verdaderamente los brazos atados y no sé cómo hacerlo.

LIII

3 junio 1867.

Mi querido Roux:

Recibo una carta de Arnaud en la cual me asegura que el director del *Gimnasio* parece bien dispuesto. Sólo pide dicho director que se le abandonen los derechos de cierto número de representaciones.

Le contesto á vuelta de correo y creo poder decir-

le en tu nombre y en el mío que estamos prestos á cualquier sacrificio. Mi opinión es la de que haga lo posible para que estos sacrificios no sean muy grandes. Deseo vivamente hablar contigo sobre este particular, cuanto antes mejor. Si puedes venir el jueves por la noche después de tu visita á casa de Clément, me darás una satisfacción. Para mí creo que el asunto del drama está terminado, pero hace falta que le lea la carta de Arnaud en la que nos da excelentes consejos para la censura.

Si has hecho algún plan, tráelo.

Hasta el jueves, pues, si es posible.

Salud.

EMILIO ZOLA

LIV

4 junio 1867.

Mi querido Roux:

Recibo tu carta. Hasta el viernes por la noche, pues. Te confieso que se hacen agujeros en mi presupuesto. Te ruego, para *inter nos* ser firme con el señor Clément.

El viernes te daré el primer tomo de *Misterios* y mi folleto sobre Ed. Manet.

Tuyo

EMILIO ZOLA

Redondeemos nuestra obra, te lo ruego.

Nos hará falta trastornar por completo el cuento. Es necesario que el asunto de Roux sea desconocido, si queremos vencer la censura. Mi idea queda así: Un prólogo en el cual el nacimiento de los dos niños sea explicado; seguir rutas diferentes: la del vicio y la de la virtud; en el desenlace todo se explica, la virtud es recompensada y castigado el vicio. Hay hermosas escenas á encontrar.

No importa. Puedes hacer tu plan. Esta será la base de nuestro trabajo.

Nada de cura en el drama si no es para decir un gran bien de la iglesia.

Vuelvo á las mismas.

En la Biblioteca no facilitan los periódicos sino *veintiún años* después de su aparición. Arnaud me atormenta constantemente para que le envíe su acta. ¿Cómo complacerle? Trata de encontrar una idea que me saque de este atolladero.

Después de todo Arnaud nos presta buenos servicios y yo no quisiera darle pruebas de mala voluntad.

LV

8 junio 1867.

Mi querido Roux:

He tenido un insomnio atroz la noche última, y no pudiendo dormir he trabajado en nuestro drama. Creo haber encontrado escenas muy conmovedoras, toda una intriga sólida y punzante. No hagas nada, no trabajes nada, antes de haber recibido las notas que redacto. Mañana te mandaré estas notas. Trabajarás sobre lo que yo te dé y el martes por la noche podremos acabar el plan.

Hasta mañana.

Tuyo

EMILIO ZOLA

LVI

16 julio 1867.

Mi querido colaborador:

He aquí el último cuadro.

He ordenado muchas cosas para dar alguna verosimilitud á nuestras grandes mentiras.

Así Granier y Sussac, no pueden ignorar que Mateo

es cajero en casa de Bernard (Granier ha visto á Mateo en el segundo acto).

¡Ah, mi pobre amigo, qué oso!

Haz copiar todo esto lo más pronto posible, y desencadenamos la bestia.

Te escribiré para invitarte á cenar una de estas noches en celebración de nuestro feliz parto.

Tuyo

EMILIO ZOLA

LVII

Paris 23 julio 1867.

Mi querido Roux:

He dedicado el día de ayer, domingo, en releer nuestro drama. El copista ha cometido una falta grave; ha debido comerse una página del manuscrito en el prólogo. En la gran escena entre Aurany y Mateo falta algo: después del aparte de Sussac: «Estos hombres me espantan; tienen el genio del mal...», se encuentran bruscamente en la copia estas palabras de Mateo: «He aquí mi medio...»

Examina el manuscrito y date cuenta del error. Te lo repito, ha debido comerse una página entera. Espero que esta página no se haya extraviado. En todo caso trae el manuscrito mañana por la noche y veremos.

Los demás errores son insignificantes. Tu copista es un hombre inteligente.

He tenido que hacer algunos cambios y sobre todo poner gran número de acotaciones. Hace falta que juntos examinemos esto rápidamente. No comprendo todo el decorado de la Canebière. Ven temprano; hace falta acabar.

En resumen tenemos drama, y cuento con un buen éxito si las circunstancias nos ayudan.

Hasta mañana por la noche. No olvides el manuscrito.

Tu devoto

EMILIO ZOLA

LVIII

París 14 agosto 1867.

Mi querido Roux:

Puesto que el señor Bellevaut (1) toma la actitud de un coco, te ruego que hagas la vista gorda cuando llegue la ocasión, para mostrarle que no somos niños y que no nos traga de un bocado. Sé firme.

Debemos forzosamente aceptar el aplazamiento hasta octubre; pero no por eso debemos dejar dormir las cosas. Hazle comprender á la bestia feroz que no tienes más que un mes para permanecer allá abajo y «que no quieres marchar antes de tenerlo todo en regla.» Ese es el gran punto. Bellevaut te dirá sin duda que hay tiempo y que no corre prisa. Insiste, fuérzale á fijar de acuerdo contigo cuanto se relacione con la representación del drama y que sea todo como debe ser. Haz las correcciones convenidas, después vuelve á ver al director, *obligale* á que relea la obra contigo y á hacer los cambios necesarios; en una palabra, da al manuscrito su forma definitiva. Esto es lo más importante. No hagas copiar la obra hasta que se encuentren hechas. Y para llegar á este resultado, da como única y buena razón tu corta estancia en Marsella. Cuando el manuscrito esté maduro y á punto, dalo á los copistas que te indique Arnaud, y ocúpate en seguida de la censura. Comprende que cuando vengas aquí hace falta que Bellevaut no tenga que hacer más que ensayar y representar la obra á fin de que no tengamos dificultades con él á doscientos leguas de

1) El señor Bellevaut, director del teatro del *Gimnasio de Marsella*.

distancia. Tu conducta está trazada: ante todo arreglar el manuscrito, después hacerlo copiar, luego obtener el permiso de la censura. Si esto marcha convenientemente exigirás que comience el estudio antes de tu partida, á fin de que puedas asistir á un par de ensayos. Esto lo harás exclusivamente por ver la cosa en escena. En seguida, los artistas pondrán el intervalo que quieran entre los primeros y los últimos ensayos. Tiendo á que puedas darte cuenta de la *mise en scène*.

No me cansaré de repetirte lo importante que es acabar con las reparaciones que pide Bellevaut. Cuando la obra esté decididamente arreglada, podremos esperar tranquilos. Hasta entonces estaremos en la incertidumbre.

Bellevaut encuentra la obra demasiado larga. No es ciertamente más larga que los largos melodramas que son de repertorio. En fin, corta, si es necesario algunas escenas episódicas. La desgracia es que todas las escenas me parecen útiles. Bien entendido todo esto conservando la actitud de nuestros héroes. Es indispensable no permitir que se toque á Daniel; es la originalidad, la vida de la obra. Por otra parte, tú verás. Siempre que los cortes no sean hechos en lo vivo del drama, puedes cortar sin prevenirme; en otro caso adviérteme. No quiero dejarme comer del todo por Bellevaut, y, en suma; hay que atender á nuestros personajes, á nuestras frases, puesto que él quiere echar bravatas. Defiéndelos tú resueltamente aun á riesgo de romper por todo. Te confieso que estoy altamente encolerizado contra el grosero personaje que tú me trazas en tan despreciable retrato.

Conserva intacto nuestro manuscrito primitivo. Nos será necesario para el volumen y para otros teatros donde no tengamos que negociar con un ogro.

Tenme al corriente. No estaré tranquilo hasta que Bellevaut haya aceptado el manuscrito. ¿Tendremos una

actriz suficiente para el papel de Clairon? Ve un poco al teatro.

Arnaud te dará un buen jabón. Dile que estamos decididos á la publicidad; antes de tu partida, háblale de la publicación del drama en *El Mensajero* y ve lo que él dice. El solo puede y *debe* imprimir nuestro oso.

Cuando hayas vuelto á ver á Bellevaut y hayáis decidido la naturaleza y número de las variaciones, dame cuenta de ellas. Date prisa, que tienes poco tiempo y pueden presentarse obstáculos. Es menester que no dejes detrás de ti ningún impedimento.

Mi pobre amigo mío, grande es tu tarea y yo no puedo colaborar á tus cuidados. Serás dos veces el padre de nuestro drama.

Mi madre y mi esposa te saludan.

Un buen apretón de manos,

EMILIO ZOLA.

Mis recuerdos muy afectuosos á tu familia. Ve á ver á Pablo á Aix y dile que me escriba; estoy sin noticias tuyas desde hace un mes.

Ya comprendes que es preferible arreglar las correcciones con Bellevaut y hacerlas antes de entregar el manuscrito á los copistas. Ante todo es inútil hacer copiar lo que se debe suprimir. Luego, es poco prudente echarnos encima el coste de dos copias nuevas, sin tener un sí formal de Bellevaut, y no tendrás este sí formal hasta que la forma de la obra sea definitivamente arreglada.—Te aconsejo hacer valer estas razones cerca de Bellevaut para decidirle á analizar en seguida la obra contigo; dile—y dale las razones—que no puedes hacer copiar la obra sin que quede el manuscrito tal y como deba quedar.

Por otra parte, Bellevaut no nos ha probado en forma alguna su buena voluntad. Es menester desconfiar de los entusiasmos de Arnaud que lo ve todo siempre de color de rosa. Me ha escrito diciéndome que Bellevaut estaba enamorado del drama y que te se

ha asegurado que tendría un gran placer en representárnoslo. Todo esto es bueno y bonito. Pero te ruego que veas por tí mismo si el entusiasmo de Bellevaut es verdaderamente tal y como lo ve Arnaud. Ante el recibimiento que te hizo el ogro no lo veo todo rosado. Antes de hacer el gasto de las copias me parece necesario saber bien á qué atenernos. Y te lo repito, por la décima vez probablemente: no sabremos á qué atenernos hasta que, las correcciones hechas, diga Bellevaut: «Ahora va todo perfectamente y representaré el drama tal y como está, cuando tenga tres copias y el fallo de la censura.»

LIX

París, 25 agosto 1867.

Mi querido amigo:

He recibido tu carta que es excelente. Todo va bien. Gracias mil por tus cuidados. Has hecho perfectamente borrando algunas frases del prólogo y atenuando el papel de Clairon. Apruebo—puesto que hace falta—la explicación de los atavíos de Clairon comprados con la ayuda de sus economías. Sólo temo que la situación de nuestra heroína en las Ayyalades y en casa de Sauvaire no sea bien comprendida. Cuando este último era su amante, feliz ó no, iba del brazo de este hombre y su presencia era naturalísima. Ahora su deseo de seguir á Daniel puede explicar su venida, pero no por esto resulta su conducta menos extraña y no se comprende su actitud ante el maestro esportillero. Hay un matiz que debes afianzar. Te digo estas cosas, no para desaprobárlas reformas, que creo como tú necesarias, sino para rogarte que deslices aquí y allá algunas palabras que esclarezcan la situación. Así, veo al primer golpe de vista algunos pequeños detalles: es necesario decir que Clairon ha aceptado el



brazo de Sauvaire para ir á las Ayygalades y que acepta sus homenajes, libre de recompensarle; si no tiene abiertamente á Sauvaire por rodrigón, se pasea en la fiesta como un alma en pena y el efecto cómico, «¡Ah, Dios mío!» resulta disminuido. Lo mismo ocurrirá con su presencia en casa del maestro esportillero. Observa que si no establecemos un lazo cualquiera entre ella y Sauvaire, no se ve la razón de encontrarse frente á frente. Es indispensable que sus posiciones respectivas hayan sido netamente indicadas en una escena colocada en los comienzos del cuadro de las Ayygalades. Y es tanto más fácil de poner esta situación cuanto que nada tiene de escabrosa. Si no la colocamos resueltamente, el público no comprenderá probablemente la situación, y verá en Clarion lo que nosotros habíamos hecho de ella al principio: una prostituta. Además, debes tener los mismos temores que yo, y estoy seguro de que te has sujetado á dar al difícil papel de nuestra heroína la mayor verosimilitud posible. Sobre todo, no temas ser claro. La escena del collar es buena; sirve para hacer creer á los invitados de Sauvaire que Clarion ha sucumbido. Tal es sin duda tu pensamiento y lo aplaudo.

No hablo de otros papeles, puesto que no los has tocado.

Vamos al subtítulo ahora. Te confieso que no me gusta del todo «ó el Hijo de la Loba», con tanto menos motivo cuanto que Clarion, *tercera edición*, no es una loba y así este subtítulo va contra el verdadero sentido de la obra. A más, con arreglo á lo que me dices, tengo gran temor de que la novela perjudique al drama y quisiera como tú tratar de que saliésemos del mal paso. Hace falta ser resueltos. Propongo sencillamente cambiar nuestro título y llamar á la obra: *Los dramas de Marsella*. Ve si Bellevaut acepta; pero, á ser posible, nada de subtítulo; yo los detesto. Además, si crees realmente que hay partido contra mí, podríamos hacer anunciar hábilmente que el drama no se

parece en nada á la novela. Sé que todo esto es grave y probablemente obraríamos mejor dejando marchar las cosas. Esperemos, si quieres, á tu retorno para decidir esta gran cuestión. Lo más temible será la primera representación, y en seguida sabremos á qué atenernos.

Has hecho hacer, según dices, una copia de la obra, y no sé cuánto ha costado. Trata de quedar cumplido con los guardianes de la moral pública; es necesario que tengamos la autorización antes de tu vuelta. Cuanto á Bellevaut puesto que está encantado todo irá bien. Continúa probándole que el drama no es demasiado largo y evita cuantos cortes sean posibles.

A otro asunto. Me dices que pasaremos delante de *Hernani*. Este es bastante vago. Tengo el proyecto—poco probable es verdad—de ir á Marsella para la primera representación. Desearía saber si estrenaremos al principio ó al fin de octubre. Con ocho días más ó menos puedes darme este dato.—Lo malo es que, si no estoy allá, no tendremos ninguna garantía de que se respeta nuestra prosa. Tengo miedo de que no se eche á perder nuestro manuscrito. Antes de venirte debes ocuparte de las representaciones como si yo no debiese ir á Marsella. Deja ahí un representante. Trata de componer un tribunal; arregla la cuestión de los billetes; en una palabra obra como si estuvieras en la víspera de la primera representación.—Hay otra cuestión grave. Hace falta que la obra esté impresa para poder lanzarla en los otros teatros. Ve si Arnaud está dispuesto á prestarnos su periódico, ó sencillamente á imprimir la obra en un volumen. Se entiende que en estas cuestiones tienes amplio poder para tratar.

Voy á enviar el reclamo al *Figaro*. Si pasa, te enviaré el número en que se publique y podrás hacer una visita á los periódicos de Marsella. Ve sobre todo á Emilio Barlatier (1) en mi nombre.

Dices que la novela ha producido «una impresión

(1) Director del *Semáforo* de Marsella.

desagradable.» Esto es vago. Trata de adquirir detalles para que me los des á tu vuelta. Desearía conocer claramente la posición. Se afirma que todo el pueblo está conmigo (un joven provenzal que acaba de visitarme es el que me lo ha dicho). Otro me ha dicho que sólo Arnaud es el metido en causa y que se me deja aparte. ¿Me cuentan estas cosas para halagarme? Lo ignoro. Tú serás bastante buen amigo para decirme la verdad. Ve cuál es esa «mala impresión» y velo pronto. No tengo necesidad de decirte más. Sabrás confesarme á que altura me encuentro en la amistad de los provenzales.—Sobre todo no me hables de cábala ni ante tus más íntimos amigos; será el medio de evitar pensamientos mal intencionados. Basta hablar de cábala, para que nazca una sobre la marcha. Habla por el contrario del gran éxito probable y haz comprender que el drama no se parece á la novela. Por otra parte si hay mala fe contra nosotros estoy dispuesto á armar un escándalo de mil diablos.

Cuando hayas vuelto á ver á Bellevaut, cuando tengas una respuesta de la censura, en una palabra, cuando tengas alguna novedad que comunicarme, escríbeme.

Mis sinceros cumplimientos á tu familia. Mis saludos amistosos para ti y un fuerte apretón de manos de

EMILIO ZOLA.

LX

París, 4 septiembre 1867.

Mi querido Roux:

No estoy ansioso de noticias, pero desearía no obstante que me respondieses sobre la marcha á la cuestión relativa á la época exacta del estreno de nuestro

drama. Esto es de gran importancia para mí. No he renunciado á la idea de mi viaje y si el estreno se verifica hacia el 15 de octubre, iría indudablemente á Marsella y saldría de aquí á fines de septiembre. En tal caso es menester que yo haga mis preparativos, y falta sobre todo que avise á Pablo, que vendría en seguida á París si desisto de mi proyecto ó que me esperaría en caso contrario. Ya ves que tengo un vivo interés en saber si los *Misterios* pueden estrenarse hacia el 15 de octubre. Te ruego que veas al señor Bellevaut y dile que tenemos particular interés en que no deje para más tarde la representación. Se anuncia *Hernani*, se anuncia *La gran Duquesa*; ¿hasta cuándo durará esto, Dios mío? Veo que mi viaje se frustra, porque no iré si debo encontrarme sin ningún amigo y no puedo llevar mi egoísmo hasta retener á Pablo en Aix indefinidamente. Antes de dejar á Marsella, trata de obtener una fecha fija, y lo más pronto posible á fin de que pueda saber á qué atenerme.

No te hablo más de censura ni de correcciones ni de nada. Ya me hablarás de todo esto á tu vuelta. Trata de no dejar nada en suspenso detrás de ti. No olvides ocuparte de la impresión de la obra sea en *El Mensajero*, sea en volumen.—Si no cuentas más que con el tiempo de darme la fecha que te pido, no me hables del resto, ya que debemos vernos la semana próxima.

Otra cosa: he recibido *El Semáforo* que me has enviado y lamento que no se haya servido de la fórmula que habíamos convenido: «Leemos en el *Fíguro*, etc.» Esto hubiera hecho, según mi opinión más efecto; la noticia publicada, tiene demasiado aire de local. Es absolutamente indispensable que encuentres otro periódico donde se diga que la prensa de París anuncia nuestro drama. (Ignoras probablemente que la mayor parte de los periódicos *Le Temps*, *La Epoca*, *La Libertad*, han reproducido el suelto del *Fíguro*).

Comprendo que los marseleses no deben ignorar que París *se ha conmovido* con el conocimiento de nuestra tentativa de descentralización. Será bueno hacerlo decir y hasta repetirlo cuatro ó cinco veces. ¿Qué has hecho en el *Memorial* y en *La Gaceta del Mediodía*? Esta última me es hostil.

Una palabra de contestación cuanto antes.

Mil recuerdos á los tuyos; recíbelos de mi mujer y de mi madre.

Tu devoto,

EMILIO ZOLA.

He terminado esta mañana la novela que aparecerá en *El Artista*. Respiro y tengo grandes deseos de dormir hasta la noche.

## LXI

17 septiembre 1867.

Mi querido Roux:

He visto á muchos editores de París y he adquirido la certeza de que una obra estrenada en provincias, sólo en provincias puede ser impresa. En París no se cree en la descentralización—casi se me han reído en la cara. No podemos, pues, contar más que con Arnaud. Espero una carta suya, y cuando le conteste, le impulsaré á imprimir nuestro drama pronto.

Por otra parte he ido á casa de Pérageallo á darle mi poder. Le hablé de los *billetes de costumbre* y no supo lo que le quería decir. El agente de la sociedad tiene derecho á cuatro plazas; eso es todo. No forcemos, pues, al señor Pérageallo á meter las narices en lo desconocido. Pero sé que el señor Peysse pregunta al señor Bellevaut lo que ha querido decir con los *billetes de costumbre*. Probablemente hay aquí algún beneficio *ilícito*, que no dejaré escapar. Encárgate de profundizar esta cuestión.

¿Sabes que la agencia nos toma el 10 por 100 que junto con el 20 por 100 prometido á Bellevaut hace un 30 por 100? Se nos roba.

Cuando tengas algunas noticias comunicámelas; pregunta la fecha *probable* del estreno.

Tuyo,

EMILIO ZOLA.

## LXII

Marsella, 4 octubre 1867.

Mi querido Roux:

He visto á Arnaud á quien tu carta parece haber alarmado. Por otra parte no he hecho más que estrecharle la mano, reservándome hablar del asunto después del éxito ó de la derrota. Mi posición será muy falsa hasta entonces. Acabo de ver al señor Peysse. He aquí en algunas líneas el resumen de nuestra conversación. Los artistas están bien dispuestos, pero Bellevaut lo está muy mal. Hay en él una cuestión de interés que arreglaré mañana. (El señor Peysse me conducirá á él á las once, y probablemente asistiré todavía á un ensayo).—Los cortes para él se reducen á supresiones (numerosas) de frases; no habrá ni una escena que no haya sido cercenada, en suma, el mal es indudablemente menor de lo que nos hemos figurado.—Peysse parece contar con un *éxito ordinario*. Es evidente que todos estos señores no tienen fe en nuestro genio, y tienen razón.

No agrego nada. Todo esto te lo digo para darte aliento. Mañana sabré á qué atenerme; el domingo por la mañana te telegrafiaré.

Hoy no he podido ver á tu familia, y dudo que quede mañana tiempo para hacerle una visita. En todo caso la haré el domingo.

Si tienes necesidad de escribirme, dirígeme tu carta á casa de Arnaud. Cuanto á mí, ya no te escribiré más que para darte detalles después de la consumación del crimen. Me ocuparé de la impresión, si hay lugar, sea en casa de Arnaud sea en otra cualquier parte.

Hasta luego, y nada de pesadillas.

Tu devoto,

EMILIO ZOLA.

LXIII

Telegrama del 6 octubre 1867

París, Marsella 523, 1867, 51.

Señor Roux, 13 calle Neuve—Guillemin, París.  
Aplausos durante los actos; aplausos y silbidos al bajar el telón. Éxito dudoso.

ZOLA.

LXIV

Marsella, 6 octubre 1867.

Mi querido Roux:

Contaba con escribirte largamente, pero me falta el valor. Cuando te vea te contaré la velada de ayer. He aquí algunos breves detalles.

En suma ha sido un éxito disputado que puede convertirse esta noche en una caída. Como ya te he dicho en mi telegrama, el comienzo de la obra marchó bien. Los cuadros: *Los Aygalades* y *El crimen* no dieron el resultado que esperábamos y á partir de este momento la obra languideció. Hacia el final se ha elevado un poco. Hasta el último momento nadie había siseado ni silbado ni dado muestra alguna de

desaprobación. Sólo cuando cayó el telón tras el: *El nos ha maldito* de Clarion, los aplausos demasiado vivos produjeron algunos silbidos. Hubo lucha; los aplausos continuaron y se exigió el nombre de los autores. Dieron nuestros nombres. Nueva batalla de corta duración; los aplausos ganaron.

Esta noche, domingo, quedará todo decidido.

Seguramente ha habido una pequeña cábala. Los silbidos partieron de los puestos reservados. Peysse está cierto de la cosa y Bellevaut, cree que es la pequeña prensa marselesa la que se ha divertido. Chusca manera de divertirse. En resumen; se ha salvado el honor, pero no tenemos un éxito de «buena ley» como dice este excelente hombre de contribuciones indirectas.

Cuanto á la obra, por sí misma, me ha parecido demasiado larga, verdaderamente enojosa. Se comenzó á las ocho y terminó á la una. El público estaba cansado. De haber asistido á los ensayos y hecho los cortes necesarios, habría marchado bien. Tal es la opinión de cuantos han hablado conmigo. Acabo de ver á Bellevaut y de intentar hacer algunos cortes para esta noche. Le parece que esto es imposible. Si la obra no cae, los cortes serán hechos para la tercera representación. Ayer se hicieron en taquilla 1.200 francos.

La interpretación, según mi modo de ver, es bastante insuficiente. La señora Méa hace poner largos los dientes; agota todos sus sollozos en la primera escena. Sauvaire, Lussac, Daniel, sobre todo este último se representaron convenientemente. El resto me pareció de una debilidad deplorable. Es demasiado esto para un escenario semejante; nos haría falta un escenario de la Puerta de San Martín. El decorado del prólogo es ridículo y los actores se ahogan.—En fin ya te hablaré de todo esto á fin de semana, á mi regreso á París.

He visto ayer á tus padres antes de la representa-

Si tienes necesidad de escribirme, dirígeme tu carta á casa de Arnaud. Cuanto á mí, ya no te escribiré más que para darte detalles después de la consumación del crimen. Me ocuparé de la impresión, si hay lugar, sea en casa de Arnaud sea en otra cualquier parte.

Hasta luego, y nada de pesadillas.

Tu devoto,

EMILIO ZOLA.

LXIII

Telegrama del 6 octubre 1867

París, Marsella 523, 1867, 51.

Señor Roux, 13 calle Neuve—Guillemin, París.  
Aplausos durante los actos; aplausos y silbidos al bajar el telón. Éxito dudoso.

ZOLA.

LXIV

Marsella, 6 octubre 1867.

Mi querido Roux:

Contaba con escribirte largamente, pero me falta el valor. Cuando te vea te contaré la velada de ayer. He aquí algunos breves detalles.

En suma ha sido un éxito disputado que puede convertirse esta noche en una caída. Como ya te he dicho en mi telegrama, el comienzo de la obra marchó bien. Los cuadros: *Los Aygalades* y *El crimen* no dieron el resultado que esperábamos y á partir de este momento la obra languideció. Hacia el final se ha elevado un poco. Hasta el último momento nadie había siseado ni silbado ni dado muestra alguna de

desaprobación. Sólo cuando cayó el telón tras el: *El nos ha maldito* de Clarion, los aplausos demasiado vivos produjeron algunos silbidos. Hubo lucha; los aplausos continuaron y se exigió el nombre de los autores. Dieron nuestros nombres. Nueva batalla de corta duración; los aplausos ganaron.

Esta noche, domingo, quedará todo decidido.

Seguramente ha habido una pequeña cábala. Los silbidos partieron de los puestos reservados. Peysse está cierto de la cosa y Bellevaut, cree que es la pequeña prensa marsellesa la que se ha divertido. Chusca manera de divertirse. En resumen; se ha salvado el honor, pero no tenemos un éxito de «buena ley» como dice este excelente hombre de contribuciones indirectas.

Cuanto á la obra, por sí misma, me ha parecido demasiado larga, verdaderamente enojosa. Se comenzó á las ocho y terminó á la una. El público estaba cansado. De haber asistido á los ensayos y hecho los cortes necesarios, habría marchado bien. Tal es la opinión de cuantos han hablado conmigo. Acabo de ver á Bellevaut y de intentar hacer algunos cortes para esta noche. Le parece que esto es imposible. Si la obra no cae, los cortes serán hechos para la tercera representación. Ayer se hicieron en taquilla 1.200 francos.

La interpretación, según mi modo de ver, es bastante insuficiente. La señora Méa hace poner largos los dientes; agota todos sus sollozos en la primera escena. Sauvaire, Lussac, Daniel, sobre todo este último se representaron convenientemente. El resto me pareció de una debilidad deplorable. Es demasiado esto para un escenario semejante; nos haría falta un escenario de la Puerta de San Martín. El decorado del prólogo es ridículo y los actores se ahogan.—En fin ya te hablaré de todo esto á fin de semana, á mi regreso á París.

He visto ayer á tus padres antes de la representa-

ción y no sé si podré volver á verlos. Salgo para Aix mañana por la mañana bien temprano.

Una última palabra; la sala estaba muy hermosa. ¡Allí había *la mar!* Nuestros amigos dieron poco. Por otra parte, recibirás cartas de pésame que ya me comunicarás...

Hasta pronto, y nada de demasiado descorazonamiento.

EMILIO ZOLA.

No te hablo más de la impresión de la obra. Es menester esperar al éxito ó á la caída de esta noche. La primer batalla es nula.

LXV

Marsella, 7 octubre 1867.

Mi querido Roux:

Dos palabras á la ligera. La segunda representación ha marchado mucho mejor. No hubo más que aplausos. La obra no duró más que cuatro horas y media y comenzó á las siete y media. En suma, un éxito, á menos que en la tercera representación que va mañana no sea un desastre. El jueves asistiré á la cuarta.

Los actores no son faltos de memoria y han hecho bien todas las entradas. Algunos cortes todavía y todo irá bien. En la primera no hemos tenido más que una pequeña cábala de escritoruelos marselleses. Acabo de saber eso. Además ya te contaré todo esto de viva voz.

Voy á hablar á Arnaud de la impresión.

Tu devoto,

EMILIO ZOLA.

LXVI

Marsella, 10 octubre 1867.

Mi querido Roux:

Llego de Aix. No sé cómo fué la tercera representación. Creo que poca gente, pero nada de silbidos. Salgo mañana para Paris á donde llegaré el sábado por la noche. Espero el domingo por la noche para cenar contigo amigablemente y contarte las venturas y desventuras de nuestra obra.

Mañana por la mañana iré á ver á Bellevaut, Arnaud y *tutti quanti*. Terminaré nuestros negocios que empiezan á pesarme un poco.

Hasta el domingo, pues. Si tienes tiempo vé á verme hacia las dos.

Tu devoto,

EMILIO ZOLA.

Mi mujer te estrecha la mano.

LXVII

París, 9 noviembre 1867.

Mi querido amigo:

Ayer te esperé hasta la noche.

No hay ninguna novedad. Mis relaciones con Arnaud tienden á convertirse en demasiado frías. Creo, como tú, que nuestro negocio no se hará. No obstante, no es necesario echar á correr por amor propio; es bueno no retirarnos más que ante una negativa categórica. El buen papel será para nosotros. Te aconsejo que veas á Arnaud y lo pongas entre la espada y la pared; veremos lo que contestará.

Creo que no podremos reunirnos el domingo toda-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, N. L.

vía. Hay cosas que lo impiden. Ven, pues, á estrecharme la mano una de estas noches.

Tuyo,

EMILIO ZOLA.

LXVIII

9 enero 1868.

Mi querido Roux:

El periódico está lleno hasta reventar y mi artículo no aparecerá sin duda hasta el lunes.

He aquí lo que he resuelto: si el lunes los editores y ejecutores testamentarios no se han reunido, dejo aparecer el artículo; si el tiesto de rosas se ha descubierto, transformo el artículo y publico de todos modos *los Lits*, pero poniéndolos bajo el nombre de su verdadero autor y dando á conocer la historia (1). Entonces, de todas maneras le doy al joven Alexis el golpe que merece.

A otra cosa.

Acabo de ver á Lacroix y estamos decididos á dejar para en seguida mi carga en el *Monde pour rire*. Acto seguido obraremos cerca del *Eclipse*. Voy, pues, á enviarte mi retrato lo más pronto posible.

¿No se añadirá á la carga una corta biografía? En tal caso harás bien en encargarte de esta biografía.

Tu devoto,

EMILIO ZOLA.

LXIX

París, 17 abril 1868.

Mi querido Roux:

Veinte líneas de prisa y corriendo.

Acabo de mudarme, y estoy todavía en los aburrimientos de este desorden general.

(1) Hace falta buscar el número de *Gaulois* á partir de 1.º de Enero de 1868 para tener la explicación.

Nada de nuevo hay en resumen. He visto á Duret ayer en casa de Manet. El negocio marcha mal. Pelletan me demuestra que es más incapaz que Mille como hombre de negocios. No sé cuándo aparecerá la *Tribuna*, ni siquiera que aparecerá.—Belot no ha leído todavía nuestro drama. Está haciendo una novela para ganar algunos cuartos; no iré á su casa hasta dentro de cinco ó seis días. Nada de definitivo por este lado.—He guardado lo mejor para el fin. Acaba de fundarse un periódico á diez céntimos, *El Lucero ilustrado*, bajo la dirección de Adrián Marx y espero que colocarás en él tus reseñas cotidianas sobre París. Que esta esperanza no active tu retorno. Sólo te anuncio esto como una cosa que puede resultar buena.

Por otra parte, vendrás, sin duda pronto. Me encontrarás en disposición de corregir la segunda edición de *Teresa Raquin*. (1). Voy también á ponerme seriamente á mi trabajo para Kératry. El trabajo tiene aire de querer venir. Sea bien venido. Descanso desde hace bastante tiempo gracias al monumento de Veslé.

¿Y tú qué haces? Una cartita si tienes que darme cuenta de alguna cosa interesante. Conocias mi nueva dirección: 23, calle Trufaut, Batignolles.

Y eso es todo. Prefiero hablar largamente contigo cuando vengas.

Tengo que hacerte un encargo. Tráeme el segundo volumen del *Congreso científico* tomándolo en mi nombre en casa de Aubin. Una carta me ha invitado á hacer el reclamo de este librero.

Saludos de mi madre y de mi señora. Presenta mis cumplimientos á tus padres y dile á la señora Méa que la llevo sobre mi corazón.

Un buen apretón de manos de tu devoto,

EMILIO ZOLA.

(1) Véase la edición de *Teresa Raquin* hecha por esta casa editorial.

## LXX

Domingo, 1868.

Mi querido Roux:

He esperado esta mañana el *Evénement*. Quería comunicarte una carta que Remondet (1) me ha escrito y en la cual me dice que no puede insertar mi epístola en el *Evénement*.

Riamos.

Contestaré; pero antes quisiera leer el *Memorial* de esta semana. Creo que tú lo recibes el lunes por la mañana. *No bien lo recibas, ponlo en el correo.*

Gracias. Salud,

EMILIO ZOLA.

Voy esta noche á la *Gaité*. Ven á verme mañana por la noche, si tienes tiempo.

## LXXI

Mi querido Roux:

He aquí mi requerimiento. Lo creo excelente.

Pocas cosas tengo que decirte. Remite la carta y defiende la causa si hay lugar. Será bueno que el alcalde lea la carta delante de ti. Dile que no he podido indicar el género de recompensa, pero estimo que será conveniente dar el nombre de mi padre á una calle. Busca con él la calle que podría elegirse. Bien entendido que todo esto debe quedar al azar de la conversación.

Escribo á Arnaud para ponerle en campaña. Hace falta interesar al mayor número posible de consejeros municipales. (2) Haz en fin lo que puedas. Tienes poco tiempo para ti y te doy una comisión un poco

(1) Director del *Memorial de Aix* (Provenza.)

(2) Era esto para hacerle dar al canal que había hecho su padre Francisco Zola el nombre de este que lo lleva actualmente así como un boulevard de Aix en Provenza.

pesada. Tú me perdonarás. Por aquí no ocurre nada de nuevo. Además yo no saco la nariz fuera. Trabajo y estoy cerca de la mitad de mi novela—que debe continuar para aburrir al público. Yo estoy muy satisfecho que es lo principal.

Charlotea un poco por ahí y ven en seguida á contarme los chismes. ¿Y los trovadores? ¿Tienen bien hechas las cosas? Siento como un vago deseo de hacer sobre ellos mi próxima charla en la *Tribuna*. Espero detalles en los periódicos.

Mis cumplimientos á tu familia; recíbelos de la mía. Hasta pronto. Un buen apretón de manos.

EMILIO ZOLA.

## LXXII

Lunes por la noche octubre 1868.

Mi querido Roux:

Chaillan es llamado al Cuerpo legislativo para ocupar su plaza. Te lo envió para que le des algunos consejos.

He pensado que si tienes tiempo le debes acompañar. El será más firme teniéndote al lado. Tú podrás decir: «Soy amigo del señor Bonnart y en su ausencia, vengo á presentar á su protegido.» Así podrás velar por ti mismo para que todo vaya bien. Creo que es éste el mejor partido que se puede tomar para el buen éxito de la diligencia. Sabes que las Cámaras se abren el 18. He pensado que se reclutaban en este momentos empleados lo que me hace concebir grandes esperanzas para el nombramiento de nuestro amigo. Espero lo que debes traerme.

Tuyo,

EMILIO ZOLA.



## LXXIII

Marsella, 19 septiembre 1870.

Mi querido Roux:

Arnaud te remitirá esta carta y te explicará las razones en que me fundo para escribir.

En una palabra: ¿quieres que hagamos un periódico en Marsella (1) durante nuestro forzoso veraneo? Esto ocupará *útilmente* nuestro tiempo. Sin ti no oso tentar la aventura; contigo creo el éxito posible. Tenemos aquí por nosotros los hombres y las cosas. Dame una respuesta inmediata. Si mi proposición te parece buena, obrarás acertadamente en venir mañana á Marsella con Arnaud. El negocio debe hacerse en seguida.

Dite tú lo que yo no te digo y de todas maneras dame una respuesta. Arreglaremos los detalles juntos.

Mis cumplimientos á tu familia.

Tu devoto,

EMILIO ZOLA.

## LXXIV

París, 25 diciembre 1872.

Mi querido Roux:

El pequeño Noël me ha traído ayer una salchicha de ternera de Vire como se ven poco; he abrazado

(1) Prevenido por el médico de que debía conducir á su mujer enferma al Mediodía, Zola se decide á partir con ella y su madre para instalarlas cerca de Marsella donde él tenía amigos. Cuando quiso volver á París las puertas estaban cerradas. Tuvó entonces, para poder vivir tres, la idea de fundar un periódico *La Marsellesa*. Pero cuando supo que el gobierno de la Defensa Nacional iba á instalarse en Burdeos, partió en seguida para pedir á éste que lo utilizase. Entonces fué cuando Glais-Bizoin le tomó como secretario, puesto que ocupó un mes, y pudo, por fin, acabar por enviar á París artículos á la *Cloche* hasta la vuelta del gobierno á París.

al pequeño Noël. Te doy las gracias por tu regalo; es encantador y me ha gustado mucho. Ya me habías hablado, pero como esto estaba tan lejos me ha parecido recibirla por segunda vez. Repito las gracias.

Quería, por otra parte escribirte para preguntarte novedades de tu Revista; si tienes algún tiempo que perder mándame por correo una palabra; esto me causará placer. Verdad es que volveré á verte bien pronto.

Lamento que no hayas estado aquí estos últimos días. La interdicción del *Corsario* ha hecho un ruido enorme. Los periódicos se han lanzado sobre mi artículo. He perdido algún dinero pero he ganado un terrible escándalo. Charpentier hizo hacer carteles. Yo estoy dispuesto á escribir un folleto, una respuesta, ó mejor dicho, una defensa; espero para lanzarla al lunes ó martes, á fin de que no parezca que manoteo sobre el bombo; es menos un negocio de dinero que de precaución para el porvenir.

Hay algunos artículos muy curiosos. Desgraciadamente no he podido coleccionarlos, porque habría hecho falta comprar todos los periódicos durante tres días; pero no obstante he logrado tener algunos que te divertirán.

Voy á cenar esta noche con Béliard, Philippe y Alexis (1). Ayer en la cena de Nochebuena he brindado por el buen éxito de tu Revista. Después nos fuimos á la misa del gallo de la Trinidad. Es muy pobre y nada solemne. En resumen, hacía buen tiempo y París parecía muy regocijado.

Todo el mundo te estrecha la mano. Yo hago otro tanto, con las dos manos á la vez, y te ruego que presentes mis respetos á tu familia.

Tu muy devoto,

EMILIO ZOLA.

(1) Béliard, un pintor, fué uno de los buenos amigos de Zola. Acabó por ser alcalde de Etampes, y probablemente lo es todavía. Philippe Solari, el escultor del busto que está en el cementerio; en fin, Paul Alexis.

## LXXV

París, 30 diciembre 1872.

Mi querido amigo:

Te doy las más expresivas gracias por el envío de la *Provence*; pero creo lo más cuerdo no contestar. Desde hace ocho días los periódicos de París me comen sin que yo haga caso. No es cuestión de contestar á una hojilla perdida en un rincón del país. Me he impuesto en esta aventura el más estricto silencio. Mi posición es excelente; no quiero perderla. Hasta he renunciado al folleto de que te hablaba; cuando estés aquí juzgarás la cuestión y aprobarás mi conducta.

Di á Arnaud que desgraciadamente no puedo enviarle el número del *Corsario*, y estréchale la mano por mí.

Hasta luego. Quería sólo darte las gracias y anunciarte mi absoluto silencio.

Mis cumplimientos á tu familia; recíbelos de los míos y de Alexis.

Y sobre todo que no se inquiete tu amistad. Estoy muy contento y soy muy feliz.

Tu muy devoto,

EMILIO ZOLA.

## LXXVI

París, 23 diciembre 1873.

Mi querido Roux:

El portero de casa de Alexis me ha enviado esta mañana una carta que le acababan de llevar. Creí reconocer la letra de Blanc, el cajero del *Corsario* y después de medio día fui á este periódico. No estaba equivocado; supe en el *Corsario* que el periódico iba

á reaparecer y que se recurriría á Alexis para hacerle que te substituyera interinamente. Hubiera querido ver á Abbadie ó á Portalis; pero no pude hablar más que con Privé y con algunos otros jóvenes que se encontraban allá. De todos modos creo un deber escribirte lo que sé. Arreglemos desde luego el asunto de Alexis. La carta que le rogaba tan sencillamente pasar por el periódico resultaba inútil y Blanc la ha recogido. Pero como se puede tener necesidad de él he dejado la dirección de su padre. He insistido vivamente para que se decida Portalis á llamarle. Mi opinión es que tu ausencia es muy desagradable en este momento. Hubieras vuelto á entrar naturalmente en el *Corsario*. Comunícale la parte de esta carta que le concierne y aconséjale de todas maneras activar su vuelta.

Cuanto á ti sabrás lo que te toca hacer, cuando te cuente las cosas minuciosamente. Parece que uno de los considerandos de la sentencia dada contra la *Ville de París* autoriza implícitamente la reaparición del *Corsario*. Portalis tendrá por otra parte la autorización de Broglie. Debiendo ser puesto á la venta el periódico esta mañana, el número estaba preparado. Un exceso de prudencia hizo trasladar la reaparición para mañana por la mañana. Espera de todos modos hasta entonces para tomar un partido. Si realmente sale mañana el número y pasa sin obstáculo te enviaré inmediatamente, un telegrama. La precaución que Portalis tomaba, encargando á Alexis que te substituyera interinamente, me parece probar que quería dejarte pasar las fiestas con tranquilidad. Entre tanto va á encontrarse muy embarazado y soy de opinión, lo confieso, de que no lo dejes demasiado tiempo en este embarazo. Si tienes necesidad de que lo vea yo por tí, telegráfame.

Hasta luego sin duda. Todo el mundo está bueno y te estrecha la mano. Presenta mis cumplimientos á tu familia, y recibe un buen apretón de manos.

EMILIO ZOLA.

## LXXXVII

Piriac, 21 julio 1876.

Mi querido amigo:  
Te escribo una palabra á la ligera y sólo para darte mi dirección.

Hemos hecho un viaje pesadísimo y nuestra instalación fué muy laboriosa, porque estamos al fin del mundo y las comunicaciones son difíciles. En fin, hemos aquí en un sitio encantador rodeados de mar por todas partes.

Escríbeme; me proporcionarás un gran placer. Da mi dirección al que te la pida. Dame noticias de cuanto pueda interesarme.

Mi mujer está bien y te envía un apretón de manos. Hasta uno de estos días; si no fuera demasiado perezoso te describiría este pueblecillo perdido en que nos encontramos, con cerdos y ocas que se bañan al mismo tiempo que nosotros.

Buen trabajo y buena salud.

Tuyo, mi viejo amigo,

EMILIO ZOLA.

He aquí la dirección: casa del doctor Herr, á Piriac, por la Turballe (Loire-Inferieure).

Alexis me ha escrito por fin. Lo había adivinado; me envía un artículo muy largo para hacerlo pasar al *Bien público*.

## LXXXVIII

París, 13 noviembre 1876.

Mi querido amigo:

Lermina debe dar una conferencia, sobre mí, el miércoles en el boulevard de los Capuchinos. Serás muy amable de ponerme bajo sobre las dos invitaciones

que recibiréis. Aun serás más amable, si, en lugar de enviármelas, me las traes en persona el miércoles á las siete en punto, si estás libre. Comerás lo que haya y acompañarás á mi mujer. Una palabra de respuesta.

Gracias. Muy tuyo,

EMILIO ZOLA.

## LXXIX

París, 25 diciembre 1876.

Mi querido amigo:

No he vuelto á ver á Borget que me parece ser un gran ingrato que abandona á los amigos. Es probable también que haya ido á ver á Coppée; ya sabes que á veces es muy difícil encontrar en París. Yo te aconsejaría escribir directamente á Coppée del que tengo por ahora las señas incompletas, calle de Oudinot (número desconocido). En todo caso podrías dirigirle tu carta á casa de Alp. Lemerre, pasaje Choiseul.— En fin, ¿no puedes esperar á estar de vuelta lo que sería el mejor partido?

Trabajo mucho, tratando de olvidar las fiestas que me atolondran. Me ocupo del *Bolón de rosa* para el Palacio-Real. Todo bien examinado esta obra es la más práctica. Inmediatamente después haré un drama.

Y esto es todo, mi querido amigo. Somos muy felices con que el canasto haya llegado á buen puerto. Presenta por mí mis cumplimientos á toda tu familia y dí á tu madre que la mía y yo le agradecemos mucho su buen recuerdo.

Panafiou (1) trabaja en su gran obra. ¡Este sí que

(1) *Panafiou* es un sobrenombre dado á Alexis, que hablaba siempre de una novela á la cual se debía dar este nombre. Más tarde, cuando Zola hizo *Pot-Bouille*, le dió á Alexis el sobrenombre de *Trublou* y bajo este pseudónimo hizo sus artículos en *El Grito del Pueblo*.

es serio! Todos nuestros saludos, amigo mío, y hasta pronto.

EMILIO ZOLA.

Mi mujer está desolada al ver que se nos escapa la casa de Giraud. En fin, ya encontraremos otro nido.

LXXX

París, 23 febrero 1877.

Mi querido Roux:

Acabo de hacerte, en mi artículo sobre *Le Père*, la cita que me pides. Pero he debido proceder con alguna prudencia; porque, en mi alma y en mi conciencia te digo, que Claretie no ha tomado tu asunto, ó por lo menos, lo ha hecho suyo. Habéis partido los dos del mismo punto general y nada más.

Por otra parte, creo que quedarás contento con mis líneas que pueden despertar vivos deseos de leer tu libro.

Salud,

EMILIO ZOLA.

No vengas á buscarnos ni el lunes ni el miércoles porque no estaremos.

LXXXI

6 abril 1877.

Mi querido amigo:

Lamento no haberte visto anoche para hablarte de Bœuf (1). Has leído la carta de Coste y mi mujer me ha dicho que el «Valabrègue no quiere» te había lastimado un poco por mí. Te ruego que no vuelvas á levantar esto y que vayas al Bœuf, si estás libre, mañana por la noche. Es muy justo que nadie se moleste por mí. Hace falta evitar toda habladuría. Sepulta, pues,

(1) *La cena del Bœuf nature.*

el negocio y no hables más. El Bœuf se hace mañana en casa de Laffitte calle de Terrance. Alexis irá.

Hasta el domingo.

Tuyo,

EMILIO ZOLA.

LXXXII

L'Estaque, 30 mayo 1877.

Mi querido amigo:

Llegamos á Estaque anteayer lunes, por el rápido de las once y cuarenta, en buen estado, pero fatigadísimos. Ahora nos instalamos.

Contamos con tu mujer y contigo en la época que os plazca. Sólo que harás bien en prevenirme con un día de anticipación, para no ir á Marsella hasta el momento preciso en que llegéis.

No sé qué escribir; tanto me ha atolondrado el viaje.

Mis cumplimientos á tu mujer y á tu familia y apretones de manos para ti.

EMILIO ZOLA.

A l'Estaque.

Distrito de Marsella.

(Bouches-du-Rhône.)

LXXXIII

L'Estaque, 6 junio 1877.

Mi querido amigo:

Estamos muy contrariados; pero no podemos asistir á tu invitación. Mi mujer está muy delicada, y temería verdaderamente una indisposición más seria si la expusiese á dos días de gran fatiga. Ya sabes que hemos venido á Estaque para vivir aquí en gran reposo, y lo peor es que el viaje no ha tenido buen

éxito hasta ahora, porque mi mujer sufre mucho más aquí que en París. Es necesario que se acostumbre al aire que es muy vivo. Será mucho que se sienta con fuerzas para ir el viernes á pasar la velada á Marsella. Por de pronto Aix le espanta.

Hubiera querido ceder á tu deseo, y no te parezca que nos hacemos de rogar. Pero dile á tu familia que nuestra primer visita será para ella, cuando vayamos á Aix dentro de algunas semanas. Mi deseo de calma es tal que no he dado á nadie mi dirección ni en Aix ni en Marsella.

Os esperamos á tu mujer y á ti; no es menester castigarnos privándonos de vuestra visita. Si no venís será que me guardáis rencor.

Mil lamentaciones más y saluda por nosotros á los tuyos.

Muy tuyo,

EMILIO ZOLA.

LXXXIV

L'Estaque, 17 agosto 1877.

Mi querido amigo:

Debes estar furiosísimo contra mí. He aquí mi excusa: deseo encargarte de una comisión en París—ir á cobrar por mí en dos periódicos,—donde enviaba mi carta día por día, esperando un arreglo de cuentas. Como este arreglo no ha llegado todavía me decido á escribirte. En algunos días me veré obligado á escribirte de nuevo, eso es todo.

Nada de nuevo por otra parte. He aquí brevemente nuestra vida. Mi mujer y yo hemos estado enfermos al mismo tiempo durante ocho ó diez días, lo que no ha tenido nada de gracioso. Hoy estamos mucho mejor. Tomamos nuestros baños, comemos mucha fruta y no salimos de Estaque. Además, trabajo toda la

mañana y leo durante la tarde. Los días se suceden y se parecen. Eso es todo.

Nuestra más grande aventura ha tenido lugar en Aix la semana última. Fuimos por la mañana y volvimos por la tarde. Iba allí únicamente para encomendar el monumento de que te he hablado (1). El negocio fué arreglado prontamente. Fui dos veces á casa de tus padres, por la mañana y por la tarde. Estuve un poco acaparado por Marguery que viene á verme muy á menudo á Estaque. Vi á tu madre, á tu hermano mayor y á una de tus hermanas. Los tres están maravillosamente. Además volveré á ver á tu familia á tu vuelta á Aix.

Aun no he visto la cara á Panafieu. Probablemente estará en Aix. Pero he supuesto viendo el anuncio de haber sido admitida su obra en el *Gimnasio* que se habría quedado en París para presenciar los ensayos. Hace mal en no venir al Mediodía. He recibido de Beliard una carta inquietante sobre él. Parece que un médico de Etampes ha augurado bastante mal sobre la salud futura de Alexis.

Nada más, mi bravo amigo. No veo como es natural á nadie y no conozco el estado actual de cosas, más que por los periódicos que me aburren mucho. Te doy las gracias por los envíos que me has hecho; esto me distrae en mi soledad. Toma la obligación de ver siempre los periódicos y envíame aquellos que me interesen. No me mandes los recortes del *Temps*, porque recibo el periódico.

Hace dos meses que no he visto una gota de lluvia. El otro día hubo una tormenta, pero fué de noche; de suerte que no pude tener el consuelo de ver caer el agua. He ahí mi gran desesperación, este cielo siempre azul. Echo de menos mis buenos chaparrones de París. Sin halago, un buen tiempo eterno es lo único que le reprocho á Provenza. Disgusta tanto sol.

(1) El monumento en cuestión era para la tumba de Francisco Zola, padre de Emilio Zola.

Nuestros recuerdos á tu mujer y nuestros deseos de salud para ella y para el pequeño heredero. Buenos apretones de manos para ti.

Tu muy devoto

EMILIO ZOLA

LXXXV

L' Estaque 21 agosto 1877.

Mi querido amigo:

Te anuncié que tenía que solicitar de ti un servicio. He aquí de qué se trata.

Irás á el *Echo*, 17, calle de San Marcos, y á la *Semana republicana*, 14, calle de Baudin, donde presentarás los recibos adjuntos. Ya he escrito para anunciar tu visita. Por otra parte todo está en regla. Cuando tengas el dinero, haz el favor de llevar *cuatrocientos francos* á la señorita Guilleau, comercio de curiosidades, 68, calle de Rennes. Es un resto de cuenta que no quise pagar antes de mi salida, para no quedarme demasiado pobre. Tras de cumplir mi comisión, guárdame el resto del dinero, y sé amable escribiéndome dos palabras para decirme que todo ha ido bien.

Nada de nuevo. Hasta ahora, no habíamos sufrido nada de calor, pero desde hace tres días, sopla el siroco y estamos cocidos.

EMILIO ZOLA

Nuestros cumplimientos á tu señora.

LXXXVI

L' Estaque, 5 septiembre 1877.

Mi querido amigo:

Estoy encolerizado por haberte encargado de una misión tan penosa. Creía que encontrarías la caja abierta; el administrador me habia enviado mi cuenta de líneas, diciéndome que podía cobrarlas.

Me pides un consejo. Ve á ver á Massicault á su casa, 17, avenida Trudaíne. Si te recibe, puedes recordarle en las condiciones que le he dado mi novela. El en persona vino á mi casa á arrancármela, y yo no le oculté que otros muchos periódicos me la pedían, lo que era estrictamente verdad; si se la di fué porque me habia hecho algunas promesas que me convenían para *L' assommoir* y porque le queria testimoniar mi reconocimiento. No he visto la realización de estas promesas y he ahí que mi novela no ha sido pagada: esto es duro.

Trata de verle. Le escribo por el mismo correo, para recordarle lo que te he dicho. Si le ves haz todo lo posible por obtener una respuesta categórica.

Luego, ¿cómo decírtelo? en estas cuestiones de dinero estamos siempre desarmados nosotros, los escritores. Tienes razón; no podemos hacer marchar á los alguaciles. Lo mejor es, pues, que sigas este asunto de cerca hostigando á estos señores. No creo que vayan hasta la quiebra. Pagarán probablemente si se les aburre mucho. Queda con dignidad, pero no temas mostrar un poco los dientes. Y perdóname una vez más los cuidados que te doy. Tenme al corriente.

En la *Semana republicana* has cobrado ¿verdad? Como nada me hablas de este periódico supongo que por este lado todo fué bien.

¿Qué novedades hay?

Ayer ha soplado fuertemente el mistral y la temperatura ha descendido á diez grados. Pero hoy nada de mistral y el calor vuelve. Es un país del trueno de Dios.

He visto á Alexis que vino á pasar dos días á Estaque antes de volverse á Aix, y que debe volver hacia el 15 para permanecer hasta el 20 después de lo cual debemos, mi señora y yo, ir con su familia á pasar dos días. Coste está en efecto en Aix, pero no le he visto. Marguery ha venido el domingo á despedirse de nosotros; se encontrará en París el 15.

Nuestros recuerdos á tu mujer y nuestros deseos de salud para ella y para el pequeño heredero. Buenos apretones de manos para ti.

Tu muy devoto

EMILIO ZOLA

LXXXV

L' Estaque 21 agosto 1877.

Mi querido amigo:

Te anuncié que tenía que solicitar de ti un servicio. He aquí de qué se trata.

Irás á el *Echo*, 17, calle de San Marcos, y á la *Semana republicana*, 14, calle de Baudin, donde presentarás los recibos adjuntos. Ya he escrito para anunciar tu visita. Por otra parte todo está en regla. Cuando tengas el dinero, haz el favor de llevar *cuatrocientos francos* á la señorita Guilleau, comercio de curiosidades, 68, calle de Rennes. Es un resto de cuenta que no quise pagar antes de mi salida, para no quedarme demasiado pobre. Tras de cumplir mi comisión, guárdame el resto del dinero, y sé amable escribiéndome dos palabras para decirme que todo ha ido bien.

Nada de nuevo. Hasta ahora, no habíamos sufrido nada de calor, pero desde hace tres días, sopla el siroco y estamos cocidos.

EMILIO ZOLA

Nuestros cumplimientos á tu señora.

LXXXVI

L' Estaque, 5 septiembre 1877.

Mi querido amigo:

Estoy encolerizado por haberte encargado de una misión tan penosa. Creía que encontrarías la caja abierta; el administrador me habia enviado mi cuenta de líneas, diciéndome que podía cobrarlas.

Me pides un consejo. Ve á ver á Massicault á su casa, 17, avenida Trudaíne. Si te recibe, puedes recordarle en las condiciones que le he dado mi novela. El en persona vino á mi casa á arrancármela, y yo no le oculté que otros muchos periódicos me la pedían, lo que era estrictamente verdad; si se la di fué porque me había hecho algunas promesas que me convenían para *L' assommoir* y porque le queria testimoniar mi reconocimiento. No he visto la realización de estas promesas y he ahí que mi novela no ha sido pagada: esto es duro.

Trata de verle. Le escribo por el mismo correo, para recordarle lo que te he dicho. Si le ves haz todo lo posible por obtener una respuesta categórica.

Luego, ¿cómo decírtelo? en estas cuestiones de dinero estamos siempre desarmados nosotros, los escritores. Tienes razón; no podemos hacer marchar á los alguaciles. Lo mejor es, pues, que sigas este asunto de cerca hostigando á estos señores. No creo que vayan hasta la quiebra. Pagarán probablemente si se les aburre mucho. Queda con dignidad, pero no temas mostrar un poco los dientes. Y perdóname una vez más los cuidados que te doy. Tenme al corriente.

En la *Semana republicana* has cobrado ¿verdad? Como nada me hablas de este periódico supongo que por este lado todo fué bien.

¿Qué novedades hay?

Ayer ha soplado fuertemente el mistral y la temperatura ha descendido á diez grados. Pero hoy nada de mistral y el calor vuelve. Es un país del trueno de Dios.

He visto á Alexis que vino á pasar dos días á Estaque antes de volverse á Aix, y que debe volver hacia el 15 para permanecer hasta el 20 después de lo cual debemos, mi señora y yo, ir con su familia á pasar dos días. Coste está en efecto en Aix, pero no le he visto. Marguery ha venido el domingo á despedirse de nosotros; se encontrará en París el 15.

Cuanto á Barlatier ha quedado en Marsella y yo en Estaque; quiero decir que no nos hemos visto más; pero antes de mi partida volveré á verle para decirle adiós. Entonces será cuando se decida el asunto de la correspondencia. Barlatier se debe imaginar que yo volvería á mis cartas.

Nada más, amigo mío. Trabajo en mi novela, pero con menos vigor del que yo querría. No obstante sigo resuelto á permanecer aquí hasta el 3 de noviembre.

Mis recuerdos á tu familia y apretones de mano para ti.

EMILIO ZOLA

Me has enviado un periódico, *La Capital*, donde hay un retrato mío que no puede haber sido escrito ó inspirado más que por uno de mis íntimos. Este artículo, que por otra parte es muy amable, me ha intrigado. Trata de saber quién es el autor.

LXXXVII

L' Estaque, 10 septiembre 1877.

Mi querido amigo:

No puedo más que darte gracias muy rendidas y aprobar cuanto tú hagas. No obstante si se te ofrece un adelanto, no aceptes menos de la mitad y pide que se arregle el resto en pagarés. Te advierto que esto no es un ultimatum de mi parte y que te dejo en libertad de juzgar de la situación.

Cuento con Massicault. En suma, no conocía más que á él. Es extraño que no me haya contestado. Por otra parte, no quisiera enfadarme demasiado con estos farsantes que son capaces de retroceder á ser posible y entonces yo podría tener necesidad. Pesa todas estas consideraciones, y que el diablo se lleve este endemoniado negocio con el que tantos cuidados te doy.

Hace aquí menos calor. Vamos á gozar de un principio admirable de otoño. A fin de semana espero á Alexis. Iremos en seguida á Aix donde quiero dar pri-

sa al marmolista. Lo peor es que trabajo mucho y que no gozo gran cosa de mi veraneo. Soy sencillamente muy venturoso por no encontrarme en París en estos tiempos revueltos. Vosotros vais á tener todavía el proceso de Gambetta después de las elecciones. Todo esto se parece al maldito año 1870. Es de creer que vamos á tener ante todo los prusianos sobre la espalda.

Tus explicaciones con respecto al artículo de *La Capital* me han iluminado de pronto. El artículo es tuyo. Reconocía las frases. Un fuerte apretón de manos por tus indiscreciones. Mi casa tiene un bonito y cómodo aspecto, y más de un burgués tendría celos de mi mesa; había adivinado una pluma amiga.

Recuerdos de mi señora y todos nuestros deseos de que disfrutes una venturosa salud.

Tuyo muy cordialmente,

EMILIO ZOLA

Espera tener cuatrocientos francos para llevarlos á la señorita Guilleau, calle de Rennes, 68.

LXXXVIII

L' Estaque, 14 septiembre 1877.

Mi querido amigo:

Mi señora acaba de perder á su padre. Ha salido por el rápido de ayer tarde y la verás, sin duda el sábado. No debe permanecer en París más que dos ó tres días.

El asunto del *Echo* empieza á ponerme fuera de mí. Estoy avergonzado de todas las cosas que te he hecho hacer. Massicault no me ha contestado. Voy á escribirle hoy para exigirle que me diga si sí ó si no tiene intención de pagar el *Echo*; le diré tu posición y le rogaré que me responda si debes continuar haciendo diligencias. Mi opinión, amigo mío, es que no te molestes más. Son unos bribones que no pagarán.



Preséntate todavía de tarde en tarde lo cual no impedirá que seamos estafados.

Lo peor es que no conozco más que á Massicault. En buena justicia es Massicault el que me debe. Voy á escribirle con buena tinta.

Nada más. Mi mujer te hablará de nosotros.

Afectuosos recuerdos para los de tu casa y un fuerte apretón de manos de

EMILIO ZOLA

LXXXIX

L' Estaque, 19 septiembre 1877.

Mi querido amigo:

Recibo una contestación de Massicault. Se excusa de no haberme contestado pretextando una ausencia. Me anuncia que va á volver á salir para Charente, pero que te verá antes. En fin, me afirma que mis intereses no están comprometidos. «Están frente á usted propietarios de periódico cuya solvencia no es dudosa y que no han pensado en negar su crédito. Está usted seguro de que será pagado.»

Si Massicault te ve, probablemente no te dará dinero sino que te repetirá estas buenas seguridades. Atiéndele, dile no obstante que hubieras querido tener una garantía y una promesa formal para una fecha fija. En fin, arregla el asunto del mejor modo posible y no te des demasiada molestia. Gracias mil veces. Ya me harás conocer la respuesta definitiva.

Mi mujer ha vuelto bien de salud, después de un viaje fatigante y muy triste. En fin, ha terminado este lamentable asunto. Trataremos de disfrutar todavía aquí seis semanas de tranquilidad.

Nada más, amigo mío. Tengo en este momento en casa á Alexis y á Coste y comemos como párrocos. Iré á pasar tres días en casa de los Alexis, á partir del domingo, y espero ver á tu familia. El tiempo se echa á perder un poco. Hoy cielo gris.

Mis cumplimientos á tu señora.

Tuyo muy cordialmente.

EMILIO ZOLA

XC

L' Estaque, 12 octubre 1877.

Mi querido amigo:

Te ruego que no te proporciones molestia alguna. Has trotado bastante por este estúpido negocio. ¡Bien! He sido robado; eso es todo; pero es inútil que añada á este enojo la tristeza de saber que te pasas los días por la calle. Mil gracias y esperemos.

Espero que si las elecciones son largamente republicanas, podré poner la pistola sobre la garganta de Massicault. Voy á volver á París dentro de poco, á fin de mes, y nos concertaremos y veré lo que conviene intentar. Si suben al poder podré sacar un buen partido de mi crédito.

Aquí nada de nuevo. La temperatura ha bajado considerablemente. El sol brilla, pero sopla un mistral que lo hiela todo. Tenemos necesidad de cerrar puertas y ventanas. Coste está en este momento en mi casa. Panafieu va á volver á pasar algunos días por tercera vez. Espero también á Marguery á su regreso de París. Iré, sin duda, todavía un día ó dos á Aix, si el tiempo lo permite, y veré á tus padres. La tumba de mi padre está terminada y yo estoy satisfecho.

Eso es todo, mi buen amigo. Por otra parte te estrecharé pronto la mano. Llevo aquí cinco meses completos lo que es un poco largo. Mi señora vino aquí muy triste y muy fatigada. Pero, en suma, todo este atroz viaje se pasó bien. Está mucho mejor y te envía sus saludos así como á tu señora á la cual te ruego presentar mis respetos.

Tuyo, muy cordialmente.

EMILIO ZOLA

## XCI

Médan, 14 julio 1878.

Mi querido amigo:

Haz lo que te plazca, envía la carta, si lo juzgas útil. Sólo que creo que esta carta dará á la cosa mucha más importancia de la que tiene. Se nos piden nuestros libros, los damos, nada más sencillo. Rehusar habría sido grosero. Una notita diciendo que se nos pidieron nuestros libros y que los dimos sería preferible á una carta firmada por tí. Esta carta, es de esperar, va á hacer precisamente el ruido que tú pareces temer. Si te mueves, se burlarán de tí además. Por otra parte, te lo repito, haz lo que te plazca. La cosa no tiene importancia. Que los de Aix estén contentos ó no de mí, que ríen ó que lloren, á mí me es perfectamente igual.

Estamos aquí en un paraíso de verdura; me he puesto de nuevo á trabajar, pero estoy todavía un poco sacudido por el tráfico de la instalación. En algunos días todo irá bien. Sabes que cuento contigo lamentando no poder contar con tu señora y con el bebé. Abrázalos á los dos en nuestro nombre.

Pronto iré á París y trataré de encontrar un momento para estrecharte la mano.

Todos mis saludos y un fuerte apretón de manos.

EMILIO ZOLA

Cuento con tu obligación de leer con atención los periódicos para que me envíes todo lo que pueda interesarme. Gracias mil veces.

## XCII

Médan 22 septiembre 1878.

Mi querido amigo:

Te doy las gracias por los periódicos que me has enviado. Probablemente aparecerá en el *Tiempo*, esta noche domingo, un artículo de Sarcey. ¿Serás tan amable que me lo envíes? Estos artículos me divierten en mi soledad y te estoy muy reconocido por las molestias que te tomas.

No pude ir á estrecharte la mano en mi último viaje á París. Pero, en los primeros días de octubre, me esforzaré por verte.

Mi mujer envía cariñosos saludos á la tuya, á la cual te ruego presentar mis respetos.

Tuyo afectuoso.

EMILIO ZOLA

## XCIII

Médan, 14 octubre 1878.

Mi querido amigo:

No tengo aquí ningún ejemplar del *Teatro*. He escrito á Charpentier para que me envíe uno. Cuando lo tenga, mañana ó pasado, le pondré una dedicatoria y se lo enviaré á Escoffier. Este estaba en mi lista y no comprendo cómo no ha recibido el volumen.

Gracias, de nuevo, por los periódicos que me envías. Creo que ha aparecido una caricatura mía, por Gill, en una serie titulada *Los hombres del día*. ¿No podrás procurártela y enviármela?

Tuyo afectuoso.

EMILIO ZOLA

## XCIV

Médan, 10 noviembre 1878.

Mi querido amigo:

¿Has leído la nota del *Gaulois* (en los teatros) sobre nuestros *Misterios de Marsella*?

Creo que sería bueno que tú replicaras con una corta carta, sólo algunas líneas, para decir que sacamos el drama de una novela publicada por mí en Marsella, en mis difíciles comienzos; que no se silbó el drama; que no lo has reducido de doce cuadros a seis; en fin, que se representó tres veces como todo aquello que se representa en provincias. Es inútil dejar que se forme una leyenda.

Mis saludos á los tuyos y un fuerte apretón de manos.

EMILIO ZOLA

## XCV

Médan, 17 noviembre 1878.

Mi querido amigo:

Nos sentiremos muy dichosos viéndote; si puedes escaparte el domingo 24 del corriente, caerás á maravilla, porque te espera toda la banda de gente joven que tiene proyecto de venir. Trata de encontrar á Alexis ó á Hennique. Escribeles, si no les ves. Daos cita en la estación. Vendréis juntos y esto será perfecto. Las pocas palabras del *Gaulois* son excelentes. Era lo que hacía falta.

Nuestros cariñosos recuerdos á tu señora.

Tu viejo amigo,

EMILIO ZOLA

## XCVI

Médan, 21 agosto 1879.

Mi querido amigo:

Comprendo que si no vinisteis debió ser porque algo te retuvo. Tomad tiempo y venid en septiembre. Nos encontraréis con un poco menos de yeso. Advertidme sólo por anticipado y tened en cuenta que estamos en París todos los meses del 10 al 15.

Quería escribirte para darte las gracias por el envío de tu libro. Deseo leerlo antes de hablarte. Está muy bien, menos adornado que los otros, pero probablemente más viviente. Ya te hablaré.

Recuerdos á los tuyos y un fuerte apretón de manos.

EMILIO ZOLA

## XCVII

Médan, 25 agosto 1879.

Mi querido Roux:

Se me envía un oficio para la *reprise* de *L'assommoir*. He pensado que te gustaría distribuir algunas localidades, lo que por otra parte me beneficiará. Dáselas á amigos literarios. Quiero una bella *reprise*.

Nuestros saludos muy cordiales á los tuyos.

EMILIO ZOLA

## XCVIII

Médan, 30 mayo 1880.

Mi querido Roux:

Te enviamos todos nuestros consuelos. Mi mujer me ruega que diga á tu madre y á toda tu familia que comparte vivamente vuestro dolor.

Estaré en París hacia el 10 de junio é iré una mañana á estrecharte la mano. La fotografía de que me

hablas me gustará mucho, porque hace mucho tiempo que busco una.

Nada de nuevo. La muerte de Flaubert me ha entristecido mucho. Sufro un poco y el trabajo no adelanta. En fin, envejecemos.

Hasta luego y nuestros saludos á los tuyos.

EMILIO ZOLA

XCIX

Médan 24 agosto 1880.

Mi querido Roux:

Gracias por los periódicos que me envías; me interesan y me animan en mi soledad. ¿Pero no se ha publicado un artículo en el *Petit Journal* estos días? Se me indica. Probablemente no es más que una mención. En fin, si vale la pena, envíame el número.

Todos los cumplimientos de los míos á los tuyos y muy afectuosamente.

EMILIO ZOLA

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## MIS ÚLTIMAS TRADICIONES

# PERUANAS

Los aficionados á las buenas lecturas encontrarán en esta notable obra, última producción del ilustre y famoso escritor peruano

✻ DON RICARDO PALMA ✻

materia bastante de estudio y entretenimiento á la vez.

Ricardo Palma es uno de los autores que con más galanura escribe el castellano; más que en Lima parece nacido en el riñón de Castilla. Por eso, sin duda, España, haciendo justicia á sus talentos se ha honrado contándole entre los sabios que forman en la Real Academia de la lengua.

✻ MIS ÚLTIMAS TRADICIONES PERUANAS ✻

es continuación y fin de las series que con el título de *Tradiciones Peruanas* publicó hace tiempo la casa editorial Montaner y Simón.

Á MIS ÚLTIMAS TRADICIONES sigue

CACHIVACHERÍA

comprendida en el mismo tomo.

Esta parte del libro á más de documentos interesantísimos contiene un concienzudo estudio de Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión, que fué causa en su tiempo de acaloradísima polémica.

Precio de la obra primorosamente encuadernada:

8 pesetas.

